13

COLECCIÓN INVESTIGACIONES ACADEMIA NACIONAL DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ESTRATÉGICOS

Galo Eidelstein Silber

LA ESTRATEGIA TOTAL
UNA VISIÓN CRÍTICA



Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

GALO EIDELSTEIN SILBER

LA ESTRATEGIA TOTAL

UNA VISIÓN CRÍTICA



Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

Colección Investigaciones ANEPE Nº 13

Julio 2006

Edita: ANEPE

Registro de Propiedad Intelectual Nº 157.100

ISBN: 956-8478-10-8
(volumen 13)

ISBN: 956-8478-00-0
(Obra completa Colección Investigación ANEPE)

Diseño portada: Sección Comunicacional ANEPE

Imagen de portada: Galo Eidelstein Silber

Impreso en los talleres de Alfabeta Artes Gráficas,
que solo actúa como impresor

Impreso en Chile / Printed in Chile

ÍNDICE





"A José Pino"



ABSTRACT

This is a critical study about the theories on the Total Strategy, conceived by General Beaufre, which represents the synthesis of Western thought about the art of war, and particularly about the art of pursuing political objectives. It criticizes the most basic categories of this construction, which is why it extends to the whole conceptual body over the dominant big strategy used in the West since the II World War, under different names and authorships.

It illustrates how the ground elements which allow arriving to this concept of total strategy stem from the form that politics adapts in the current era of globalization of powers. These need to conceal its conditions of emergence and existence in order to be presented in theoretical terms.

It argues then how the ideas of duel or dialectics of will, broadly speaking, as depicted by theorists of the total strategy, stem from a particular political explanation belonging to a specific stage of social development and that this is not enough to elaborate the particular theoretical object under study. It is then claimed, that the single arena in which both the political objectives and the ways to pursue them are displayed is the one formed by the whole set of antagonistic interests sustained by concrete interests of power groups. This is the key element to recognize as the objective basis, and not the subjective one, when analyzing the strategy, but particularly in politics. Should this not be a field with an objective basis, not only the strategy would not be needed, but politics itself would be superfluous. Furthermore, key concepts such as interests, means, politics, strategy, tactics, among others, will be subject of this critical review.

It also reviews how the development of global antagonisms has managed to establish that the main objective of the power groups is to obtain unlimited means, overturning means into goals. Nowadays, the goal is to have means. It then concludes that this determines that the Total Strategy, in this sense, is a new phenomenon, different from the total strategy consisting of the concurrence of different means to achieve certain political objectives, which were certainly always used in the fight of antagonistic interests since ancient times.

The need to design our national goals as a country and our political and strategic approach is then established, bearing in mind the real interests behind the political goals of the individuals at the international arena level and that the foreign powers and their power bases persist in achieving a Total Strategy.

AGRADECIMIENTOS

Este libro surge como resultado de un período de reflexión, cuyo principal hito lo constituyó el fructífero período de estudio y discusiones en el que tuve la oportunidad de participar en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE). El lector, más imparcial que el autor, podrá apreciar en qué medida mis propias inquietudes, surgidas al calor de las vertiginosas últimas tres décadas que han cambiado la faz del mundo, corresponden a un interés más general y compartido acerca de la ciencia y el arte de la estrategia.

Este camino no lo hice solo. Por ello agradezco a mis profesores, administrativos y compañeros de estudio de la Academia. Entre ellos se encontraban oficiales de distinta graduación, del Ejército, de la Armada, de la Fuerza Aérea, Carabineros y de la Policía de Investigaciones. También civiles provenientes de distintos ámbitos de la vida nacional. No puedo dejar de explicitar mi sorpresa por el amplio criterio que mostraron mis eventuales contendores políticos e ideológicos y su amplia y generosa voluntad de querer comprender y a la vez discutir mis planteamientos con gran altura de miras.

Agradezco a mi editor, Sr. José Miguel Arteaga, quien excedió con creces su rol y me sugirió valiosos aportes que ayudaron a estructurar de una mejor manera las ideas expuestas.

También a María Luisa Gumucio, por su paciencia en acompañarme en parte importante de este proceso y por darme valiosas sugerencias y correcciones que contribuyeron a lograr una mayor claridad en la exposición.

He dejado para el final mis agradecimientos hacia el coro-

nel de Ejército Sr. Arturo Contreras Polgati. Deseo destacar en el coronel Contreras su gran capacidad y conocimientos como profesor de estrategia, así como para alentarme en caminos que sin necesariamente compartir, supo, sin embargo, darme sabias y agudas indicaciones que enriquecieron de manera sustancial mi investigación.

Santiago de Chile, junio 2006

PRÓLOGO

La Estrategia Total, es decir aquella que considera a la conducción del Estado como la responsable de la coordinación de todas las capacidades estatales para enfrentar situaciones de conflicto a los que este eventualmente se vea sometido, constituye uno de los sistemas de interacción de pensamiento dinámico y funcional más integrales, a la vez que complejos, de que disponen los gobernantes en la actualidad para enfrentar los conflictos armados o bélicos contemporáneos.

En efecto, la estrategia moderna, trascendiendo los campos de batalla tradicionales, se presenta como un método de razonamiento dinámico que permite sistematizar el pensamiento y la acción inherentes a una Estrategia de Estado que debe estar a la altura de los desafíos que representan las complejidades de los conflictos que surgen de la II Guerra Mundial, cuya capacidad de destrucción, con el advenimiento de la era nuclear y posteriormente con la diversificación de las armas de destrucción masiva, obviamente no encontraba una adecuada respuesta teórica en los contenidos de la estrategia clásica.

Un ejemplo bastante difundido en la década de los 50 del siglo pasado que demuestra la insuficiencia de la Estrategia Clásica para explicar la lógica y la dinámica de las guerras emergentes, profundamente condicionadas por la amenaza del uso de armas nucleares y de su consecuente escalada, se encuentra en la comparación que hacían los estrategas de la época entre una bomba atómica similar a la de Hiroshima, con 4.000.000 de obuses de artillería de 75 milímetros, como explica, por ejemplo, Leo Hamon en su clásico *Estrategia Contra la Guerra*[*].

---

[*] Leo Hamon. ***Estrategia Contra la Guerra.*** Ed. Guadarrama, Madrid, 1979. Pág. 109.

Esta circunstancia, sin duda, deja en evidencia que no obstante encontrarse bastante avanzada la era nuclear, ni los gobernantes ni los estudiosos de la guerra y de la estrategia habían aun comprendido el enorme cambio que la capacidad de destrucción masiva había introducido en la forma de hacer la guerra que hasta ese momento había prevalecido. Nos encontrábamos así frente a una situación completamente nueva y desconocida que conllevaba un cambio radical no solo en la teoría de la guerra y de su estrategia, sino que incidía directamente en las opciones de la política para enfrentar situaciones de conflicto.

La nueva forma de violencia que representaba la irrupción del arma nuclear en los conflictos internacionales, requería –tal como en el pasado habían demandado las revoluciones tecnológicas o del pensamiento estratégico– de nuevas teorías que explicaran la lógica de la política y de la estrategia en las nuevas circunstancias, estructurando y funcionalizando una nueva relación entre ambas, la cual, como es lógico, implicaría una propuesta sobre cómo actuar y cómo organizarse frente a los eventuales conflictos nucleares emergentes.

El hecho de que toda nueva guerra requiere nuevas estrategias –fenómeno que solo requiere la certeza de que en realidad nos encontramos frente a una nueva forma de guerra, ya que una conceptuación impropia es tan peligrosa como la concepción de una estrategia equivocada– fue finalmente reconocido por las élites políticas y estratégicas, las cuales se dieron finalmente a la tarea de estudiar las implicancias del arma nuclear, especialmente porque sus efectos devastadores y globales definitivamente imponían límites lógicos a las prácticas del empleo de la fuerza militar convencional en la solución de las crisis internacionales.

En dicho contexto, la Estrategia Total del general francés André Beaufre, cuyo estudio crítico es el objeto del Análisis de Contenido de este libro que nos presenta Galo Eidelstein, llega en un momento de gran incertidumbre y ejerce un profundo impacto en el pensamiento estratégico nuclear europeo, cuyo punto de partida se centra en una inferioridad nuclear comparativa con la desaparecida Unión Soviética. Por su parte, Estados Unidos, país que introduce la cuestión nuclear en el gran

debate político-estratégico internacional, sigue un camino propio que, no obstante tener similitudes con la Estrategia Total de Beaufre, enfrenta el problema nuclear desde la perspectiva de una superioridad comparativa que lo lleva por derroteros distintos y cuya síntesis más acabada encontramos en la *"Gran Estrategia"* de J. Collins.

De tal manera, la Estrategia Total concebida como *"el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza en la solución del conflicto"*, constituye una de las contribuciones más trascendentes al pensamiento estratégico actual. Tanto es así que en la era presente de las amenazas y de las guerras globales y absolutas, el sistema de pensamiento que implica la Estrategia Total, continúa siendo la piedra angular de la estrategia contemporánea, la cual, a diferencia de la estrategia clásica en su momento, ha trascendido, adelantándose a los tiempos, a la disuasión nuclear pura, en función de la cual fue concebida tanto en términos teóricos como estructurales, jerárquicos y funcionales.

De hecho, su versatilidad, amplitud y flexibilidad se aprecian en toda su dimensión y alcances en situaciones de extrema peligrosidad, es decir, en el umbral de una guerra nuclear, y concretamente en el marco de un proceso disuasivo para el que fue concebida y que Beaufre conceptualizó en su obra *"Estrategia de la Disuasión"*, como *"… el arte de utilizar los estrechos márgenes de libertad de acción que escapan a la disuasión nuclear"*.

Tal es el contexto en el que la Estrategia Total obtiene su máxima funcionalidad política como Estrategia de Estado.

Así entendida la Estrategia Total, es decir, como un sistema de pensamiento sistemático y funcional en el que interactúan, se integran y se coordinan diversos elementos del poder estatal debidamente estratificados, se ha transformado en un elemento insustituible de la estrategia contemporánea.

La ampliación del concepto de *fuerza* a un ámbito multidimensional que trasciende al poder militar puro; la coordinación horizontal de las diversas funciones estatales especializadas que ella conlleva; la simultánea estratificación de responsabilidades en la

aplicación flexible y especializada del poder militar, generando una convergencia armónica y complementaria con el conjunto de los esfuerzos nacionales; y la consiguiente flexibilidad política para adaptarse al dinamismo propio de la dialéctica de voluntad y poder de los procesos conflictivos, hacen que la Estrategia Total constituya un instrumento estratégico lógico y funcional del que los gobiernos difícilmente pueden prescindir en los tiempos actuales.

Sin embargo, la estrategia es dinamismo y flexibilidad por excelencia, a la vez que dialéctica de fuerzas, voluntades e intereses. De tal manera, admite interpretaciones y comparaciones, especialmente cuando se trata de concepciones tan amplias e integrales como las que implica la estrategia contemporánea y en concreto el concepto de Estrategia Total, en el que se ha centrado el análisis del autor. En tal sentido, cuando conceptos estratégicos son tan amplios como en el caso que nos ocupa y abarcan prácticamente todo el espectro del Estado, su contextualización se hace difícil y se corre el riesgo de confundir a la estrategia en sí, con la filosofía, la política u otras ciencias o disciplinas.

De hecho, todo el mundo habla hoy de estrategia, aunque no está claro a qué se refieren en realidad. De hecho la Estrategia se ha transformado en un concepto aparentemente ambiguo en su integralidad, aunque engañosamente concreto en su especificidad, dependiendo del contexto de la disciplina que lo utiliza.

Tal es el riesgo que han asumido, en diferentes épocas, quienes han realizado un análisis de contenido de pensadores estratégicos tan disímiles como Sun Tzu, Clausewitz, Mao Zedong o Liddell Hart, por ejemplo, quienes, partiendo desde la especificidad de diferentes disciplinas, ciencias o criterios, han enriquecido el diálogo estratégico con sus interpretaciones y postulados.

La Estrategia es dinamismo y ahí reside precisamente su mayor atractivo y el encanto que a todos seduce. Kissinger, Aron, White, Norberto Bobbio y Humberto Eco, entre otros muchos pensadores contemporáneos, procediendo de diferentes carreras, especialidades, ciencias y disciplinas, abordaron con imaginación y espíritu crítico la problemática de la lógica y la dinámica de la estrategia, y sus obras son prueba tangible de ello.

En esa línea, Galo Eidelstein se suma con su libro a estos esfuerzos que oxigenan los estudios del conflicto. Análisis de contenido críticos como el que nos presenta en esta oportunidad permiten a pensamientos tan sólidos como el de la Estrategia Total de Beaufre –que como intangibles tienden a ser interpretados con una rigidez peligrosa– alejarse con renovado ritmo de la escolástica paralizante o de las interpretaciones canónicas. En este sentido, interesante es el desafío que ha asumido el autor, cuya propuesta queda sometida al escrutinio del lector y de la comunidad académica, ya que su lógica introduce el tema en una nueva dimensión, que linda entre la filosofía, la política y la ideología.

Por tal razón Galo Eidelstein me ha sorprendido al solicitarme que le prologue este, su primer libro.

Distinguido, porque fui su profesor de Estrategia en la Maestría de Seguridad y Defensa que él obtuvo en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos; y sorprendido, porque mis opiniones sobre el tema no son neutrales y al hecho de que también me desempeñé como tutor de la tesis que dio origen a su original planteamiento. De tal manera, su temática no me es desconocida en absoluto, sino todo lo contrario, razón por la cual mis opiniones son coincidentes en algunos aspectos y críticas en otros, aunque en estas líneas me reservo el derecho de no profundizar más en los contenidos de la Estrategia Total, para no prejuzgar ni inducir interpretaciones sobre el interesantísimo y serio análisis crítico que Galo Eidelstein hace de la principal concepción teórica de uno de los estrategas contemporáneos más connotados, como es André Beaufre.

En dicho contexto, el autor me pone en la difícil disyuntiva de introducir al lector en su propuesta y de opinar preliminarmente sobre ella, en circunstancias que he sido testigo de su evolución metodológica y conceptual y, sobre todo, del proceso de depuración de valoraciones a que el autor sometió su obra con encomiable y sistemático rigor, circunstancia que junto al método aplicado, constituye un mérito en este tipo de investigaciones.

Cuando Galo Eidelstein me habló de su proyecto, cuando este era solo una idea con objetivos difusos, lo encontré un

desafío interesante, pero sus resultados lo son aun más, como el lector podrá comprobar por sí mismo.

En su desarrollo, el lector se encontrará con una lógica teórica que conlleva una visión integrada a la vez que separada de los elementos básicos de la teoría del conflicto, de la política y de la estrategia, cuestión que resulta fundamental para entender la propuesta del autor, la cual se centra, principalmente, en la profunda contradicción interna que el autor estima existe en la lógica del planteamiento de Beaufre, la cual resta profundidad racional a la Estrategia Total en su pretensión de constituir una "*teoría acerca de la concurrencia de todos los medios del Estado para conseguir objetivos políticos, basada en una concepción diferenciada de la política y de la estrategia*".

Su propuesta respecto al tema es simple, pero profunda y sugerente, ya que salva la aparente contradicción que existe en la separación de la especificidad de ambos campos, es decir, de la política y la estrategia, incorporando a la lógica de sus respectivos análisis los intereses políticos y económicos de los grupos de poder. Provocativa tesis, que bien merece un estudio profundo, serio y, por cierto, ajeno por completo a toda teoría de la conspiración, como el mismo autor se encarga de aclarar reiterativamente.

En síntesis, los contenidos de la propuesta del autor dinamizan el diálogo estratégico contemporáneo y estimulan una visión crítica de la propuesta de Beaufre, circunstancia que abre las puertas y estimula en los miembros de la comunidad estratégica, el desarrollo de nuevas perspectivas de análisis que, desde puntos de vista distintos, sean estos estructurales o funcionales, serán un valorado aporte para la comunidad académica. De hecho, la obra de Galo Eidelstein constituye una aguda contribución al pensamiento estratégico moderno.

Santiago, julio de 2006

ARTURO CONTRERAS POLGATI (Ph.D)
Profesor ANEPE

INTRODUCCIÓN

Como consecuencia del espectacular desarrollo de las fuerzas productivas y de la profundización de las relaciones capitalistas de producción a lo largo y ancho de toda la tierra, no solo se impone el proceso de globalización en curso, sino que se cristalizan distintos conglomerados de poder alrededor de grandes Estados en diferentes latitudes de la tierra. Por una parte, se erigen la Unión Europea y Estados Unidos como los dos más grandes conglomerados económicos, seguidos luego por Japón y la República Popular China. Entre los cuatro cubren más del 74% del PIB mundial. Inmensa concentración económica muestran también Canadá, Rusia, India, Brasil, Corea del Sur, México, Australia y Holanda. Estas doce potencias sobrepasan el 88% del PIB del mundo[1].

Está por verse a qué tipo de conglomerados de poder arribarán la República Popular China en conjunto con otras potencias asiáticas; lo que pasará también con Japón, India y Rusia. Del mismo modo habrá que ver qué ocurre con Brasil y otros países de la región, con Latinoamérica o con toda América en su conjunto.

Si bien los conglomerados de poder, fundamentalmente los cuatro primeros nombrados, se presentan ante la comunidad internacional con su mejor cara, como potencias económicas, sus cuerpos reales se erigen como potencias en todo sentido y fundamentalmente potencias militares y con gran estatura estratégica.

1 FMI. World Economic Outlook Database, April 2005.

¿Cuál es la lógica que está detrás de esta nueva conformación del mapa del mundo?

Si bien esta nueva era parece comenzar con la caída de la URSS, tiene sus orígenes algunas décadas anteriores, probablemente a partir de la nueva configuración de fuerzas y de los nuevos rumbos económicos que emprende Occidente luego del fin de la Segunda Guerra Mundial. Si tomamos en cuenta todo este período, la caída del régimen soviético es parte y no causa de este proceso aunque sin duda es uno de sus hitos principales. Esta nueva era es consecuencia de un proceso que si bien no estaba oculto, aparecía velado en la superficie que presentaba la multiplicidad de hechos políticos en el denominado período de la Guerra Fría y que hicieron aparecer la caída de la URSS y el surgimiento del nuevo mundo globalizado, como dos grandes sorpresas inesperadas.

Podemos caracterizar el hecho de base que estuvo tras este proceso de cambios; nos referimos a la aceleración y profundización del proceso de descomposición del mundo agrario y colonial y las relaciones sociales que lo conformaban. Este proceso que aparece más claro en los países de la periferia, también ocurre y en medida no menor en las propias sociedades capitalistas más desarrolladas, mediante la profundización de estas relaciones, no obstante que ya eran absolutamente dominantes.

Los gigantescos procesos de producción, concentración y centralización de capitales que acompañan al proceso descrito, hizo el resto. No solo comienza a emerger un nuevo mundo de riquezas de una magnitud incomparablemente superior a cualquier época del pasado, sino que también la integración a este proceso de la mayoría de los países del planeta trasladó la marginalidad, otrora relativamente exterior, al centro de esta nueva realidad mundial. Junto al acrecentamiento de las posiciones de poder de grandes conglomerados de intereses privados, surge la inseguridad propia de quienes deben defender y acrecentar aún más esas inmensas posesiones. Ya no solo actúan en la arena internacional los intereses privados a través de los Estados, sino que los grandes grupos de poder privado, ahora también lo hacen directamente.

A lo largo de toda la historia de la humanidad se puede constatar que para conservar posiciones de poder se debe llevar a cabo una lucha permanente y sin tregua, dirigida a acrecentar el poder. Esto sigue siendo válido en el mundo de hoy, solo que la variedad, potencia y astucia de los medios a disposición son inconmensurablemente superiores a cualquier época del pasado.

Desde que la historia registra conflictos estos siempre se han dirimido por medio de una gran variedad de medios, donde junto al uso de la fuerza militar se sumaban los de orden diplomático, político y económico. El carácter de los conflictos en el día de hoy, por su envergadura y complejidad, obligan a los intereses dominantes en juego, a potenciar estos medios y a extenderlos a todas las manifestaciones de la vida social. En este contexto surge la necesidad de construir nuevas formas de defender y acrecentar estas posiciones de poder.

Es al comienzo de esta nueva era cuando se comienza a gestar la obra del general Beaufre, cuyo primer hito aparece bajo el título de "Introducción a la Estrategia", título "excesivamente modesto" al decir del capitán inglés B. H. Liddell Hart.

Esta obra se publica por primera vez en 1963, en momentos álgidos del conflicto nuclear en potencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética y se presenta, por una parte, como un esfuerzo para actualizar el pensamiento acerca de la ciencia y el arte de la disciplina estratégica la cual, a decir de Beaufre, se hallaba arrumbada *"con las antiguallas entre la tabaquera de Federico II y el sombrero de Napoleón"*[2] y en lo contingente, como una respuesta a la nueva situación creada en el mundo debido a la existencia de las armas nucleares con el poder de destruir a la humanidad en su conjunto.

La existencia de estas armas determinarían el comienzo de una nueva era del pensamiento estratégico debido a que, según su opinión, lo determinante del hecho nuclear no sería su utilización, sino justamente, por la irreversibilidad de la destruc-

2 Beaufre, André, "Introducción a la Estrategia", Instituto de Estudios Políticos, Madrid; 1965, pág. 19.

ción de la humanidad que ocasionaría su uso, su existencia cumpliría más bien el rol de disuadir su uso. Paradójicamente el poder de destrucción de este tipo de armas alejaría el peligro de una guerra nuclear y, en este nuevo escenario, *"la necesidad capital de la hora presente no es ya la defensa –aun cuando siga siendo necesaria–, sino la coordinación de las estrategias en los ámbitos de la estrategia indirecta y de la estrategia de disuasión"*[3]. Posteriormente Beaufre publicaría dos obras, "Disuasión y Estrategia" y "Estrategia de la Acción", que junto a la primera conformarán el cuerpo central de su teorización.

En este libro se podría haber tomado como base a otros diversos autores del tema de la gran estrategia o de la política internacional, elaboraciones de las escuelas realista e idealista por ejemplo[4].

Muchos de ellos anticiparon ideas que hay en la obra de Beaufre; otros desarrollaron sus planteamientos o produjeron ideas originales. Todos ellos, sin embargo, han teorizado obedeciendo al mismo tipo de inquietudes intelectuales, al mismo tipo de preguntas, aunque con respuestas disímiles, pero por sobre todo, tras la consecución del mismo tipo de intereses. No obstante, como objeto de estudio he elegido el pensamiento de Beaufre porque *"representa la síntesis del pensamiento occidental sobre el arte de la guerra desde las guerras revolucionarias francesas. En este, todos los conceptos claves de los pensadores tales como*

---

3 Beaufre, André, Disuasión y Estrategia, en *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 173.

4 La denominada Escuela Idealista propone para el logro de una paz universal, estable y duradera en el sistema político internacional –y dado el actual carácter autónomo de cada Estado–, la existencia de una autoridad común y un cuerpo de leyes que rija la vida internacional, un especie de pacto social entre los Estados, con el objetivo de establecer un gobierno mundial que aseguraría la paz. Su contraparte, la denominada Escuela Realista, plantea como única realidad la existencia de cada Estado y su consiguiente lucha por la supervivencia. Considera ingenua a la Escuela Idealista y postula como única garantía para la paz incrementar el poder como medio de disuasión, ya que justamente la renuncia a ejercerlo conduciría a la guerra. De este modo, solo la condición de equilibrio de poderes es lo que se debería conquistar y preservar para asegurar la paz. Hasta el día de hoy estas dos escuelas y sus muchas variantes e interrelaciones se disputan la primacía de las directrices fundamentales para guiar la política internacional, la guerra y la paz entre los Estados.

Antoine Henri Jomini, Clausewitz, Foch, Liddell Hart, y Raymond Aron convergen en un conciso modelo"[5].

Al realizar un estudio crítico a los planteamientos de Beaufre, se pretendió realizar la crítica al conjunto de planteamientos acerca de la gran estrategia que se ha impuesto en Occidente a partir de la Segunda Guerra Mundial bajo distintas denominaciones y bajo diferentes autorías. Lo que se intentó criticar en Beaufre no es lo que es propio en Beaufre, sino sobre todo lo que es común a las distintas teorizaciones, vale decir, el conjunto de categorías en que se basan prácticamente todos los teóricos del tema en el siglo XX. Mi intención no fue dar distintas respuestas a las preguntas establecidas por los distintos estudiosos de la estrategia, sino que el cambiar las preguntas mismas.

Para Beaufre la Estrategia Total surge como una derivada del hecho de la mutua destrucción asegurada que comprendería una guerra con armas nucleares. La realidad surgida de este hecho nuevo en la humanidad determinaría, según su planteamiento, que se cerraría el ciclo de las grandes guerras y que a cambio se iniciaría el uso de un amplio abanico de acciones insidiosas y multiformes de la estrategia indirecta[6]. De este modo, sin dejar de ser relevante la estrategia propiamente militar, se debía configurar una disciplina que diera cuenta del proceso del logro de los objetivos políticos, orillando el gran peligro nuclear en potencia y organizando la concurrencia de distintos medios para su consecución. La concurrencia de distintos medios, además de la fuerza militar, era un hecho conocido en la historia de los conflictos desde la antigüedad, pero ahora debía construirse una teorización que no solo actualizara este hecho, sino que le diera una altura teórica que sirviera efectivamente a la política de la hora actual para el logro de sus objetivos. Ya no se trataría de utilizar otros medios de la política que ayudaran al logro del objetivo

5 Abegglen, Cristoph M.V., "Clausewitz and Beaufre, the relationship of politics and war".

6 Beaufre, André, Disuasión y Estrategia, en *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 171.

militar, sino que ahora se trataba de estudiar y teorizar la mejor manera de utilizar todos los medios disponibles para conseguir los objetivos de la política.

Los ingentes problemas por lo que atraviesan los Estados, los que se presentan, sobre todo en esta era de globalización neoliberal, en una interminable competencia por sobresalir en la arena internacional y que cuando se unen en grandes acuerdos regionales, solo lo hacen con el objetivo de competir con otros conglomerados de poder similares, obligan a diseñar estrategias que aseguren su supervivencia, no solo ante una situación de guerra, sino sobre todo durante los períodos de paz. Para ello ya no bastan las improvisaciones, y para utilizar palabras de Beaufre *"los fenómenos modernos son tan vastos, tan cargados de consecuencias catastróficas que se ha hecho vital controlarlos con precisión"*[7].

Para ello se da a la tarea de construir un método de pensamiento que sea de ayuda a la cabeza política del Estado, para ocupar todas las capacidades disponibles tras la consecución de los objetivos nacionales. Para destacar aún más la importancia que le asigna a esta nueva disciplina, responsabiliza de la escalada que hubo en ambas guerras mundiales, al desconocimiento de un verdadero arte de la estrategia considerada como total, la que hubiese podido poner coto a esas grandes conflagraciones.

Este método sería un cuerpo teórico de carácter neutro, que se aplicaría no solo al enemigo en la guerra, sino también al aliado y al no aliado en época de paz. Al requerir una definición clara de los grandes objetivos nacionales, el método ya no se restringiría a remontar situaciones de conflictos de carácter puntual, sino que alejada también de la mirada simple de la prospectiva, aspiraba en convertirse en una herramienta indispensable para construir el futuro del Estado.

La ubicación de la estrategia en este grado de generalidad, hacía necesario definir y precisar la concepción de la es-

---

[7] Beaufre, André, "Estrategia de la Acción", Ediciones Pleamar, Buenos Aires; 1978, pág. 159.

trategia en relación a la política, sobre todo porque no faltaban quienes temían que con este planteamiento se estaría extendiendo de manera impropia a la primera y con ello se estaría promoviendo la militarización de la segunda. Beaufre se preocupa de aclarar que la extensión inevitable de la estrategia comprendida como estrategia total al ámbito y estudio de las relaciones internacionales, que tradicionalmente se consideró del ámbito político, tendería por el contrario *"a reducir la autonomía de la estrategia propiamente militar, para subordinarla más estrechamente a una concepción estratégica de conjunto, directamente comandada por el concepto político y puesta en acción por hombres políticos... La extensión de la estrategia al conjunto del fenómeno de coerción, responde a la inquietud de reunir, en un sistema único de pensamiento, la extrema diversidad de los procedimientos empleados, sean militares o no"*[8].

Como consecuencia lógica de este camino, ya no bastaría según Beaufre, enseñar esta disciplina en los centros de enseñanza superior, sino que se debería *"adaptar los resortes superiores del Estado al concepto de estrategia total, para permitirle reemplazar el concepto, actualmente sobrepasado, de 'defensa nacional"*[9].

El trabajo que se presenta a continuación tiene por objeto realizar un estudio crítico de la teorización de Beaufre. Apunta fundamentalmente a las categorías más básicas de esta construcción. Muestra cómo la estrategia total concebida por Beaufre no es una herramienta neutra, ni un método de pensamiento que se pueda aplicar a distintas realidades. Se muestra que los elementos de base que hacen arribar a esta concepción de estrategia total se sostienen, no de un análisis abstracto, sino que es la forma que adopta la política en la actual era de la globalización de los poderes. Esta forma, para presentarse en el ámbito teórico, debe velar sus condicionantes fundamentales y crear o resignificar ciertas categorías como las de duelo, medios, política, estrategia y otras, que serán justamente el objeto del estudio crítico que se presenta a continuación.

8 Beaufre, André, *ibid.* pág. 36.
9 Beaufre, André, *ibid.* pág. 159.

De esta manera se verá que la elaboración realizada por Beaufre no logra una teorización coherente debido a que no consigue conformar un punto de partida que, por una parte, tenga el grado suficiente de generalidad como para abarcar el amplio campo atingente a la estrategia y, por la otra, tenga el adecuado grado de concreción que le permita construir abstracciones que correspondan a la realidad de la política.

Se mostrará que las ideas de duelo o dialéctica de voluntades, tal como están concebidas, no bastan para construir el objeto teórico en estudio de manera concreta. Se verá en cambio, que se puede construir una teorización que corresponda mejor a la realidad, al considerar desde la partida que tras la idea de duelo o dialéctica de voluntades en general, subyacen intereses de grupos de poder y que esta idea es una condición necesaria que debe llevar a considerar la estrategia (entendida como Estrategia Total) no como una parte de la política en general, ni menos como un ente separado desde el punto de vista teórico, sino como la forma del pensamiento político en un estadio determinado del desarrollo social.

La premisa fundamental que guiará esta obra es comprender que el sostén, tanto de la teorización acerca de la estrategia, como de la construcción de una estrategia en concreto, depende de los intereses de los grupos de poder que actúan tanto a través de los Estados como por fuera de estos. Es de esta premisa que se desprende que la consideración de la guerra y el uso de la fuerza en general, ya sea en acto o por su sola presencia, así como también la consideración del tema estratégico en general, es parte sustancial de la política y no un ámbito ajeno o separado o solo relacionado con ésta. Del mismo modo y como consecuencia de ello, la estrategia y su teorización son también un reflejo en la superestructura social del conjunto de antagonismos de intereses que objetivamente se dan entre distintos grupos sociales.

Probar esa idea no forma parte de este libro y solo se ha tomado como premisa. Demostrarla requeriría una investigación adicional que permitiera entender el entramado que liga el funcionamiento de las grandes corporaciones y grupos de po-

der, sus intereses y las relaciones que tienen con los objetivos nacionales que se fijan los Estados donde operan o se relacionan. Esa investigación permitiría presentar un cuerpo teórico más completo.

En cambio, la teorización de Beaufre acerca de la estrategia total comporta una serie de premisas que impiden una solución a los problemas planteados. Las fundamentales son su consideración de la política en el ámbito subjetivo y la consideración de la disciplina estratégica en un ámbito separado de la política, como el ámbito propio de la racionalidad y de la objetividad. Estas premisas planteadas sin pruebas ni articuladas en un cuerpo teórico coherente, al impregnar a las categorías fundamentales utilizadas, impiden en definitiva resolver de modo coherente el cuerpo teórico y su adecuada relación con la realidad.

De esta manera, el cuerpo teórico concebido por Beaufre relega el importante tema de la decisión política a un problema de psicología individual y el tema estratégico, concebido como una continuación de la política pero desprendida de ella, se presenta como una construcción abstracta y desligada de los móviles. Luego, las necesidades que surgían para conciliar la teoría con la realidad hacían necesario introducir modificaciones, las cuales, al sustentarse en los mismos conceptos anteriores, llevaban a nuevas contradicciones e incoherencias. El problema central que comporta esa teorización es que, al prescindir de la comprensión y el estudio del origen de los objetivos políticos, los cuales como se dijo, son relegados al ámbito subjetivo, no logra convertirse en una herramienta que ayude verdaderamente a comprender la estrategia total que construyen en realidad los Estados. Por lo que las estrategias que construyen los enclaves de gran poder tienen como sostén otro tipo de consideraciones que en la teorización de la estrategia total quedan veladas.

El tema central que aborda esta obra es reconocer e incorporar la realidad que significan los intereses de los grupos de poder en la determinación de los objetivos políticos y su consecución. Este es el elemento central para reconocer en la política

y en la estrategia una base objetiva y no subjetiva de análisis. Es lo que permite encontrar una causalidad en el ambiente de las decisiones políticas, las que en caso contrario, permanecían en un terreno brumoso, inasible e imposibilitadas de ser objeto de estudio. En este nuevo contexto es posible proponer un cuerpo de categorías que reflejen la realidad, vale decir la existencia de antagonismos basados en intereses reales y la construcción de una estrategia que tome en cuenta esos antagonismos concretos.

Aunque se ha puesto el esfuerzo principal en un análisis crítico a la teorización de la estrategia total, se reconoce, sin embargo, el gran aporte que significó su sola existencia como cuerpo teórico. Si el libro que el lector tiene en sus manos tiene algún valor, esto de ningún modo significa que todo el edificio construido por Beaufe con su gran riqueza de ideas se derrumbe, pues este estudio crítico se dirige a develar los intereses que sostienen este edificio, a redefinir categorías más adecuadas para comprender el pensamiento estratégico y no a poner en jaque su eficacia en el uso que de este hacen los grandes centros de poder. Justamente esta teorización va dirigida a mostrar cómo esa definición equívoca de categorías que construye Beaufre, es funcional a los objetivos políticos de los grandes conglomerados de poder.

Para finalizar, creo importante consignar que no hay en la literatura una crítica a la teoría de la estrategia total en los términos y con el enfoque que se ha planteado. Del mismo modo no he encontrado literatura nueva respecto a la reelaboración conceptual de categorías que dependen de una consideración política del uso de la violencia, además de los clásicos de Clausewitz y Lenin. En este sentido, algunos clásicos, por ejemplo Aron, lo hacen pero desde una perspectiva que justamente es la que se está criticando. No se ha encontrado tampoco elaboraciones que integren distintas áreas temáticas, como por ejemplo una teoría de los campos de acción asociada a la estrategia total.

Esto ha determinado que se haya planteado el trabajo con una gran amplitud y una gran variedad de problemas. No to-

dos ellos se han analizado con la misma profundidad, con el objeto de construir en primer lugar un gran marco de nuevas ideas y categorías conceptuales, para determinar un nuevo campo de estudio. Por ello también, a modo de ejemplo y con el objeto de presentar una imagen más integral de cuáles han sido las consecuencias de utilizar las bases conceptuales de la teorización de Beaufre, se presentan algunas ideas de autores, algunos más y otros menos relacionados con el tema de la estrategia total, tales como Aron, Collins, Handel, Huntington, Cheyre, donde aparecen de una u otra manera esos conceptos. Me pareció interesante mostrar cómo las premisas que utiliza Beaufre, son ideas difundidas en distintos campos y obedecen a una postura más general ante la política.



PARTE I

Cuestiones metodológicas

He considerado necesario comenzar la exposición con un capítulo acerca del método, pues este, cualquiera que sea, no es una herramienta neutra desde el punto de vista político. De allí la importancia de develar el fondo político de la metodología seguida por Beaufre en su obra, así como de otros estrategas. El método no es una forma vacía, sino fundamentalmente la expresión de una política y su crítica, es una crítica política.

En la introducción a su libro sobre la guerra, Clausewitz propone un método para la investigación. Considerará en primer lugar *"los diversos elementos...; luego sus distintas partes o divisiones y finalmente el todo en su íntima conexión"*. Luego agrega: *"Procederemos, de este modo, de lo simple a lo complejo. Pero en esta cuestión, más que en otra alguna, es necesario comenzar por referirse a la naturaleza del todo, ya que en esto la parte y el todo deben siempre ser consideradas simultáneamente"*[10].

Esta propuesta que en apariencia luce con visos cartesianos, es en realidad una propuesta de alcance mayor. Describe el camino de ascenso de lo abstracto a lo concreto, propio de la construcción hegeliana del concepto: *"...este progresar se determina por el hecho de que empieza a partir de determinaciones simples, mientras las siguientes se hacen siempre más 'ricas y concretas'. En efecto, el resultado contiene su comienzo, y este, en su curso, se ha enriquecido con una nueva determinación. Lo 'universal' constituye la base; el progresar, por ende, no debe entenderse por un 'fluir de lo uno a lo otro'. En el método absoluto, el concepto 'se conserva' en su ser-otro, lo universal se conserva en su particularización, en el juicio*

[10] Clausewitz, Karl von, "De la Guerra", Ediciones Solar, Buenos Aires; 1983, pág. 9.

y en la realidad; en cada grado de ulterior determinación lo universal eleva toda la masa de su contenido precedente y, por su progresar dialéctico no solo no pierde nada ni deja nada tras de sí, sino que lleva consigo todo lo adquirido y se enriquece y se condensa en sí mismo"[11].

Se trata entonces de elegir de entre los múltiples elementos que conforman el objeto de estudio, aquellos más simples, que sin embargo contengan en germen las determinaciones más importantes del desarrollo posterior del objeto. De allí la exigencia de partir considerando estos elementos simples en conjunto con el todo, para que estos elementos simples no sean meras abstracciones vacías, sino abstracciones que representen verdaderamente la realidad. Para el sistema idealista de Hegel sin embargo, este camino de ascenso de lo abstracto a lo concreto es el proceso de construcción o engendramiento de lo real a partir y por medio del desarrollo y devenir de la idea absoluta. Clausewitz en cambio parte de la realidad, y reconstruye teóricamente el objeto de estudio comenzando con los elementos más simples –pero como ya hemos indicado, que contienen en germen las determinaciones del todo–, construyendo luego sus articulaciones y determinaciones hasta llegar a la construcción del objeto de manera concreta, vale decir con el conjunto de sus determinaciones, pero no como un proceso que engendra lo real, sino como objeto pensado, o sea un cuerpo teórico[12].

---

11 Hegel, Georg Wilhelm F., "Ciencia de la Lógica", Ediciones Solar S.A. y Librería Hachette S.A., Argentina; 1968, pág. 738.

12 Es interesante apuntar que es Marx quien será el que emplee de modo más integral y consecuentemente ese método de construcción del objeto de estudio mediante el ascenso de lo abstracto a lo concreto, en sus obras "Contribución a la Crítica de la Economía Política" y en "El Capital". En estas, el fin no consiste en elevarse cada vez más hacia abstracciones más depuradas –no sería este el objetivo de la ciencia– sino por el contrario, la idea abstracta es solo un medio del proceso teórico, y cada acto de generalización (vale decir, de reducción de lo concreto a lo abstracto) aparece como un momento "desvanecedor" en el movimiento general. El verdadero camino de la ciencia sería construir las abstracciones necesarias y a partir de estas reconstruir el objeto de manera teórica, en su concreción, es decir como la unidad articulada de sus determinaciones. De esta manera Marx comienza su exposición acerca del modo capitalista de producción con el análisis de la mercancía, en tanto célula básica de toda sociedad basada en el intercambio y que contendría en germen todo el cúmulo de contradicciones que podrán desplegarse

No es sencillo sin embargo determinar los elementos abstractos de partida para la construcción de lo concreto. El elemento inicial de Clausewitz, la abstracción o partícula elemental con la cual comenzará su estudio del fenómeno de la guerra es el duelo[13]. Esta es la abstracción que también han tomado de Clausewitz, la mayoría de sus seguidores y comentadores. En los primeros capítulos de su obra, Clausewitz agrega a este elemento general algunas determinaciones necesarias que veremos en su oportunidad y que le permitirán conformar un sólido punto de partida para desarrollarlos en base a su propia dinámica interna, considerando los factores atenuantes y las tendencias contrarias que modularán estos principios generales hasta reconstruir el objeto de estudio en su integridad y concreción.

En la obra que se presenta a continuación se pretende realizar un análisis de la teoría acerca de la estrategia total, a partir en lo fundamental de las elaboraciones hechas por Beaufre, y con la metodología propuesta por Clausewitz. Veremos sin embargo en el curso de la investigación, cómo en estas elaboraciones sobre la estrategia total realizadas a partir de mediados del siglo XX no se ha logrado concretar un punto de partida abstracto adecuado, que sirva para reconstruir la realidad concreta de manera teórica. Veremos cómo las ideas de duelo en general, o la idea de dialéctica de voluntades, no bastan como puntos de partida para reconstruir el objeto teórico de modo concreto. Tampoco bastan las adiciones que Beaufre le ha hecho a estas ideas abstractas.

---

posteriormente en la sociedad capitalista desarrollada. Por esta razón no parte su análisis con la categoría de trabajo, el cual en el proceso productivo es sin duda el paso anterior para producir la mercancía, puesto que el trabajo en general es común a todo tipo de relación social y no podría desprender de ese punto de partida lo específico de su objeto de estudio. Probablemente los estudios más profundos acerca del método ocupado por Marx en El Capital, los realizó el filósofo soviético E. V. Ilienkov. Ver su obra "La dialettica dell'astratto e del concreto nel Capitale di Marx", Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milano; 1961.

13 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 9.

Veremos también que en el análisis de las ideas acerca de la estrategia total de Beaufre y otros autores –reconociendo el aporte que significó esta teorización–, al no contemplar un punto de partida abstracto que contenga sin embargo en germen todo el despliegue del que será necesario y al no poseer un método para construir el objeto en el ámbito teórico, se verá obligada a introducir y mezclar elementos de diferente grado de abstracción de una manera que no guardan relación con el desarrollo real del objeto de estudio.

El método propuesto consistirá entonces en tomar, en un primer momento, elementos concretos pero aislados de la realidad obtenidos del amplio campo de la política. A partir de estos se construirán categorías que teniendo un adecuado grado de abstracción contengan, no obstante, un grado de concreción adecuado al objeto de estudio. Llegado a este punto, tendremos en un nivel abstracto las principales categorías analizadas y reformuladas, tales como el duelo, la política, lo objetivo y lo subjetivo en la política, etc., sin embargo aquí no ha terminado el proceso. En realidad y como se señaló, el verdadero desarrollo teórico se juega en un segundo momento, que es el de ascenso de lo abstracto a lo concreto, que es el proceso en que se ponen en juego las categorías abstractas para obtener, mediante el conjunto de sus relaciones, el objeto teórico, ya no abstracto, sino el objeto concreto en la teoría, vale decir con el conjunto de sus determinaciones. En este proceso se conjugan también las distintas alternancias de los procesos de inducción y deducción y su relación con la historicidad de las categorías.

Desde el punto de vista de la construcción de esas categorías, el estudio crítico que se presenta toma sus fundamentos, por una parte, del Prefacio de la obra de Marx "Contribución a la Crítica de la Economía Política"[14], cuya idea central es que toda sociedad está determinada por el tipo de relaciones sociales que establecen los hombres entre sí para producir y reproducir su vida y que esta es la base para analizar el resto de los

[14] Marx, Karl, "Contribución a la Crítica de la Economía Política", Ediciones Estudio, Buenos Aires; 1975.

fenómenos de la superestructura de la sociedad, fundamentalmente el ámbito ideológico, político y jurídico. También se basa en el conjunto de indicaciones metodológicas que entrega en la obra "El Capital"[15]. Por otra parte, de la obra de Clausewitz, se tomó la idea central de su planteamiento acerca de la consideración de la guerra o el uso de la fuerza en general, como una forma específica de continuación de la política y no como su interrupción.

15 Marx, Karl, "El Capital", Editorial Fondo de Cultura Económica, México; 1946.



PARTE II

Análisis de conceptos fundamentales

La estrategia total en Beaufre

En su libro "Introducción a la Estrategia" Beaufre somete a crítica el antiguo concepto de estrategia, también utilizado por Clausewitz y otros autores, como Liddell Hart y Raymond Aron.

Ese concepto, según el cual *"la estrategia es el arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los resultados fijados por la política"*[16], adolecería de dos problemas. Por una parte, sería un concepto estrecho en sus alcances, pues solo concerniría a las fuerzas militares. Por otra, el concepto abarcaría al conjunto del arte militar, vale decir, no solo a la estrategia sino que además a la táctica y la logística.

De acuerdo a lo anterior, Beaufre replantea el concepto de estrategia y la define como *"el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política"*[17].

Con esta redefinición, Beaufre intenta ubicar el concepto de estrategia en un campo distinto. Por una parte, amplía el concepto de fuerza a un campo más amplio que el referido al mero uso de las armas y, por la otra, distingue la estrategia de la táctica y también de la logística en tanto éstas últimas comportarían solo *"a la combinación de las cosas materiales"* y más cercanas por lo tanto al arte del ingeniero.

Como punto de partida, entonces, podemos afirmar que la diferencia fundamental de enfoque, entre el planteamiento de

---

16 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 28.
17 Beaufre, André, *ibid.* pág. 29.

Beaufre y el de Clausewitz es la reubicación del concepto de estrategia en un campo más amplio que el puramente militar y que sería atingente a la política en general.

Lo anterior representa un mérito que corresponde destacar, ya que la obra de Beaufre abre un campo de investigación y elaboración teórica ante un problema que parecía agotado, pero que sin embargo como lo muestran los hechos políticos que nos ha tocado vivir hasta el día de hoy, la nueva comprensión de la estrategia encierra una gran potencialidad. La concepción de Estrategia Total en Beaufre retoma en cierta forma la estrategia total que, de una u otra forma, siempre han utilizado los Estados, desde la guerra militar clásica[18]. Nuestro autor la eleva a un nivel que permite conceptualizarla y desarrollarla. Además permite criticarla desde una perspectiva teórica.

Siguiendo con su razonamiento, Beaufre se pregunta: *"¿Qué es, pues (la estrategia), si no se sitúa ni en el plano de las cosas materiales ni en el plano de la política?"*[19].

Si bien he planteado que la teorización acerca de la estrategia total pretende ubicar esta disciplina en un ámbito más amplio que el militar, en el campo de la política, Beaufre da un paso atrás y junto con delimitar el campo de la estrategia "por abajo", al separarla del arte del ingeniero, postula además un corte "por arriba", separándola así, sin mayor explicación, de la política. Además, al delimitar la estrategia "por arriba" con la política, no solo está poniendo límites al concepto de estrategia, sino que está fijando los límites a la conceptualización de la política misma. No hay en la obra de Beaufre una conceptualización de lo que sería la política, y en las pocas ocasiones en que se refiere al tema esta queda confinada fundamentalmente a su rol de fijar los objetivos[20].

Vemos así que el intento de ampliar el campo de la estrategia al de la política, intención loable y por la cual Beaufre ha

18 Beaufre, André, *ibid.* págs. 61, 62 y 117. No obstante, más adelante se someterá a crítica la idea de que la estrategia total, tal como la concibe Beaufre, la habrían utilizado los Estados desde la antigüedad.

19 Beaufre, André, *ibid.* pág. 29.

20 Beaufre, André, *ibid.* págs. 30 y 59.

concitado la mayor atención de sus seguidores, se cruza al mismo tiempo con el intento de construir los conceptos de la estrategia en un ámbito distinto de aquella. Esta es una contradicción que cruza toda la obra de Beaufre y de la cual nunca se hace cargo. Toda la investigación que sigue está dirigida justamente a crear un cuerpo teórico que resuelva el problema de considerar a la estrategia (la gran estrategia) en el campo de la política de una manera coherente.

No debe inducir a confusión el hecho de que en su obra Beaufre, al hablar de la estrategia, se refiera efectiva y reiteradamente a hechos políticos. Sin embargo veremos cómo –y este será uno de los temas centrales de este trabajo–, al no considerar el origen de los antagonismos en la caracterización de la dialéctica de voluntades antagónicas, no logra constituir verdaderos análisis políticos.

Según Beaufre, la estrategia es un instrumento de la política y en tanto tal su fin es lograr los objetivos fijados por aquella[21]. La estrategia tiene como fin el cumplimiento de los objetivos en que la fuerza concurre, junto a otros factores, para lograrlos. Por lo tanto la estrategia sería tal solo a condición de que participe también la fuerza[22].

Como el uso de la fuerza puede ofrecer las más variadas gradaciones, Beaufre introduce la idea de un *"empleo matizado de la fuerza"*[23], situación que se diferencia en gran medida de su uso abierto. También tiene una diferencia de principio con la ausencia absoluta del uso de la fuerza en cualquiera de sus grados.

Puesto que la estrategia solo sería atingente cuando confluye el uso de la fuerza, podría pensarse que sería la "política" la que cubriría el ámbito donde hubiese "un uso muy matizado de la fuerza", o donde esta estuviese ausente de manera absoluta.

21 Beaufre, André, *ibid.* págs. 30 y 59.
22 Beaufre, André, *ibid.* pág. 153.
23 Beaufre, André, *ibid.* pág. 153.

En este marco hipotético, se podría pensar que el rol de la política sería no solo determinar los objetivos sino, además, diseñar caminos para llegar a ellos en tanto estos caminos comportaran un uso muy matizado de la fuerza o no lo comportaran en absoluto, si una tal situación pudiera darse.

Sin embargo, Beaufre insiste en restar a la política toda posibilidad de inmiscuirse en el terreno de los caminos diseñados para la consecución de cualquiera de sus objetivos.

En el capítulo de su obra "Introducción a la Estrategia" donde trata de las estrategias directa e indirecta, Beaufre critica con razón a quienes piensan que en el caso de la estrategia indirecta, en que en ciertos períodos hay un uso matizado de la fuerza, no sería pertinente la estrategia, sino que eso debiera dirimirse en el terreno meramente político. Nuestro autor piensa que cuando tiene lugar el uso de la fuerza, por matizada que esta sea, debe considerarse pertinente el uso del concepto de estrategia[24].

Como vimos anteriormente, Beaufre piensa que la política, que solo ha quedado confinada a fijar los objetivos, deja de existir al entrar en el campo de la estrategia. En este sentido, es interesante constatar cómo sus críticos cometen el prejuicio contrario al pensar que la estrategia dejaría de existir al entrar al campo de la "política".

Después de criticar con razón el que se quiera considerar fuera del campo de la estrategia la consecución de objetivos políticos en que se requiera solo un uso matizado de la fuerza, podríamos pensar entonces que sería pertinente el empleo del concepto de "política" cuando no se requiere el uso de la fuerza, en ningún grado, como podría ocurrir en el caso de una estrategia indirecta.

Beaufre responde con razón que la estrategia indirecta no se debe considerar aisladamente como un polo en contradicción con la estrategia directa.

---

[24] Beaufre, André, *ibid.* págs. 153, 154.

Si se analizan dos casos extremos, veremos que en el caso de la estrategia nuclear directa la estrategia indirecta es el complemento de la estrategia directa[25]. En el otro extremo, cuando no se tiene la fuerza de las armas, la estrategia indirecta es lo que sustituye la fuerza material de la que se carece o se tiene en muy pequeño grado[26].

Por lo tanto reivindica aquí la relación estrecha que existiría entre la estrategia indirecta y la fuerza, la cual no deja de estar presente.

En el caso de la estrategia indirecta, el uso matizado de la fuerza *"no debe llamar a engaño respecto a la importancia de su papel"*[27].

Al referirse al equilibrio nuclear en el caso del período de la Guerra Fría, Beaufre plantea que en la estrategia indirecta *"la fuerza es necesaria para explotar (o amenazar con explotar) las situaciones creadas por la maniobra psicológica"*. Lo cual *"sigue siendo verdad incluso si la acción requiere la presencia de algunos cascos azules de la ONU, o de algunos gorilas de Katanga"*. Luego agrega que *"(la fuerza) puede ser muy pequeña, no es nunca nula. Sin ella ya no habría estrategia"*[28].

La respuesta de Beaufre está muy bien y la comparto, pero pregunto ¿qué habría en ausencia de la fuerza? Al suspender el razonamiento en este punto, Beaufre abre la puerta a sus críticos, quienes plantean que allí comenzaría la "política". En otras palabras, si bien Beaufre tiene razón al plantear que la fuerza no es nunca nula, no da cuenta de todas las implicancias de este hecho.

A mi juicio, no solo la estrategia no podría existir si no existiera la necesidad del uso de la fuerza, pues si la fuerza ya no fuera necesaria, esta situación reflejaría un cambio tan radi-

25 Beaufre, André, *ibid.* pág. 150.
26 Beaufre, André, *ibid.* págs. 152, 153.
27 Beaufre, André, *ibid.* pág. 153.
28 Beaufre, André, *ibid.* pág. 153.

cal en la organización social, que implicaría en primer lugar la desaparición de la política misma, o por lo menos la política tal como toda la historia de la humanidad la ha conocido hasta ahora.

Habría entonces una relación entre la necesidad de usar la fuerza y la política que normalmente permanece velada. Una conceptualización de la estrategia no debería pasar por alto este hecho.

Beaufre no puede llegar a esta conclusión pues no desarrolla una concepción de la política coherente con su planteamiento. Al separar tajantemente la estrategia de la política, sin tener una concepción de la política, lo lleva a diversas incoherencias que presenta el desarrollo de su pensamiento.

Así Beaufre plantea ...*"Considerar la estrategia indirecta una política, es cometer una grave confusión de géneros. En efecto, la política, cuyo papel es fijar los objetivos y definir el volumen de medios a consagrar a su logro, tendrá que decidir si el objetivo que se quiere alcanzar habrá de ser perseguido o no por los caminos de la estrategia indirecta. Pero la dirección de esta estrategia ya no pertenece a la política, sino a la estrategia; es decir, que el empleo de la fuerza debe estar supeditado a las combinaciones las más estudiadas"*[29].

En el párrafo anterior Beaufre introduce algo nuevo. Hasta ahora el rol de la política quedaba totalmente determinado y restringido a la fijación de objetivos. Todo lo que correspondía a la forma de lograr esos objetivos caía en el ámbito de la estrategia. Sin embargo allí nuestro autor hace entrar por la ventana lo que había echado por la puerta. Afirma que la política debe además determinar los medios a consagrar a sus logros y dirimir el tipo de estrategia que se debería emplear.

Algo análogo, pero en sentido inverso, ocurre también con su concepción de la estrategia, la cual hasta ahora estaba consagrada y confinada a cumplir los objetivos fijados por la política.

---

29 Beaufre, André, *ibid.* pág. 154.

Beaufre nos dice que la finalidad de la estrategia sería: *"alcanzar los objetivos fijados por la política utilizando lo mejor posible los medios de que dispone"*[30]. No nos dice de dónde saldrían los objetivos de la política.

Este desconocimiento no sería un problema si es que realmente el medio (la estrategia) y el fin (el objetivo político) estuviesen perfectamente delimitados.

Sin embargo, es difícil pensar que la estrategia solo participaría como mero medio y que en la elección de objetivos no haya participación de un pensamiento estratégico.

Por ello, en el discurrir de su razonamiento y a pesar de lo que ha afirmado anteriormente, Beaufre se ve obligado a introducir a la estrategia en el ámbito de la política.

En efecto, Beaufre establece que *"...(dado que la estrategia es) el medio de acción de la política internacional, no resulta imposible que sus procedimientos sean aplicables al ámbito de la Política a secas, e incluso en todos los ámbitos en que se enfrenten dos voluntades"*[31].

En su obra posterior, "Estrategia de la Acción", Beaufre desarrolla nuevamente las relaciones entre la estrategia y la política, e intenta incorporar el pensamiento estratégico en esta última. Sin embargo, lo hace una vez que ha construido su edificio teórico y sus conceptos en la obra "Introducción a la Estrategia" bajo el supuesto contrario. De este modo, el empleo acrítico de esas categorías construidas bajo el antiguo supuesto, transformarán esa reconceptualización en un intento fallido. De allí en adelante cada una tendrá su propio ámbito desde donde se limitarán a interactuar. Finalmente en esa obra, en las conclusiones sobre el capítulo acerca de la acción, concluye que: *"Así la acción es un fenómeno complejo, en el que interfieren la gran política y la estrategia total, porque ella pretende influir sobre el gran fenómeno general y continuo de la Historia. Desde ahora, la gran política y*

30 Beaufre, André, *ibid.* pág. 30.
31 Beaufre, André, *ibid.* pág. 58.

la estrategia total aparecen como dos dominios distintos que comportan recortes –además variable– sobre una gran playa común"[32].

De esta manera *"la estrategia deviene un proceso permanente de establecimiento de situaciones, posibles cursos de acción, posibles efectos en las fuerzas materiales y psicológicas, no solo durante la guerra, sino también durante la paz. Política y estrategia entonces, interactúan sin fin, en un loop de retroalimentación mutua. La política fija el objetivo y la magnitud de los esfuerzos; la estrategia evalúa y reevalúa los posibles cursos de acción y el resultado de sus efectos mutuos, planifica y establece objetivos coherentes para todos los medios del poder involucrados (militares, económicos, diplomáticos)"*[33].

Tendremos ocasión de analizar en mayor profundidad este tema más adelante.

La política

En el capítulo sobre Cuestiones Metodológicas[34], se planteó la importancia que tiene elegir un adecuado punto de partida, el cual teniendo un cierto grado de abstracción, debía sin embargo contener los elementos necesarios que nos permitieran reconstruir la totalidad concreta y no un conjunto de nuevas abstracciones sin correspondencia con la realidad.

El punto de partida elegido por Clausewitz es el duelo, el cual una vez caracterizado en sus aspectos generales, se completaba con algunas determinaciones que lo hacían apto para esta función.

Se agregó además que las ideas de duelo en general, o la idea de dialéctica de voluntades tal como aparecen en los escritos clásicos de Beaufre o Foch[35], no bastaban como puntos de partida para reconstruir el objeto teórico de modo concreto.

---

32 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 75.
33 Abegglen, Cristoph M.V., *op. cit.* "Clausewitz and Beaufre, the relationship of politics and war".
34 Parte I.
35 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 29.

El duelo en Clausewitz

Entre las varias determinaciones que Clausewitz incluye en su concepción del duelo, me referiré aquí a una de ellas, cuyos alcances han pasado desapercibidos para la mayoría de sus lectores.

Al referirse al uso ilimitado de la fuerza, en un análisis aún abstracto y antes de poner en juego las tendencias contrapuestas que modulan todo duelo, plantea que: *"... en la lucha entre los hombres intervienen en realidad dos elementos diferentes: el sentimiento hostil y la intención hostil. Hemos elegido el último de estos dos elementos como rasgo distintivo de nuestra definición porque es el más general"*[36].

Es claro que los sentimientos y emociones no pueden estar ausentes en una guerra, y como dice Clausewitz nos equivocaríamos *"si atribuyéramos la guerra entre hombres civilizados a actos puramente racionales de sus gobiernos"*.

A continuación agrega: *"Si las emociones no dan origen a la guerra, esta ejerce, sin embargo, acción mayor o menor sobre ellas, y el grado de la reacción depende, no del estado de civilización, sino de la importancia y duración de los intereses hostiles"*[37].

Convengamos entonces que el elemento de partida en Clausewitz es la idea del duelo, en el cual está presente –entre otros– y desde un principio, no un simple sentimiento o emoción hostil, sino algo muy distinto: la intención hostil por lo menos de una de las partes.

Veamos algunas precisiones adicionales acerca de los conceptos de sentimiento hostil e intención hostil.

El sentimiento hostil es una relación entre dos entidades, cuya fuente puede estar en una de ellas o en ambas y se muestra como un conjunto de emociones y afecciones de carácter más o menos indefinido que surgen en la coexistencia.

---

36 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 10.
37 Clausewitz, Karl von, *ibid.* págs. 10 y 11.

El sentimiento hostil no tiene un objetivo claro, sino más bien se presenta como un hecho dado y puede aparecer o desaparecer dependiendo de factores múltiples.

La intención hostil, en cambio, se origina internamente en uno de los entes y corresponde, a diferencia de lo que puede ser un mero sentimiento, a un objetivo determinado y bien definido.

Posteriormente, esta intención –que a mi juicio tendrá condicionantes de carácter económicos, políticos o ideológicos– se enfrentará a un cierto entorno y provocará un conflicto del cual se quiere obtener cierto resultado favorable a los objetivos políticos que la originaron.

No es raro, entonces, que el sentimiento hostil surja posteriormente a la intención hostil y en la mayoría de los casos es provocado, inducido y alimentado por una o las dos partes en conflicto.

Podemos agregar que un sentimiento hostil, que puede aparecer como dado por causas indeterminadas y que se hunden en el pasado remoto, se convertirá en hostilidad abierta y desembozada, solo si se hace funcional a una intención hostil surgida en un momento dado.

Clausewitz lo expresa de la siguiente manera: *"Es inconcebible que un odio salvaje, casi instintivo, exista sin la intención hostil, mientras que hay casos de intenciones hostiles que no van acompañados de ninguna hostilidad o, por lo menos, de ningún sentimiento hostil predominante"*[38].

En el duelo referido a la guerra entonces, hay una intención, la cual se funda en intereses que la hacen dirigirse al logro de un fin. La fuente originaria del conflicto siempre proviene de una intención de una o de las dos partes. Por tanto, si

[38] Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 10.

hay un duelo, también hay una razón por la cual ese duelo se realiza[39].

En otros autores el duelo a menudo aparece como causa, no como el medio que es, como si el hombre fuera "un ser de duelo" y el conflicto o la guerra fueran el estado natural de la sociedad. La guerra entonces es postulada desde la partida como una relación social eterna.

La consideración del duelo en el ámbito abstracto, separado de la intención y por lo tanto del contexto de intereses antagónicos que lo causan, es la consecuencia de haber separado en la teoría, la estrategia del ámbito político.

En Beaufre el duelo, considerado en abstracto, es tanto el punto de partida como el punto de llegada.

Por el contrario, según la metodología de Clausewitz, el punto de partida es el duelo ya modulado por un menor grado de abstracción, al reconocer las intenciones que lo sustentan. No obstante, el concepto de duelo se irá modificando al lograrse mayores grados de concreción, siguiendo el grado de complicación del objeto en la realidad.

La intención hostil y los intereses

A mi parecer, el campo de la política solo debe su ser y su necesidad a la existencia de intereses antagónicos en la sociedad, los cuales, por su mismo carácter, derivarán de una u otra manera en la utilización de la fuerza en cualquiera de sus grados.

Estos intereses antagónicos existen entre Estados, entre conglomerados de Estados, entre grupos de poder pertenecientes a distintos Estados, como también entre grupos sociales al interior de cada Estado, destacando de manera particu-

[39] ¡Qué distinto es este pensamiento de aquel en el cual se funda Huntington para explicar el "choque de civilizaciones"! Si bien este es incuestionable, este autor trata de fundamentar ese choque, para los conflictos actuales y por venir, en el sentimiento hostil que espontáneamente debería surgir entre distintas formas de civilización y cultura, por el solo hecho de ser diferentes.

lar los intereses antagónicos existentes entre las distintas clases sociales.

A partir del desarrollo económico y de las relaciones sociales correspondientes que han acompañado a la modernidad, además agudizado por los grandes procesos de globalización actual, se ha configurado también una lucha de intereses entre grupos privados de carácter transnacional.

Sin embargo, la característica de estos antagonismos no se ha develado por su sola enunciación.

Hasta ahora, el planteamiento que se ha hecho se parece al de Aron, para quien la política sería *"relación de poder (autorité) entre individuos y grupos; jerarquía de fuerzas que actúan en el interior de cada numerosa y heterogénea colectividad"*[40].

Esta definición de la política carece de lo fundamental, que es explicar la causa de los conflictos y de los intereses antagónicos.

Al dejar el hecho de fondo inexplicado, al dar por hecho la existencia de los conflictos a la manera de un fenómeno de la naturaleza, Aron deja intocado también el conjunto de instituciones creadas como fruto de estos antagonismos, las cuales aparecen también como hechos dados y más aún, aparecen a veces como los verdaderos sujetos de esos antagonismos.

No obstante lo anterior, Aron también hace una crítica a Beaufre en este sentido.

En su obra sobre Clausewitz, "Pensar la Guerra", Aron plantea que el error de Beaufre es no haber distinguido adecuadamente los niveles políticos, estratégicos y tácticos y que además partiendo de una definición abstracta de la guerra 'salta' *"a la diversidad de los medios sin pasar por la etapa política"*[41].

---

40 Citado por Bauman, Zygmunt, "Fundamentos de Sociología Marxista", Ed. Felmar, Madrid; 1975, pág. 194.

41 Citado por Goyret, Juan T., en el Estudio Preliminar a la obra de André Beaufre "La Guerra Revolucionaria", Editorial Almena, Buenos Aires; 1979, pág. 16.

Pero tanto en Aron como en Beaufre, el Estado, ante los antagonismos que estallan en su interior, aparece como algo dado, como el terreno neutral donde esta lucha se dirime. En el caso de los conflictos interestatales, el Estado aparece como el ámbito natural donde los intereses particulares se confunden con los intereses generales.

Muy por el contrario, a mi juicio debemos comprender el Estado y la configuración de Estados, al igual que la política y la estrategia, como entidades y concepciones creadas y moldeadas al fragor de esta lucha.

El Estado, lejos de ser el primer agente o el sujeto de los conflictos, es en primer lugar un resultado de estos, los cuales existen y existían con independencia de esta u otras instituciones.

Tendremos ocasión más adelante de analizar si las causas de estos antagonismos son de carácter religioso, cultural o debido a los intereses antagónicos que determina la organización social basada en grupos que ocupan lugares muy distintos en cuanto a la propiedad, la producción y la distribución de los bienes, ya sea al interior de los Estados o en el ámbito interestatal.

Lo que no es sostenible a mi juicio, si nos ubicamos en el terreno de la política en tanto ciencia, es que la causa de los antagonismos se deba a una inclinación innata de los hombres al conflicto[42].

La política no es una categoría abstracta y si bien el contenido de este concepto a menudo se presenta como el arte para gobernar el Estado, su esencia consiste en ser el terreno de la lucha de intereses por el poder, por la participación en los asuntos de Estado, por la dirección de la sociedad.

42 En el Anexo 1 se presenta un análisis acerca del origen de los conflictos.

El problema principal que resuelve la política se refiere a la conquista, mantención y uso del poder estatal, por parte de una clase o alianza de clases[43].

La política surge en determinado momento del desarrollo social, cuando la mera administración racional de las cosas ya no basta, pues la racionalidad abstracta erigida como método para analizar y para actuar sobre la realidad social es permanentemente quebrada por la lucha de intereses antagónicos.

Por ello no se confunde la administración con la política. La administración puede ser racional, pero la política no. No porque esta sea irracional, sino porque se dirime en un campo muy distinto que el de la lógica pura, se dirime en el campo de los intereses antagónicos.

Por la misma razón el programa de Kant acerca de las condiciones para conseguir una paz perpetua no era posible en la sociedad que le tocó vivir[44].

La política, lejos de ser una realidad eterna y atemporal, surge en determinado momento del desarrollo social y, a su vez, dejará de existir, no cuando en el encasillamiento que la pone Beaufre le da el lugar –en el día a día– a la estrategia, sino cuando su función sea superflua, esto es, cuando las condiciones que la hicieron necesaria desaparezcan.

Estas condiciones se refieren al surgimiento de intereses antagónicos en la vida social, que son la fuente de las intenciones hostiles en el lenguaje de Clausewitz. y que en Foch se presenta de manera velada con la idea general de la lucha entre voluntades[45].

---

43 Bauman, Zygmunt, *op. cit.*, pág. 193. Prefiero remitir al concepto 'grupo que defiende determinados intereses', en lugar del de 'lucha de clases', que si bien es más preciso, me obligaría a desarrollar una temática que no es el tema en análisis.

44 Kant, Emanuel, "La Paz Perpetua", Sección 2, Bases Definitivas de la Paz Perpetua entre los Estados, Ed. Long Séller, Trad. Susana Aguiar, Buenos Aires; 2001.

45 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 29.

La idea de la historicidad de las relaciones sociales, así como de las instituciones erigidas sobre esa base, es tema recurrente y común en la literatura marxista.

Al respecto citemos una idea de Engels, para quien *"...el Estado político, y con él, la autoridad política, desaparecerán, como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas"...*[46].

Demostrar las afirmaciones anteriores acerca de la política y sus condiciones de existencia, requerirían un profundo estudio de la historia y del desarrollo de las relaciones sociales, económicas y políticas en las distintas sociedades. En la obra de Marx y varios de sus seguidores, se puede encontrar abundante material al respecto.

Para el objetivo de este libro me interesa dejar estas ideas en calidad de hipótesis, pero creo importante destacar que las afirmaciones que hace Beaufre acerca de los límites entre la política y la estrategia son de un calibre tan fuerte como las ideas anteriores y que no da cuenta del hecho de que sus planteamientos son simples conjeturas sin demostración.

Intentaré así establecer un marco general de análisis que resuelva, sin embargo, de mejor manera lo que me parece el problema fundamental de la metodología subyacente a la estrategia total, cual es la carencia de la consideración del origen de los antagonismos.

La violencia y la política

Según dijimos, la esencia de la política es el arte de conquistar, utilizar y conservar el poder, en sociedades donde existen grupos con intereses antagónicos.

[46] Engels, Federico, Obras Escogidas en dos Tomos de C. Marx y F. Engels, "De la Autoridad", Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú; 1955, Tomo 1, pág. 671.

Sin embargo, lo anterior no significa que esa esencia sea un ente metafísico que se baste a sí mismo y que la política sea autosuficiente, y que los gobernantes premunidos de los ingredientes de esta esencia, puedan dictar sus edictos solo siguiendo o desarrollando los caminos lógicos que se derivarían de estos, a la manera como un matemático desarrolla el cuadrado de un binomio.

Por el contrario, no hay esencia más comprometida y "contaminada" con los intereses y sus antagonismos que la de la política.

Además, se puede crear una falsa imagen al creer que el único compromiso de la política sería con los intereses antagónicos. En realidad hay un compromiso aún más fuerte y radical, que tiene que ver con la función social que cumple la política. Esto significa que a pesar de los intereses que puedan respaldar al poder político, esta forma de poder tarde o temprano desaparecerá si deja de cumplir la función y el rol económico-social que le dio nacimiento.

Lo anterior resignifica el rol de la violencia en la sociedad. No es la violencia la que puede dar nacimiento a una determinada formación social. La violencia es solo un medio a emplear cuando muchas otras condiciones de carácter económico-sociales ya han madurado.

Por lo tanto, cuando afirmo que no solo la estrategia sino también la política –por lo menos como la conocemos hasta ahora–, sería superflua en caso que la violencia ya no fuera necesaria, no debe entenderse en el sentido de que la violencia sea la esencia de la política (como pensaba el señor Dühring),[47] ni que las diferentes formaciones sociales se han originado solamente por la violencia ejercida por grupos de poder sobre otros sectores de las sociedades.

---

[47] Eugenio Dühring, que según el decir de Marx, en Alemania, la patria de los filósofos, era considerado un mal filósofo pero un buen economista y que en Inglaterra, la patria de los economistas, era considerado un mal economista pero un buen filósofo, fue objeto de una crítica profunda por F. Engels, en su obra El Anti-Dühring.

Según Engels, *"...la idea de que lo decisivo en la historia son las acciones políticas del poder y del Estado es tan vieja como la historiografía misma, y es también la causa principal de que se haya conservado tan poco acerca del desarrollo de los pueblos, el movimiento silencioso y realmente impulsor que procede como trasfondo de esas sonoras escenas. Esta idea ha dominado toda la historiografía del pasado, y no ha recibido un primer golpe hasta los historiadores burgueses franceses de la Restauración"*[48].

En su obra Engels nos plantea que Dühring hace denodados esfuerzos por demostrar que el poder y la violencia es lo históricamente fundamental, para así desplazar el desarrollo económico a un ámbito derivado de aquellos.

Acudiendo al gastado y pueril ejemplo de Robinson Crusoe y Viernes, Dühring pretende demostrar que la relación de esclavitud surge en virtud de la violencia que un sector de la sociedad ejerce sobre otro, manifestado a través del puñal de Robinson. Pero un esclavo no es útil para cualquiera, nos dice Engels. Para usarlo hace falta de los instrumentos y objetos necesarios para el trabajo del esclavo y, en segundo lugar, de los medios para su miserable subsistencia.

De igual modo para la existencia de una esclavitud desarrollada debe haberse alcanzado una mayor intensificación de la producción, el comercio y la acumulación de riquezas.

Para que en tiempos de las Guerras Médicas el número de esclavos fuera en Corintio 460 mil y en Egina 470 mil, vale decir el equivalente al 90% de la población, hizo falta algo más que poder y violencia[49].

Del mismo modo y para reafirmar la idea de que lo fundamental para la acción política es su consonancia con las condiciones materiales que sustentan la vida social, Engels nos recuerda que la esclavitud en EE.UU., se extinguió por sí misma,

---

48 Engels, Federico, "Anti-Dühring", Editorial Grijalbo, S.A., México, D.F.; 1968, pág. 152

49 Engels, Federico, *ibid.* pág. 153.

sin violencia, donde no se podía desarrollar el cultivo del algodón y no era rentable[50].

Las relaciones de dominio y servidumbre han surgido de dos modos, según la concepción de Marx y Engels. Por una parte, en las comunidades primitivas, en que aún no existían clases, había cierto número de intereses comunes cuya preservación tendió a confiarse a algunos individuos: la resolución de litigios, la represión de extralimitaciones, vigilancia sobre las aguas, funciones religiosas. Tales funciones públicas se encuentran en las comunidades primitivas de todos los tiempos, desde la antigüedad hasta la India actual. Tales funciones, naturalmente están provistas de cierto poder y son los comienzos del poder estatal[51].

Por otra parte, una vez que las fuerzas productivas se desarrollan y las comunidades crecen, surgen intereses en pugna entre comunidades distintas, lo que hace necesario el surgimiento de una nueva división del trabajo, la creación de órganos para protegerse. Estos órganos empiezan pronto a independizarse.

Dice Engels en su obra "Anti-Dühring", *"No es necesario que consideremos ahora cómo esa independencia de la función social frente a la sociedad pudo llegar con el tiempo a ser dominio sobre la sociedad, cómo el que empezó como servidor se transformó paulatinamente en señor cuando las circunstancias fueron favorables, cómo, según las condiciones dadas, ese señor apareció como déspota o sátrapa oriental, como príncipe tribal griego, como jefe de clan céltico, etc., ni en qué medida durante esa transformación aplicó también la violencia; ni cómo, por último, las diversas personas provistas de dominio fueron integrando una clase dominante. Lo único que nos interesa aquí es comprobar que en todas partes subyace al poder político una función social: y el poder político no ha subsistido a la larga más que cuando ha cumplido esa su función. Los muchos despotismos que han aparecido y desaparecido en Persia y la India sabían siempre muy bien que eran ante todo los empresa-*

50 Engels, Federico, *ibid.* pág. 154.
51 Engels, Federico, *ibid.* págs. 172 y 173.

rios colectivos de la irrigación de los valles fluviales, sin la cual no es posible la agricultura en esas regiones"[52].

La violencia de por sí no puede crear ninguna función social ni política. No obstante su ejercicio ha acompañado la historia de las sociedades desde que existen intereses antagónicos, pues al no poder dirimirse una contradicción basada en intereses en el terreno de la pura lógica, la violencia ha sido el medio mediante el cual tarde o temprano se han dirimido esos conflictos.

No podemos dejar de citar además el lugar donde los clásicos del marxismo ubican también el rol de la violencia:

"El señor Dühring no sabe una palabra de que la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario; (que)... es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva; de que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigidecidas y muertas"[53].

Se desprende de lo anterior que el rol de comadrona, por muy importante que sea, sería superfluo si no existiera una criatura por nacer, por lo que la violencia puede servir para destronar al viejo régimen, pero jamás creará las condiciones necesarias para el surgimiento de uno nuevo. Estas condiciones, obligatoriamente obedecen a un desarrollo objetivo de las fuerzas productivas de la sociedad[54].

La violencia es el complemento inevitable de la existencia de intereses antagónicos en la sociedad, pero no es el uso de la violencia el que crea los intereses antagónicos. Por el contrario la conformación de intereses antagónicos hace necesaria la violencia como medio para dirimir los conflictos.

Falta explicar cómo surgen los antagonismos sociales. No obstante, se deben comprender como un producto inevitable

52 ENGELS, Federico, *ibid.* pág. 173.
53 ENGELS, Federico, *ibid.* pág. 177.
54 El documento más importante con que se cuenta en la literatura de Marx respecto a este tema, es su conocido "Prefacio a la Contribución a la Crítica de la Economía Política" del año 1859, ya citado.

del desarrollo económico social en ciertas fases de su devenir y que surgen con total independencia de la voluntad de quienes circunstancialmente conquistan posiciones de poder.

Por ello he afirmado que, sin ser la violencia la esencia de la política sino un medio, si en la sociedad la violencia deja de ser necesaria, no solo la estrategia sino también la política misma serían superfluas.

Lo anterior implicaría una transmutación de las relaciones sociales y económicas, de una radicalidad tal que ya no existirían los intereses antagónicos ni los poderes consiguientes que los sustentan.

Por lo mismo, si la política se entiende como el arte de conquistar, conservar y utilizar el poder, lo que se pone en cuestión en esa transformación radical es la existencia misma del poder y por lo tanto de la política.

Beaufre, la política y la violencia

En relación a la definición de la guerra, Lenin retoma el concepto de Clausewitz en cuanto a que la guerra es la continuación de la política por otros medios[55].

Luego hace un agregado que a primera vista parece superfluo, pero que sin embargo corresponde a la esencia de la política. Lenin plantea que *"la guerra es una simple continuación de la política por otros medios (a saber, por los medios violentos)"*[56].

El agregado entre paréntesis no es casual. Especifica el concepto de guerra en sus límites propios, evitando así la tentación de igualar la guerra a la política y determinando una diferenciación clara entre la guerra y el resto de las formas en que la política se manifiesta[57].

---

55 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 24.

56 Lenin, Vladimir Ilich, "La Bancarrota de la 2ª Internacional", O.C., Editorial Cartago S.A., Buenos Aires; 1960, Tomo XXI, pág. 217.

57 Sokolovski, V., "Estrategia Militar", Ediciones Estudio, Buenos Aires; 1964, pág. 231.

En el caso de la teoría acerca de la estrategia total, existen interpretaciones que se prestan para una generalización, a mi entender, inconveniente.

L. Hart en su obra "Estrategia", plantea que *"los medios de guerra deben abarcar ahora, no solo las fuerzas armadas, sino además, otros "no militares": la presión económica, la propaganda, la diplomacia, las actividades subversivas, etc."*[58].

Esta idea se puede comprender de dos maneras; por un lado, la más lógica y justa es que durante la guerra los medios de la política no solo se restringen al uso de las armas, sino también a otros no violentos como los nombrados anteriormente.

Sin embargo puede interpretarse también desde el punto de vista literal y considerar esos otros medios, como medios de la guerra, no de la política.

La utilización de esta idea se encuentra por ejemplo al designar como Guerra Fría a un conflicto que se dirime con medios no violentos.

Con esta última interpretación, al considerar que la guerra no se restringe solo a los medios violentos, sino a todos ellos, se está a un paso para plantear que los momentos de paz, son solo episodios no violentos de una guerra más general y que se extiende en el tiempo de manera indefinida.

Beaufre no es tan taxativo en este tema. Por una parte plantea, refiriéndose al concepto de "conducción de la guerra", que esta debe *"ser permanente y aplicarse a lo que todavía llamamos por hábito, el tiempo de paz"*[59].

Sin embargo, en otro pasaje se pregunta si la acción coercitiva debe necesariamente ser asimilada a la guerra, respondiendo *"...ciertamente que no. A medida que las sociedades se complican,*

[58] Sokolovski, V., *ibid.* pág. 234.
[59] Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", págs. 37, 81, 82 y 89.

ellas devienen más sensibles a las presiones económicas y a las influencias políticas"[60].

De todos modos, en el concepto de asimilar la política a la guerra se podría llegar al extremo irrisorio de afirmar que "la política es la continuación de la guerra por otros medios".

La política aparecería como un medio de la guerra o a lo menos como un medio de la estrategia total, como erróneamente se podría comprender en la teoría de los campos de acción del Estado[61].

A mi juicio, esta transmutación de fin en medio podría producirse al elevar la estrategia a un grado de generalidad donde se vela su anclaje en la lucha de intereses políticos concretos.

Clausewitz también opina acerca de esta transmutación de la guerra en la política o que la guerra reemplace a la política, y lo ve como un extremo de abstracción que él mismo ha tratado anteriormente y que se dedujo de la *"concepción pura de la guerra"*, como si esta fuera una manifestación pura de la violencia[62].

Sin embargo, Clausewitz se cuida mucho de extender de manera impropia esta idea, pues una cosa es la concepción pura de la guerra y otra cosa muy distinta, la guerra real.

Sin embargo, bajo esta hipótesis de "concepción pura de la guerra", que se desarrolla acríticamente, se produce entonces en los teóricos de la estrategia total la hipóstasis de la guerra total por la política misma.

No es extraño que en un conflicto haya momentos en que se usen las armas y luego lo sigan períodos en que estas no se utilicen, períodos en que no hay una expresión explícita de gue-

---

60 Beaufre, André, *ibid.* pág. 47.
61 En la teorización de la estrategia total se considera que la gran estrategia es la coordinadora de los cuatro campos de acción del Estado: política interior, económico, diplomático y defensa.
62 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 23.

rra, períodos de incursiones armadas más o menos aisladas, con respuestas armadas también relativamente aisladas. Períodos en que se mezclan episodios de guerra entre fuerzas regulares con acciones realizadas por el pueblo en armas.

Esta situación difusa y difícil de calificar no debe inducir a confusión. El uso de las armas es un medio de la política y, por lo tanto, en la lucha armada siempre deben coexistir.

La política nunca se detiene y solo puede crear la ilusión de identificarse con la guerra en períodos en que haya utilización de las armas, pero al tomar un período más largo de tiempo, siempre se constatará que el uso de las armas cesa en algún momento, justamente cuando el vencedor impuso su voluntad.

En varios pasajes de su obra Beaufre critica la idea de sus detractores, quienes plantean que la idea de estrategia total constituye una incursión impropia de la estrategia militar en el campo de la política y conduce a su militarización. Estos plantean también que la estrategia se relacionaría solo con el aspecto coercitivo de las relaciones internacionales, por lo que su intervención sería intermitente[63].

Beaufre replica que *"una tal concepción se adapta mal a las realidades contemporáneas, en la que los fenómenos son muy variados y comportan una imbricación constante de relaciones propiamente políticas, y de preocupaciones de seguridad, y aun de coerción".*

Además agrega que *"el concepto estrategia total, definida como la elección de medios tendientes a alcanzar los objetivos fijados por la política, representa una hipótesis de trabajo que tiene interés en ser llevada hasta sus consecuencias extremas, a fin de ver en qué medida los métodos del análisis estratégicos se prestan al estudio de los problemas en cuestión"*[64].

Comparto la respuesta que da Beaufre a sus detractores. Mi crítica a la concepción de la estrategia total en cambio, se dirige a

63 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 41.
64 Beaufre, André, *ibid.* pág. 41.

que esa idea de estrategia al castrar la concepción acerca de la política y de la guerra, y al no investigar seriamente la causa de los antagonismos y de los intereses subyacentes debido a su pérdida de articulación con la política, no puede llegar hasta las "consecuencias extremas" que declara y se detiene a medio camino.

Fundamentos del concepto de estrategia total

La diferencia entre la concepción acerca de la estrategia en la estrategia total y la estrategia en Clausewitz, es que este último la desarrolla para la guerra. Y en este caso la guerra es comprendida como un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario.

Clausewitz agrega que la fuerza, *"es decir la fuerza física,... es de este modo el medio"*[65].

"La guerra es un acto de fuerza"[66].

"El propósito de la acción militar es desarmar o destruir al enemigo"[67].

"En la guerra hay muchos caminos para... alcanzar el objetivo político; hemos visto que el encuentro es el único medio y que, en consecuencia, todo debe estar sometido a una ley suprema: la decisión por las armas"[68].

En general se puede apreciar que en la concepción de Clausewitz siempre se trata del uso de la fuerza en la guerra. En cambio en la estrategia total se intenta resolver el problema de la conducción de la guerra en conjunto con la conducción más general hacia los objetivos políticos.

En la concepción de Clausewitz queda claro que la estrategia se remite a la guerra y que la conducción más general que-

65 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 9.
66 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 11.
67 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 12.
68 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 37.

da en manos de la política. Este autor está muy consciente de la existencia del ámbito político general en la conducción de una guerra, sin embargo no pretendió conceptualizarlo.

La virtud de la estrategia total entonces, es que abre la posibilidad de conceptualizar a la política en relación al uso de la fuerza como medio, estudiar un ámbito que si bien operaba, no había sido objeto de un estudio sistemático en el mundo contemporáneo.

Podemos de todos modos citar algunos precursores en este campo, como Maquiavelo y Lenin, hombres que al igual que Beaufre aunaban en una persona tanto la capacidad de teorizar la política, como el ser hombres de acción[69].

Es interesante la evaluación que hace Beaufre de la Revolución Rusa. Según su opinión *"cumplió una verdadera revolución en el campo de la estrategia, que importa señalar. Llevó al poder a un pequeño equipo de revolucionarios que perseguía la revolución mundial. Al no producirse esta, los revolucionarios volvieron a encontrarse en la situación de dirigentes de un gran país que debía hacer frente a la vez a la guerra civil y a la guerra exterior. Confrontados con las realidades de la defensa del poder, redescubrieron las reglas de la estrategia militar, pero con su óptica de jefes revolucionarios. Resulta de ello una síntesis original que constituirá una primera fórmula de estrategia total: en el campo militar, la conquista de las poblaciones prima sobre la conquista del terreno y la 'disolución' del adversario prevalece sobre su 'destrucción'. En los campos no militares de la lucha (política, diplomacia, economía, etcétera), razonan los problemas como estrategos mediante el empleo de nociones tales como relación de fuerzas, zona de esfuerzo, cerco y hasta ruptura. Además, esta estrategia utiliza los métodos de análisis dialéctico derivados de la teoría marxista. El todo constituye un conjunto de conceptos muy avanzados para la época, que no será comprendido sino muy tarde y del cual la estrategia hitlerista solo representará una explotación parcial"*[70].

69 En el Anexo 2 se muestra una breve reseña biográfica del general Beaufre.
70 Beaufre, André, *op. cit.* "La Guerra Revolucionaria", págs. 153 y 154.

En esta descripción de Beaufre, se muestran sus aciertos y sus fallos. Por una parte es capaz de ver con agudeza el origen de una nueva concepción de la estrategia en el uso de todo tipo de medios en la lucha revolucionaria, cuyo objetivo no es la conquista de territorio para que todo siga igual. Pero por otra parte muestra su limitación para comprender el trasfondo político que hay tras las diferentes formas de lucha al caracterizar la lucha revolucionaria por su forma, sin atenerse al contenido político que persigue[71]. No logra integrar el hecho de que esta tiene por objetivo fundamental el cambio de relaciones sociales, para lo cual la guerra llevada adelante por ejércitos tradicionales y con la estrategia tradicional, son de bien poca utilidad. De allí también que no sea capaz de diferenciar, desde el punto de vista de la estrategia, la conquista de Berlín por los nazis en la década de los 30 y una revolución socialista.

Por eso es que al plantear que la estrategia total abre la posibilidad de conceptualizar a la política en relación al uso de la fuerza como medio, se está en un planteamiento diferente al de Beaufre, en quien la estrategia aparece separada de la política y en calidad de medio de esta.

¿Por qué la estrategia total surge de esta manera deformada, desprendida de la política y no dando cuenta de los intereses antagónicos subyacentes?

La idea de estrategia total así concebida nace de ciertas necesidades objetivas de la conducción de la política en pos de ciertos intereses.

¿Qué cambios ha habido en la configuración de intereses antagónicos en la sociedad, que hicieron necesario ese replanteamiento estratégico? ¿Cuál es el carácter de los nuevos objetivos políticos que es necesario lograr, que hacen indispensable elevar a la disciplina estratégica por sobre la política, aunque no se lo reconozca explícitamente?

---

71 Esta es la crítica que le hará Raymond Aron a Beaufre en su obra "Pensar la Guerra", citado por GOYRET, J.T. en Estudio Preliminar a la obra de Beaufre, en *op. cit.* "La Guerra Revolucionaria", pág. 16.

Es necesario constatar que si bien se dice que la estrategia es un medio de la política y que es esta última la que determina los objetivos, al mismo tiempo se conceptualiza a la estrategia como un medio abstracto[72], neutro, esto es como un juego del pensamiento (de aquí su respaldo en la teoría de juegos, muy en boga en décadas pasadas) que pretende desde un terreno puramente lógico de juego de los recursos, determinar la situación óptima para lograr los objetivos. Este mayor grado de abstracción, necesariamente en ese cuerpo teórico, la ubica por sobre la política, la cual ha quedado confinada solo a fijar los objetivos concretos.

El extremo de esta situación se produce cuando, en la teorización acerca de los campos de acción del Estado, la estrategia luce como el ámbito en que se conjugan no solo los campos económico, diplomático y militar, sino también el político.

¿Pero qué significa esto? ¿Por qué aparece este planteamiento como tan natural y lógico? ¿Cuál es el olvido de por medio? ¿Por qué se afirma con tanta convicción que la estrategia total la han usado siempre los Estados en el pasado? ¿Estaremos refiriéndonos a lo mismo?

En el pasado es indudable que la conducción política en situación de guerra también implicaba una coordinación entre los cuatro campos de acción del Estado: política interior, económico, diplomático, defensa.

Pensar otra cosa es absurdo. Válidamente esta coordinación se la puede incluir en un campo bajo el nombre de estrategia.

Es evidente que los medios y formas de lucha mediante los cuales se logran los objetivos políticos, varían en la paz y en la guerra.

En la guerra las fuerzas armadas son los medios fundamentales, todos los demás cooperan principalmente con aquellas, pero es evidente, como dice Sokolovski, *"que solo la lucha arma-*

[72] Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", págs. 74 y 75.

da es un signo de guerra y que su comienzo y final determinan en rigor, el principio y fin de la contienda"[73].

¿Por qué este planteamiento choca con la conceptualización de la estrategia total? ¿Por qué puede ser importante considerar a la llamada "Guerra Fría" una guerra o no llamarla guerra? ¿Por qué ocurre que a veces los conflictos se presentan de una manera tan difusa que pareciera que no podemos tener la certeza de si se está ante una guerra o no?

Por ejemplo el conflicto árabe-israelí, en el primer semestre de 2004, donde se llevan a cabo acciones armadas de manera cotidiana entre ambos bandos, ¿puede ser considerada una guerra?

La teorización acerca de la estrategia total entonces, si bien no resuelve adecuadamente una serie de problemas, abre un campo de investigación absolutamente necesario.

En la estrategia total se opta, por una parte, porque la estrategia se separe de la política como medio y así se evite también el análisis de la causa de los conflictos. Así, estas causas quedan transmutadas en los objetivos que fija la política, objetivos que aparecen sin explicación plausible. Por la otra, se establece que la estrategia, en su calidad de ámbito distinto, abarque una extensión tal que deja el camino abierto para homologar la guerra a la política.

Este planteamiento oculta algo no develado aún y que hace que efectivamente la guerra se identifique a la política en ciertos aspectos y que esto funcione de esta manera.

En ese sentido es válida esta concepción de la estrategia total pues corresponde a la respuesta que da la política –y no la estrategia en el ámbito en que la ubica Beaufre–, a los nuevos desafíos que enfrenta el conflicto de intereses a nivel global.

Debemos pensar en este aspecto a la estrategia total (en su abstracción y en su versión que homologa la política a la gue-

73 Sokolovski, V., *op. cit.*, pág. 235.

rra) no como un error, sino como una necesidad de los grandes intereses para imponer sus objetivos, como un elemento más del arsenal estratégico.

De allí que la pretendida neutralidad de la estrategia total como método de análisis y guía para la acción, sea cuestionada.

De esta manera, es a la vez un error y una virtud de la estrategia total presentarse desgajada de la política y negar el conflicto de intereses que la determinan.

Esto es justamente lo que no pueden decir los críticos de Beaufre que citábamos anteriormente, que se inscriben en la idea de que considerar la estrategia con un carácter total sería militarizar la política, pues muchas veces estos críticos forman parte de otras cadenas de intereses y otros enclaves de poder.

En la estrategia total los objetivos políticos aparecen desgajados de los intereses de grupos específicos, de intereses privados y aparecen como objetivos de toda la nación, del Estado y del pueblo.

Es necesario destacar que el concepto de estrategia total, al contrario de lo que se podría suponer, es eminentemente político, no del ámbito de la estrategia, de la estrategia concebida como Beaufre lo hace.

La estrategia total es la forma que adopta el conflicto de los grandes conglomerados de intereses durante el siglo XX para preservar su dominio político y económico, en situación que la unidad del Estado-nación es quebrada permanentemente por una oposición generalizada de carácter transversal.

No tiene sentido, sin embargo, decir que Beaufre u otros teóricos de la estrategia están comprometidos de manera personal con esos intereses.

La estrategia total, al ser el resultado de un proceso objetivo, crea objetivamente la necesidad teórica de darle solución. No debe extrañar que la división social del trabajo haya hecho

recaer sobre ciertos militares o ciertos ideólogos, cuya misión es preservar cierto *statu quo*, la misión de elaborar esta teorización.

Mientras hasta el siglo XIX se habían consolidado una gran cantidad de Estados-naciones y se podían presentar los intereses privados como intereses generales de la sociedad –pues efectivamente la liberación de las trabas feudales favorecía no solo a la burguesía naciente y consolidada sino también generaba esperanzas en un mundo mejor a los siervos de toda clase– se podía llevar a pueblos enteros a la guerra revolucionaria sin gran oposición interna y, de igual manera, una vez consolidado el nuevo poder se podía llevar a la guerra externa a los pueblos esta vez con la ayuda y la fuerza del nuevo nacionalismo emergente.

Este fenómeno de identificación de los intereses de una clase dominante como intereses de toda la sociedad no es propio solo de la época feudal. Existió en todos los regímenes de clases en la antigüedad. Solo que se favorece esa identificación en las épocas de revolución y cambio social, en la cual esa clase dominante se alía a otros sectores de la sociedad para cambiar las antiguas relaciones sociales existentes.

Cuando se fortalece la lucha antiimperialista y anticolonial en la primera mitad del siglo XX y se crean lazos entre las distintas manifestaciones del movimiento popular de Estados diferentes, se hizo cada vez más difícil presentar los intereses privados como intereses generales de cada uno de los Estados.

Casos emblemáticos de estas relaciones transversales son los frentes antifascistas, organizados a partir de los años 30 del siglo XX a nivel mundial y luego todos los movimientos pacifistas y de carácter antiimperialistas de las décadas siguientes.

A fines del siglo XX, y en los comienzos del XXI, se agudizan las consecuencias de la globalización en marcha, creándose las condiciones nuevamente para que surjan movimientos de carácter transversal.

En esta situación surge una práctica política, llevada a cabo por los grandes intereses a nivel mundial, que ayuda a romper esa transversalidad que vela los intereses privados, que vela el origen real de los conflictos y los reemplaza –a la manera del principio hipocrático de combatir lo semejante con lo semejante– por otro tipo de conflictos transversales. Ejemplo de esta estrategia es la lucha contra el "terrorismo" llevada adelante por EE.UU.

De esta manera se puede construir una estrategia global de los Estados, no solo para enfrentar a un hipotético enemigo externo en la guerra, sino para enfrentar los innumerables desafíos en que se ve envuelto el Estado actual para cumplir los objetivos trazados desde los grandes conglomerados de poder.

De esta manera se intenta incorporar a la nación entera en la lucha contra la pobreza, por el crecimiento económico, por el prestigio internacional, por la educación y la salud, contra el terrorismo, por la seguridad interna, etc., velando el hecho de que estos problemas sociales representados por esos objetivos, son el efecto de la misma lucha de intereses.

Llevar la estrategia a ese grado de generalidad hace que reemplace a la política, a la política mal entendida, a la política en general y como el "doblegar la voluntad del adversario" también puede ser un fin de la política en general, se cree poder homologar la política a la guerra en general. Se borra así la diferencia entre guerra y política y se vela la especificidad de la primera.

Por ello y a pesar de cualquier crítica que se realice a las elaboraciones acerca de la estrategia total, esta no es un simple error por parte de los grandes conglomerados de intereses en juego, pues una de sus características es justamente velar la lucha de intereses particulares que existen detrás de las políticas de Estado.

El confundir la guerra con la política, oculta la lucha por conseguir los intereses particulares. Al ponerse al centro la gue-

rra y no la política se pone en el centro lo abstracto del conflicto (como mero duelo) y no los intereses en juego en el conflicto.

En varios pasajes de su obra Beaufre hace alusión al hecho de que Occidente enfrentó tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial sin un planteamiento estratégico[74], y que la falta de una teoría acerca de la estrategia habría sido la causa de que estos conflictos hubiesen adquirido tal magnitud.

Esta idea de Beaufre no hace más que velar la real lucha de intereses que atravesaron esos conflictos. Lo que faltó en esa circunstancia no fue una buena estrategia en el sentido que le da a esta última Beaufre. Por el contrario, al primar desde varios años antes del desencadenamiento de la guerra, objetivos políticos diferentes al objetivo de detener el avance de la Alemania nazi, llegado el momento, la confluencia de intereses de los grandes conglomerados de poder imposibilitaron, por razones políticas, la definición de una actitud clara antinazi y de objetivos coherentes con aquella.

Tal como la guerra es la continuación de la política por otros medios, de igual modo podemos afirmar que la lucha política es la continuación de la lucha de intereses en otro ámbito.

Gobierno y administración

La relación entre política e intereses de grupos sociales y la violencia que acompaña al carácter antagónico de esas relaciones, es lo que nos permite y obliga a distinguir el campo de la política del campo de la administración.

El tratamiento de este tema se hace necesario no solo para completar la conceptualización de la política, sino también para comprender correctamente la idea que propone Beaufre al plantear que se debe separar a la estrategia de 'la mera administración de las cosas materiales'.

[74] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 21. También Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 36.

La política no es administración de nada aunque muchas veces se confunda con ella. En el campo de la política y del Estado, se gobierna, no se administra.

Harán falta algunos elementos adicionales para comprender también que las fábricas, los bancos y los jardines infantiles, como cualquier otra organización social inmersa en un ámbito de intereses antagónicos, también se gobiernan, aunque las más de las veces el poder que ejerce este gobierno cae fuera del ámbito propio de estas entidades, por ejemplo en el ámbito del Estado por medio de la juridicidad y ordenanzas vigentes que regulan sus funcionamientos.

Es por ello que la dirección de estas entidades, las más de las veces de carácter privado, aparenta ser una mera administración de cosas materiales, un "arte del ingeniero".

Saint-Just pensaba que las cosas se administraban y las personas se gobernaban, pero en una sociedad mercantil y más aún en una sociedad mercantil desarrollada como la capitalista queda en evidencia otro fenómeno.

Con la transformación del dinero, en cuanto a ser mero medio de cambio a su forma más desarrollada en la forma de capital, y con la masificación de este proceso a escala universal se profundiza y alcanza su máximo desarrollo, lo que Marx llama el fetichismo de la mercancía.

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y con ello la redistribución del trabajo y de los medios de producción entre las diferentes ramas de la economía, se efectúa por medio de los dictados del mercado, el cual habla el lenguaje de los precios. Quien regula las relaciones entre los precios y sus fluctuaciones, así como el intercambio de trabajos entre distintos sectores de la producción es la ley del valor, la cual se manifiesta en la superficie del mercado como precios de producción de las mercancías.

Así, debido al fenómeno del intercambio de los trabajos por medio de las mercancías, estas parecen tener de manera intrín-

seca valor pero... *"...Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres"*[75].

Al no tener los productores el control de las relaciones de intercambio, pues estas se imponen de manera ciega en el mercado, no son ya los hombres quienes reinan sobre sus relaciones, al contrario, son estas últimas, en forma de relaciones entre objetos, las que reinan sobre aquellos.

Lo anterior lleva a que *"... a estos (los productores), las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados se les 'representan' como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como 'relaciones materiales' entre personas y 'relaciones sociales entre cosas'"*[76].

Entonces, las relaciones entre cosas (las mercancías, por ejemplo en sus relaciones de valores y precios) ocultan relaciones sociales determinadas. Esto hace que ni siquiera la "administración" de las cosas materiales esté fuera del campo del gobierno. No obstante, el campo de la administración que ha acompañado tanto a la gestión privada como social desde que existe la sociedad, en sentido propio, es muy importante, pero su significado es otro.

En el hipotético caso que dejaran de existir los intereses antagónicos en la sociedad, desaparecería o cambiaría radicalmente el campo de la política y del gobierno. Sin embargo, seguiría subsistiendo la necesidad de la administración, que no es otra cosa que el tornar eficiente el uso de recursos, cualquiera sea su índole.

De este modo podemos afirmar que la administración, en sentido propio, es lo que quedaría una vez desaparecida la política.

---

75 Marx, Karl, *op. cit.* "El Capital", Tomo 1, pág. 81.
76 Marx, Karl, *ibid.* pág. 81.

No es extraño que la corriente neoliberal centre su discurso en hacer creer que el problema económico es un problema de una buena administración de recursos, lo que lleva a dejar el problema social en manos de los técnicos, en los administradores de “las cosas materiales”.

Con esto se vela el hecho de que el antagonismo de intereses sigue existiendo en nuestras sociedades y que no se resuelve mediante procedimientos técnicos.

El neoliberalismo se cuida mucho de investigar el real problema de la economía, la cual, en los clásicos liberales como Adam Smith en su obra “Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones”, ya estudiaba bajo el concepto de Economía Política.

Será Marx quien continúe esa labor estudiando el carácter de las relaciones sociales que hay tras la producción, distribución y propiedad de los recursos, hechos que distan mucho de ser un fenómeno de la naturaleza y menos de administración.

Solo puede mencionarse como hipótesis una sociedad sin conflictos antagónicos. Vale decir una sociedad en que producto de la eliminación de la fuente del poder económico de diversos grupos sociales, o de la propiedad privada de los medios de producción se erradicara la fuente y causa de este tipo de conflictos.

Incluso en el caso de los conflictos étnicos o religiosos, aunque se consiguiera probar su origen último en las relaciones económicas que los atraviesan, solo como hipótesis se puede decir que en ausencia de la base económica de esos conflictos, no se configurarían conflictos antagónicos por otras causas y si se configuraran, el ámbito donde se dirimirían no sería el de la política como la conocemos. No es este el lugar de probar estas hipótesis.

Lo que importa ahora es mostrar que la existencia de la política, tal como la conocemos, desde su origen, está condicionada a la existencia de intereses antagónicos y que por lo tanto en el hipotético caso que estos últimos desaparecieran, aquella también se volvería superflua.

La elección de los medios

La conceptualización de la estrategia en Beaufre, en tanto medio para conseguir los objetivos políticos, nos lleva al problema de los medios.

Para Clausewitz, el uso de la armas, la guerra, es un medio de la política. No así la estrategia, la cual es un medio para ganar la guerra, pero no un medio de la política en general.

¿Por qué Beaufre se vio en la necesidad de conceptualizar a la estrategia en calidad de medio de la política?[77]

Mientras nos movemos en el ámbito de la guerra, para Clausewitz la estrategia queda bastante bien circunscrita como el *"modo de organizar los encuentros"*[78].

Parece útil presentar el siguiente cuadro, por cierto muy esquemático:

Modelo	**Medio**	**Estrategia para ganar la guerra**
Clausewitz	Guerra	Organización de encuentros

Siguiendo la lógica del cuadro precedente, para Beaufre, en la línea de su concepto de estrategia como medio y para no caer en lo que él llama el "arte del ingeniero", esta luciría así:

Modelo	**Medio**	**Estrategia para conseguir los objetivos políticos**
Beaufre	estrategia total	Directa y/o indirecta y otras

[77] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 58.
[78] Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 121.

Sin embargo, al presentar las cosas de esta manera Beaufre no se percata, o no explicita el valor más grande del planteamiento de la estrategia total, cual es el involucramiento de todo el poder del Estado para conseguir los objetivos políticos.

De modo que, en realidad, en la conceptualización de Beaufre, el cuadro luciría más bien de diferente manera:

Modelo	**Medio**	**Estrategia para conseguir los objetivos políticos**
Beaufre	Campos de acción del Estado	Organización de los campos o el 'encuentro' entre los campos

En el modelo de Clausewitz y por medio de una decisión política, primero se elige el medio, vale decir, el empleo de la guerra. Luego se determina la estrategia a seguir, o sea, la organización de los encuentros.

De igual modo, y en contra de lo que puede mostrar un primer análisis, en el modelo de Beaufre, también se elige en primer lugar el medio, que en realidad no es como cree Beaufre la elección del tipo de estrategia (directa, indirecta u otra), sino algo que es previo.

El medio que va en primer lugar en Beaufre es el empleo de todas las capacidades del Estado, incluyendo el uso de las armas, para conseguir así determinados objetivos políticos.

Beaufre plantea que hay una gama de medios que van desde el bombardeo nuclear hasta el tratado de libre comercio[79]. Lo que parece muy cierto, pero no debe comprenderse como una oferta para la elección, pues estos ya están elegidos. Lo que se elige en realidad es cómo combinarlos y en qué dosis.

---

[79] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 32.

Cheyre es más escueto y claro cuando plantea que independiente de la coordinación de medios que llevan a conseguir un objetivo político es *"Interesante y necesario... resaltar que, independientemente de uno u otro (medio), para cada fórmula deben emplearse todos los medios. Lo que podrá variar será la forma en que cada uno actúe o la intensidad que cada uno adquiera"*[80].

De aquí que, una vez fijados los objetivos políticos, la primera decisión estratégica en Beaufre consista en la organización, no de los encuentros como en el caso de Clausewitz, aunque los incluye, tampoco como cree el propio Beaufre, en determinar la forma del conflicto: *"ofensivo o defensivo, insidioso o violento, directo o bien progresivo e indirecto, si se buscará la lucha en el terreno político o en el terreno militar, si se empleará o no el arma atómica, etc."*[81].

En una determinación previa de carácter político, la decisión primera es que se está en el terreno de la estrategia total y que, cualquiera sea el conflicto o el objetivo político, el medio a utilizar será la organización de los campos de acción del Estado[82].

Como se ve, y al contrario de lo que pueda parecer al sentido común, tanto en el caso de Clausewitz como en el de Beaufre, primero se eligen los medios y luego la estrategia.

Por lo tanto, si seguimos el razonamiento de Beaufre, la elección de medios fundamentales (y no solo el *"volumen de medios a consagrar a su logro"*[83]) no formaría parte de la estrategia tal como este la comprende.

Se hace poco sostenible que la elección de los medios fundamentales o su volumen no corresponda al ámbito estratégico y al pensamiento estratégico, pero este es el tipo de razona-

[80] Cheyre, Juan Emilio, "La Interpenetración Política-Estratégica", Impresores Edimpres Ltda., Santiago; 1986, pág. 41.
[81] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 57.
[82] Beaufre, André, *ibid.* págs. 22 y 155.
[83] Beaufre, André, *ibid.* pág. 154.

miento a que lleva la separación en abstracto de la política y la estrategia.

El hecho de que una vez planteado el diseño estratégico en el ámbito de la gran política, se requiera una nueva concreción de medios para llevar a cabo la estrategia elegida, no invalida para nada el argumento anterior. Solo se reafirma el hecho de lo inconveniente de separar, en la teoría, la estrategia de la política.

Así pues, a mi juicio, al enriquecer y al intentar dar un marco integral y coherente a la estrategia, en tanto "arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política", al mismo tiempo e inevitablemente por este camino se empobrece y distorsiona la función de la política misma.

Si todo lo que hay que hacer para conseguir los objetivos fijados por la política se deja fuera de esta, entonces se está distorsionando su real contenido, el cual comprende no solo la fijación de objetivos, sino el completo arte de conquistar el poder, conservarlo y utilizarlo.

Efectivamente cada una de estas acciones, finalmente, se transforman en objetivos que fija la política, pero estos objetivos van surgiendo en función de la práctica de la política misma, no a partir de la práctica de una actividad ajena a la política.

La política no solo fija los objetivos. La articulación de los cuatro campos de acción del Estado es justamente la política. A esa práctica podrá llamársele estrategia si se quiere, pero en tanto comprendamos que esta estrategia es un momento del movimiento político mismo, como el objetivo político mismo puesto en acción.

Del mismo modo como la política no se detiene cuando comienza la guerra, como decía Clausewitz[84], tampoco la política se detiene –para dar paso a una disciplina distinta–, cuando se despliega en sus modos de concretarse.

---

[84] Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 24.

Por lo tanto, cuando Beaufre plantea que *"la finalidad de la estrategia es alcanzar los objetivos fijados por la política utilizando lo mejor posible los medios de que se dispone"* (agregando luego una crítica a una afirmación que se atribuye seguramente de manera errónea a Clausewitz, quien solo vería como medio la batalla victoriosa), no sería verdadera su siguiente afirmación, al plantear que su definición acerca de la finalidad de la estrategia sería entonces más adecuada porque descartaría *"cualquier noción de medio... (ya que)... solo considera la esencia misma de la decisión que se busca, o sea la aceptación por el adversario de las condiciones que se le quieren imponer"*[85].

Aquí Beaufre elimina toda noción específica de medio porque quiere aislar solo la esencia de la decisión que se busca, con el objeto que aparezca como medio no solo la guerra, sino un amplio espectro de posibilidades.

¿Por qué quiere Beaufre que aparezca un gran espectro de posibilidades? Evidentemente, porque ya sabe de antemano, antes de eliminar toda noción de medio, que esas posibilidades existen, por lo que eliminar toda noción de medio a posteriori no le ayuda en nada.

No fue la eliminación de toda noción de medio lo que le hizo descubrir que había un amplio abanico de medios, sino que por el contrario, al percatarse de que hay un gran abanico de medios, explicita la necesidad de no considerar el medio específico de la guerra como medio único.

Entonces, siendo un planteamiento que no le sirve para justificar sus conclusiones presentes, las cuales se habían obtenido por otros caminos, y si tampoco ocupa la premisa de 'eliminar toda noción de medios' para ningún análisis futuro, ¿para qué puede servir?[86].

---

85 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 30.

86 En esto estamos ante una metodología inadecuada, pues basados en argumentos parcialmente coherentes y lógicos, no necesariamente se obtiene una coherencia en la totalidad. Por ello es importante la indicación metodológica que da Clausewitz al inicio de su obra, cuando indica que desde el comienzo se debe considerar la idea de totalidad, de modo de ir progresando luego etapa por etapa

A mi juicio, en una primera instancia Beaufre pone entre paréntesis a los medios, cuya determinación deja para una etapa posterior del análisis, para permitirse acceder a una abstracción, crear un ámbito pretendidamente fuera de la política para fundar su concepción acerca de la estrategia.

El problema que surge para la teorización de Beaufre es que si de partida incluye el análisis de los medios, debería reconocer como medios los cuatro campos de acción y entonces ya no puede independizar a la estrategia de la política, pues como dijimos, la política es la que permite organizar estos cuatro campos y con esto se aleja la posibilidad de colocar a la estrategia como un campo separado.

Beaufre ya se había desprendido anteriormente del hecho que las voluntades antagónicas obedecían a intereses concretos, presentándolas solo como voluntades puras surgidas sin importar de dónde ni por qué.

De esta manera, en la teorización de Beaufre habían quedado de lado los intereses; ahora han quedado de lado los medios. Más adelante[87] se verá un vuelco en la reconsideración de los medios, cuando estos aparecen directamente relacionados con los objetivos.

Táctica y estrategia

Por sus debilidades conceptuales, Beaufre no puede resolver la aporía que surge cuando autores como Fuller, Rougeron y Toynbee *"explican toda la evolución de la estrategia por la evolución de las técnicas"*, de modo que la estrategia que haya de manejar esas tácticas, dependientes del desarrollo técnico, tiene que estarles subordinadas[88].

de lo abstracto a lo concreto, y no mezclar distintos niveles de análisis, pues ideas correctas en su contexto restringido, no integrarán un todo coherente si no hay un método que tome ese resguardo.

[87] Parte V, capítulo "El fin es conseguir medios".

[88] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 56.

Nuestro autor califica esto de un *"contrasentido extremadamente grave y tanto más peligroso cuanto que contiene una gran parte de verdad, pero solo una parte"*.

Luego de reconocer la parte de verdad, es decir que *"el avance técnico y táctico confiere una ventaja considerable"* y que esto debe ser tomado en cuenta en la estrategia a elegir, Beaufre no logra escapar al conflicto de prioridades en que lo ponen los autores anteriores, y cae en la necesidad de tener que justificar la subordinación de las tácticas a la estrategia. Para ello argumenta que el avance y desarrollo de las técnicas puede *"revelarse inútil si (la táctica) se pone al servicio de una mala estrategia"*[89].

Este no es un buen argumento, pues de igual manera se podría decir que una buena estrategia podría revelarse inútil si se ocupa una mala táctica.

La única verdad que contiene de modo velado el razonamiento de Beaufre es que las tácticas no tienen vida propia.

Sin embargo, en su concepto tampoco las estrategias tienen vida propia, pues están subordinadas a los objetivos políticos.

De este modo, el mismo argumento que emplea para la táctica se puede emplear para la estrategia mientras se la considere subordinada a la política como mero medio.

Con igual propiedad podemos decir que una estrategia se puede revelar inútil si se pone al servicio de un objetivo político erróneo o inadecuado.

El verdadero problema es que al desgajar la estrategia de la política (nos referimos al concepto de estrategia total) como algo independiente, como medio, se la priva de lo que la hace consustancialmente superior a cualquiera táctica.

La estrategia es superior a las tácticas, no porque una vez desgajada de la política *"la elección de las tácticas es la estrate-*

89 Beaufre, André, *ibid.* pág. 56.

gia"[90], como también argumenta Beaufre, con lo cual la estrategia adquiriría en esta función de elegir una supuesta preeminencia. Tampoco es superior debido a que el desarrollo de las tácticas puede revelarse inútil si se pone al servicio de una mala estrategia. La razón estriba en que la estrategia, en una concepción de estrategia total, se debería concebir como parte de la política.

Beaufre, al argumentar la preeminencia de la estrategia sobre las tácticas y sobre su elección plantea que *"Es la estrategia la que decidirá la forma del conflicto: ofensivo o defensivo, insidioso o violento, directo o bien progresivo e indirecto, si se buscará la lucha en el terreno político o en el terreno militar, si se empleará o no el arma atómica, etc."*[91].

Pero esas son por sobre todo decisiones de carácter político. Las tácticas (cualquiera sea el desarrollo tecnológico que impliquen) se eligen para lograr los sucesivos escalones que nos permiten acceder a los objetivos políticos, pero este escalar, que Beaufre lo llama estrategia, es la política misma puesta en acción.

Lo que debió decir Beaufre para contestar a Fuller, Rougeron y Toynbee, y lo que no solo era "parcialmente cierto", sino cierto completamente, es que con el avance tecnológico se amplía el abanico para elegir tácticas, debió decir por lo tanto que lo que se podría explicar por la evolución de las técnicas, son todas las evoluciones de las tácticas[92].

También podría decir, de modo inverso, que el ocupar ciertas tácticas o avances tecnológicos, o no ocuparlos, dependerá

---

90 Beaufre, André, *ibid.* pág. 57.
91 Beaufre, André, *ibid.* pág. 57.
92 En referencia a las enseñanzas de la insurrección de Moscú de 1905, Lenin señalaba que *"La tercera gran enseñanza que nos ha aportado Moscú se refiere a la táctica y a la organización de las fuerzas para la insurrección. La táctica militar depende del nivel de la técnica militar, verdad que Engels se ha cansado de repetir, esforzándose por llevarla a la comprensión de los marxistas"*. LENIN, Vladimir Ilich, "Enseñanzas de la Insurrección de Moscú", O.C.,Tomo XI, Editorial Cartago, Buenos Aires; 1960, pág. 169.

–dada su efectiva función de elegirlas– de la estrategia a seguir. Pero lo claro es que jamás el avance tecnológico y táctico o el avance en la teoría estratégica (comprendida como lo hace Beaufre, vale decir como mero medio) determinará los objetivos políticos, más aún, siempre dependerán de estos últimos.

Pero a nuestros cuatro autores lo que les interesa es la relación entre la estrategia y el desarrollo técnico.

Desde una perspectiva materialista, efectivamente si se analiza la evolución de las sociedades, el desarrollo de las fuerzas productivas y entre ellas las técnicas, son determinantes en el estadio de desarrollo de las relaciones de producción y estas últimas son determinantes en el tipo de antagonismos sociales que son el sostén de la política. Desde este punto de vista las técnicas –y todas las técnicas, puesto que tarde o temprano toda las técnicas tienen un uso militar– tienen una preeminencia muy especial sobre la política y sobre la estrategia en general.

Si es a esto a lo que se refieren Fuller, Rougeron y Toynbee, estaría de acuerdo, pero estos autores están lejos del marxismo como para que esa sea su idea.

El planteamiento de estos autores se refiere a un ámbito mucho más restringido que el de la evolución de las sociedades, por ejemplo a cómo el armamento nuclear cambió la estrategia militar de los Estados, o cómo el uso de distinto tipo de calzado en los ejércitos, introdujo cambios en la táctica y estrategia militares en la antigüedad.

En la posición que adoptan tanto Fuller, Rougeron, Toynbee, como también Beaufre, se incuba a mi juicio el siguiente error al analizar esta situación, cual es pensar que un avance tecnológico, relacionado con un avance táctico, tiene siempre un carácter espontáneo.

Los avances tecnológicos y tácticos relevantes nunca se producen espontáneamente. Ellos son, más bien, el producto de grandes políticas de Estado, es decir, producto de desarrollos de carácter político-estratégicos desde un inicio. Cuando surge

un avance científico o técnico que permite ser aplicado en el terreno militar, para que esta capacidad se desarrolle y se pueda ocupar, media una gran cantidad de decisiones políticas y económicas, por lo que finalmente lo que aparece como un impresionante desarrollo táctico y que puede afectar el ámbito estratégico, ya estaba en el ámbito estratégico –ámbito de la gran estrategia– desde un inicio.

Supongamos la idea de que un Estado decide invadir a otro, por ejemplo, para hacerse de ciertas riquezas naturales o de cierta zona de valor estratégico, luego de haber desarrollado una gran superioridad técnica-militar; ¿es posible pensar que el hecho técnico haya determinado el objetivo político mismo y la estrategia a seguir? Es evidente que no.

El antagonismo entre dos Estados o dos fuerzas sociales cualquiera no surge por la posesión de armas más o menos poderosas.

En contra de esta opinión se manifiesta Milia, quien concede realidad a lo que llama "la causa impulsiva", o "el poder como causa".

Dice este autor: *"Muchos conflictos se originan porque una nación o un grupo se percata de su poder, se siente en la necesidad de 'amortizarlo' para lo cual no le queda otro recurso que emplearlo... Es decir, no se adquiere poder para actuar sino que se actúa porque se cree tener poder suficiente"*[93].

Esta idea vela el origen de los reales objetivos de cualquier conflicto, incluida la guerra, los que tienen su origen en intereses que surgen con total independencia del desarrollo técnico-militar, el cual es más bien el resultado y no la causa del objetivo político.

Por el contrario, podemos afirmar que el objetivo político preexistía a la concreción del avance técnico, el cual, probable-

93 Milia, Fernando A., "El Conflicto", Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires; 1985, pág. 65.

mente, no se había hecho efectivo justamente por un retraso en ese desarrollo o por la existencia de una coyuntura desfavorable, ya sea interna o externa.

La existencia de este objetivo político está determinada por el carácter general de lo que la elite en el poder ha definido como los objetivos nacionales. Ese objetivo puede existir de manera muy definida o solo como una vaga posibilidad a concretar en un futuro indefinido, tanto en el tiempo como en el lugar.

Podría argumentarse que una cierta elite en el poder puede cambiar sus objetivos políticos al saberse poseedora de medios poderosos, pero esta ficción se basa en la idea de que esos medios poderosos surgieron de la nada, como si un Estado se viera de pronto en posesión de armas nucleares sin reconocer que esas armas son el resultado de una decisión político-estratégica previa.

Al error de considerar "el poder como causa" puede ayudar la misma concepción de Beaufre, al considerar a la estrategia separada de la política y por lo tanto separada de los intereses que subyacen al poder. Así, este último se erige como un ente en sí mismo, como "causa sui".

Es importante reconocer que al depurar la estrategia de la política, lo que queda de la primera es el arte de la eficiencia y de la eficacia, vale decir, y en contra de la intención del propio Beaufre, el arte del ingeniero[94].

No obstante podría creerse que hay un aspecto de verdad en la idea anterior de Milia por el hecho de que no es infrecuente que el poder cambie de mano y el nuevo bloque en el poder se vea en posesión de medios que sí pueden ser usados. Sin embargo, cualesquiera sean las circunstancias, también tras ese uso habrá una constelación de nuevos intereses que lo respaldan.

En las sociedades políticas, y en particular en relación a la estrategia total, siempre habrá un conjunto de medios en el Es-

94 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 29.

tado, ya sea en el ámbito económico, militar o político en general, que estarán disponibles. Junto con ello, siempre habrá, por razones estructurales, una constelación de intereses que se materializan apenas surge la ocasión propicia para ello. Pero este hecho no solo no niega, sino que reafirma la idea de que tras las políticas siempre existen intereses de algún tipo.

Por lo tanto, lo que vino a realizar ese avance táctico derivado de un avance técnico, a que hacíamos referencia, fue poner a tono las capacidades del Estado con los objetivos políticos, declarados o no declarados, o incluso no formulados como tales aún, pero que están determinados por la inserción particular en que un Estado dirigido por determinadas elites se encuentra en el ámbito internacional.

El camino que llevó a crear ese desarrollo tecnológico se inscribe en el ámbito de una estrategia de desarrollo integral del Estado. En eso consiste la preeminencia de la estrategia sobre la táctica.

Lo que ha ocurrido, entonces, es la actualización de un objetivo postergado o potencial, cuando se abre la posibilidad de llevarlo a cabo.

Lo anterior ocurre, y ha ocurrido siempre, con o sin desarrollo técnico, táctico o estratégico, cuando una favorable coyuntura creada en el ámbito político, por ejemplo un gran aislamiento internacional de un Estado, crea las mejores condiciones para iniciar un conflicto contra este, actualizándose un objetivo que es originado y alimentado por antagonismos de una especie muy diferente al meramente técnico o táctico.

Parece importante realzar el concepto de "conflicto potencial", el cual tiene este carácter desde el momento en que la determinada inserción de un Estado en la arena internacional, crea una estructura de antagonismos que se pueden volver actuales dependiendo de las condiciones concretas.

Ejemplos importantes en este contexto son los grandes conflictos de los últimos años: las guerras de Irak (1991), Kosovo

(1999), Afganistán (2001) y la nueva guerra de Irak (2003). Todos esos conflictos obedecen a la estructura de antagonismos creada por la inserción de EE.UU. como potencia unipolar, una vez desaparecido el sistema de países socialistas, lo cual ha determinado o actualizado conflictos potenciales en todo el mundo.

El hecho que mejor grafica esta situación de conflicto en potencia es la declaración del presidente George W. Bush a raíz del ataque sufrido por EE.UU., en el año 2001, en cuanto a que se debería estar a favor de la política estadounidense o en contra de esa política, con las consecuencias correspondientes, no dando cabida a una tercera posibilidad.

A lo anterior podemos agregar que existe una base objetiva para pensar que avances tácticos puedan determinar las estrategias (estrategia comprendida como Beaufre lo hace, vale decir, separada de la política y una vez que hemos hecho la abstracción del hecho que los avances técnicos-tácticos son determinados por definiciones estratégicas previas) y que seguramente es lo que hace decir a Beaufre que las ideas de Fuller, Rougeron y Toynbee, son parcialmente ciertas.

Podríamos elegir los mismos textos de Beaufre para mostrar lo anterior, vale decir, cómo los avances tácticos pueden determinar caminos estratégicos diferentes, pero para matizar utilizaremos la opinión del mariscal de la Unión Soviética V. Sokolovski.

Es un hecho histórico que la aparición de cohetes con carga nuclear influyó de manera radical en la naturaleza de la guerra y la estrategia. Su empleo en masa permite poner fuera de combate en poco tiempo a varios grandes países, con economías desarrolladas y con poblaciones de muchas decenas o centenas de millones de habitantes. La posibilidad de hacer llegar el arma nuclear a cualquier rincón de la tierra, puede borrar las fronteras entre frente y retaguardia y varía el concepto de teatro de operaciones.

Sostiene Sokolovski que "e*n la guerra contemporánea la estrategia militar se convierte en la combinación de ataques profundos con*

proyectiles nucleares y operaciones de todas las ramas de las fuerzas armadas, para infligir una derrota y destrucción simultáneas al potencial económico del enemigo y a sus fuerzas armadas, en todo el territorio de su país, a fin de lograr los objetivos de la guerra en plazos muy breves"[95].

Lo anterior cambia radicalmente conceptos aceptados incluso hasta la Segunda Guerra Mundial.

El planteamiento de Sokolovski acerca de los cambios de los principios y conceptos estratégicos se elaboró en la época del conflicto nuclear en potencia vivido entre EE.UU. y la URSS y puede ser discutible, sobre todo ante el distinto tipo de conflictos y guerras a que nos hemos acostumbrado a ver en estos últimos quince años. Pero lo importante es que muestra la necesidad de realizar el reestudio de estos conceptos a la luz de cada gran avance tecnológico[96].

Siguiendo a Sokolovski, el principio de *concentración de fuerzas y armamentos en el sector decisivo* debe abordarse de manera distinta. En la guerra que podemos llamar clásica, esa concentración se conseguía con la concentración de efectivos y armamentos en un sector relativamente limitado del frente terrestre. Ahora se puede lograr por medio de ataques en masa con proyectiles nucleares.

Asimismo, el concepto de *frente continuo* y por lo tanto el de *ruptura* del mismo, han perdido su significado.

El principio estratégico de *economía de fuerzas* adquiere también otro significado, desde el momento que el desenlace depende en gran medida de los ataques lanzados al comienzo de las acciones[97].

---

95 Sokolovski, V., *op. cit.*, pág. 21.
96 Sokolovski, V., *ibid.* págs. 21 a 25.
97 Es interesante ver este enunciado de Sokolovski a la luz de la idea de Clausewitz, respecto a que el principio de economía de fuerzas solo aplicaría a la táctica pero no a la estrategia.

Respecto del principio de *victoria parcial,* se consideraba que la victoria final era la suma de numerosos éxitos parciales en diferentes frentes. Las armas llamadas justamente estratégicas, que se encuentran a disposición inmediata de los mandos supremos permiten lograr resultados decisivos y la victoria sin utilizar fuerzas y medios tácticos y operativos.

También cambian conceptos fundamentales de la estrategia tales como:

Teatro de Operaciones. Antes, el teatro se limitaba a la zona donde se desarrollaban las acciones bélicas directas. Su límite estaba determinado por el alcance de las armas, las que hasta la Segunda Guerra Mundial penetraban pocas veces en las profundidades de la retaguardia enemiga.

El desarrollo de la aviación de bombardeo estratégico, de las armas nucleares y sobre todo los proyectiles intercontinentales, hace que el teatro de operaciones pueda abarcar a todo un país, conjunto de países, amplias extensiones marítimas, aéreas y cósmicas. Por lo que su tamaño no está limitado por el alcance de las armas, el cual en la práctica es ilimitado, sino por otro tipo de necesidades estratégicas.

Pierden su antiguo significado la *ofensiva y defensa estratégica* como formas de operaciones estratégicas. Concebidas como la acción de tropas terrestres con la colaboración de la aviación o la armada cuando correspondía, siendo las fuerzas encargadas de lograr los principales objetivos de la guerra, cuando las operaciones de tierra decidían el curso de esta.

Con los proyectiles nucleares los fines y objetivos principales serán logrados por las tropas estratégicas de cohetería, mediante golpes en masa. Cambia por ello, también, el rol de las tropas de tierra y de aviación, en todo caso no por ello en objetivos de menor importancia.

Cambia también el concepto de *despliegue estratégico,* concebido como el conjunto de medidas de protección, movilización, concentración, y despliegue de las fuerzas en el teatro de opera-

ciones, que debe llevarse a cabo en el momento de peligro inminente o al comenzar la guerra. Ahora este despliegue consiste en establecer formaciones estratégicas antes del estallido de la guerra.

Asimismo, cambia el concepto de *maniobra estratégica,* que se definía como la distribución de fuerzas y armas en el teatro de operaciones o en una dirección estratégica.

En la Segunda Guerra Mundial se materializaba trasladando por ferrocarril grandes unidades y tropas de un frente o teatro de operaciones a otro. Ahora consiste en crear condiciones ventajosas mediante la concentración y cambio de dirección de los ataques nucleares destinados a resolver los problemas principales de la guerra.

A la luz de las consideraciones anteriores, se hace evidente que la introducción de nuevas armas introduce cambios radicales en la estrategia, en sus principios y categorías fundamentales.

Sin embargo, si analizamos los nuevos conceptos de Sokolovski, veremos que si bien la técnica introduce cambios radicales en la estrategia militar, no hay ningún elemento en ellos que indique cambios en la causa de los antagonismos entre los Estados o fuerzas sociales, cualquiera que ellas sean, ni elementos que afecten a los objetivos políticos de las partes. De este modo, la estrategia, así concebida, no se relaciona con la fijación de los objetivos políticos. Efectivamente, en este caso, aquella juega como mero medio.

Puestos en esta perspectiva, que es la de Beaufre, tratar de demostrar la superioridad de la estrategia sobre las tácticas es una tarea inútil. En el caso de que "la elección de las tácticas es la estrategia", esta prerrogativa de elegir no significa que la estrategia haya cambiado de ámbito. Por lo tanto, demostrar la superioridad de la estrategia sobre la táctica no tendría ningún objeto.

La relación entre las tácticas y la estrategia, en el concepto de Beaufre, sería un escalar en el grado de generalidad de los

problemas, pero sin el cambio que va del ámbito operativo al político.

En síntesis, hemos discutido la concepción de Beaufre según la cual la estrategia sería superior a las tácticas, porque es quien las elige. Se ha afirmado, como contrapartida, que la estrategia es superior porque pertenece al ámbito de la política. Al haber separado Beaufre el ámbito estratégico del político, no puede demostrar realmente esta idea de superioridad, aunque crea firmemente en ella.

Esta misma dificultad surge cuando Beaufre critica la "división vertical" que hace Aron, al separar la estrategia de la diplomacia. Nuestro autor contrapone a esto una división horizontal, entre política arriba y estrategia abajo[98].

Ambos autores caen en el mismo problema de abstracción; Beaufre al creer que sería posible fijar objetivos políticos fuera de una estrategia y Aron al creer que se puede llevar a cabo la política exterior, al margen de la estrategia o la política de Estado. Así, siendo justa la crítica de Beaufre a Aron, su solución adolece del mismo problema de abstracción.

La estrategia y el arte del ingeniero

Más arriba sostuve que, en contra de la intención del propio Beaufre, este acerca o asimila la estrategia al arte del ingeniero. Veamos cómo lo desarrolla y sus consecuencias.

Para Beaufre el medio que requiere la política no debe referirse a cosas materiales. La política requiere un medio propio y este medio es la estrategia[99]. Quien utiliza medios es la estrategia y los utiliza para conseguir el objetivo político.

Para Clausewitz es la política la que utiliza medios, a veces la guerra a veces otros medios. Si bien Clausewitz comprende perfectamente que el objetivo de la guerra es lograr el objetivo

98 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 156.
99 Beaufre, André, *ibid.* pág. 29.

político, el cual se refiere al tipo de paz posterior[100], hace deliberada abstracción de este hecho y plantea que en la guerra estos objetivos se confunden, de modo que ganar la guerra se transforma en el objetivo político en sí.

Entonces estaríamos frente a dos disciplinas distintas, tanto por la diferencia de medios que comportan, tanto por la diferencia de objetivos, dado que en un caso el objetivo es el tipo de paz posterior y en el otro caso ganar la guerra.

Para Clausewitz la guerra es la continuación de la política en el mismo sentido que lo es el armisticio o la paz luego de la guerra. La guerra, el armisticio y la paz son medios de la política, entre otros, y sus estatus son equivalentes. Así podemos decir también que la política se realiza a través de sus medios y existe solo por ellos. No hay un más allá de la política que permita realizarla fuera de estos.

Para Beaufre en cambio, la política en lo fundamental se remite a fijar objetivos y por lo tanto en sentido propio no utilizaría medios tales como los económicos, diplomáticos, las relaciones internacionales, o de la política interna o medios armados, sino que el medio de la política en sentido propio sería la estrategia.

Pero esta última, según su concepción inicial, no participaría de la fijación de objetivos políticos, por lo que desprendida de su contenido, se transforma en una mera forma lógica, el estado más apropiado para ser resuelta, por lo tanto, por el arte del ingeniero.

Habría que agregar a esto que el arte del ingeniero hace mucho que dejó de ser la mera gestión de medios materiales en el sentido que le da Beaufre, y abarca todo el amplio espectro que queda una vez que se han tomado las decisiones políticas, cualquiera sea su índole. De este modo, en la concepción de Beaufre, valdría lo mismo decir que entre la fijación de objetivos políticos y su consecución, mediaría la ingeniería.

---

100 Clausewitz, Karl von, *op. cit.* págs. 84 y 85.

La extensión de esta idea se refleja en el acuñamiento del absurdo término de "ingeniería política" para designar la introducción del cálculo en la definición de los candidatos para los cupos electorales y la consecuente definición de alianzas, en las elecciones parlamentarias de nuestro país. En esta idea se refleja muy bien el prejuicio de pensar que la política de por sí no participaría del pensamiento racional, por lo que requeriría la ayuda de una disciplina distinta para concretarse.

En este prejuicio queda absolutamente velado el hecho de que la razón no es una entelequia abstracta, sino que es un hecho político; es la política la que determina e impone la razón y no a la inversa. Es la política y el tipo de praxis determinada por el ejercicio del poder, que tiene la capacidad de cambiar la realidad, el hecho que nos hace ver como racional lo que antes parecía contrario a la razón y viceversa. A la base de la razón siempre están los supuestos a partir de los cuales la razón se despliega, y estos supuestos siempre son externos a la razón y los impone la política.

Quizás podrá costar al lector comprender la idea según la cual en la base de la aritmética, de la geometría y de la lógica está la compleja trama de relaciones sociales que sostienen a los diversos modos de producción y que queda representado por la política, pero este saber ha sido una de las conquistas más relevantes de la ciencia de la historia y de la historia de las ciencias, a partir de los análisis de Marx acerca de la ideología, la ciencia y de la historicidad de sus conceptos. Por un camino diferente esta idea de base ha tenido un hito importante en la obra de Thomas Kuhn "La Estructura de las Revoluciones Científicas" y su conceptualización acerca de los paradigmas de la ciencia.

PARTE III

La política y la subjetividad

El hecho psicológico y el hecho político

Análisis general del problema

Recordemos que para Beaufre la estrategia es *"El arte de emplear la fuerza o la violencia para alcanzar los objetivos fijados por la política"* y, en otra definición, el *"arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto"*[101].

Él mismo se encarga de calificar estas definiciones como aproximaciones lógicas, lo cual podría ser la causa de que no previera de inmediato las objeciones que aparecieron cuando se comprendieron sus consecuencias. Estas se refieren, según sus detractores, a que la estrategia estaría sobrepasando sus límites propiamente militares y se estaría inmiscuyendo en el terreno de la política.

Comparto plenamente la idea de Beaufre en contra de sus detractores, de hacer una elaboración que permite extender el tema estratégico más allá del campo militar. Sin embargo, el grado de abstracción que Beaufre propone, al plantear que la esencia de la estrategia yace en el juego abstracto que resulta de la oposición de dos voluntades –idea que toma de Foch–, lo aleja de este propósito, al dejar de lado los vínculos reales que existen en el ámbito de la política. En esta, como se ha planteado anteriormente, lejos de presentarse una lucha abstracta entre dos voluntades que se enfrentan, se trata más bien de una lucha sumamente concreta entre intereses antagónicos.

---

101 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 35.

Beaufre insiste en que esta definición podrá parecer muy abstracta y muy general, pero que es así como corresponde concebirla para comprender su estructura mental (sic) y sus leyes[102].

Una derivación interesante de este equívoco de Beaufre es presentado por Milia al sostener que *"... desde que el conflicto se caracteriza primariamente por una confrontación de voluntades, es evidente que lo subjetivo es determinante"*[103].

Beaufre nos dice que los objetivos a alcanzar pueden ser ofensivos, defensivos o conservar el *statu quo* político y que la idea acerca de la *"decisión mediante la batalla victoriosa"*, atribuida a Clausewitz, no podría aplicarse a todos estos objetivos[104].

Tiene razón nuestro autor en cuanto a que la violencia armada es solo uno de los medios posibles a utilizar en la consecución de los objetivos políticos. Tiene razón también al decir que el planteamiento anterior es muchas veces atribuido de manera impropia a Clausewitz. Este utilizaba esa idea solo en el caso en que la solución política pasara por el desencadenamiento de la guerra, pero en ningún caso planteó que cualquier objetivo político debería decidirse en el campo de batalla, ni que el resto de las actividades de la política cesaran por la existencia de la guerra.

Beaufre introduce una idea adicional a su conceptualización de la estrategia, a la cual nos referimos anteriormente. Según su concepción, la única ley general que abarcaría todos esos objetivos debe descartar cualquier noción de medio merced al cual la decisión es obtenida. Esa ley general debe considerar la esencia misma de la decisión que se busca[105].

En esta línea sostiene que la estrategia *"... es el arte que permite, con independencia de toda técnica, dominar los problemas*

102 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 30.
103 Milia, Fernando A., *op. cit.*, pág. 54.
104 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 30.
105 Beaufre, André, *ibid.* pág. 30.

que plantea en sí todo duelo, para permitir precisamente emplear las técnicas con la máxima eficacia"[106].

Anteriormente, cuando me referí a los medios, ya había adelantado lo impropio de este planteamiento, pues la idea de descartar toda noción de medio surge solo una vez que se ha dado la posibilidad de usar otros medios, además de la fuerza, y no de descartarlos.

Pero dadas las cosas así, una vez descartada la noción de medio, Beaufre debe ubicar la finalidad de la estrategia en relación a los fines. Y es así cuando dice que la finalidad de la estrategia es *"alcanzar la decisión creando y explotando una situación que acarree una desintegración moral del adversario, suficiente como para llevarlo a aceptar las condiciones que se le quieren imponer"*[107].

De este modo, la falta de reconocimiento en este punto, desde un comienzo, del paso trascendental que propone el mismo Beaufre, que significa incluir todo tipo de medios, lo lleva a plantear que en *"esta dialéctica de las voluntades, la decisión es un acontecimiento de orden psicológico que se quiere producir en el adversario: convencerle de que emprender o proseguir la lucha es inútil"*[108].

En otras palabras, el verdadero terreno de la estrategia sería el de la psicología del adversario[109]. El arte de la estrategia consistirá, en su planeamiento, en combinar la acción de los medios para que concurran a un mismo resultado psicológico, para producir el efecto moral decisivo.

En su obra posterior, relativa a la acción, en el capítulo "Psicología de la Acción", Beaufre trata el hecho de que la acción se ejerce sobre *"la psicología de los jefes políticos"*, no solo en

106 BEAUFRE, André, *ibid.* pág. 29.
107 BEAUFRE, André, *ibid.* pág. 31.
108 BEAUFRE, André, *ibid.* pág. 30.
109 BEAUFRE, André, *ibid.* pág 31.

las diversas fases del conflicto, sino en especial en la última fase de la lucha, la de la capitulación o del compromiso[110].

Beaufre le da tanta importancia a este hecho que lo describe como el *"corazón del problema estratégico, el lugar geométrico de todas las influencias que apuntan a resolver la dialéctica de las voluntades que se enfrentan"*[111].

Vuelve a insistir en esta idea, en el análisis de la estrategia total en su modo indirecto, al afirmar que lo esencial se juega en el plano de la acción psicológica y en particular en el nivel de las decisiones de los gobernantes[112].

Además, con el objeto de respaldar su argumento cita a Lenin[113] en quien supone una afinidad con esa concepción. Más adelante analizaremos las ideas de Lenin respecto a la subjetividad. Cabe agregar aquí que la concepción de la subjetividad y objetividad en política que tiene Lenin se aleja bastante de ese planteamiento.

De esta manera Beaufre piensa que el elemento que permite relacionar el mundo abstracto de las ideas relativas al duelo con la política, sería la capacidad de tomar decisiones políticas, y esta capacidad sería un hecho de carácter psicológico.

Al conocedor de la obra de Beaufre le puede parecer extraña la afirmación según la cual para este, el verdadero terreno de la estrategia sería el de la psicología del adversario y estará tentado de citar momentos de su obra, en los cuales lo que aparece como relevante es el análisis objetivo de las correlaciones de fuerza de los distintos sujetos en pugna. Sin embargo, para analizar teóricamente la obra de Beaufre, no se debe soslayar la cadena real de las razones que expone explícita y abundantemente en torno a la centralidad del ámbito subjetivo. Más bien, como indicamos anteriormente, debemos dirigirnos a ex-

110 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 84.
111 Beaufre, André, *ibid.* pág. 85.
112 Beaufre, André, *ibid.* pág. 149.

plicar esta discordancia permanente entre sus hipótesis y sus desarrollos teóricos.

Analicemos nuevamente la línea de razonamiento de Beaufre. Pone como pieza central de su argumentación la necesidad de descartar cualquier noción de medio merced a la cual la decisión pudiera ser obtenida. Al hacerlo, justamente con la finalidad de lograr un mayor grado de generalidad de análisis, lo que queda como medio, sin embargo, es la estrategia misma, pues en la consecución de un objetivo el descartar todo medio, aunque sea en el terreno del análisis puro, es imposible.

Pero al creer en esta posibilidad, Beaufre cree poder también reemplazar la problemática de los medios (cualquiera sea su grado de generalidad) por la de los fines, con el argumento de que se debe considerar la esencia misma de la decisión que se busca. Así, con el fin de lograr la generalidad adecuada a su teorización, lo cual es totalmente lícito y conveniente, lo hace de una manera que lo obliga a sacrificar el foco en que debió centrar el análisis. Este es justamente el análisis de los medios, considerados en el grado de su mayor generalidad, o sea, la estrategia, habida cuenta lo que ha afirmado anteriormente en el sentido que la finalidad de la estrategia sería *"alcanzar los objetivos fijados por la política utilizando lo mejor posible los medios de que dispone"*[114].

Pero al separar los elementos políticos de la estrategia, convirtiendo a esta última en un "método", Beaufre se ve obligado a introducir un elemento adicional para relacionar el "método" abstracto de la estrategia con el mundo concreto. De este modo acude al ámbito de la psicología individual, por medio de los mecanismos del juicio, lo que le permitiría anclar su elaboración en el campo de las decisiones políticas.

No cabe duda que el tomar una decisión cualquiera, por ejemplo la de dejar de luchar, pasa por un mecanismo de juicio que ocurre en el ámbito de lo psicológico-individual de quienes

113 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 31.
114 Beaufre, André, *ibid.* pág. 30.

tienen las facultades decisorias. Sin embargo, vale preguntarse si esta es la manera adecuada de enfrentar el problema de las decisiones políticas, pues en definitiva la decisión de dejar de luchar es de carácter político, lo cual excede el ámbito individual aunque lo contenga.

Pero esto no es todo. Habría que analizar qué significa realmente el ámbito psicológico. ¿Está remitido a la individualidad? ¿Está remitido a lo que puede ocurrir "dentro de una cabeza"? En este terreno podemos encontrar muchas concepciones distintas, tanto dentro de las disciplinas psicológicas, como en las ciencias sociales y sus diversas concepciones del hombre.

Nos interesa recordar en este terreno, y solo a manera de ejemplo, la Sexta Tesis de Marx sobre Feuerbach. En ella se sostiene que: *"...la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales"*[115].

Esto muestra cuán diferente puede lucir el carácter de una decisión. Lo específico del hombre para Marx consiste justamente en que su individualidad, que por cierto existe en su concepción, es un hecho de carácter social, por lo que una decisión, y más aún, una decisión de carácter político, definida en el ámbito psicológico a través de los mecanismos del juicio, no son separables del contexto político mismo. Los mecanismos de decisión no están remitidos espacialmente a la cabeza del hombre, pues "la cabeza del hombre" misma no se remite a los mecanismos fisiológicos que ocurren al interior de la cavidad craneana.

Es válida por lo tanto la pregunta de si no habrá herramientas más poderosas que las meramente psicológicas (entendidas aquí como remitidas al terreno de la subjetividad individual) para proponer como marco para dirimir los mecanismos de este tipo de decisiones.

---

115 MARX, Karl, "Tesis sobre Feuerbach" en MARX, Karl y ENGELS, Federico, "La Ideología Alemana", Ediciones Pueblo Unido, Buenos Aires; 1973, pág. 667.

El problema es que existe un marco general que determina el carácter objetivo y no subjetivo del mecanismo de la decisión. Este marco lo determina el ámbito de los intereses políticos y de la configuración de fuerzas en un momento dado. A mi juicio, se debe plantear un marco de pensamiento donde no solo quepa el tipo de decisiones referente a dejar de luchar en un duelo individual, sino que, si estamos en el ámbito de la estrategia total, debe caber todo tipo de decisiones políticas. De esta manera, vemos un gran inconveniente en plantear que la decisión es de carácter meramente psicológico y a la vez pretender que nos estamos moviendo en el ámbito de la guerra total o de la estrategia total.

La idea centrada en la subjetividad del adversario tiene muchos inconvenientes que analizaremos luego. Por ahora digamos solamente que esta idea de Beaufre se aleja también radicalmente de la idea de Clausewitz, para quien la finalidad de la estrategia no sería precisamente llevar al adversario "a aceptar las condiciones que se le quieren imponer", como plantea Beaufre.

Clausewitz en su obra sobre la guerra plantea que *"...la guerra es, en consecuencia, un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario"*[116].

A pesar del parecido formal con la fórmula que ofrece Beaufre, la diferencia es radical. Es la diferencia que va de la psicología individual a la política. Una cosa es que el adversario acepte dejar de luchar, o tome cualquier decisión, y una cosa muy distinta es que se le imponga un hecho político determinado, independientemente de cualquiera sea su opinión o grado de aceptación o cualquiera sea la decisión que pretenda tomar o tome[117].

---

116 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 9.

117 Se pueden encontrar en la obra de Clausewitz varios pasajes en los que parece referirse a la 'aceptación del adversario de las condiciones que se le quieren imponer'. Sin embargo, una lectura más atenta muestra en todos esos casos que en realidad se habla de la imposición de la voluntad al adversario. En el Anexo 4 se muestra el análisis de cada una de estas situaciones.

Hay que decir que Beaufre no es prolijo en esta materia y a veces utiliza la idea de imponer nuestra voluntad al adversario a pesar que toda su argumentación va en sentido contrario, denotando con esto que no incursiona seriamente en la construcción de este concepto. Así, por ejemplo, plantea en las conclusiones de su capítulo "Descripción de los modos de acción", relativo a la ofensiva y defensiva en la estrategia total en el modo indirecto, que *"la defensiva solo puede tender a permitir, tarde o temprano, 'retomar la iniciativa', por lo tanto, emprender una acción ofensiva. 'La contraofensiva se impone, si no se quiere sufrir la voluntad del adversario'"*[118]. Vale decir, Beaufre nos habla aquí de sufrir la voluntad del adversario y no del quebrantamiento de la propia voluntad.

Análisis de casos

Pudiera pensarse, no obstante lo que se ha dicho, que pudieran existir variaciones de las formas del duelo en que la decisión efectivamente fuera un hecho meramente psicológico. Hagamos un análisis más completo, a través de nueve casos de decisiones posibles que se pueden presentar en duelos de distinto tipo, con el objeto de ver si es correcta o no la primacía de la psicología individual.

Primero

Combate de boxeo o de esgrima. Si analizamos con un poco de detención lo que puede ocurrir allí veremos que puede existir un vencedor y un vencido sin que medie una decisión de "carácter psicológico". Tenemos por ejemplo el caso en que el duelo se dirime por los puntos obtenidos por los contendores, sin que ninguno haya manifestado el menor deseo de dejar de luchar o porque haya menguado la voluntad de luchar por parte de uno de los adversarios y quien dirime aquí no es ni siquiera algún contendor, sino un árbitro, o sea, una estructura objetiva de reglas. Así, hechos totalmente ajenos a los factores psicológicos actúan de una manera mucho más implacables.

---

118 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 149.

Podría objetarse a esto que en un momento determinado del duelo podría ocurrir que en uno de los contrincantes, habida cuenta del castigo que está recibiendo, decayera su moral de combate –por medio de un mecanismo correspondiente a la psicología individual– y en la práctica decida abandonar el combate. Sin embargo, tal como veremos más adelante de una manera más general, llegado a ese punto, esa decisión de abandonar o no el combate, no variará el resultado final de la refriega. Por lo que el objetivo del vencedor se logró con independencia de esa decisión de abandono y antes que esta ocurriera.

Segundo

Podría argumentarse también que la situación cambia si el duelo de que se trata no es una contienda deportiva, sino un duelo que podría conducir a la muerte de uno de los antagonistas y donde no hay un conjunto de reglas claras que diriman el combate.

Aquí pareciera que la decisión de dejar de luchar la toma uno de los contendores, por medio de un mecanismo de carácter psicológico-subjetivo de autoconservación. Sin embargo, y al igual que en el caso anterior, el contendor vencido deja de luchar, no por un mero hecho psicológico de carácter aislado, sino porque, previamente a ese hecho psicológico, ha ocurrido un conjunto de hechos objetivos y no subjetivos, por ejemplo que ha sido herido gravemente, o ha quedado inmovilizado, etc., donde por lo tanto la decisión de dejar de luchar ya estaba dada por los hechos que determinaron la imposibilidad de seguir luchando y antes que ocurriera ningún proceso psicológico de decisión.

Incluso lo anterior sería válido solo en el caso en que la parte vencida no fuera muerta y decidiera rendirse. En el caso que el vencedor diera muerte a su adversario en un duelo (con cualquier tipo de medios), "la decisión", si es que se puede seguir llamando así, tampoco residiría en el terreno psicológico.

El duelo individual es justamente el punto de partida del análisis de Beaufre, el cual pretende generalizar para el análisis

de la política. Aunque en este ejemplo, tal como en otros que veremos, es dudoso que en una contienda de carácter individual se pueda hablar de estrategias, de todos modos hemos seguido el análisis para completar la línea de razonamiento propuesta por Foch y Beaufre.

Tercero

Si analizamos el caso del abandono del combate por parte de un contrincante que no ha sido herido, ni ha perdido su libertad de acción y por el solo temor a ser herido o muerto por un enemigo que es objetivamente más poderoso, también en este caso es dudosa la idea de restringir la decisión al mero ámbito psicológico, pues en ese caso, luche o no, será vencido igual, con lo cual la decisión que tome ese contrincante es totalmente irrelevante para el resultado final.

Se pudiera retrucar a esto al sostener que el temor del contrincante es un hecho psicológico que se logró como parte de la estrategia. Sin embargo, este hecho se logró, dada la naturaleza de este caso particular, debido a que su enemigo era más poderoso y esto corresponde a un hecho objetivo, no subjetivo.

Cuarto

Pero podría argumentarse el caso en que el hipotético vencedor se muestre más poderoso, no siéndolo realmente, o no en la medida aplastante que pretende y que con su actitud haya logrado disuadir a su adversario, en cuyo caso podríamos pensar que estamos en el caso en que la decisión se acercaría más a un mero mecanismo psicológico de engaño. En este caso pudiera creerse que se ha llevado al enemigo a tomar la decisión de abandonar el campo, o en otras palabras a quebrar su voluntad de seguir combatiendo, por medio de una estrategia que tuvo por finalidad un hecho psicológico.

Pero en el caso de la lucha política la disuasión no es psicológica. El que disuade despliega un conjunto de hechos objetivos para conseguir su objetivo y el hipotético contendor puede aceptar esos hechos o no a través de un mecanismo de decisión.

En la era actual ya no se puede pretender engañar a un Estado (ya Clausewitz comprendía esta realidad[119]). Los Estados saben objetivamente lo que pasa con los otros Estados en materia de defensa y si se produce un engaño, este no está dirigido al Estado antagónico (el cual generalmente calibrará bien las capacidades del adversario), sino a un tercero que normalmente es la masa desinformada.

La credibilidad del engaño probablemente ocurre solo para un duelo individual o en combates armados entre unidades relativamente pequeñas y/o aisladas, donde se puede engañar al adversario y llevarlo a tomar una decisión a través de presentar un cuadro irreal de las propias capacidades.

Por otra parte, no se debe confundir el engaño del cual estamos tratando con la carencia de información, como sería el caso de un desconocimiento del momento del inicio de un ataque armado. La sorpresa es un fenómeno distinto al engaño aunque se le parezca bajo ciertas condiciones. En este sentido, y solo en algunas circunstancias, se puede engañar al adversario acerca del momento de un ataque, pero no se lo engaña respecto a sus intenciones y sus capacidades.

En el mundo de hoy es cada vez más improbable una situación de este tipo, la cual podía ocurrir con cierta frecuencia en las guerras acontecidas en la China antigua, hasta la Edad Media europea, pero hoy solo puede ocurrir a nivel de encuentros aislados[120]. Hoy día cualquier disuasión o cualquier definición de un conflicto de carácter estratégico debe estar respaldada por hechos y elementos reales y cuantificables. Lo que se busca en definitiva no es engañar al adversario, sino, tanto en la guerra como en la política en general, es estrecharle o cortarle realmente, objetivamente, toda libertad de acción.

Un caso relacionado que puede ser instructivo analizar fue el despliegue de esfuerzos que realizó el gobierno de EE.UU.,

---

119 Clausewitz, Karl von, pág. 156.

120 Sun Tzu decía que todo el arte de la guerra está basado en la impostura. Sun Tzu, "El Arte de la Guerra", Editorial Troquel, Buenos Aires; 1995, pág. 31.

por convencer a la comunidad internacional, en el período previo a su invasión de Irak en el año 2003, de la existencia de armas de destrucción masiva, junto a la argumentación de que Irak estaba dispuesto a utilizarlas contra Occidente, con el objetivo de conseguir el apoyo para realizar esa guerra.

Este caso, como todos los casos reales, es más complejo que los ejemplos que se han analizado anteriormente; allí no participaron solo dos Estados y no se trató de persuadir a un adversario de que desista de ir a una guerra, sino de persuadir a varios Estados para que apoyen e ingresen como aliados de una invasión. No obstante, hemos puesto este ejemplo pues tiene el elemento del engaño al cual nos hemos referido anteriormente.

El bloque en el poder en EE.UU. ideó una estrategia para justificar y buscar apoyo internacional para invadir Irak, imponer un nuevo régimen de gobierno y crear condiciones para un dominio estratégico en la zona adecuado a sus intereses. También, y como una razón más de fondo, estos objetivos eran funcionales a las necesidades objetivas que surgen en la trama de intereses y devenir de los ciclos de acumulación de capital de los grandes conglomerados económicos a nivel mundial.

La historia posterior se ha encargado de demostrar que tal amenaza de Irak no era efectiva. Sin embargo, esa ficción determinó que a parte importante de la comunidad internacional le fuera más fácil dar su apoyo a esa guerra.

Una primera pregunta que surge entonces es: ¿a quién estaba dirigida esa campaña previa a la invasión y que tenía por objeto crear determinados hechos psicológicos en las cabezas de los tomadores de decisiones políticas?

En un primer análisis superficial pudiera parecer que se habría creado un hecho psicológico en las cabezas de los gobernantes de varias potencias, el cual determinó que tomaran la decisión de apoyar a EE.UU. Esto iría en apoyo de la tesis de Beaufre en cuanto a la efectividad del ámbito subjetivo.

Sin embargo, esta situación es también muy improbable. Es muy difícil creer que las grandes potencias creyeran la versión de EE.UU., quien empleó distintos medios de presión para lograr este apoyo. Es muy probable que desde un comienzo las potencias que apoyaron a EE.UU. tuvieran muy claro lo improbable de esa amenaza, con lo cual este engaño iba dirigido más bien a sus gobernados ante los cuales debían justificar ese apoyo. Hubo muchos que supieron desde un comienzo, antes de la invasión, que los argumentos entregados por el gobierno de EE.UU. no bastaban para justificar una invasión, como consta en los propios informes de la comisión investigadora de la ONU.

La pregunta a formularse en este caso entonces es: ¿cuál fue el papel del aspecto psicológico de la decisión de ir a esa guerra? En la decisión del gobierno de EE.UU. de realizar la invasión, este rol fue nulo, pues obedeció a intereses objetivos. Tampoco ese aspecto jugó un rol en la decisión que tomaron otros Estados de no impedir la invasión, pues, o se vieron sometidos a la fuerte presión previa, exterior y objetiva de EE.UU., o compartían la política exterior de esta potencia desde un inicio. En este sentido se creó una situación objetiva de jaque que era muy difícil revertir.

Debe decirse no obstante que los europeos no estuvieron abiertamente por esa invasión. El canciller alemán G. Schröder fue reelegido con un programa abiertamente opuesto a la política exterior de EE.UU., y Francia y Alemania se unieron para impedir una segunda resolución de la ONU que autorizara la guerra. Sin embargo, estos esfuerzos fueron débiles e insuficientes para impedir el accionar estadounidense[121].

Como he dicho anteriormente, el aspecto psicológico nunca está ausente de la decisión que pasa por seres humanos, pero lo que se está tratando de demostrar es que esa decisión se configura primero en la objetividad de las relaciones sociales antes que el que toma las decisiones actúe, por lo cual esa configuración objetiva sería el fin a lograr desde el punto de vista estratégico.

---

121 FUKUYAMA, Francis, "La Construcción del Estado", Ediciones B, Barcelona; 2004, pág. 156.

Lo que queda en el análisis de este caso es la verdadera guerra psicológica y mediática hacia el resto de la comunidad internacional, quienes no tuvieron injerencia en decidir esa invasión, pero sí fueron requeridos para dar su respaldo a los gobiernos que apoyaron esa decisión.

Quinto

Veremos aquí una variante en la cual un contendiente aparentemente más poderoso toma la decisión de retirarse ante un adversario aparentemente menos poderoso.

Analicemos someramente aquí la retirada de EE.UU. de Vietnam al comienzo de la década de los 70 del siglo XX. En este caso ese gobierno toma la decisión de retirarse y dejar de luchar en esa guerra. ¿Podemos atribuir un mecanismo psicológico al carácter de esta decisión? ¿Cuáles son los hechos que podemos recordar al respecto?

Estados Unidos se retira cuando ya estaba derrotado en varios frentes. En el diplomático estaba aislado, su causa estaba desacreditada a nivel de la mayoría de los gobiernos del mundo, el costo de la guerra ya no era soportable para el Estado y para el contribuyente estadounidense, tampoco era soportable para el pueblo estadounidense la cantidad de sus muertos y crecía día tras día la oposición en el frente interno. Tampoco podía Estados Unidos lograr victorias militares en los frentes de batalla. Todos estos no son hechos psicológicos, sino políticos, objetivos. La decisión de no intervenir con un mayor poder de fuego o con el poder nuclear es sin duda resultado de una decisión, pero esa decisión está determinada previamente por hechos objetivos y estos (como por ejemplo la existencia de la URSS) hacían prácticamente inviable ese camino.

Hay que considerar como hecho previo a las decisiones y al hecho psicológico, al conjunto de situaciones objetivas que determinan una tal decisión. Por lo tanto el objetivo de la política es crear ese conjunto de hechos, no crear el "acto psicológico en sí", pues este será una consecuencia.

De esta manera el estratega debe diseñar su estrategia de modo de alcanzar el resultado que busca, cualquiera sea la decisión que tome el adversario. El estratega debe, como dice Clausewitz, imponer su voluntad al adversario y esto se puede hacer con el uso de las armas y/o con el amplio abanico de medios existentes en el contexto político general. Justamente en eso consiste la racionalidad de la política.

La política es esencialmente racional y el que pretenda crear un cuerpo teórico donde quepa un conjunto de decisiones irracionales en política, simplemente no estará haciendo política. Justamente porque las decisiones políticas obedecen a una racionalidad, no se puede atribuir a la decisión un mero carácter psicológico, subjetivo, individual.

Lo anterior no debe entenderse en el sentido que dado un conjunto de hechos objetivos, estaría garantizada la respuesta del adversario. No hay ninguna garantía que una vez creada la objetividad política, con hechos políticos, este tomará la decisión que nosotros esperamos. Hay numerosos ejemplos en la historia en que el adversario vencido por los hechos, de todos modos sigue luchando hasta el final. Sin embargo, esa circunstancia es irrelevante para el resultado, pues siga luchando o no, de todas formas será vencido.

La racionalidad de la política no consiste en que el contendor toma la decisión racional que nosotros esperamos; consiste en que el resultado de la contienda depende del conjunto de hechos objetivos y de la estructura objetiva de poder de cada adversario.

En el caso de la guerra de EE.UU. contra Vietnam, este pequeño país tenía una estructura de poder y una configuración de fuerzas, constituidas por hechos militares, políticos, diplomáticos, etc., superior, por los cuales pudo en definitiva vencer.

Sexto

Podemos aun plantear otra posibilidad: ¿podrá ocurrir que el ‘hipotético futuro contendiente derrotado’, siga luchando a pesar de su desmejorada situación actual y en esa continuación

de la lucha logre cambiar los hechos y gane la contienda? En otras palabras estaríamos aparentemente ante el caso en que el 'hipotético futuro contendiente vencedor' finalmente fuera derrotado porque no fue capaz de lograr el hecho psicológico en la cabeza del adversario, para que abandone la lucha, en un momento en que los hechos objetivos le daban la ventaja para derrotarlo. Aquí parecería que el hecho psicológico cobra sentido, pues, basado en hechos psicológicos, el 'hipotético vencido' habría tomado la decisión de seguir luchando y con esto habría cambiado la estructura objetiva de los hechos.

Sin embargo esta es una ilusión. Si ocurre ese caso, es que el 'hipotético futuro contendiente vencido' no solo tomó la decisión de seguir luchando, sino que luego de un diagnóstico vio la posibilidad real y objetiva de realizar una serie de actos (no subjetivos) que cambiaron la situación a su favor.

Esta posibilidad la ofrece la realidad objetiva, pues sería el caso que en la configuración de fuerzas había espacios de libertad de acción para el 'hipotético futuro contendiente vencido', el cual las supo aprovechar a su favor. Pero si luego de ese diagnóstico no ve posibilidades de crear hechos a su favor, tomará la decisión, que aparece como 'psicológica', de abandonar la lucha, posibilidad que en realidad estuvo totalmente determinada por el peso de la realidad objetiva, la cual determinaba su nula libertad de acción.

Séptimo

También puede ocurrir el caso en que, a pesar de que la evaluación de los hechos lo lleva a concluir que no existe salida, de todos modos decida seguir luchando, pero en estos casos el seguro resultado final –la derrota– no dependerá de esa decisión 'psicológica'. Quizá ocurrió esto en el caso del comandante Arturo Prat en el Combate Naval de Iquique de 1879.

Octavo

Se podría pensar, llevando las cosas al extremo, en un caso en que a pesar de no haber en la situación objetiva hechos que

puedan cambiar a su favor esa realidad adversa, de todas maneras se tome la decisión de seguir la lucha y que luego de eso ¡¡se gane la batalla!! No conozco casos en que esto se haya presentado, salvo en los relatos mitológicos, donde se derriba a ruido de trompetas una muralla o se es capaz de abrir las aguas del Mar Rojo.

Beaufre está intentando dar un grado de generalidad a la estrategia, que permita tratarla como una disciplina útil a la política, tarea muy pertinente en su esquema de pensamiento. Sin embargo, el camino que emprende –situando tanto la esencia de la estrategia como su finalidad en el campo de la psicología individual– tiene justamente el inconveniente, entre otros, que no permite alcanzar el grado de generalidad que pretende.

Ya se vio cómo la decisión individual de abandonar la lucha, si bien está traspasada por un hecho psicológico (el ser humano no puede dejar de funcionar nunca prescindiendo de su estructura psíquica, cualquiera sea la concepción que haya detrás de esa constitución psíquica), sus determinantes son previos y esos determinantes objetivos son los que debe buscar el estratega. Si esos determinantes objetivos no existieran, si la política careciera de esta racionalidad, la estrategia simplemente no sería posible porque la política misma no sería posible.

En los ocho casos analizados anteriormente, cuya resolución dependía del uso de la violencia o de la fuerza armada, se destacó el elemento objetivo que determinaba su resolución. Si alguna duda ha quedado acerca de esta objetividad, toda duda restante debiera disiparse si entramos en aquella parte del terreno de la política que se dirime sin el uso de las armas de manera directa y donde la estrategia total puede desplegar un amplio abanico de posibilidades. Veamos entonces un último caso.

Noveno

En aquella parte del campo de la política que se dirime fuera del campo directamente militar, la voluntad del adversario normalmente no se doblega. Esto pasa todos los días, por

ejemplo en las votaciones en el Parlamento, donde se impone la voluntad del vencedor sin que la voluntad del vencido haya cedido un ápice y prosiga las acciones como siempre o aún con más bríos, o... cambiando de estrategia. En este caso se muestra en todo su despliegue el carácter político y no psicológico de la lucha. Sin embargo, este carácter político y no psicológico es también la esencia de las decisiones en la guerra.

Cuando en la guerra se doblega la voluntad de lucha de una de las partes, lo que se doblega es la decisión de seguir luchando por medios armados. El bando vencido en una guerra o su cabeza política, aunque tome la decisión de deponer las armas y acepte las condiciones del vencedor, no significa que se haya esfumado toda voluntad de persistir en los objetivos políticos por otros medios.

Sin embargo, en el terreno de la estrategia total, en la cual los medios políticos al alcance van mucho más allá de la lucha armada, si bien también hay vencedores y vencidos, esta vez el mecanismo 'psicológico' en la cabeza del vencido es diferente.

Cuando el vencido lo es en una votación en el Parlamento, en una búsqueda de alianzas, en el llamamiento a una huelga, en la imposición de un determinado rumbo económico, etc., por lo general y al igual que en el caso de la guerra, al vencido no se le ha quebrantado la voluntad de persistir luchando por sus objetivos. No obstante, a diferencia de la guerra, tampoco se le ha quebrantado la voluntad de seguir luchando con los medios que había ocupado hasta entonces, esto es, los medios 'políticos' (entendiendo por esto la prescindencia del uso de las armas), a pesar de haber quedado inmerso en una realidad diferente y al hecho de habérsele impuesto la voluntad de su adversario. Más bien, en la cabeza del político aún no ha pasado nada en relación a la voluntad. Lo que ha pasado es un cambio en las relaciones o correlaciones objetivas de la política. Este cambio objetivo, lo que producirá en la mayoría de los casos, es un cambio en la estrategia del vencido.

Esto se explica porque ese cambio de realidad no ha logrado aún quitar la libertad de acción del vencido. La libertad

absoluta de acción es posible quitarla, a mi juicio, solo a través de dos medios: por el uso de la fuerza o porque la objetividad del decurso histórico hace inviable la concreción de esos objetivos.

Es lo que Beaufre designa como "corriente de la historia"[122], y es lo que hace por ejemplo que los hipotéticos partidarios del régimen esclavista no tengan hoy día libertad de acción, pero no la tienen no porque se los haya vencido en el terreno de las ideas y de las armas, sino porque las grandes tendencias del desarrollo social, político y económico hicieron que surgieran formas más eficientes para el dominio político y para la obtención de beneficio económico.

En este terreno, y bajo el dominio de las relaciones capitalistas de producción, el objetivo de las grandes corporaciones no es doblegar la voluntad desde el punto de vista de la psicología individual; el objetivo es que este modo de producción funcione. Con su solo funcionamiento, se estará cumpliendo el objetivo que es común a estos grupos de poder y esto no transcurre en absoluto en el ámbito de la psicología individual.

Algunas consecuencias del análisis de la relación objetividad-subjetividad

Por lo tanto, la decisión de dejar de luchar, que suponemos que es una decisión racional, es la consecuencia de una cadena de razonamientos basados en el análisis de una serie de hechos objetivos. Son estos hechos objetivos entonces los que serían los objetivos a lograr en la estrategia.

Si nos saltamos esa cadena del razonamiento y colocamos inmediatamente como objetivo a lograr el "hecho psicológico" de la decisión, perdemos el nexo de la decisión con la cadena de hechos previos y por lo tanto el nexo con la política.

Esto es lo que hace Beaufre al eliminar toda noción de medio, para atenerse solo a la decisión que se busca. Si el objetivo

---

122 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 68.

en cambio es alcanzar ese conjunto de hechos previos, el triunfo no pasará por la decisión particular del adversario, sino que será independiente de su voluntad.

Como dice Clausewitz, se trata de *"imponer nuestra voluntad al adversario"*, no que el adversario pierda su voluntad de seguir luchando, lo cual de ocurrir ayudaría mucho a la contraparte, pero eso no lo califica como la causa del desenlace, sino y solo en el caso de producirse, como el último eslabón de la cadena de acontecimientos.

En otras palabras, lo anterior quiere decir que el objetivo es transformar la realidad de modo que con independencia de cualquier otra voluntad los acontecimientos seguirán el nuevo curso impuesto por la parte vencedora.

Beaufre argumenta que el terreno en que se dirime la lucha de dos voluntades es el ámbito psicológico y que es esto lo que le da un grado de mayor generalidad al concepto al prescindir de toda noción de medio, centrando el análisis en los fines. Sin embargo, lejos de ello, lo que ha logrado es restringir el fin de la estrategia a un hecho psicológico y construir una especie de prevalencia de aquella sobre la política a pesar de su propia supuesta intención de hacer prevalecer esta última.

Es así que Beaufre plantea que, *"... en la elección de procedimientos, no me he limitado, naturalmente, a los de orden militar, porque todo el mundo sabe que actualmente la guerra ha llegado a ser abiertamente total, es decir, llevada simultáneamente a todos los ámbitos: político, económico, diplomático y militar"*[123].

Como se ve, si bien comienza planteando la estrategia como medio de la política, cuando se ve en la necesidad de pasar a los medios, al restringir el fin a un hecho psicológico y no político, la política solo puede volver a entrar a escena como un medio más entre otros. Así, la política aparece al lado de la economía, hermanada además a lo que solo son sus abstracciones: la diplomacia y la fuerza. La estrategia, ahora con el nom-

[123] Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 22.

bre de estrategia total, contiene entonces a la política, como una de sus partes integrantes.

Lo inadecuado de este planteamiento se revela luego, en el capítulo inmediatamente posterior de su obra "Introducción a la Estrategia", en su elaboración relativa a los "modelos estratégicos", pues en lugar de partir del hecho psicológico que ha puesto en el centro, debe retroceder y volver al análisis de los medios, revelando lo irrelevante que resultó su análisis anterior para proseguir el estudio.

Nos encontramos así en una situación parecida a la que describimos en el análisis de los medios, en que Beaufre al conceptuar la finalidad de la estrategia considera que esta es superior, pues supuestamente descartaría cualquier noción de medio y solo se atendría a la esencia misma de la decisión que se busca, vale decir, la aceptación del adversario de las condiciones que se le quieren imponer. Sin embargo, una vez que descarta los medios, no construye nada a partir de esa idea.

Otros elementos críticos en contra de subjetivar la decisión política los encontramos en el mismo Beaufre. En su análisis acerca de la estrategia seguida por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, específicamente el plan de acción del año 1938, Beaufre plantea que la secuencia completa de la operación comportaba las siguientes fases: preparación de medios militares y de la opinión nacional, preparación psicológica y diplomática para aislar al adversario, lograr acuerdo con franco-ingleses para aislar las posibilidades de defensa checoeslovaca, obligar a los checoeslovacos a la capitulación bajo amenaza[124].

Y luego agrega... *"La acción por confrontación directa solamente ha intervenido al final de la maniobra, cuando estaban dadas todas las condiciones del éxito"*[125].

Esto reafirma la objetividad de la acción y la objetividad de la decisión. Cuando están "*dadas todas las condiciones del éxito*",

[124] Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 117.
[125] Beaufre, André, *ibid.* pág. 117.

el adversario no toma la decisión, sino que la decisión del vencedor lo envuelve en la estructura de necesidad creada por el conjunto de sus acciones.

Beaufre lo dice más claramente: *"He subrayado, en la Introducción a la Estrategia, el absurdo de los planes de acción que se contentan con definir el primer acto y que se remiten a las circunstancias para los siguientes. Si no se arriba a concebir por cuáles medios y por cuáles etapas se puede alcanzar el objetivo fijado, es mejor renunciar enteramente a la acción"*[126].

Recordemos también aquí algunas ideas de Sun Tzu relativas a la objetividad de la política y como lo fundamental de su planteamiento también consiste en crear una estructura de hechos objetivos que determinen el fin que se quiere lograr.

"Porque obtener cien victorias en cien batallas no es el colmo de la habilidad. Someter al enemigo sin librar combate es el colmo de la habilidad"[127].

"Así, los que son hábiles en la guerra someten al enemigo sin librar batalla. Toman las ciudades sin asaltarlas y derrocan a sus gobiernos sin operaciones prolongadas"[128].

"Porque obtiene sus victorias sin errar. 'Sin errar' significa que lo que quiera que haga le asegurará la victoria; conquista a un enemigo ya vencido"[129].

"Así, un ejército victorioso obtiene sus triunfos antes de recurrir al combate; un ejército derrotado pelea con la esperanza de ganar"[130].

Asimismo Tu Mu, uno de los comentaristas de la obra de Sun Tzu plantea que, *"... el que descuella en la solución de los problemas, lo hace antes que se planteen. El que descuella en la*

126 Beaufre, André, *ibid.* pág. 118.
127 Sun Tzu, *op. cit.*, pág. 59.
128 Sun Tzu, *ibid.* pág. 63.
129 Sun Tzu, *ibid.* pág. 81.
130 Sun Tzu, *ibid.* pág. 81.

conquista del enemigo, triunfa antes que las amenazas se materialicen"[131].

Este mismo autor establece que *"...una victoria obtenida antes que la situación haya cristalizado, es algo que el hombre común no comprende. Así, su autor no gana reputación de sagaz. Antes de haber ensangrentado su espada, el Estado contrario estaba sometido"*[132].

Las ideas de Sun Tzu nos ilustran y sugieren acerca del uso de medios y acciones requeridas, previo a cualquier desenlace, para que se esté en las mejores condiciones para imponer nuestra voluntad. En ningún caso deben tomarse como ejemplo de que se pueda reemplazar el uso de las armas para imponer una decisión.

Si se analizan los hechos de la historia se verá que si una nación acepta sin gran oposición un gran perjuicio impulsado por otra nación más poderosa, a este hecho ha precedido en el pasado más cercano o más lejano una acción de fuerza que ha creado las condiciones para esta aceptación pasiva. No se explica de otra manera que naciones acepten pagos usurarios de sus deudas externas, que no se pague *royalty* por la explotación de riquezas básicas, que se acepte el intercambio desigual en el comercio, etc. En este sentido se podría considerar válida la curiosa idea en cuanto a que el que crea el conflicto no es el agresor, sino el agredido, cuando este decide no aceptar las condiciones que se le quieren imponer[133].

La estrategia no es una prospectiva, por muy importante e indispensable que sea esta última y por mucho que la prospectiva deba pertenecer al pensamiento estratégico. La estrategia no predice, ni menos adivina lo que podría pasar en el futuro,

131 Sun Tzu, *ibid.* pág. 60.
132 Sun Tzu, *ibid.* pág. 80.
133 Milia, Fernando A., *op. cit.* "El Conflicto", pág. 93. También en Von Der Heydte, Friedrich A., "La Guerra Irregular Moderna", Executive Intelligence Review, Washington; 1988, pág. 7.

sino que pretende construir, a través de acciones, el futuro que nos interesa. Lo mismo piensa Beaufre[134].

Esta observación no pretende hacer de la estrategia una ciencia exacta –para construir el futuro se requiere tanto de ciencia como de arte–, sino que pretende volver a plantear desde otra perspectiva la objetividad de las decisiones políticas y su decurso.

Aron cuenta la anécdota según la cual Ben Gurión prohibía todos los estudios de prospectiva, pues Israel no existiría si los artífices del nuevo Estado hubieran calculado sus posibilidades de éxito[135].

Citemos además una idea de Cheyre, en la cual se reafirma la idea de que la decisión no es un hecho psicológico, sino que se impone al adversario. Comentando acerca de que la guerra ya no es la única forma de conflicto clásico, plantea que existen otras situaciones que *"... presentan características que permiten conformar objetivos contrapuestos por los cuales luchan, con medios de todo tipo los entes involucrados en un afán mutuo de imponer su propia voluntad a su contraparte"*[136].

Estas opiniones ocasionales, a veces de Beaufre como también de muchos de sus seguidores, en cuanto a reconocer la objetividad de la política a través de sus manifestaciones, revela lo que apunté anteriormente acerca de la discordancia entre las hipótesis y un desarrollo coherente de la teoría estratégica en este autor.

En definitiva, existe un reconocimiento implícito de la objetividad de la política y de sus mecanismos de decisión, pero que no queda expresada teóricamente. Como hemos dicho, reconocer la objetividad de la política lo llevaría a reconocer también, en la teoría, los reales intereses que hay tras los objetivos políticos.

---

134 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", págs. 125 y 126.

135 Aron, Raymond, "Los últimos años del siglo", Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona; 1994, pág. 180.

136 Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.*, pág. 90.

Como una ilustración de lo que venimos diciendo, hagamos la comparación entre la estrategia en el ámbito político-militar y lo que podemos llamar estrategia en el juego del ajedrez. En ambos casos la decisión no es de orden psicológico, sino que está totalmente subordinada a las reglas objetivas del juego. Probablemente esta sea la única similitud existente entre estas dos disciplinas.

En el ajedrez, el jaque mate es una situación en que se ve envuelto el rey, el cual ha quedado objetivamente en una situación en que ningún nuevo movimiento es ya posible. Una vez ocurrido este hecho, el jugador, traspasado desde luego por un hecho psicológico, se declara perdedor de la contienda, pero es evidente que esta declaración no importa en absoluto y no cambia la estructura de derrota en que se ve envuelto. Veremos más detalles de este análisis en el Anexo Nº 5.

Objetividad y racionalidad en política

Anteriormente planteé[137] que el campo de la política no tiene la racionalidad que tiene la administración, pero no porque la política fuera irracional, sino porque se dirime en un campo muy distinto que el de la lógica pura; se dirime en el campo de los intereses antagónicos.

Esta racionalidad de la política tiene que ver con cierta lógica en que se ponen en juego intereses y objetivos que son diferentes para las partes en conflicto y, de esta manera, lo que puede ser lógico para una no lo será para la otra.

Lo anterior no excluye la racionalidad que debe tener toda acción política con sus propios objetivos ni tampoco la racionalidad y coherencia que debe haber entre la situación actual y los próximos pasos a seguir para cada uno de los adversarios.

Es por ello que el aspecto psicológico de la decisión, por ejemplo, abandonar la lucha, pierde relevancia desde el momento que estamos en el supuesto que la política se mueve en

[137] Parte II, capítulo "La Política", sección "La intención hostil y los intereses".

el campo de la racionalidad, aunque sea el tipo de racionalidad que se mueve entre intereses antagónicos. De esta manera se puede suponer que el adversario abandonará la lucha cuando objetivamente esté perdido. Pero aquí no reside la racionalidad de la cual hablamos en la política, sino que esta reside en el hecho de que si a pesar de todo el adversario no abandona la lucha, será vencido igual. La racionalidad consiste en la coherencia de la cadena de hechos objetivos que determinan el desenlace. Este debiera ser el objetivo de la estrategia.

En el caso que la política careciera de esa racionalidad, no solo es inconducente intentar llevar al adversario a una situación en que objetivamente esté perdido, sino que tampoco es conducente plantearse como objetivo el lograr el hecho psicológico de que nuestro adversario abandone la lucha. En este caso puede esperarse que el enemigo se declare vencido cuando esté en una clara ventaja sobre nosotros o puede que no se declare nunca vencido. Pero esta relación de antagonismo posee racionalidad y siempre cabe esperar que el enemigo se declare vencido cuando esté objetivamente vencido y en este caso la psicología individual no juega ningún papel relevante.

El factor psicológico en la lucha revolucionaria

La historia muestra que en las guerras en que se ve envuelta toda una nación, como por ejemplo en la Segunda Guerra Mundial, allí se pone a prueba todos los recursos materiales y morales de cada país y en la medida que esta guerra se ha transformado en una guerra de todo el pueblo tendrá las mayores posibilidades de vencer el que cuente con la mayor fuerza moral en los campos de batalla. En este sentido el factor "psicológico" es determinante.

Lo anterior no nos puede llevar a desconocer también que se ha dado en la historia antigua y se dan en la actualidad guerras en que el vencedor no ha dado una batalla con todo el pueblo, sino que, por el contrario, han sido guerras normalmente de agresión, en las cuales han primado intereses de grupos de poder, se han utilizado fuerzas mercenarias o cautivas en distintos sentidos y la victoria ha distado mucho de contar

con la fuerza moral de todo el pueblo como uno de sus factores y esta ha sido determinada en definitiva por una gran superioridad técnica-material.

No obstante, este último hecho también es relativo. Es un error pensar que el hecho técnico pueda reemplazar en toda circunstancia y para siempre la necesidad de la fuerza moral en los conflictos. Tarde o temprano la lucha que hasta cierto momento, y sin duda exagerando, se daba por medio de las consolas de computador, se continúa dando en todos los terrenos y en todas las gradaciones de la violencia y es allí donde el factor moral en los combatientes se vuelve nuevamente decisivo.

Tampoco se puede desconocer el efecto apabullante que puede tener una ofensiva aplastante, con un inmenso y desproporcionado poder de fuego, con el objeto precisamente de paralizar de terror al adversario.

No menos importante también es lo que ocurre en la guerra de desgaste, en que la tónica de esa fase del conflicto es el hostigamiento permanente: evitación del enfrentamiento directo, sabotajes a líneas de abastecimiento, asalto de posiciones desprotegidas y rápida retirada, todo ello con el objeto de crear un efecto psicológico en el adversario de cansancio, incertidumbre, pérdida de sentido de su lucha. Un ejemplo interesante de este tipo de lucha se muestra más adelante[138] en relación a la revuelta árabe contra Turquía que fomentó y capitaneó el agente político británico Thomas E. Lawrence.

Por lo tanto, lejos estamos de desacreditar el hecho psicológico en el conflicto. Por el contrario, será siempre un hecho central. Lo que se ha criticado es reemplazar el ámbito propio de la política por el de la psicología, el no ver el hecho político que hay tras el hecho psicológico de reconocer, por ejemplo, la derrota. El desarme moral del enemigo es un objetivo a lograr, no cabe ninguna duda, pero no es pertinente colocarlo al nivel del objetivo político, es un objetivo entre otros y ese hecho no lo califica para asignarle el estatuto de finalidad de la estrate-

[138] Parte V, capítulo “Clausewitz y la Estrategia Total”.

gia. En muchos conflictos a lo largo de la historia el vencido ha luchado y muerto con una alta moral de combate hasta el final, no obstante lo cual se han logrado los objetivos políticos por parte del vencedor.

Un caso indispensable de analizar en este tema, por los matices y diferencias que comporta, es el de la guerra revolucionaria.

Una de las constantes más notables en este tipo de guerra es el cambio de bando, normalmente desde las fuerzas conservadoras hacia las fuerzas revolucionarias, tanto de los hombres que combaten como de diferentes sectores sociales. Casos ejemplares se dieron en las revoluciones rusas de 1905 y 1917, en la Revolución China, Revolución Cubana, en las guerras de liberación de Vietnam y muchas otras. No solo hombres aislados se cambiaban de bando, sino compañías, batallones y hasta ejércitos tomaban las banderas de quienes hasta hace poco eran sus adversarios.

Lenin, al analizar los primeros triunfos del movimiento revolucionario en octubre de 1905, en el apogeo de una huelga general que detuvo toda la vida industrial y comercial de la nación y ante la necesidad de sumar las masas campesinas al movimiento, planteaba que *"El éxito de la revolución depende de la magnitud de esas masas proletarias y campesinas que se levantarán para defenderla y para llevarla hasta el final. La guerra revolucionaria se diferencia de las otras guerras, en que extrae su principal reserva del campo de los que ayer eran aliados de su enemigo, de entre los partidarios de ayer del zarismo, de entre las gentes que seguían al zarismo ciegamente"*[139].

En relación al poder armado, Lenin planteaba la necesidad de reemplazar el ejército regular por la milicia militar y ante la situación también denigrante y de opresión en que se tenía a los soldados en los que denominaba "cuarteles-presidios", planteaba la necesidad de que *"el ejército se funda con el pueblo*

[139] Lenin, Vladimir Ilich, "La Primera Victoria de la Revolución", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1959, Tomo IX, pág. 420.

armado, que los soldados lleven al pueblo sus conocimientos militares, que desaparezcan los cuarteles y dejen su lugar a una escuela militar libre"[140].

Estas palabras solo se pueden comprender a la luz de la lucha política que sustentaba la socialdemocracia en Rusia. Dice Lenin: *"La revolución de Octubre* (refiriéndose al gran levantamiento y huelga general del 17 de octubre de 1905, G.E.*), a raíz de los posteriores levantamientos militares, ha debilitado hasta tal punto a la autocracia, que los órganos del nuevo poder popular han comenzado a surgir espontáneamente sobre un terreno removido por la huelga general y abonado con la sangre de los luchadores por la libertad... Estos órganos realizan en la práctica la alianza del proletariado socialista con la pequeña burguesía revolucionaria. Esta alianza de combate es la que debemos ahora ampliar y fortalecer... para que los combatientes por la libertad en toda Rusia actúen entonces sobre la base de un programa común de inmediatas transformaciones políticas... Para nosotros, los representantes del proletariado socialista, la revolución democrática inminente no es más que uno de los tantos pasos hacia la revolución socialista"*[141].

En este pasaje se muestra la necesidad de establecer la relación entre la lucha por ampliar el movimiento y crear órganos de poder y los objetivos políticos, vale decir, la lucha por la libertad del pueblo ante la autocracia, pero aunando a todos los sectores que estaban en contradicción con esta. No solo el proletariado, sino el campesinado y la pequeña burguesía, que en su conjunto agrupaban a la absoluta mayoría del pueblo de Rusia. También establece claramente el objetivo político de ese momento, en cuanto a realizar la revolución democrática (vale decir, liberarse del yugo zarista), para la cual se establecen inmediatas transformaciones políticas dirigidas a la toma del poder y no a meras transformaciones dentro del régimen, pero no aún la revolución de carácter socialista[142].

---

140 Lenin, Vladimir Ilich, "Las Fuerzas Armadas y la Revolución", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960, Tomo X, pág. 49.

141 Lenin, Vladimir Ilich, "Autocracia Agonizante y Nuevos Órganos del Poder", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X, pág. 62.

142 Lenin, Vladimir Ilich, "Informe sobre el Congreso de unificación del P.O.S.D.R"., O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X, págs. 359-365.

Este programa es el que puede explicar la lucha política que se establece para ganarse al ejército y a distintos sectores del pueblo, no solo en el enfrentamiento armado, sino sobre todo en el enfrentamiento político más amplio. El cambio de las conciencias, era el cambio empujado por la toma de conciencia política. Que este era un cambio psicológico, no cabe duda, pero un cambio psicológico que operaba con categorías de la política. Esas categorías y no otras eran las únicas que podían detonar la toma de conciencia dirigida a la lucha por la libertad política y a la identificación entre sectores del ejército zarista y las masas populares.

Agrega Lenin que *"la guerra civil se diferencia de una guerra común por una complejidad inmensamente mayor, por la imprecisión y por la imposibilidad de precisar la composición de los bandos en lucha debido a las fluctuaciones de los elementos de un bando a otro (ya son los octubristas que se pasan del lado del gobierno, ya una parte del ejército que se va con el pueblo), debido a que es imposible trazar una línea divisoria entre combatientes y no combatientes"*[143].

La lucha por ganar al ejército hacia la revolución no solo comprendía el uso de las armas, sino fundamentalmente la lucha política, la cual tuvo expresiones notables, como por ejemplo la que se trasluce en las reivindicaciones de un regimiento de infantería de Petesburgo: *"Deben elegirse diputados nuestros a la Duma, que aboguen en pro de nuestras necesidades, de las necesidades de los soldados"*. Agregaba Lenin: *"Los soldados no quieren permanecer al margen de la política... Los soldados plantean una reivindicación que tiende claramente a acabar con el ejército de casta, con el ejército separado del pueblo, sustituyéndolo por un ejército de ciudadanos con plenos derechos. Lo cual equivale, cabalmente, a la abolición del ejército permanente y al armamento del pueblo"*.

"Los soldados de la circunscripción de Varsovia reclaman la asamblea constituyente. Reclaman libertad de reunión y asociación para los soldados, 'sin necesidad de contar con la autorización de la superioridad y sin la presencia de oficiales'. Reclaman la 'prestación

143 Lenin, Vladimir Ilich, "El Nuevo Ascenso", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X, pág. 383.

del servicio militar en la región a que pertenece' el soldado, el derecho a no portar uniforme fuera de los actos de servicio, el derecho a elegir 'delegados soldados' encargados de administrar los asuntos de estos y la institución de tribunales para entender de los delitos cometidos por los soldados"[144].

Es en este marco en que se desarrollan los acontecimientos de diciembre de 1905 en Moscú, signados por un elevamiento de la lucha popular que hizo plantear la tarea de transformar la huelga política en insurrección armada. Lenin informa que la inmensa mayoría de los obreros participó activamente en este movimiento, solo en la huelga política y las manifestaciones.

Pero la *"huelga se transformó en insurrección, ante todo, bajo la presión de las condiciones objetivas creadas después de Octubre. Ya no era posible sorprender por medio de una huelga general al gobierno, el cual había organizado una contrarrevolución para actuar militarmente"*[145].

Lenin recuerda las palabras de Marx, según las que *"la revolución a medida que avanza engendra una contrarrevolución fuerte y unida; en otros términos, obliga al enemigo a recurrir a medios de defensa cada vez más extremos y, por lo mismo, elabora medios de ataque cada vez más poderosos"*[146].

Lenin valora así estas jornadas: *"De la huelga y de las manifestaciones a las barricadas aisladas. De las barricadas aisladas a las barricadas levantadas en masa y a la lucha de calles contra las tropas. Pasando por encima de las organizaciones, la lucha proletaria de masas se convirtió en insurrección. Esta es la grandiosa conquista histórica de la revolución rusa, alcanzada en diciembre de 1905, lograda, adquirida, como todas las que le precedieron a costa de inmensos sacrificios"*[147].

---

144 LENIN, Vladimir Ilich, "Ejército y Pueblo", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI, págs. 79 y 80.
145 LENIN, Vladimir Ilich, "Enseñanzas de la insurrección de Moscú", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI, pág. 165.
146 LENIN, Vladimir Ilich, *ibid.* pág. 165.
147 LENIN, Vladimir Ilich, *ibid.* págs 165 y 166.

Nuevamente Lenin acota con palabras de Marx: *"la insurrección es un arte, cuya regla principal es la* ***ofensiva*** *encarnizadamente audaz, implacablemente decidida"*[148], y Lenin agrega, aludiendo al retraso que se reflejaba en la dirección del movimiento por parte de su partido que *"Ahora debemos recuperar con toda energía el tiempo perdido. No basta agruparse en torno de las consignas políticas: es preciso hacerlo también con respecto a la insurrección armada"*[149].

Refiriéndose al problema de la lucha por ganarse al ejército plantea que *"no podemos figurarnos este cambio de frente en las tropas como un acto simple, único, resultante del convencimiento de una de las partes y del grado de conciencia de la otra. La insurrección de Moscú demuestra hasta la evidencia lo que hay de rutinario y de inerte en esta concepción. La vacilación de las tropas, que en realidad es un hecho inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, al agudizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera* ***lucha por ganarse el ejército...*** *Nos hemos dedicado y nos dedicaremos con mayor tenacidad a 'trabajar' ideológicamente en el ejército; pero no pasaríamos de ser unos lamentables pedantes, si olvidáramos que, en el momento de la insurrección, se necesita también librar una lucha física por ganarse a las tropas"*[150].

Vale decir que el traspaso de las tropas regulares al movimiento revolucionario comprendía una lucha política no solo en el ámbito de las ideas, sino también como resultante de la lucha armada, o más bien como resultante del uso de todas las formas de lucha.

En su artículo referido a la guerra de guerrillas Lenin plantea que las dos tesis teóricas fundamentales del marxismo acerca de las formas de lucha son, por una parte, que:

"el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento a ninguna forma de lucha específica y determinada. Reconoce las más diversas formas de

---

148 Lenin, Vladimir Ilich, *ibid.* pág. 169.
149 Lenin, Vladimir Ilich, *ibid.* pág. 169.
150 Lenin, Vladimir Ilich, *ibid.* pág. 167.

lucha, pero sin 'inventarlas', sino simplemente generalizando, organizando e infundiendo conciencia a aquellas formas de lucha de las clases revolucionarias que por sí mismas surgen en el curso del movimiento. El marxismo, que rechaza incondicionalmente todo lo que sean fórmulas abstractas o recetas doctrinarias, reclama que se preste la mayor atención a la lucha de ***masas*** *en marcha, que, con el desarrollo del movimiento, con el crecimiento de la conciencia de las masas, con la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque... el marxismo* ***aprende****, si vale expresarse así, de la práctica de las masas y nada más lejos de él que la pretensión de* ***enseñar*** *a las masas formas de lucha caviladas por 'sistematizadores' de gabinete.*

"... En segundo lugar, el marxismo exige incondicionalmente que el problema de las formas de lucha se enfoque ***históricamente****... En diferentes momentos de la evolución económica, con sujeción a las diversas condiciones políticas, culturales-nacionales y de vida, etc., se destacan en primer plano diferentes formas de lucha, como las formas de lucha fundamentales y, en relación con esto, varían a su vez las formas secundarias, accesorias"*[151, 152].

Lo interesante que muestra el análisis del cambio de bando de distintos sectores en lucha, es que no era un quiebre de la voluntad lo que primaba en la fuerza vencida, ni tampoco una imposición de la voluntad del vencedor, sino más bien un **cambio de la voluntad del vencido**, la adquisición de una nueva

151 Lenin, Vladimir Ilich, "La Guerra de Guerrillas", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI, págs. 207 y 208.

152 Es posible que Beaufre se haya inspirado en estos pasajes para plantear su tesis acerca de su definición de la finalidad de la estrategia, la cual descartaría "cualquier noción de medio…(y que)… solo considera la esencia misma de la decisión que se busca, o sea, la aceptación por el adversario de las condiciones que se le quieren imponer" (Beaufre, André, *op. cit.*, "Introducción a la Estrategia", pág. 30). No obstante el planteamiento de Lenin es radicalmente diferente, pues al plantear que el marxismo no privilegia ninguna forma particular de lucha, no elimina del análisis el problema de las formas de lucha, sino que plantea que estas deben corresponder a la situación histórica concreta, no restringiendo la finalidad de la estrategia al objetivo político aislado del contexto histórico concreto.

conciencia de los hechos políticos que volcaba su accionar y su voluntad hacia la posición contraria. Lo que se busca entonces no es un quiebre de la voluntad de lucha en el adversario, por el contrario, se propone conservar esa voluntad, o más bien se propone aumentar esa voluntad de lucha, pero dirigida en un sentido contrario.

Esta era una de las formas más importantes en que la fuerza revolucionaria conformaba su poder armado, justamente en base al armamento, medios materiales y los hombres del hasta entonces ejército enemigo. Era bastante común en los ejemplos citados que las fuerzas conservadoras sometieran a los combatientes revolucionarios capturados a la tortura y a la muerte. En cambio, era bastante común que los soldados de las fuerzas conservadoras capturados, si no eran responsables de graves crímenes, eran incorporados a las propias fuerzas revolucionarias. En este caso, el solo saber que iban a ser bien tratados si eran capturados, era uno de los elementos importantes en el decaimiento de su moral de combate.

Podría verse en esta modalidad de quiebre de la voluntad de lucha la preeminencia del factor psicológico como causa principal del desenlace. No obstante esto es simplificar demasiado el problema aislando uno de los hechos y elevándolo a la categoría central. De partida es necesario percatarse que este tipo de situación es muy difícil o imposible que se dé en la guerra entre dos Estados. ¿Y por qué es difícil que un combatiente capturado, en una guerra entre dos Estados, cambie su bando? Desde luego que hay un elemento político allí que no queda agotado con el análisis meramente psicológico. El asunto importante de comprender es que el hecho psicológico se da en medio de una determinada encrucijada política, que es justamente la que puede ocasionar determinado acto psíquico.

Entre ellos el más importante es el contenido político de la lucha que se está llevando a cabo. En el caso de la guerra entre dos Estados, no es un objetivo a conseguir el que el militar adversario se pase a nuestro lado para que continúe la lucha, ahora contra su propio país. En la guerra revolucionaria en cambio este sí es un objetivo a conseguir. De este modo lo que

puede lucir como un hecho psicológico, es en primer lugar un objetivo político.

En la guerra clásica entre dos Estados se combate para conseguir un territorio o para expulsar de un territorio al adversario, también para imponer determinado curso en el gobierno de un Estado. En la guerra revolucionaria en cambio se lucha para cambiar las relaciones sociales, para llevar al poder a un conglomerado social de una clase distinta a la que hasta entonces tenía el poder. En este caso el principal objetivo es ganar las conciencias de los hombres, el integrar a la nueva clase en ascenso al proceso revolucionario y a través de este proceso cambiar las relaciones sociales. Ejemplos emblemáticos de esta situación, además de las revoluciones de carácter socialistas ya citadas, fueron las guerras de independencia en América contra la Corona española y las guerras que llevó a cabo Napoleón en Europa, cuyo objetivo principal consistió en defenestrar las dinastías feudales gobernantes y así dar curso a las nuevas relaciones capitalistas en un proceso encabezado por la clase burguesa en ascenso.

En cambio un ejemplo en sentido contrario puede verse en las revoluciones de carácter socialistas de Europa oriental, luego de la derrota de la Alemania nazi por las fuerzas soviéticas. En estos procesos el cambio de régimen no se produjo por el ascenso revolucionario de la clase llamada a hacer la revolución, sino que esta fue más bien impuesta desde afuera. Las fuerzas del socialismo, en esos países, triunfaron en la guerra, pero fueron derrotadas en el objetivo político real, cual era el incorporar al pueblo a ese proceso revolucionario, lograr una revolución triunfante producto de la lucha de clases. Desde el punto de vista de la estrategia total, habría que decir que la URSS con sus aliados internos quebró la voluntad de lucha de la reacción al interior de esas repúblicas y vencieron. Pero lo que ocurrió en realidad fue que la URSS y sus aliados impusieron su voluntad, pero a pesar de ello no consiguieron el objetivo político fundamental.

La 'lucha entre intereses' vs. la 'lucha entre voluntades'

Beaufre tenía en mente la publicación de un trabajo sobre la estrategia indirecta, sin embargo se percata que la estrategia en

su modo indirecto es un caso particular de un problema más general que es la estrategia de la acción y debe, por lo tanto, hacer una nueva revisión tanto de la estrategia de la acción como de su correspondiente opuesto o "negativo", la estrategia de la disuasión[153].

Beaufre realiza este estudio en su obra "Estrategia de la Acción", donde el tema lo lleva a la necesidad de delimitar de mejor manera las relaciones que habría entre la estrategia y la política. Sin embargo, como veremos, al basar sus análisis en los mismos supuestos y conceptos de su primera obra, de manera acrítica, no hace más que profundizar los problemas sin resolverlos adecuadamente.

Este tema es crucial pues con él Beaufre pretende resolver y ubicar según su criterio el lugar de la objetividad y el de la subjetividad. Ya se había planteado, más arriba, que el ubicar a la política en el terreno de la subjetividad es lo que había permitido crear el ámbito de la estrategia total como separada de la política y como objetiva.

Anteriormente recordaba las dos definiciones que da Beaufre de la estrategia[154]. Se dijo que ese grado de abstracción no solo no ayudaba a la comprensión del tema en toda su amplitud y generalidad, sino que además lo alejaba de su objetivo, ya que esas abstracciones dejan de lado los vínculos reales que existen en el ámbito de la política. Lejos de constituir una lucha abstracta entre dos voluntades que se enfrentan, la política consiste en la lucha sumamente concreta entre intereses antagónicos.

La diferencia entre decir "lucha entre voluntades" y "lucha entre intereses", reside en que al hablar de la primera nos ubicamos en el terreno de la subjetividad particular de cada antagonista, y así lo hace saber Beaufre al plantear el ámbito psicológico como el ámbito verdadero donde se dirime la decisión del conflicto. En cambio al hablar de la lucha de intereses anta-

153 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 27.
154 Parte III, capítulo "El hecho psicológico y el hecho político", sección "Análisis general del problema".

gónicos, se considera desde el comienzo la ligazón de los antagonismos con hechos de la política.

Si consideramos el ámbito de la pura subjetividad como fuente de los objetivos, estos pueden ser cualquiera. Sin embargo, lo que se constata es que los objetivos políticos se refieren a intereses y estos se encuentran en relación de antagonismos con otros intereses en el mundo real.

Este menor grado de abstracción de los intereses reales con respecto al grado de abstracción que implica la lucha entre voluntades que transcurre en la subjetividad pura, es, sin embargo, una abstracción verdadera y no falsa, pues esta última no refleja la realidad.

El concepto de lucha de intereses, por el contrario, es la única abstracción que permite llegar hasta las últimas consecuencias, como fuera el deseo declarado de Beaufre.

Además, su punto de partida le impide a nuestro autor resolver adecuadamente el tema de la relación entre política y estrategia, al relegar en la primera fundamentalmente la fijación de objetivos y al considerar a la segunda solo como un método para la acción.

De igual manera llega al nudo de lo que para nuestro juicio constituye el obstáculo fundamental de su desarrollo al considerar que la política depende en gran parte de elementos subjetivos. *"Por principio, como lo he subrayado en Introducción a la Estrategia, la política, o más bien la 'gran política' o 'política total', reside fundamentalmente en la elección de los objetivos y del cuadro de la acción, y depende en gran parte de elementos subjetivos, en tanto que la puesta en acción, de esa decisión política, resulta de un razonamiento que debe ser esencialmente objetivo y proceder de los métodos de la estrategia"*[155].

Efectivamente, nunca podremos saber con certeza cómo actuará un político o un hombre cualquiera ante una situación

[155] Beaufre, André, *ibid.* págs. 36 y 37.

determinada. Este hecho es la fuente de donde se alimenta la idea de que el acto de decisión de un político o un militar es un hecho meramente subjetivo. Por el contrario, pareciera que es más fácil predecir o determinar con certeza el comportamiento de millones de personas ante una situación dada, por el simple hecho de su carácter estadístico. Esto último le daría a este comportamiento de una gran población su carácter objetivo, predecible con la calidad propia de las leyes probabilísticas.

Sin embargo, no es ese tipo de objetividad el que caracteriza a las sociedades políticas. Si bien la política siempre afectará a millones de personas, creando un género de la objetividad muy preciso, la objetividad a que nos referimos es la del que toma la decisión política. En este caso esta estará dada por la existencia de una configuración de intereses reales y no subjetivos y si bien sigue siendo válido el que no podremos tener la certeza de cómo actuará un político determinado ante una situación determinada, también sabemos que si no responde de acuerdo a la necesidad que determina la configuración de fuerzas resultante del antagonismo de intereses, este político simplemente será removido de su lugar por quienes tienen realmente el poder, de modo que siempre acabará imponiéndose, no la supuesta subjetividad de la política, sino su férrea objetividad.

Al haber separado la estrategia de la política por sus raseros de objetividad y subjetividad, ha arrastrado también a esta dualidad el análisis de los medios (como del ámbito objetivo) y los fines (supuestamente del ámbito subjetivo), como también a la caracterización de su teorización acerca de la estrategia de la acción (como del ámbito objetivo) y de la disuasión (supuestamente del ámbito subjetivo). Así, debe retomar una y otra vez este tema mal resuelto, en que debe volver a juntar lo que ha intentado infructuosamente separar otras tantas veces.

Análisis de tres casos de pares de opuestos

Objetividad-subjetividad

Caracterizando la estrategia de la disuasión, diferenciándola de la estrategia de la acción, Beaufre afirma que *"la estrategia*

de la disuasión, si tiene éxito, debe ser totalmente conjetural"[156], mientras que la segunda no puede evitar la verificación material de sus argumentos. Plantea que, como las amenazas que utiliza la primera no deben materializarse, *"el 'bluff' máximo es, por consiguiente, la regla para conducir a una apreciación tan disuasiva cuanto sea posible"*[157]. Agrega luego que la *"acción disuasiva es totalmente psicológica"* y que se podría fundar sobre *"una simple duda"*[158].

¿Qué ha hecho Beaufre? En primer lugar define la estrategia de la disuasión, diferenciándola de la estrategia de la acción, poniendo el acento en que en la disuasión no hay acción y que por lo tanto eso significaría que nos estamos moviendo en el terreno de la pura conjetura. De aquí quedamos a menos de un paso para plantear que la disuasión, al no comportar actos, se dirimiría en el terreno psicológico, subjetivo.

En otras palabras, en un primer momento separa el ámbito de la estrategia de la política, por corresponder la primera al ámbito de la objetividad y la segunda al ámbito de la subjetividad y luego demuestra que la estrategia de la disuasión es pura conjetura, vale decir, subjetiva también. Beaufre ha caído en la trampa que él mismo se ha puesto, ya que habiendo partido de la estrategia como objetiva, ha concluido ahora que es subjetiva.

Los conceptos de objetividad y subjetividad en Beaufre no resisten las pruebas de la realidad. Homologa el ámbito de la subjetividad al ámbito de lo conjetural y a la objetividad –a la manera de un Descartes– al mundo de la res-extensa donde se efectúan los actos. Pero olvida lo central, que la subjetividad tiene un sujeto, no hay subjetividad sin sujeto. ¿Y cuál es el sujeto de la historia o el sujeto de la política?

Beaufre no se hace ni responde estas preguntas, por lo que deja como sujeto al funcionario que circunstancialmente toma

---

[156] Beaufre, André, *ibid.* pág. 28.
[157] Beaufre, André, *ibid.* pág. 28.
[158] Beaufre, André, *ibid.* pág. 29.

las decisiones, y más aún, que al parecer considera que las toma en calidad de persona natural.

Veamos si Lenin puede ayudar a Beaufre en este *impasse* y veamos cuán diferente pueden lucir conceptos aparentemente tan comunes y corrientes.

Lenin realiza su planteamiento acerca de la objetividad y la subjetividad en torno al estudio de lo que sería una 'situación revolucionaria' y su paso a la acción revolucionaria.

Este plantea que una situación revolucionaria es un hecho **objetivo** caracterizado por tres elementos.

- La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable, vale decir, la existencia de una crisis "en las alturas".
- Una agravación superior a lo habitual de la miseria de las clases oprimidas.
- Una intensificación considerable, empujada por las razones dadas anteriormente, de la actividad de las masas y de su ánimo de emprender una acción histórica independiente.

Agrega a lo anterior que *"... sin estos cambios objetivos, independientes no solo de la voluntad de tales o cuales grupos políticos, sino también de la voluntad de estas o aquellas clases, la revolución es, por regla general, imposible"*[159].

Dadas estas condiciones **objetivas** que constituyen la situación revolucionaria, agrega, sin embargo, que no de toda situación revolucionaria se produce una revolución, pues a los cambios objetivos indicados, debe sumarse un cambio **subjetivo**, *"a saber: la capacidad de la clase revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo bastante fuerte como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno, que jamás "caerá", ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo "hace caer"*[160].

[159] Lenin, Vladimir Ilich, *op. cit.* "La Bancarrota de la 2º Internacional", pág. 212.
[160] Lenin, Vladimir Ilich, *ibid.* págs. 211 y 212.

Tenemos entonces que para Lenin los hechos o cambios objetivos se caracterizan porque su existencia no depende de la voluntad de los sujetos, o de los grupos políticos ni de las clases sociales. Es interesante destacar que incluye aquí como hecho objetivo y no subjetivo el ánimo de lucha de las masas que espontáneamente son llevadas por la fuerza de los hechos a realizar acciones independientes.

Por otra parte, las condiciones subjetivas, lejos de ser el ámbito de la conjetura o de la psicología individual o del ánimo o moral de combate, es la capacidad de organización de un partido o un conglomerado de partidos, para llevar a cabo acciones políticas que dependen y se originan en la voluntad.

Vemos que en Lenin la subjetividad no tiene que ver con la individualidad ni con la psicología individual. Por el contrario, la subjetividad tiene que ver justamente con la grupalidad consciente, con la voluntad colectiva y con la capacidad de llevar a cabo acciones alineadas con esa voluntad. Este planteamiento permite por lo tanto conceptuar la subjetividad sin caer en el subjetivismo y permite seguir en el ámbito de la política y no caer en la psicología.

Beaufre, al identificar lo subjetivo a lo conjetural e individual e identificar lo objetivo a todo lo que es diferente a cualquier manifestación del sujeto, contrapone metafísicamente la acción y la estrategia, por una parte, con la voluntad, por otra, la cual por este medio queda relegada solo a fijar los objetivos políticos. Lo que en Lenin está unido, vale decir, la voluntad y la capacidad de acción, en tanto condiciones subjetivas (que dependen de los sujetos, de los grupos políticos o de las clases), en Beaufre queda separado: por un lado, la voluntad fijadora de objetivos, y por otro, la acción, como mero método, como estrategia.

De esta manera Beaufre cae en su propia trampa al creer que la disuasión, por no comportar la acción, por no materializarse, es por una parte pura subjetividad, puro *bluff*. Pero por otra parte y en contradicción con lo anterior, plantea que la disuasión en tanto estrategia y por lo tanto como distinta a la

política, sería parte de la objetividad. Vale decir, la disuasión en la concepción de Beaufre sería simultáneamente, objetiva, por pertenecer al ámbito de la estrategia y no de la política, y subjetiva, por basarse en una pura conjetura.

El tema acerca del sujeto de la historia o de la política, el que por su complejidad comprende no solo el ámbito de la política y la historia sino también el de la filosofía y el de la epistemología, excede los límites de este trabajo. Me interesa incluir, no obstante, solo dos referencias acerca de este tema de los muchos que se pueden encontrar al interior del campo del marxismo.

Por una parte la polémica surgida alrededor de la obra de Lenin "¿Qué Hacer?" (1902), donde este plantea, en las condiciones de una monarquía absoluta y duras condiciones de clandestinidad, la organización de un partido de nuevo tipo, fuertemente centralizado para resistir los embates del zarismo, y a la vez, con el carácter de ser un nuevo sujeto con un rol determinante para el curso de la revolución. Posteriormente su reconocimiento y revalorización del rol de sujeto que tienen las masas y la necesaria adaptación de la organización partidaria, planteado en el prólogo a su obra "En Doce Años" (1907), hasta las famosas "Tesis de Abril" (1917), donde plantea la consigna *"¡todo el poder a los sóviets!"*, obra en la cual, sin restar importancia al rol del partido, se articula una nueva noción de sujeto al sostener la idea según la cual "el ritmo y la dirección del proceso revolucionario estaban dictados por los sóviets y las tareas del partido solo adquirirían sentido y gravitación al interior de los sóviets y no desde fuera o desde adelante"[161]. Interesantes antecedentes acerca de este debate se pueden encontrar en el estudio introductorio de Atilio Boron recién citado.

La segunda referencia que me parece interesante es la idea que sostiene Althusser[162], quien no acepta la noción sujeto de la

161 Boron, Atilio, "Actualidad del ¿Qué Hacer?", Estudio introductorio de la obra: "¿Qué Hacer?" de Vladimir Ilich Lenin, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires; 2004.

162 Althusser, Luis, "Filosofía y Marxismo" (entrevista por Fernanda Navarro), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988, págs. 85-87.

historia, en tanto origen o causa de esta. Según este planteamiento, una filosofía materialista debería, en cambio, partir de categorías completamente diferentes, tales como, "determinación por las relaciones (de producción)", "contradicción", "sobredeterminación", "proceso sin sujeto" (ni fin), etc. Sostiene así, que los "hombres concretos" (en plural) son necesariamente sujetos **en** la historia. Pero no habría Sujeto (singular) **de** la historia. Serían "las relaciones ideológicas (las que) imponen a todo individuo-agente la forma de Sujeto. Pero el que sean Sujetos no los convierte –a los agentes de las prácticas sociales, históricas– en Sujetos **de** la historia. Los agentes-sujetos son activos **en** la historia".

Comparto la noción más exacta de agente en lugar de sujeto. En el capítulo acerca de las Teorías de la Conspiración[163], se precisa con mayor detalle el rol del agente de los intereses. No obstante, por la costumbre establecida, seguiremos utilizando la palabra sujeto para designar a este agente o agente-sujeto.

Acción-disuasión

Beaufre plantea que la estrategia de la disuasión debe ser totalmente conjetural y que *"... los factores técnicos solamente intervienen en cuanto a la apreciación que el adversario realiza sobre su valor"*[164]. La amenaza causa un efecto en el adversario, quien sin embargo, no tiene la posibilidad de saber si esta se podrá materializar realmente. Agrega luego que el *bluff* máximo es la base de la disuasión y de aquí concluye que *"La acción disuasiva es totalmente psicológica"*[165].

Este planteamiento de Beaufre nos recuerda nuevamente la idea de Sun Tzu, para quien *"Todo el arte de la guerra está basado en la impostura"* que ya comentamos y que solo encontramos pertinente para los encuentros aislados.

El que la disuasión tenga un real margen de incertidumbre, que por cierto lo tiene, no significa que nos estemos moviendo

163 Parte V, capítulo "Teorías de la conspiración".
164 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 28.
165 Beaufre, André, *ibid.* pág. 29.

en un terreno totalmente conjetural o de total incertidumbre. Si así fuera, la estrategia de disuasión sería absolutamente ineficaz. Por el contrario, el adversario normalmente se abstiene de actuar, pues existe siempre una alta probabilidad que las amenazas se cumplan. El poder de la disuasión está efectivamente allí, en la alta probabilidad de que la amenaza se va hacer efectiva.

La incertidumbre real se refiere a otro aspecto de la situación, cual es que no sabemos cómo será el resultado de la lucha una vez que se desate la respuesta de nuestro adversario. En el caso de la disuasión nuclear ocurrida entre la URSS y EE.UU., estos debían comportarse suponiendo que su oponente respondería a un ataque nuclear, sin embargo la incertidumbre era total en cuanto a cuál sería el resultado de esa hipotética guerra.

Si por otra parte el conductor político, por razones "psicológicas", llegada la ocasión se abstiene de actuar en consecuencia con sus amenazas contenidas en la disuasión, más temprano o más tarde será reemplazado, pues la acción (el paso de la disuasión a la acción) tampoco obedece a factores subjetivos o psicológicos, sino que obedece a la consecución de determinados intereses objetivos, los cuales subsisten y siguen actuando a pesar de las dubitaciones del conductor político.

Por lo tanto, a pesar que el engaño o la simulación pueden formar parte en la disuasión, esta, para ser creíble, debe estar basada fundamentalmente en elementos reales, objetivos. El Estado que disuade debe poseer los elementos materiales, la organización y la realidad política con los cuales configura su amenaza, pues estos normalmente son datos conocidos por el adversario.

Incluso si nos colocamos en el caso que Beaufre nos propone, vale decir, en que la duda mayor podría surgir del hecho de no saber si el disuasor hará efectiva su amenaza, de todos modos y normalmente, las razones que llevan al disuasor a actuar y la realidad política que puede permitir pasar a la acción, son

hechos que normalmente también conoce su adversario, de modo que la capacidad de engaño es reducida.

Por lo demás, la conjetura no solo forma parte de la disuasión sino fundamentalmente de la acción. El engaño y el *bluff* es especialmente importante **en la forma** en que se realiza la acción, el momento, el lugar y las circunstancias que la rodean. También es importante en los encuentros tomados de manera aislada, en el factor sorpresa que rodea una acción determinada o en la disuasión efectiva que se puede lograr a través del engaño, para evitar el enfrentamiento de dos unidades armadas.

Sin embargo, la disuasión a nivel de la estrategia total solo puede ser efectiva si tiene un sostén objetivo reconocido por el adversario. Por ello, la disuasión es un hecho esencialmente objetivo y no subjetivo.

Volviendo al caso de los conflictos ocurridos en el período de la llamada "Guerra Fría", Beaufre pone como ejemplo límite la disuasión nuclear, en la cual un pequeño margen de credibilidad, por las consecuencias desastrosas que comportaría, haría actuar a la disuasión con la mayor efectividad a pesar de que había una baja probabilidad, según su opinión, de llegar a la acción mediante armas nucleares.

Analizando más de cerca la situación, se observa que por la "inacción" que acarreó el balance nuclear en la llamada "Guerra Fría", y que se caracterizó por la abstención del uso efectivo de este tipo de armas, surgió la necesidad objetiva de desarrollar otras formas del conflicto armado, justamente para volver al terreno de la acción.

De esta manera, la disuasión por medio del arma nuclear, lejos de disminuir el grado de acción, creó la necesidad (junto con el desarrollo de las armas adecuadas) de acrecentar el margen de acción utilizando otros medios. El que EE.UU. y la URSS se hayan abstenido de utilizar el arma nuclear no significa que se hayan disuadido en todo terreno. Beaufre era consciente de este hecho al plantear que *"el papel del arma nuclear no es hacer la guerra, sino impedirla, ya que su pavorosa capacidad de destrucción cierra el ciclo de*

las grandes guerras, en tanto que inicia ampliamente la posibilidad de las acciones insidiosas y multiformes de la estrategia indirecta"[166].

No obstante, si bien no es menos importante la inhibición de la acción de un adversario en un momento dado por medio de una acción disuasiva por nuestra parte, en el ámbito de la estrategia total deberíamos entender la disuasión o el objetivo de la disuasión, como la interrupción de toda acción por parte de este adversario en pos de su objetivo político, incluso como la renuncia (por lo menos temporal) de los objetivos políticos anteriores y no como el abandono de una forma particular de lucha y su cambio por otra para conseguir los mismos objetivos.

De hecho, el conflicto de Vietnam en los años 60, terreno de enfrentamiento entre EE.UU. y la URSS, se produjo justamente por "lo inefectivo de la disuasión nuclear" **en ese sentido**. No se puede afirmar que por no haberse utilizado una determinada forma de combate –la nuclear– haya habido una disuasión real.

Si hablamos de estrategia total, no podemos restringir el análisis o el caso especial de la disuasión a una sola forma de lucha.

Por lo tanto, la disuasión no es un hecho psicológico y se ha vuelto a asentar el principio de objetividad.

Medios y fines

Los medios siguen siendo medios en el ámbito operativo, pero dejan de ser meramente medios en el ámbito de la estrategia total.

Para hacer un agujero en la tierra se puede elegir una pala o hacerlo con las manos, el medio no alterará el fin fijado con antelación. Pero en la política, la separación de medios y fines es relativa. Serán medios del lado del que efectúa la acción, pero en el ámbito de la estrategia total y como se había planteado, el medio se elige antes que los fines, pues la realidad de la estructura de la política no permite otra alternativa. Esa estruc-

166 Beaufre, André, Disuasión y Estrategia, en *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 171.

tura de medios conformados por los cuatro campos de acción es un hecho político. Ese es el punto donde se identifican los medios y los fines. Es más, el fin ahora es lograr el dominio de los medios materiales (territorio, sistema financiero, gobiernos, comunicaciones, comercio, fuentes de materias primas, etc.), pues el dominio de esos medios es el poder en acción para afianzar los intereses, o sea, el fin.

No hay un más allá del poder, pero esto no significa que se quiera el poder por el poder, pues esta supuesta alternativa surge en un contexto diferente, justamente en el de la separación entre los medios y los fines, pero cuando el fin es, por ejemplo, económico, el medio y el fin coinciden. Cuesta mucho aceptar esta verdad, si nos detenemos en el contexto de la separación de los medios y de los fines, pues quienes luchan por determinados ideales pueden sentirse acusados de defender intereses relacionados con los medios y no virtudes políticas.

En el ámbito de la identidad de los medios y los fines, el domino del sistema financiero es un medio de enriquecimiento y un medio de dominio político. La pala nunca se confundirá con el agujero que se puede hacer con ella, pero un banco es tanto medio económico como poder político en acción.

Pero una pala tampoco es solo una pala; es un medio de producción y, en tanto tal, permite a su propietario hacer un agujero o contratar a otro para que lo haga a cambio de su sustento y luego de haber generando una plusvalía para su propietario, vale decir, es un medio para valorizar un capital. La propiedad de la pala puede ser entonces un medio de dominio y de poder, al igual que un banco. Por lo tanto, no es la "materialidad" con forma de pala o de banco lo que interesa para nuestro análisis, sino que son las relaciones sociales que están tras esas materialidades. No se confunde ni se identifica la pala en tanto medio con el agujero en tanto fin, pero sí se identifica la pala como medio de producción con la ganancia que se obtiene por la venta de los hoyos, que valoriza el capital y permite comprar más palas. Así asistimos a la transmutación de hoyos por palas (fines por medios), sin que el propietario del capital sienta ninguna complicación por este milagro.

Del mismo modo, las relaciones de propiedad capitalistas son, por una parte, un medio para producir el poder económico y material necesario para emprender un fin, como por otra parte son un fin en sí mismas. Así ocurre, por ejemplo, en la campaña de expansión del poder económico y político de Occidente en su objetivo de destruir las antiguas relaciones de producción precapitalistas, para transformarlas en relaciones capitalistas desarrolladas en las vastas regiones del mundo donde aún no existen.

Pensar que los medios son parte del ámbito objetivo y los fines del ámbito subjetivo, es no reconocer la verdad de que el fin perseguido (que puede adoptar las formas más disímiles tales como el defender el honor, la libertad, la supervivencia de un Estado o un territorio, u obtener una mejora en las condiciones de vida) siempre tiene una base material, ya sea por medio del enriquecimiento, la obtención de una posición estratégica o a través de la conquista de una nueva relación social.

Lo que hace de nexo entre el fin perseguido (por ejemplo, modificar en el Oriente Medio las antiguas formas de relación social) y la base material que sirve de medio (las grandes economías capitalistas desarrolladas, grandes ejércitos, grandes presiones internacionales, gran cantidad de dinero) son los intereses materiales que están en juego (desarrollo de grandes economías capitalistas, aumento de la ganancia, dominio del petróleo, crecimiento de las corporaciones).

John M. Collins plantea que *"En un amplio sentido, los 'medios' son los elementos del poder nacional... el poder político sobre las mentes... la economía... la capacidad industrial y las finanzas; la población... las bases científicas y tecnológicas; las instituciones militares"*... y luego agrega *"Paradójicamente, el poder militar puede ser el medio principal para lograr propósitos económicos"*[167]. En el fondo, Collins se admira que se utilice un medio para obtener otro medio.

La política es justamente aquel ámbito donde los objetivos y los medios para lograrlos se identifican. Esa característica es

---

[167] Collins, John M., La Gran Estrategia, Editorial Círculo Militar, Buenos Aires; 1975, pág. 33.

justamente lo que la delimita de cualquier filosofía. Es en la política donde el medio se puede trastrocar en fin.

No es necesario desarrollar aquí otra faceta de la dialéctica de los fines y los medios y solo nos limitaremos a nombrarla. Me refiero a que el hecho político o el tipo de paz que se genera en la obtención de una determinada victoria dependerá también del medio empleado para lograrla, vale decir, de la estrategia empleada. La obtención de la victoria mediante la guerra no genera el mismo tipo de paz que si el medio es la disuasión o la diplomacia (en el caso hipotético que el uso de estos medios fuera también viable). Por lo que si el objetivo político es el tipo de paz a lograr posterior al conflicto, el medio a emplear tendrá una estrecha relación con el fin a obtener. Así, puestos en la encrucijada, se enfrentan en un mismo ámbito el medio y el fin, pues los medios no actúan solo sobre los medios, sino que esencialmente y en última instancia sobre el nivel político, creando una dialéctica de medios y fines que conduce a estos a su identificación.

Los modelos estratégicos de Beaufre

En el camino de construir teóricamente la objetividad de la política, Beaufre hace un aporte sustancial para comprender y realizar el plan estratégico, con su teoría de los modelos estratégicos. Aunque Beaufre plantea que estos modelos son solo ejemplos, no teniendo por lo tanto que ser necesariamente exhaustivos, permiten obtener una comprensión más profunda de lo que Beaufre llama el razonamiento estratégico[168].

Estos modelos surgen del reconocimiento de la existencia de tres factores determinantes: la importancia que se da al objetivo político planteado, los medios de los cuales se dispone y la libertad de acción que tiene el sujeto para actuar[169]. De esta manera, el grado que alcance cada uno de estos factores fijará el modelo que servirá para determinar el plan estratégico. Con las ideas que entrega Beaufre se puede construir el siguiente cuadro.

168 Beaufre, André, *op. cit.* "Introducción a la Estrategia", pág. 38.
169 Beaufre, André, *ibid.*, págs. 34 a 38.

Modelo de acción	Objetivo político	Medios	Libertad de acción
Amenaza directa	Modesto	Poderosos	
Presión indirecta	Modesto	Insuficientes	Baja en uso de la fuerza
Acciones sucesivas	Importante	Limitados	Estrecha
LTPDIM(*)	Importante	Muy escasos	Grande
CVTVM(**)	Importante	Poderosos	Grande

(*) Lucha Total Prolongada con Débil Intensidad Militar.
(**) Conflicto Violento Tendente a la Victoria Militar.

Si analizamos los tres factores que determinan estos modelos se puede afirmar, en primer lugar, que la importancia que alcanza un objetivo político depende directamente de la importancia de los intereses y, por lo tanto, de la importancia que le otorgan los poderes que están detrás de ese objetivo.

En segundo lugar, que la capacidad de los medios disponibles para ser utilizados en la consecución de ese objetivo depende del amplio abanico de medios que están en disposición de ser ocupados, y que no solo se restringen a las capacidades militares sino al resto de las capacidades del Estado.

En tercer lugar, que la libertad de acción está determinada por el tipo de inserción que tiene el sujeto político y sus medios en el ámbito internacional, el cual depende de la correlación de fuerzas en las cuales está inmerso, los apoyos que se puede tener en distintos sectores sociales internos y externos, etc.

He calificado de relevante este aporte de Beaufre, pues con esto sienta la objetividad de los factores que determinarán el plan estratégico a seguir en el campo de la política, de cara a la implementación de lo que él ha denominado la estrategia total.

PARTE IV

Algunos problemas derivados de las categorías utilizadas por Beaufre

Dificultades provenientes de separar la estrategia de la política

El hecho de no considerar la base objetiva de la política, cual es la configuración de intereses antagónicos, llevó a Beaufre en el comienzo de su teorización a separar la política de la estrategia, considerando a la primera solo como fuente subjetiva de los objetivos y, la segunda, como el sustrato racional en el cual debe estar basado toda acción.

Sin embargo, en su obra "Estrategia de la Acción" y en la medida que avanza a mayores niveles de concreción de la teoría, se encuentra a cada paso con los límites que le impone ese modelo y que lo lleva a realizar un movimiento de péndulo, en que tantas veces debe integrar la estrategia a la política, como otras debe separarla para ser fiel a su premisa fundamental. Veamos cómo se presenta esta situación a través de un conjunto de problemas que se generan por esta indefinición.

Una vez puestos en el terreno de la afirmación de que la estrategia comienza donde termina la política –planteamiento de su obra "Introducción a la Estrategia"– al momento de definir el límite, plantea que es difícil determinarlo a causa de las imbricaciones que existen entre la "gran política" y la estrategia total. Agrega luego que la política debe emplear el método de la estrategia para elegir y alcanzar sus objetivos, sin embargo debe seguir siendo política y comandar a la estrategia, que se limitaría al arte de ejecución de la política[170].

---

170 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 32.

Beaufre da un excelente ejemplo que muestra lo absurdo de separar la estrategia de la política. Se refiere a que aun cuando a veces la victoria militar ha señalado el fin del conflicto, esta ha sido en realidad conseguida por resultados en la acción diplomática, al constituir coaliciones que alteraron la correlación de fuerzas necesaria para la victoria[171]. Es difícil demostrar, en este caso, que la acción diplomática y la formación de coaliciones, que sin duda obedecen a una estrategia, no sean propias de la política.

Plantea que el diagnóstico político está estrechamente ligado a la estrategia, pero que no lo puede tratar aquí porque corresponde al campo de la ciencia política, pero como están muy ligados no puede dejar de tratarlo[172].

Beaufre hace una enumeración de los conflictos de la época y dice que bosquejar esta lista es un problema político, como lo es también fijar las prioridades dentro de ella y que por lo tanto hacer esta lista es parte de un razonamiento estratégico[173].

Beaufre se encuentra aquí con un problema, pues es claro que fijar las prioridades de una lista de conflictos es un asunto tanto político como estratégico. Sin embargo, luego vuelve a poner a la estrategia "en su lugar" al afirmar que el dominio que esta debería permitir resolver serían las acciones *"aprovechando las corrientes favorables, contorneando los obstáculos y haciendo recaer el esfuerzo sobre los puntos realmente decisivos de la coyuntura"*[174]. Vale decir, "incorpora" la estrategia a la política, pero desconociéndolo, como si aprovechar las corrientes, contornear obstáculos o elegir los puntos donde deba recaer el esfuerzo no fueran propios de esta última.

Nuestro autor plantea que una de las formas de facilitar la resolución del problema de cumplir ciertos objetivos, podría ser modificando los objetivos políticos. *"Esta categoría de análisis*

171 Beaufre, André, *ibid.* pág. 47.
172 Beaufre, André, *ibid.* pág. 55.
173 Beaufre, André, *ibid.* pág. 66.
174 Beaufre, André, *ibid.* pág. 67.

corresponde a una forma operacional puramente política"[175]. Se ve aquí que inventa el término operacional, para no usar el de estrategia dentro del ámbito político.

Plantea la pregunta de si la "estrategia de la acción" es estrategia o política y dice que esto ya fue examinado al comienzo de este estudio y que la conclusión quedó abierta. Ahora afirma que se puede decir que procede de ambas disciplinas, que sería una síntesis consciente y sistemática –cuyo primer ejemplo, afirma, lo tendríamos en el estudio que hizo Lenin de la obra de Clausewitz–, *"en cuanto que ella realiza 'la extensión a la política internacional de los métodos rigurosos de la estrategia'"*[176].

Insiste en que la estrategia de la acción hay que ubicarla en un contexto político y social y que necesariamente la concepción de la acción estratégica proviene de un análisis político[177].

Luego plantea que reconocer *"la subordinación de la estrategia total a la política no es suficiente: la elección de los medios, las "zonas de acción", la determinación de las fases, depende, en gran parte, de la elección de los móviles psicológicos"*...[178].

Al parecer en este párrafo utiliza la idea de móviles psicológicos para significar un campo diferente de la política, un campo también subjetivo pero distinto. Si esto es así, el ámbito de la estrategia no solo se remitiría al campo de la objetividad, sino también a un campo especial de la subjetividad, con lo cual su planteamiento general deviene más contradictorio aún.

Para afianzar esta interpretación veamos el párrafo siguiente: *"Se ha visto que desde el siglo 16, los resortes de la acción utilizados por los idealistas, los patriotas, los ambiciosos o los ávidos, han sido la religión, el nacionalismo, la democracia y la libertad, el progreso material y la justicia social. Son esas pasiones... más a menudo que la razón, quienes conducen a los hombres. La estrategia de la*

175 Beaufre, André, *ibid.* pág. 111.
176 Beaufre, André, *ibid.* pág. 157.
177 Beaufre, André, *ibid.* pág. 159.
178 Beaufre, André, *ibid.* pág. 160.

acción juega con y contra las pasiones. Es a esta verdad central a la que deben ser subordinadas las técnicas"[179].

Nuevamente aquí separa la política de la estrategia, la primera como pasional e irracional, la segunda como mera técnica racional. Sin embargo, al parecer quiere plantear que como única herramienta racional la estrategia se hace parte de la política. En otras palabras, la manera de integrar la estrategia a la política podría quedar representada por la frase: la parte racional de la política sería la estrategia.

Luego reafirma: *"Así, es imposible no concebir la necesidad de una osmosis constante entre la política y la estrategia total"*...[180].

Al hablar de las relaciones internacionales plantea que *"la coerción tiende, de más en más, a hacerse insidiosa y frecuentemente, se diferencia muy poco de los procedimientos políticos considerados como "normales"*[181].

Luego vuelve a separarlos al plantear que ambas tienen una diferente *"actitud de espíritu"*: la *"gran política"* es intuitiva, filosófica y creadora. La *"estrategia total"* es pragmática, racional y referida constantemente al objetivo político de la primera[182]. A esto lo llama una distinción radical y es lo que permitiría fundar una jerarquía entre ellas: diagnóstico político, línea política, diagnóstico estratégico y línea estratégica. O sea la distinción lógica de las distintas etapas de la consecución de un objetivo, la confunde con el contenido de cada cual. Así le resta todo contenido político al diagnóstico y a la elección de los caminos a seguir en el caso de la estrategia total.

Se ve que está tratando de unir artificialmente la estrategia a la política, cuando toda la construcción previa, todos los ladrillos que ha puesto meticulosamente, presentan a una y otra como propias de un ámbito distinto.

179 Beaufre, André, *ibid.* pág. 160.
180 Beaufre, André, *ibid.* pág. 161.
181 Beaufre, André, *ibid.* pág. 161.
182 Beaufre, André, *ibid.* pág. 162.

Dificultades provenientes del velamiento del origen de los objetivos políticos

El mismo tipo de problemas en que cae Beaufre al separar la estrategia de la política, se presentan al velar el origen de los objetivos políticos, los que considera del ámbito subjetivo, pues se ve obligado a reconocer paso a paso lo contrario.

Plantea que es importante analizar los móviles de una acción, agregando que no pueden dejar de estar influenciados por la escala de valores de la época. Entre los móviles considera: *"el oro, las riquezas, el poderío, la gloria, la libertad, la justicia, la democracia, el servicio a Dios o de la Patria"*[183].

De esta lista se pueden sacar varias conclusiones. Por una parte, reconoce en primer lugar que existen los móviles, de modo que los objetivos políticos puede que no sean tan subjetivos como suponía. En segundo lugar, reconoce que los móviles pueden ser el oro y las riquezas, en cuyo caso el objetivo que genera ese móvil definitivamente está muy lejos de pertenecer al ámbito subjetivo. Luego agrega móviles de índole valórica. De más está decir que efectivamente se lucha por la democracia, la justicia, el servicio a Dios, etc.

Justamente lo interesante de estos últimos móviles es descubrir la trama de relaciones que los sustentan y no aceptarlos acríticamente. Beaufre lo dice de la siguiente manera: *"Por ello, los factores pasionales deben ser considerados como medios de acción particularmente importantes... (Estos) que todo el mundo conoce superficialmente, merecen ser examinados objetivamente, con el fin de conocer sus aspectos y sus lazos"*[184].

Lo anterior se refuerza con lo siguiente: *"... estos móviles del conductor que tendrá que tomar la decisión de actuar, no son los mismos de aquellos a quienes él deberá recurrir para realizar su em-*

[183] Beaufre, André, *ibid.* pág. 50.
[184] Beaufre, André, *ibid.* pág. 51.

presa y obtener la aceptación por el adversario de los términos que él quiere imponerle"[185].

De modo que una cosa son los móviles reales del gobernante y otra son los móviles que esgrime de manera pública para convencer al resto de los grupos sociales que deben apoyar una acción determinada.

Dentro de estos últimos móviles considera: *"la fidelidad al clan, a la tribu, a la Nación, a la religión, a las ideologías"*[186].

Vale decir, reconoce que los verdaderos móviles del gobernante o del bloque en el poder, pueden ser diferentes a los de grandes sectores de la nación, los que, además, se ve en la obligación de disfrazar. De allí concluimos que la necesidad del disfraz proviene de la existencia de intereses en juego que no conviene explicitar.

¿Y qué puede significar que esos factores pasionales *"merecen ser examinados objetivamente"*?

Entre los factores pasionales considera el nacionalismo y la búsqueda de bienestar (incluye aquí la lucha por la justicia social). ¿Qué puede significar la necesidad de "examinar objetivamente" esos factores, sino buscar la base real y distinta de donde se sustentan? Por ello expresa que una de las razones del desarrollo del nacionalismo resulta de la voluntad de las elites nacionales de acceder al poder[187], reconociendo aquí que no necesariamente la base de ese denominado nacionalismo deba ser el producto legítimo del devenir histórico de un pueblo, sino que puede ser un sentimiento o movimiento creado por otros intereses.

Citaremos un largo pasaje de la obra "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte" de Marx para ilustrar esta situación. En esta obra Marx describe las circunstancias que desembocaron

---

185 Beaufre, André, *ibid.* pág. 50.
186 Beaufre, André, *ibid.* pág. 51.
187 Beaufre, André, *ibid.* pág. 52.

en el golpe de estado que da Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851. Marx relata cómo en una visión superficial de los hechos aparecen, por un lado, el Partido del Orden que agrupa un conjunto de fracciones monárquicas que intrigan entre sí para elevar al trono a su propio pretendiente y se unen en el odio común contra la "república", la cual es defendida por la Montaña. Pero plantea que examinando más de cerca la situación de las fracciones del Partido del Orden, se descubren los reales intereses de clases que subyacen en este.

"Bajo los Borbones había gobernado la 'gran propiedad territorial'; bajo los Orleáns, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir el capital... Lo que por tanto, separaba a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenía unidos a una u otra dinastía, ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma derivándolo de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se los imbuye de tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas, aunque cada fracción se esfuerce por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que lo que las separa es la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que eran más bien sus intereses divididos lo que impedía que las dos dinastías se uniesen. Y así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo real y sus intereses reales, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son"[188].

[188] Marx, Karl, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", Obras Escogidas en dos Tomos de K. Marx y F. Engels, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú; 1955, Tomo 1, págs. 275 y 276.

Por otra parte y para reafirmar la idea que venía desarrollando, Beaufre define la maniobra en la estrategia total como las acciones relevantes en los campos no militares, que puedan ayudar mejor a las acciones militares y dice que la fase de preparación no solo comporta elementos militares sino también de orden político. *"De ahí la importancia de elegir un buen tema político, que corresponda en la mejor forma al objetivo encarado"*[189].

Esta propuesta de Beaufre es muy curiosa, pues pone el tema político después del objetivo político. De esto se deduce que son diferentes, que hay que valerse de un sustituto del objetivo para hacerlo presentable a través de un tema político. Esto aclara más el hecho ya planteado, de que el objetivo político siempre comporta intereses de grupos de poder, los cuales para ser viables solo pueden ser presentados como interés general de la sociedad.

Es más, en una opinión premonitoria, plantea la idea de que el desarrollo de la producción podrá crear *"vastas entidades económicas, mejor adaptadas a la producción en masa que el Estado-nación según la escala europea. De ahí las esperanzas depositadas en los "grandes conjuntos" que podrían constituir la Europa o la Unión Atlántica y que se oponen al nacionalismo estrecho de principios de siglo"*[190].

¿Cuál puede ser la base del objetivo y la estrategia correspondiente en este caso, si no es la objetividad que da el desarrollo económico y los intereses involucrados?

En relación al nacionalismo agrega que la nación constituye el elemento principal de la estrategia y estas serían los peones en el juego de las relaciones internacionales[191].

A la luz de la objetividad de los móviles, habría que preguntarse entonces quiénes juegan los papeles de reyes y alfiles, los verdaderos depositarios de esos intereses ya velados por el

[189] Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 132.
[190] Beaufre, André, *ibid.*, pág. 53.
[191] Beaufre, André, *ibid.* pág. 52.

proceso político que lo acompaña. Lo que ha quedado más claro, luego de las opiniones del mismo Beaufre, es que ni el nacionalismo ni la búsqueda del bienestar general son los verdaderos motores de la acción.

Haciendo hincapié en la necesidad de hacer un análisis político para determinar las estrategias, plantea que en los años 50 un *"diagnóstico sobre la evolución y la suerte de los imperios coloniales, en la coyuntura política del momento, debió ser establecido antes de empeñarse en las campañas militares que se conoce"*[192].

En esta idea se destaca nítidamente el problema de la elaboración de Beaufre. Por una parte reconoce la existencia de los móviles reales e intereses reales que hay detrás de los objetivos, pero al no tomarlos en cuenta adecuadamente en sus análisis políticos, no puede dar cuenta que los imperios coloniales retrasaron por décadas los procesos de independencia para seguir profitando durante años de su explotación.

De esta manera, al no reconocer los intereses reales en juego y solo basado en el resultado final que llevó a la desaparición de ese tipo de imperios, le parece que la defensa que las colonias hicieron de sus posesiones fue un mero error.

Basado en la misma premisa se podría decir que el aplastamiento de los levantamientos esclavos en el Imperio Romano, o el aplastamiento de las rebeliones campesinas en la época feudal en Europa, serían otros tantos errores de las clases dominantes.

Da una definición muy extraña e insuficiente de 'diagnóstico político', como es *"dar una explicación de los acontecimientos contemporáneos y justificar, a partir de esa explicación, los objetivos políticos elegidos"*[193].

En esta definición, al no exponer claramente la necesidad de presentar los intereses antagónicos en pugna y a partir de

[192] Beaufre, André, *ibid.* pág. 54.
[193] Beaufre, André, *ibid.* pág. 55.

esos intereses deducir los objetivos políticos posibles, no logrará realizar un diagnóstico real.

Beaufre pretende –utilizando un giro idiomático de Aron–, hacer aportes a una praxeología, vale decir a una "ciencia de la acción". Sin embargo, una ciencia de la acción que no parta del análisis de los intereses antagónicos que conforman una situación dada y que relegue la política al ámbito de la voluntad subjetiva, será una mera abstracción sin base real. Asimismo, tampoco se estará capacitado para construir lo que yo llamaría una "ciencia de la decisión", o sea una disciplina que ayude a fijar los objetivos y a determinar la acción. Pues la política se devela en actos, el acto o la acción no se puede separar de la política con el nombre de estrategia, sin socavar la esencia misma de la política. La política separada de la acción jamás ha sido política y no podría serlo.

Con el objeto de "mejorar" su versión de la política y darle una mayor altura de miras plantea que esta debe tener por función prever los efectos del devenir social a escala mundial. Estos efectos deberían ser *"previstos y dispuestos por una acción constante emprendida en el presente, pero con vistas al porvenir. Este deberá ser el objetivo constante de la 'gran política', arte real –en las antípodas de las pequeñas combinaciones de un día para el otro, que practica la mayor parte de los gobiernos– fundada sobre una concepción filosófica penetrante del destino del hombre"*[194].

No se da cuenta que lo que llama "pequeñas combinaciones" es justamente la expresión inevitable de la política real, la de la lucha de intereses del día a día y que si esta lucha "pequeña" no existiera y se pudiera llegar a un punto en que la política fuera solo una "gran política", eso sería la mejor señal de que ya la lucha de intereses habría acabado y con ella la política misma. Sin embargo ese sería el punto, según Beaufre, cuando podría haber una estrategia racional en la cual los objetivos serían lógicamente concebidos[195].

194 Beaufre, André, *ibid.* pág. 69.
195 Beaufre, André, *ibid.* pág. 70.

Aquí Beaufre comete un juicio contra sí mismo al concebir los objetivos como parte de la estrategia. La cadena de ideas que lo lleva a esta situación es la siguiente: Al eludir los intereses, los objetivos pierden su base objetiva y quedan en el terreno de la pura subjetividad. En esta situación se coloca a la racionalidad en la estrategia y esa racionalidad conduciría a concebir –ahora en una segunda vuelta– objetivos lógicos en el ámbito de la "gran estrategia" y esto conduciría entonces a lograr una política racional.

Vemos que Beaufre no puede comprender lo que ya he planteado anteriormente, que es un contrasentido pensar a la política como una estructura lógica abstracta. El hacerlo es la mejor señal de que se está dejando el antagonismo de intereses, o sea lo esencial de la política, de lado.

En su argumentación, en cuanto que el móvil principal de la acción sería la ideología, plantea que *"El elemento clave de la acción es... la voluntad de aquel que actúa ... es aquí que intervienen los móviles humanos y, por lo tanto, las ideologías"* y que *"los medios materiales, por sí mismos, solo sirven para explotar esas ideologías"*[196].

Con el objeto de demostrar que la ideología es la que "manda"[197], afirma que *"Se ha visto la importancia de las ideologías en 'la corriente de la historia' "...* y que *"el desarrollo de la información por la prensa, la radio y la televisión, el dominio psicológico, deviene una zona de acción esencial y decisiva"*[198].

Sin embargo, la pregunta que debió hacerse Beaufre es por qué alguien desea o necesita ejercer el control de los medios de comunicación y lograr lo que llama el "dominio psicológico", antes que ningún conjunto de ideas o ideología se impusiera, pues justamente ese dominio de las comunicaciones es lo que permite imponer esa ideología. Se ve que aquí confunde el verdadero motivo, con aquel que debe ser difundido para lograr el apoyo necesario.

---

196 Beaufre, André, *ibid.* pág. 70.
197 Beaufre, André, *ibid.* pág. 71.
198 Beaufre, André, *ibid.* pág. 70.

Agrega que no analizará si las ideas tienen una base en la materialidad, pues *"las ideas, procedan o no de una concepción materialista, son las que mandan"*[199]. Aquí justamente tira por la ventana lo que es esencial para comprender el curso de los hechos y el inicio de las acciones, al creer que una vez que la ideología se ha impuesto a nivel masivo, su origen no importaría.

Sin embargo, como en la causa siempre podemos descubrir *"sus aspectos y sus lazos"* con los intereses materiales, estos sí importan siempre, pues siguen actuando por medio de la ideología que ya es cambiante de acuerdo a esos intereses, pero también actuando por fuera de ella, la cual si bien puede alcanzar una fuerza inmensa, son construcciones derivadas y desechables. Si esto no fuera así, en el continente donde se han realizado las masacres más espeluznantes en nombre de las ideologías, no se podría haber construido la Unión Europea.

Por lo mismo, inevitablemente Beaufre debe volver a colocar el elemento ideológico donde corresponde. Así, en relación a la acción en la política interior, pero que también extiende a un territorio "adversario, neutral o aliado", plantea que se puede influenciar en él a los gobiernos, por medio de los movimientos políticos, pasiones resultantes de las ideologías, etc.[200]. Por lo tanto, reconoce que estos son medios y no fines (podemos incluir aquí, aunque Beaufre no lo dice explícitamente, a los conflictos religiosos, culturales, etc.).

Plantea que el elemento básico de las decisiones políticas "es la confrontación de los *móviles políticos*". Estos móviles son concebidos *"como las intenciones profundas y, en cierta forma, instintivas, que gobiernan la política de un país"*[201]. Así las grandes decisiones políticas representarían *"las direcciones generales elegidas para alcanzar los resultados encarados por los móviles políticos"*[202].

---

199 Beaufre, André, *ibid.* pág. 71.
200 Beaufre, André, *ibid.* pág. 102.
201 Beaufre, André, *ibid.* pág. 85.
202 Beaufre, André, *ibid.* pág. 85.

Este planteamiento por una parte es interesante, pues Beaufre nuevamente reconoce que las decisiones u objetivos políticos se obtienen de los "móviles" y aunque los ubica en el terreno indefinido de los instintos, reconoce que hay un más allá de los objetivos políticos y que este más allá los sustenta. Sin embargo, al poner a los móviles en el mismo grado de abstracción que las grandes decisiones políticas, no obtiene nada de esa diferenciación (entre móviles y decisiones políticas) y no puede hacer otra cosa, desde el momento que no reconoce que los móviles en realidad son los intereses que están detrás de los objetivos políticos.

A manera de explicación de esta diferencia nos plantea, en ocasión del análisis de la estrategia hitleriana y de la Guerra Fría, que el móvil es *"destruir el edificio de Versalles"* y la decisión política es *"destruir Checoslovaquia"*, o el móvil es *"detener la expansión... comunista en Asia"* y la decisión es *"intervenir en Vietnam"*[203].

Pero se puede preguntar ¿y cuál es el motivo de esos móviles? Al no diferenciar por su contenido el móvil del objetivo, sino salvo por el hecho de que detrás de uno están los otros, podemos retroceder hasta el infinito saltando de hecho en hecho, buscando una explicación plausible sin encontrarla. Solo el análisis de los intereses puede concluir ese recorrido, pues los verdaderos intereses y objetivos residen en los conglomerados de poder, los que luego tienen su reflejo en los objetivos políticos a nivel de los Estados.

Hay que aclarar que el hecho de que el Estado, o mejor dicho las fuerzas que este posee, actúen tras los objetivos de grupos de poder y no por el "Bien Común" o el "interés general", no es totalmente impropio, pues esa es la única forma en que los intereses se materializan en el Estado. Pero hay que tener claro que esto nunca será un proceso aséptico. Siempre estará contaminado del interés de los grupos que pugnan por el poder, pues el Estado no es una entelequia con vida propia e intereses propios al margen de la vida social.

---

[203] Beaufre, André, *ibid.* pág. 85.

Una idea a considerar acerca del Estado es la que propone Max Weber. Fukuyama, citando a este último, plantea que el Estado es "una comunidad humana que reivindica (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio determinado". A lo que Fukuyama agrega que "La esencia de la estatalidad es, en otras palabras, la aplicación de las leyes: la capacidad última de enviar a alguien con uniforme y pistola para que imponga el cumplimiento de las leyes del Estado"[204].

Estas ideas son interesantes porque ubican claramente al Estado como medio y no como un fin en sí mismo. No obstante peca de reduccionismo pues no explica lo fundamental, vale decir, medio de quién y para qué, con lo cual la esencia del Estado sigue siendo una abstracción.

Beaufre pone como objetivos políticos de los Estados el asegurar su independencia, su prosperidad material y extender su influencia a un tercer país[205], pero no da cuenta del hecho de que estos tres objetivos siempre van a tener relación con intereses afines a algún grupo de poder, y que es en función de ese interés particular por lo cual se impuso como interés general del Estado. Esta transmutación de interés particular en general, es un paso inevitable en una sociedad donde conviven diferentes intereses.

El Estado como tal no tiene intereses, pues no es un sujeto 'causa sui' y tanto su surgimiento como su gestión obedece a la concreción de intereses particulares en lo que podríamos llamar "una estrategia", para convertirlos en "interés" de toda la nación. Esto podemos verlo en el hecho de que es de interés de distintos grupos, incluso con intereses antagónicos entre sí, el acceder al poder del Estado. De hecho, si analizamos los tres objetivos descritos por Beaufre, descubriremos que estos pueden ser contradictorios entre sí, cuestión que no es posible develar en un análisis al nivel general del Estado.

---

204 Fukuyama, Francis, *op. cit.* "La Construcción del Estado", pág. 22.
205 Beaufre, André, *ibid.* pág. 93.

En otras palabras, si el Estado tuviese intereses "intrínsecos", y que por lo mismo, su gestión solo fuera posible y estuviera encaminada a lograr los objetivos que determinan esos intereses intrínsecos, entonces los únicos interesados en conquistar el poder estatal, sería aquel grupo que tuviese esos mismos intereses, pues a cualquier otro sector social, esa herramienta no le sería de utilidad.

No obstante, el que el Estado no tenga intereses propios no significa que sea una herramienta aséptica y que una vez producido el recambio por otro grupo de poder, esta herramienta comience a funcionar como si se hubiese creado para ese nuevo efecto. Muy por el contrario, en el Estado, aunque normalmente existe un grupo hegemónico que tiene el poder, también conviven los diferentes intereses, los cuales causarán resistencias al nuevo poder con pretensiones de instalarse. Del mismo modo, las instituciones del Estado concreto y su forma de funcionamiento fueron creadas para lograr esos intereses concretos y no necesariamente servirán para cumplir los nuevos objetivos, de modo que se requerirán cambios al interior de esta herramienta. Pero el que esta herramienta soporte estos cambios sin dejar de ser lo que es, muestra que es solo una herramienta, no un sujeto de la política.

De este modo lo que interesa dejar sentado es el hecho de que el Estado en tanto "lugar" y en tanto "medio", tiene funciones básicas de gran generalidad y que son comunes cualquiera sean los intereses antagónicos que lo pretendan, pero que de allí en más solo prima el cambiante conjunto de intereses contrapuestos que lo determinan.

Lo que es intrínseco al Estado es ser un conjunto de órganos que permite llevar a cabo las políticas que determine algún bloque social o una conjunción de bloques, con suficientes poderes para transformar sus intereses particulares en funciones de carácter social y las características que ostenta –muchas veces de carácter contradictorias–, se deben justamente a su proceso de conformación al fragor de la imposición de esos poderes.

De allí que en una sociedad sin intereses antagónicos, de ser esto posible, tal como desaparecería la política como la co-

nocemos hasta hoy, desaparecería también el Estado mismo. En ese caso hipotético solo subsistirían los órganos de administración (por ejemplo de planificación general, órganos de justicia, policía, órganos de representación de la sociedad bajo diferentes conceptos, etc.) pero que no se deben confundir con el Estado que conocemos hoy, pues este solo es posible en una sociedad política. Esa nueva organización social ya no deberá tomar decisiones políticas, vale decir, dirimir objetivos y medidas que favorezcan o desfavorezcan a grupos antagónicos de la sociedad, sino relativas a la administración de una sociedad con intereses comunes, donde los intereses particulares se confundan realmente con los de toda la sociedad.

No es tema de esta obra dilucidar si tal sociedad es posible, pero hemos puesto este ejemplo extremo para mostrar que solo bajo esas condiciones se puede dar la desaparición de la política y el Estado, solo en ese caso el "Bien Común" puede ser un concepto de carácter general y podríamos decir que tal organización social, por ejemplo una nación, tiene objetivos comunes a todos sus miembros.

Quienes piensen que tal sociedad sin intereses antagónicos no puede existir y es solo una utopía, deberán sacar todas las consecuencias de esta postura. La primera es reconocer que el Estado es y será por siempre una herramienta de determinados grupos de poder y que, necesariamente, los intereses reflejados en sus políticas no pueden favorecer simultáneamente a los distintos intereses antagónicos, cuya existencia eterna –que determinaría la imposibilidad de la utopía descrita anteriormente– se está postulando como punto de partida.

He insistido en que los objetivos políticos obedecen al interés del bloque en el poder. Se ha dado a entender que esto no significaba una relación directa sino que de alguna manera estos intereses aparecen refractados y combinados con otros, aunque siempre en una menor medida.

Hay que agregar a esto dos aspectos de la mayor importancia. Por una parte, el hecho que los representantes del bloque en el poder fijen los objetivos políticos no significa que estos

objetivos reflejan fielmente el interés real de quienes los sustentan. Estos objetivos también tendrán una distorsión en relación a la base real, lo cual ha significado no pocas veces que los intereses reales (sus gestores), desautoricen a sus representantes a nivel de la política.

En segundo lugar, el hecho de que los gestores reales y sus representantes fijen determinados objetivos políticos, no significa que estos siempre se vayan a concretar y no solo porque no tengan el poder suficiente para imponerlo a las demás fuerzas políticas, sino también porque lo que determina el curso de las sociedades en el largo plazo es la base económica que la sostiene, la cual puede determinar un curso objetivo distinto. Todas estas circunstancias dan al nivel político una cierta autonomía en relación a los intereses concretos y ayudan a velar las reales conexiones existentes entre los objetivos políticos y los intereses reales.

Beaufre da mucha importancia a los factores psicológicos en el desencadenamiento de la acción, pero no hace análisis objetivos de las crisis.

Una de las mayores dificultades que tiene la teorización de Beaufre y, en general, las diversas corrientes subjetivas en política para reconocer los verdaderos móviles de los objetivos políticos, es la consideración de todos los aspectos del ámbito económico como meros medios. Ayuda a esta idea la real función de medio que tiene el ámbito económico en muchas o en todas las circunstancias, pero esto vela el carácter de fin que también tiene.

Por ejemplo, Beaufre caracteriza muy bien el ámbito de la acción en el terreno económico. Plantea que esta permite crear solidaridad de los intereses entre las naciones o, al contrario, efectuar las presiones o aun promover crisis explotadas en el dominio de la política interior.

"Los medios empleados van desde la ayuda al desarrollo de corrientes económicas espontáneas hasta la creación o la supresión de la corriente de intercambio por los tratados de comercio, y la utiliza-

ción de intervenciones financieras en el campo del crédito o de la moneda"[206].

En este y otros planteamientos la acción económica se toma en condición de medio y nunca de fin. Sin embargo, es evidente que el ámbito económico no solo es una técnica de la acción, sino también un móvil de la acción. Esta consideración permitiría ocupar el lugar vacío o a lo menos difuso en que Beaufre deja al concepto de móvil.

Sin esta consideración no se podría comprender el proceso globalizador en curso. Desde su aparato teórico Beaufre no podría responder, por ejemplo, si los móviles que originaron la creación de la Unión Europea fueron de carácter económico o político. El decir que fueron tanto lo uno como lo otro le obligaría a reconocer que el ámbito económico no solo es un medio sino un fin y, por otra parte, debería reconocer en los móviles que originaron ese objetivo político un carácter objetivo y no subjetivo. Sobre esta base se podría dar también una explicación acertada a las guerras contra Irak en 1991 y 2003, por parte de EE.UU. y no porque se deba colocar como causa los grandes yacimientos petrolíferos de la región, sino por el análisis de la situación de crisis general del capitalismo global.

Solo un planteamiento que considera que la economía y la política son ámbitos totalmente diferentes y que, por lo tanto, en el terreno económico han olvidado a sus fundadores –Petty, Smith y Ricardo–[207], que no considera por lo tanto que el hecho económico fundamental no es el proceso técnico que los hombres efectúan sobre el objeto de trabajo (el cual es materia de las ciencias y técnicas particulares), sino que es el cómo se organizan y relacionan entre sí los hombres para producir y reproducir la vida social; solo un planteamiento tal, puede preguntarse si un hecho se explica por razones económicas o políticas. No

---

206 Beaufre, André, *ibid.* pág. 103.

207 En la obra "El Capital" de Marx y especialmente en el que se conoce como su 4° libro, denominado "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", hay abundante información acerca de la historia de la Economía Política.

por casualidad la denominación de Economía Política se ha transmutado en Administración, Negocios o Economía sin más en el neoliberalismo.

Desde esta perspectiva es ingenua la posición de Aron al plantear que la intervención de EE.UU. en la Guerra del Golfo habría sido por razones económicas y que en cambio la intervención de esta potencia en la "defensa de El Salvador" habría sido por razones políticas o geopolíticas[208]. Es claro que lo que estaba en cuestión en este último caso era también la imposición de cierta manera de organizar la vida social, su extensión y permanencia, vale decir, una cuestión política y de economía política.

El uso del poder y la violencia no se ejercen por sí mismas, sino para asegurar ciertas funciones sociales que son necesarias a cada determinada forma de organización social y no desde un punto de vista meramente político, sino sobre todo desde el ámbito de la economía política.

Análisis de casos: El inicio de la Primera y Segunda Guerra Mundial

Veamos un interesante tema que inquieta a Beaufre. Al analizar la acción por la estrategia total sobre el modo directo, plantea que la acción militar debe comenzar a partir del objetivo político de la acción. Sin embargo, agrega que esta definición del objetivo es frecuentemente poco clara[209].

A lo anterior diremos que la poca claridad proviene la mayoría de las veces de la dificultad que implica hacer pasar por interés general los intereses particulares.

Beaufre propone un modelo de ejemplo para desarrollar la idea de maniobra en el nivel de las decisiones políticas, en relación a las similitudes y contradicciones de los móviles de los

208 Aron, Raymond, *op. cit.*, pág. 52.
209 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 130.

distintos participantes en un conflicto[210]. Plantea que la mejor decisión es la que desarrolla al máximo la libertad de decisión política y que reduce al máximo la del adversario. Emprende entonces un ejemplo basado en la estrategia de Hitler[211], con el objeto de formular criterios para la decisión.

El análisis que hace de las fuerzas actuantes en la Segunda Guerra Mundial se presenta como un juego lógico –en el sentido estructural del término–, al no analizar el cuadro general de crisis. Al no estudiar los intereses antagónicos de los grandes conglomerados de poder que había tras los objetivos políticos, todo se transforma en un juego de combinaciones con abstracciones extremas.

Beaufre destaca la importancia de un buen análisis de los objetivos políticos[212] y pretende analizar el mecanismo de las decisiones políticas[213], pero mecánicamente, sin analizar las contradicciones de fondo, y tal como él dice, ateniéndose solo a las "contradicciones de hecho"[214].

En relación a la participación de Francia en la Primera y Segunda Guerra Mundial, Beaufre plantea que los políticos creían que *"el recurso de las armas les permitiría buscar más tarde la solución de los problemas en desarrollo. Se atendería el momento futuro en función de lo que pasaría, cuando la conducción misma de la guerra habría debido depender estrechamente de lo que se esperaba de ella"*[215].

Plantea que Alemania tuvo éxito en privar a los aliados de toda libertad de acción, y no existió otra alternativa que la guerra[216]. Ante esta situación, sin embargo, Beaufre no se cuestiona mayormente la situación y su cuerpo teórico solo lo conduce a

---

210 Beaufre, André, *ibid.* pág. 96.
211 Beaufre, André, *ibid.* págs. 97 a 100.
212 Beaufre, André, *ibid.* pág. 100.
213 Beaufre, André, *ibid.* pág. 92.
214 Beaufre, André, *ibid.* pág. 95.
215 Beaufre, André, *ibid.* págs. 118 y 119.
216 Beaufre, André, *ibid.* pág. 119.

creer que tal situación se debió a la falta de conocimientos sobre estrategia.

En el mismo sentido Collins llega a afirmar que la Primera Guerra Mundial *"estalló en respuesta a provocaciones infantiles"*...[217]. También Aron afirma que *"Los historiadores aún no saben con certeza si un 'decisor' desencadenó la guerra en 1914"*[218] y también que *"La guerra de 1914 fue desencadenada por un 'fallo diplomático'"*[219].

Beaufre no puede comprender el conflicto de la Segunda Guerra Mundial como la continuación del reparto del mundo entre los diversos bloques imperialistas que quedó inconcluso luego de la Primera Guerra Mundial, y no puede comprender que la prolongada inacción de Inglaterra, Francia y Estados Unidos en intervenir no fue por falta de una estrategia como insiste en varios lugares de su obra, sino porque primaron los reales intereses de los bloques en el poder.

En el Anexo 3 se presenta un análisis acerca del conflicto de intereses vivido en esa conflagración mundial de acuerdo a la historiografía soviética, y que nos puede iluminar acerca de la real estrategia impulsada por los gobiernos de Inglaterra y Francia.

Por el momento, y solo a modo de ilustración presentamos un cuadro acerca del reparto del mundo, previo a la Primera Guerra Mundial (1914), entre las grandes potencias de la época.

---

217 Collins, John M., *op. cit.* pág. 20.
218 Aron, Raymond, *op. cit.* pág. 25.
219 Aron, Raymond, *ibid.* pág. 142.

Metrópolis + Colonias[220]		
	Km² (millones)	**Habitantes (millones)**
Inglaterra	33,8	440,0
Rusia	22,8	169,4
Francia	11,1	95,1
Alemania	3,4	77,2
Japón	0,7	72,2
EE.UU.	9,7	106,7
Total de las 6 potencias	81,5	960,6
Colonias que no pertenecen a las grandes potencias sino a (Bélgica+Holanda+otros)	9,9	45,3
Semi colonias (Turquía, China, Persia)	14,5	361,2
TOTAL	105,9	1.367,1
Resto del Mundo	28,0	289,9
Todo el Globo Terrestre (sin Regiones polares)	133,9	1.657,0

Lo anterior significa que en 1914 el 79% del territorio del mundo, y el 83% de la población, pertenecían a alguna forma de colonización.

Si analizamos estos antecedentes no podemos dejar de pensar acerca de la inmensa influencia y poder de los colonizadores, tan grande como la necesidad de tener que defender los intereses involucrados o intentar reordenarlos a favor de cada cual. Esto debía clarificar también la fuente de intereses y móviles de la Primera Guerra Mundial, como la lucha dirigida al reparto del mundo. Por lo tanto, estaríamos muy lejos de presentar las causas de la guerra como pretendidos "fallos diplomáticos", "provocaciones infantiles" o por falta de conocimientos acerca de la estrategia.

220 Lenin, Vladimir Ilich, "El Socialismo y la Guerra", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires; 1960, Tomo XXI, pág. 305.

PARTE V

Estrategia total, capitalismo y globalización

La política como medio

Toda la teorización de la estrategia total supone que el punto inicial y final de la acción es el objetivo político y su consecución, y así parecen presentarse las cosas. De igual manera se supone que en la escala de decisiones el último escalón son las decisiones políticas. Pero, como hemos dicho, estas son consideradas en abstracto en tanto que sus motivaciones se ubicarían, según la concepción de Beaufre, en la pura subjetividad del bloque en el poder.

Sin embargo, probablemente la conclusión más importante de lo que hemos planteado con relación al tema de la fuente de los objetivos políticos, es que las decisiones políticas no son el último escalón, pues en el fondo subyace el terreno de los intereses de los grupos de poder. De esta manera la política, lejos de ser un fin es un medio más, pero no en el sentido en que en ciertas ocasiones la presenta Beaufre, subordinada a la estrategia como parte de los campos de acción, sino que es un medio en su función de fijar objetivos y de conseguirlos, y es un medio más al servicio de los intereses a quienes sirve. Por ello la política es objetiva y no subjetiva, y por ello debe corregirse su sesgo subjetivista y trabajar con las estructuras de poder real.

Uso máximo de la fuerza

En las conclusiones del capítulo acerca de la maniobra de la estrategia total en el modo indirecto, Beaufre plantea que cuando el hombre deviene cada vez más poderoso, tendería a recusar el empleo paroxístico de la fuerza, y que si esta tendencia se mantiene, la acción debería confinarse cada vez más

en la utilización de la estrategia de modo indirecto, para alcanzar resultados importantes con uso mesurado de la fuerza, *"hasta limitarse a maniobras abstractas, realizadas únicamente en el nivel de las decisiones políticas"*[221]. Termina afirmando que la estrategia total en el modo indirecto es la estrategia del porvenir.

De alguna manera Beaufre está respondiendo a sus críticos, quienes plantean que con su estrategia total se está introduciendo lo militar en lo que tradicionalmente se consideraba que dependía del dominio político[222]. Beaufre afirma, por el contrario, que con la estrategia total se reduce la autonomía propiamente militar para subordinarla más estrechamente a la conducción política. Plantea además, que esta concepción evitará que se repita el uso indiscriminado de la fuerza como ocurrió en las dos grandes guerras mundiales[223].

En realidad esta última aseveración es totalmente cuestionable. Sería difícil probar, a partir de la experiencia histórica de las últimas décadas del siglo XX y de los primeros años del XXI, esa evaluación de la estrategia total. Es más, no hay una relación directa entre la estrategia total y un menor uso de la fuerza, puesto que el fin es conseguir los objetivos políticos y no hay otro objetivo asociado y no podría haberlo.

Tampoco resiste un análisis su idea de que la estrategia en su modo indirecto sería la estrategia del porvenir, pues nuevamente repetimos que el objetivo es conseguir los objetivos políticos y para ello no se debe privilegiar ningún medio por principio, bajo el riesgo de no llegar a su consecución. Es más, la experiencia de los últimos años ha mostrado que las estrategias directa e indirecta pueden convivir perfectamente bien (Kosovo, Afganistán, Irak), aún más, en momentos en que no existe la disuasión nuclear de décadas anteriores. De alguna manera la liberalización de los mercados trajo consigo la liberalización en el libre uso de las estrategias.

221 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 156.
222 Beaufre, André, *ibid.* pág. 36.
223 Beaufre, André, *ibid.* pág. 36.

Beaufre insiste en su visión optimista y afirma que la estrategia total ayudaría a que el empleo de la fuerza sea lo estrictamente necesario[224]. Incluso cambia el sesgo de su definición de estrategia total y ahora la caracteriza *"como la elección de los medios tendientes a alcanzar los objetivos fijados por la política"*[225], eliminando de manera notable la mención explícita del uso de la fuerza.

¿Por qué tantas precauciones con este tema? ¿Acaso en la determinación de los objetivos políticos se incluye el objetivo de respetar la vida del adversario? ¿A quién quiere convencer Beaufre? ¿A quién va dirigido su discurso? Ya lo veremos más adelante. Por el momento debemos preguntarnos: ¿Qué tipo de ahorro de fuerza o violencia puede realizarse si el objetivo político es establecer un dominio a nivel mundial? Efectivamente, la estrategia total se puede convertir en una herramienta para bajar costos materiales y en vidas humanas en el propio sector, lo que está claro, sin embargo, es que al persistir en ese tipo de objetivos políticos de ninguna manera se evita el costo general.

El que se aumente la eficiencia de las operaciones (propio de una era en que el incremento de la productividad del trabajo es la base de todo desarrollo), no se debe confundir con el deseo de respetar la vida humana; del mismo modo que el aumento de la eficiencia de los vehículos en relación al consumo de combustible derivado del petróleo, no evita que exista una política dirigida a exterminarlo. El que en estas últimas décadas haya habido tantas guerras como nunca en otro período histórico tan corto, muestra que la estrategia total no tiene por objetivo disminuir el uso de la fuerza, sino, y lo repito una vez más, conseguir de manera más eficiente los objetivos políticos.

Tampoco la realidad histórica ha demostrado que, dentro del marco fijado por los objetivos políticos que hacen necesario el uso de la fuerza, la estrategia total sirva para emplear la fuerza lo estrictamente necesario. Podría ser así, pero no lo es pues, como afirma Clausewitz, el uso máximo de la fuerza

---

224 Beaufre, André, *ibid.* pág. 39.
225 Beaufre, André, *ibid.* pág. 41.

siempre dará una ventaja si es que se pueden superar o neutralizar las tendencias contrapuestas.

Sin embargo, ¿qué lleva a Beaufre a persistir en su opinión? La creencia en que la extensión de la estrategia al ámbito de la política transformaría a esta última, sacándola del ámbito irracional y subjetivo donde la colocó, para llevarla al ámbito de la racionalidad. Se trataría entonces de imponer la voluntad propia con una dosis de persuasión y con otra de disuasión. Pero ya he dicho que la política no puede ser racional en ese sentido kantiano, pues muchas contradicciones sociales, por su carácter antagónico, no admiten ser resueltas por la vía de la razón.

Es más, la dosis de disuasión que una potencia como EE.UU. posee, se basa en que usa su fuerza de manera permanente. Siempre hay uso de la fuerza, aunque no se presente siempre en todos los lugares de manera simultánea. Esa potencia puede llevar a cabo una estrategia no violenta en un lugar determinado, justamente porque está empleando la violencia en otro. Es el mayor poder militar en el mundo y está siempre en uso en todos los conflictos, aparezca de manera explícita o no. Si no lo hace, otra potencia ocupará su lugar, pues el antagonismo es estructural en este tipo de organización social.

El sentido de la historia

Beaufre se pregunta si *"¿se debe inscribir la acción en el sentido de la 'corriente de la historia'?"*[226]. Esta interrogante surge en un contexto político y de las relaciones internacionales en que el campo socialista obtenía victoria tras victoria y parecía darle un sentido irreversible a los acontecimientos. De esta manera cabía pensar que cualquier estrategia que se llevara a cabo en contra de esa dirección, remontaría grandes dificultades o estaba destinada al fracaso. Esto determinaba, según la opinión de Beaufre, que los soviéticos y chinos llevaban la delantera porque elaboraron teorías nuevas y eficaces en comparación con las antiguas de Occidente, las cuales se fundaban en una práctica revolucionaria de mucho tiempo atrás. Atribuye esta situa-

[226] Beaufre, André, *ibid.* pág. 68.

ción de atraso de Occidente a que *"ya no somos verdaderos revolucionarios y que es esto lo que priva a nuestras acciones la posibilidad de apoyarse verdaderamente sobre las fuerzas del cambio"*[227].

Nuevamente hace primar acá la concepción de la política en tanto ámbito racional, en que la estrategia es un mero medio de carácter neutro, que no se podría identificar ni con el progresismo ni el conservadurismo pero que *"la acción es más fácil cuando ella se ejerce en el sentido de la grandes fuerzas que presiden la evolución de las sociedades"*[228]. Finalmente, va a plantear que la estrategia total no está sometida "al sentido de la historia", pero debe conocer sus tendencias[229].

Ya veremos más adelante en qué sentido la estrategia no es una mera herramienta neutra (a mi juicio y como ya fue planteado, es una construcción propia de la era del capitalismo en su etapa de globalización, entendido esta como un proceso que comienza a principios del siglo XX), por ahora debemos apuntar a que la pregunta que se hace Beaufre de si *"¿se debe inscribir la acción en el sentido de la 'corriente de la historia'?"*, estaría totalmente de más si consideráramos a la estrategia donde debería estar, vale decir, como parte de la política.

En este caso la pregunta real que se hacen las fuerzas en conflicto es ¿cuáles son los objetivos políticos que corresponden a mis intereses? Y en ningún caso se escruta acerca de cuál será la corriente de la historia para correr a inscribirse en ella antes que nuestros adversarios. Ni siquiera el marxismo se hace esta pregunta a la hora de determinar sus objetivos, pues para esta concepción la historia no es una entelequia teleológica cuyo destino esté escrito en alguna parte.

Para el marxismo, es la lucha de clases en sus múltiples manifestaciones el centro de sus preocupaciones y el motivo de sus objetivos políticos. Esta lucha es la que conduciría a un proceso revolucionario de cambio social, en que se levantarían

---

227 Beaufre, André, *ibid.* pág. 72.
228 Beaufre, André, *ibid.* pág. 75.
229 Beaufre, André, *ibid.* págs. 160 y 161.

las trabas que las relaciones sociales caducas impondrían al desarrollo de las fuerzas productivas y al bienestar de las grandes mayorías y cuyas características solo se determinarán en el curso de esta misma lucha[230].

La configuración de intereses, y no una supuesta corriente de la historia, hace también que la política exterior de EE.UU. no sea esencialmente diferente en un gobierno demócrata o uno republicano, y así lo hicieron saber los Partidos Demócrata y Republicano en los programas que se enfrentaron en las elecciones presidenciales en noviembre de 2004.

El programa derrotado en las elecciones, correspondiente al demócrata John Kerry, planteaba reemplazar el aislacionismo de la era republicana de George W. Bush por una nueva era de alianzas. Esta nueva era se caracterizaría por defender los intereses estadounidenses mediante un despliegue del poderío militar, pero con participación de la comunidad internacional. El objetivo seguía siendo *"eliminar la amenaza de los 'Estados ilegales' y las organizaciones terroristas"*. Esto significaba estimular la capacidad de otros países para localizar y destruir las células terroristas e impedir que los Estados ilegales accedan a la tecnología nuclear. En general EE.UU. *"seguiría aportando el grueso de las fuerzas militares y de los recursos necesarios para alcanzar los objetivos, pero en el marco de colaboración con otros países"* y aumentaría, además, su propio poderío militar[231]. Se podría caracterizar la diferencia de los programas demócrata y republicano

[230] En el caso del marxismo la lucha de clases debe comprenderse con los matices adecuados a cada momento histórico. No se debe comprender restringida a la lucha de intereses entre el obrero y el patrón en la fábrica tradicional –aunque en ningún caso la excluye–, sino también y sobre todo referida en la arena internacional, como la confrontación entre las diversas personalizaciones del capital financiero transnacional (el sector probablemente más dinámico de la economía mundial y el que tiene las tasas más altas de acumulación) contra los sectores que son sometidos de manera más intensa y aquí se pueden incluir países enteros, clases de pequeños y medianos propietarios de medios de producción, campesinos de distinta índole, que se convierten en aliados naturales de los trabajadores más postergados, justamente por su carácter de clases, vale decir, por el lugar que ocupan en la producción y reproducción de la vida social.

[231] Le Monde Diplomatique, Edición chilena, Editorial "Aún creemos en los Sueños", N° 43, julio 2004, pág. 20.

en relación a la defensa, como una acentuación de los conceptos de una estrategia total por parte de los demócratas.

Teorías de la conspiración

Pero hay otro problema asociado al tema del "sentido de la historia", que es necesario resolver y que se refiere a qué significa realmente la idea de conspiración.

Hasta ahora hemos hecho suficiente hincapié en que tras los objetivos políticos están los intereses de grupos de poder. Esto puede hacer pensar erróneamente que estos grupos conspiran y que estas conspiraciones –las exitosas– son las que determinarían el curso de la historia.

El que haya grupos de poder que conspiren es algo que casi no necesita demostración. Sin embargo, que estas conspiraciones determinen la historia o que el mundo actual es lo que es por la acción de estos grupos, está muy lejos de la realidad. El mundo es lo que es, no por la acción de estos grupos de poder. Por el contrario, la existencia de estos grupos es la que se debe a las determinantes estructurales que conforman hoy día el desarrollo económico a nivel global. Si hay grupos poderosos, por ejemplo el complejo petrolero-militar conformado alrededor de la familia Bush en los EE.UU., no es un mérito meramente propio (aunque no se debe desmerecer el cúmulo de delitos que hay tras la existencia de estos conglomerados de poder), pues la causa principal de su existencia es la lucha necesaria que se establece entre distintos grupos, también necesarios, propio de la dinámica de concentración del poder económico.

La historia tiene un sentido, el que ha determinado el desarrollo de las fuerzas productivas en todas las sociedades, desde las más antiguas hasta las actuales. Desarrollo que de tanto en tanto va rompiendo y transformando –por medio de la confrontación de clases e intereses– las relaciones y estructuras sociales en medio de las cuales este desarrollo se desenvuelve. Pero imitando un giro retórico de Clausewitz, como el reconocimiento de la objetividad del desarrollo social, no impide el uso de la inteligencia, perfectamente existe un lugar para que se formen

conglomerados de poder que encausen la plusvalía que se produce necesariamente en el portentoso desarrollo de la producción bajo las relaciones capitalistas a lo largo y ancho del mundo, hacia su propio caudal.

Estos grupos, que sin duda conspiran y usan la inteligencia del mismo modo como el hombre utiliza las leyes naturales a su favor, no por ello teniendo que cambiarlas o infringirlas –pues eso es imposible–, del mismo modo aquellos utilizan las leyes objetivas del desarrollo capitalista a su favor. No hay ley social que impida la formación de estos bloques de poder, por el contrario, es ley propia del ámbito socioeconómico el surgimiento de diferentes grupos de poder con intereses antagónicos, producto de los procesos de acumulación y concentración de capitales[232], cuya dinámica los lleva a luchar entre sí y cuyo objetivo es lograr para sí la mayor tajada de la gran torta del mundo. El medio más poderoso que utilizan estos grupos para que las leyes del desarrollo económico produzcan el máximo de plusvalía y luego desvíen el caudal a su favor es, sin duda, la política. Por medio de esta se realizan acuerdos comerciales entre países, se fijan políticas arancelarias, se establecen políticas de redistribución del ingreso, de libre circulación de capitales, de comercio desigual, se determina el nivel de cesantía, se fija el nivel de salarios, se establecen leyes y una juridicidad de carácter general que refuerzan la producción y el intercambio mercantil capitalista. También se eliminan *royalties*, se conquista el dominio de riquezas básicas en otras latitudes o en la propia región, se cambian regímenes de producción antiguos y se los reemplaza por modernas relaciones capitalistas de producción, se hacen préstamos a particulares y a países a tasas usurarias, se hacen guerras y se abortan las revoluciones y, por sobre todo, se producen muchas mercancías a altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo.

La conspiración no hace la historia, pero determina a sus protagonistas. Por esto es más exacta la noción de agentes, tal como lo vimos en el sentido que le da Althusser[233], y no de

232 Marx, Karl, *op. cit.* “El Capital”, Tomo 1, pág. 701.

233 Parte III, capítulo “Objetividad y Racionalidad en Política”, sección “Análisis de tres casos de pares de opuestos”.

sujetos, para denominar a estos protagonistas. De igual modo como la conspiración obedece a lo que está objetivamente determinado, y al igual como las políticas impulsadas por las grandes corporaciones concitan el rechazo de amplios sectores de la sociedad, debemos explicar también el hecho de por qué otros amplios sectores apoyan las políticas impulsadas por tales grupos de poder.

La política y las grandes corporaciones

Justamente la objetividad del desarrollo socioeconómico, el hecho de que esas políticas impulsadas por los grupos de poder se basen en el decurso objetivo del desarrollo económico, puede crear la ilusión de que ese es el único decurso posible. De esta manera pareciera que una inflación baja es sana *per se*, pues trae la tranquilidad de la estabilidad de precios, o la operación a ultranza de las leyes del libre mercado pareciera que es un principio ordenador justo, pues los agentes económicos supuestamente se enfrentarían con un ente neutral que es el mercado que va a premiar a quienes trabajen bien, y va a castigar a los trabajadores y empresarios que lo hagan mal.

Dentro de este contexto, se acepta el libre tránsito de capitales a través de los distintos Estados bajo el supuesto que la inversión extranjera es buena *per se*, o se libera a la producción de todo control, de modo que cada ente privado produzca lo que le parezca, pues el mercado se encargará de hacer las correcciones necesarias.

Parece no caber duda que en las sociedades mercantiles desarrolladas la estabilidad de precios es buena, que la existencia del libre mercado es bueno, que la inversión extranjera es buena y que producir mucho es muy bueno. Lo que no queda claro para la gran mayoría, es que esas son también las condiciones principales de la cesantía crónica, del intercambio desigual entre los Estados, de las crisis periódicas, tanto comerciales como de sobreproducción, y por sobre todas las cosas, la causa de la existencia de un tercer mundo con grandes sectores que vive en la extrema pobreza.

El que detrás de las políticas haya intereses muy concretos y objetivos, no quiere decir que todos los que apoyen una u otra medida estén conscientes de estos intereses o sean beneficiados por ellos. Sin embargo, no es difícil demostrar que tras el interés de que Chile realice pactos bilaterales de comercio, está la política de Estados Unidos en su interés de concretar un gran pacto regional como el ALCA bajo su alero y dominio[234].

Tampoco es difícil demostrar que este modelo de pactos favorece a grandes corporaciones estadounidenses a lo menos en tres sentidos. Por una parte, por el dominio que obtienen de una zona geoestratégica como lo es el continente americano, que le permitiría en el futuro enfrentar de mejor forma a los futuros gigantes como lo serán China e India. Evitar que se formen pactos regionales en América al margen de su dominio que los conviertan en potenciales adversarios políticos y económicos y algo con apariencia más pedestre, pero que es de fondo, que es que el poder negociador que puede tener cada país americano por separado con una potencia como Estados Unidos es prácticamente nulo, por lo que se consigue desde un comienzo grandes utilidades extras en el intercambio comercial asimétrico, como por ejemplo ya se vio en las discusiones parlamentarias en el mes de octubre de 2004, con el problema de la ausencia de un *royalty* minero en Chile.

A los ojos de empresarios y gobiernos, este modelamiento consiste en la modernización de la organización social de los países en cuanto a sus reglas de comercio y procesos productivos. El marco general de esta modernización es la privatización de empresas del Estado, principio de subsidiaridad del Estado, acuerdos de libre comercio, flexibilización de las políticas de contratación de la fuerza de trabajo, liberalización del libre movimiento de capitales entre Estados. Desde luego, también imponer las relaciones capitalistas donde aún no existen. Una vez que esos poderes han logrado modelar las relaciones sociales,

234 Alca, Área de Libre Comercio de las Américas. Esfuerzo impulsado por Estados Unidos desde diciembre de 2004, en la Cumbre de las Américas, que se llevó a cabo ese año en Miami. Tendría por objetivo declarado eliminar progresivamente las barreras al comercio y a la inversión.

los países ingresan a una senda de desarrollo, con una lógica y una coherencia predeterminada, a la cual nos referiremos más adelante.

La gran cruzada encabezada por EE.UU. hoy, se presenta con una doble faz. Por una parte como la modernización de la economía mundial y del mundo en general. En este contexto, el tener procesos productivos eficientes y modernos, comercio fácil, reglas estatales claras, parece un objetivo loable a conseguir.

Sin embargo, vale la pena hacerse una pregunta: ¿Por qué a EE.UU. le interesa que exista todo eso en el resto de los países del mundo (suponiendo que esas reglas ya funcionan en su propio Estado) y que además está dispuesto a ir a la guerra para conseguirlo? ¿Por qué a EE.UU. no le da lo mismo que esta situación se dé o no se dé en el Oriente Medio, en Asia, América o África?

A mi juicio, es evidente que este desarrollo, junto con producir un cierto tipo de modernización, de la cual se pueden discutir sus virtudes y defectos, produce por distintos caminos el establecimiento de un ámbito indispensable para el acrecentamiento de los procesos de acumulación de las grandes corporaciones internacionales. Así, y de manera muy simplificada y esquemática, al extenderse las relaciones capitalistas de producción aumenta el tamaño del mercado y el volumen de la producción, y consiguientemente, la plusvalía producida la cual en base a las reglas establecidas va a parar de manera asimétrica a esas grandes corporaciones[235].

[235] Lenin demostró en una polémica sostenida con Rosa Luxemburgo, que el crecimiento del mercado capitalista no necesariamente está determinado por la extensión y dominio territorial –lo cual de ser así, tendría su límite en el tamaño del mundo–, sino que fundamentalmente por el crecimiento del mercado interno, vale decir por la profundización de las relaciones capitalistas al interior de los Estados. Sin embargo esta polémica se dio en relación a la supervivencia del modo capitalista de producción, cuyo patrón de acumulación según Luxemburgo, tenía un límite absoluto al momento en que terminaba el sometimiento de nuevos territorios del globo, más allá de lo cual, al no poder absorber otros modos de producción, el capitalismo estaría condenado *per se*, producto de sus contradicciones internas. Pero en relación al tema estratégico, no cabe duda que el extender las relaciones capitalistas a lo largo y ancho del

Para demostrar lo anterior habría que establecer la vinculación que existe entre las diversas variantes del modelo llamado neoliberal y los intereses de las grandes corporaciones. Se debería construir teóricamente una especie de microfísica de los intereses económicos de estas corporaciones y su vinculación con el mundo político. A la vez, se puede establecer desde un punto de vista objetivo, económico, los intereses de las diversas clases que conforman las distintas sociedades existentes, entendiendo por clase social la agrupación de sectores sociales que tienen una similar ubicación en el entramado de relaciones sociales relacionado con la producción y la distribución de la plusvalía y el salario. De este modo se debería develar el andamiaje que presentan los intereses particulares de las grandes corporaciones, como interés general de la sociedad, como "Bien Común". Sin embargo, y tal como se planteó en la Introducción, esto requeriría una investigación especial. No obstante hay muchos estudios al respecto y sería interesante establecer la relación que existe entre el tema económico propuesto, la estrategia de las grandes corporaciones y la estrategia de los Estados.

La segunda faz de la cruzada de EE.UU. quedó claramente expresada en "La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos", planteada por Bush en el año 2002. Fukuyama, uno de sus defensores, explica la necesidad de intervenir en los países con gobernanza débil, con el objeto de impedir que otros Estados o grupos de poder se apoderen o utilicen esos Estados tras sus intereses. Las intervenciones en Somalia, Haití, Camboya, los Balcanes, que precedieron a la era de las "intervenciones humanitarias" de la década de los 90 del siglo pasado anticiparon esta doctrina. Fukuyama agrega que en los países con gobernanza débil la sola disuasión no funcionaría, pues en estos países el principio de soberanía no bastaría para protegerlos frente a la amenaza de que sean utilizados por grupos de poder en posesión de armas de destrucción masiva. De esto, concluye que "la solución a este problema nos lleva exactamente a la

mundo y sumado a la idea de Lenin en relación al crecimiento del mercado interno, se crea un ámbito de dominio económico y político que refuerza esa tendencia del capital a la acumulación y a la producción de plusvalía.

misma conclusión que la intervención humanitaria: es necesario entrar en dichos países y asumir su gobernanza a fin de eliminar tales amenazas y evitar que surjan de nuevo en el futuro"[236].

De tal modo que "la mejora de la economía mundial" y las "intervenciones humanitarias", incluida aquí la guerra preventiva, son los dos brazos de la tenaza de la globalización neoliberal.

Veamos cómo se expresa la "coherencia predeterminada" a la cual nos referíamos anteriormente. En Chile a los grandes y medianos empresarios les interesa crecer, aumentar sus ventas, ganancias y exportar. Así, dentro de las reglas impuestas, puede parecer óptimo llegar a un acuerdo con EE.UU. para que baje sus aranceles para nuestros productos, también flexibilizar el mercado laboral y desproteger al trabajador que de otra manera le demandará gastos excesivos que no podrá financiar y que llevarían a la empresa a la sola sobrevivencia o a la quiebra, arrastrando también a sus trabajadores a la cesantía. Por otra parte, un pacto o vínculo más estrecho con Brasil o Argentina parecería obstaculizar la flexibilización laboral, y podría no parecer claro para algunos empresarios chilenos que las reglas de comercio estén tan bien definidas como en el caso de Europa o EE.UU. Opta, entonces, por una solución que dentro de su limitada visión, le parece la mejor posible.

Hay que destacar no obstante que esta idea es más un prejuicio ideológico de la clase política chilena y no del empresariado, a la luz de las grandes inversiones de capitales chilenos en los países de la región.

En un seminario realizado en el marco de la APEC[237] para analizar el comercio de Chile con Asia[238], Hernán Somerville,

---

236 FUKUYAMA, Francis, *op. cit.* "La Construcción del Estado", pág. 147.

237 APEC, Asia Pacific Economic Cooperation Forum, fue fundada en 1989, por iniciativa del entonces Primer Ministro de Australia, Robert Hawke.

238 SEMINARIO, "El Arte de hacer negocios con el Asia", Asia Pacific Chamber of Commerce-Universidad Finis Terrae, 20 de octubre de 2004.

presidente del ABAC 2004[239], planteó las dificultades y reservas que tienen, sobre todo las grandes potencias del Asia Pacífico, para convertir a las 21 economías en una estructura vinculante. Ante esto Somerville realizó una propuesta para que este foro deje de ser un conjunto de meras reuniones informales y que en cambio sus acuerdos se concreten en tratados. Informó también de una carta enviada por ABAC a los gobiernos de estas economías con el objeto que se pronuncien sobre esta propuesta. A la vez reconoció que las reservas manifestadas en diversas oportunidades a esa iniciativa –reservas de las potencias–, provenían de intereses que chocaban con esta posible forma de implementar el comercio en la región.

¿Cuáles podrían ser los intereses que se verían afectados en un acuerdo formal de este tipo? Por una parte hay un interés real de EE.UU. de incorporar al Asia en una forma determinada de hacer negocios, correspondiente a su campaña modernizadora. De esta manera William Clinton le da a la APEC un nuevo impulso en julio de 1993, en un discurso pronunciado en la Universidad de Waseda (Japón), donde propuso que la siguiente asamblea, que se realizaría en noviembre de 1993 en Seattle, reuniera a los Jefes de Gobierno y Estado de sus entonces 15 miembros. Manifiesta la idea de realizar acuerdos análogos al NAFTA, ahora entre Estados Unidos y los países asiáticos y trasluce la intención de darle un carácter más político a la APEC y utilizarla como base para la seguridad nacional de Estados Unidos en la región. En su discurso declara que *"...ha llegado el momento para que los Estados Unidos coordinen sus esfuerzos con los del Japón para crear en esta región una nueva Comunidad del Pacífico"*[240].

Sin embargo, no cualquier modernización interesa a las grandes potencias involucradas. Pocos años después comienza una tendencia contrapuesta a esta iniciativa, cual es la proliferación de una seguidilla de tratados bilaterales, los

239 ABAC, Apec Business Advisory Council, organismo creado en 1995, asesor de los jefes de Estado en relación a la APEC, en representación del empresariado.

240 http://www.geo-strategy.com/geoestrategia/mundial/articulos/mun041125.htm

cuales van en contra el espíritu de la APEC en cuanto otorgar los mismos beneficios a todos sus miembros y, por otra parte, al establecer esas discriminaciones parciales se entorpece el comercio generalizado, pudiendo llegar, en opinión de Somerville, si bien no a una paralización total, pero sí a una complejidad extrema[241].

A todas luces a las grandes corporaciones estadounidenses les conviene la seguidilla de tratados bilaterales donde no tienen contrapeso posible, con miras a conformar en primer lugar el ALCA, donde sería la principal fuerza negociadora, y que les permitiría establecer una plataforma mayor para entrar en otro tipo de acuerdos como la APEC. En eso consisten los intereses y la lucha en que están enfrascados. Esto se aleja ostensiblemente de la lucha abstracta de voluntades de la cual parten los estrategas citados.

Desde luego que un poder casi unilateral como el de EE.UU. genera una forma y un determinado modelo del mundo de los negocios. Una vez establecido ese patrón, las entidades más débiles, Estados más pequeños, grupos económicos de la periferia, ven como mejor posibilidad o como única posibilidad el seguir la corriente del más poderoso, frente a la alternativa y los costos de enfrentarse a ese poder. De esta manera ese modelo se vuelve el más "racional", dentro de la visión empresarial. Un enfrentamiento a las reglas podría producir alteración en el mundo de los negocios y como el respeto al más fuerte no está reñido con el uso de la inteligencia –como diría Clausewitz–, de todos modos se tendrá la esperanza de obtener una mejor tajada.

Un caso curioso de adaptación a este mundo modelado por el gran poder de las corporaciones es justamente el caso de Chile. Los defensores del tipo de inserción que ha seguido nuestro país, argumentan que el camino de los acuerdos bilaterales es el mejor posible pues al ser Chile un pequeño país con una pequeña economía, está en las mejores posibilidades de establecer buenos acuerdos bilaterales con las potencias, pues

241 SEMINARIO, *op. cit.*

no tiene ninguna posibilidad de producir "ruido" en esas economías. Esto generaría, según Roberto de Andraca[242], las mejores condiciones para que se logren acuerdos sin confrontaciones de ninguna especie[243].

Es curioso que la peor situación para negociar –el hacerlo desde una posición de debilidad–, se presente como una virtud. Chile solo podrá obtener algunas migajas a cambio de la gran torta que entrega, pues, por ejemplo, no hay duda que EE.UU. no cambiará su política de subsidios agrícolas, punto de estancamiento de todas las negociaciones acerca de tratados de libre comercio en el mundo[244], mientras no se vea enfrentado a fuertes poderes negociadores.

La apariencia revolucionaria de la 'estrategia occidental'

La misma objetividad del desarrollo económico hace que la "estrategia occidental", que antaño a Beaufre le parecía obsoleta frente a la estrategia del cambio social, hoy día parezca verdaderamente revolucionaria. Este hecho se presenta justamente porque Occidente se puso al lado o adopta la forma más fácil e inmediata en que podía darse un nuevo impulso y desarrollo a las fuerzas productivas en la sociedad, las cuales en el socialismo real se hallaban frenadas por la forma que adoptaron las relaciones sociales.

El grado superlativo en que se centralizó la gestión económica desde el Estado, dio frutos magníficos en el desarrollo de las fuerzas productivas, tanto en el socialismo como en el capitalismo, pero un renovado ciclo de desarrollo solo podía provenir de un proceso de descentralización, lo cual era necesario en ambas formas de organización social. Sin embargo, problemas políticos e ideológicos de distinta índole, y también lucha de intereses ligados a grupos de poder, impidió que el socialismo pudiera dar ese paso.

---

242 Presidente del Directorio de la Compañía de Acero del Pacífico (CAP), Chile, en octubre de 2004.

243 Seminario, *op. cit.*

244 Somerville, Hernán, en Seminario citado.

De esta manera podemos decir que por algunos años 'la acción' del "mundo Occidental" se inscribió en la dirección del curso de la historia, vale decir, en la dirección del desarrollo de las fuerzas productivas. La realidad política y económica, sin embargo, está mostrando nuevamente las grandes contradicciones y antagonismos que tiene este tipo de desarrollo, que en definitiva se vuelven contra sí mismo, creando no solo una realidad económica sino también social y política difícil de sostener.

La estrategia total y el capitalismo desarrollado

Beaufre afirma que la estrategia total se ha utilizado siempre y que solo debido a la *"conjunción de las teorías extremistas neoclausewitzianas del Estado Mayor prusiano sobre la guerra y las concepciones democráticas y burguesas de un 'poder civil' distinto del 'poder militar', es que se ha podido olvidar esta constante verdad"*[245].

¿En qué sentido la estrategia total se ha utilizado siempre, y en qué sentido podemos decir que es un producto genuino de la sociedad capitalista desarrollada?

Beaufre se refiere a este tema diciendo que *"la guerra nunca es un fenómeno puramente militar, siempre es un fenómeno de carácter total, en el que se combinan e interfieren la política interior, la política exterior, la economía y las operaciones militares"*[246]. De aquí se desprende que el multifacético uso de recursos está referido a la situación de guerra.

Por lo tanto, si se entiende por estrategia total la participación y coordinación de distintos ámbitos además de la fuerza, en la guerra, para conseguir determinados objetivos políticos, se puede estar de acuerdo con Beaufre en cuanto a que la estrategia total se ha utilizado siempre, pues solo se ha hecho una generalización en abstracto del hecho estratégico para el caso de la guerra.

---

245 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", págs. 46 y 47.
246 Beaufre, André, *ibid.* págs. 45 y 46.

Pero si la estrategia se la concibe no separada de la política, ni de las otras abstracciones de las relaciones sociales como son la economía, las relaciones internacionales, el gobierno interior, en un mundo de relaciones capitalistas desarrolladas, el problema luce de un modo muy diferente.

En la antigüedad los objetivos políticos normalmente se alcanzaban utilizando la fuerza directa y la coerción en mayor medida relativa que hoy[247]. En el curso de la historia pasada se tenía a disposición menos medios, además del uso de la fuerza, debido a que la interacción social comportaba elementos más simples que los actuales. Los objetivos trazados que normalmente se referían al aumento del territorio y riquezas solo se podían adquirir por la invasión, el robo, sojuzgamiento esclavista, en cooperación con otros medios como los diplomáticos, persuasivos, alianzas, etc. Pero una vez que en la era del capital las relaciones económicas se extienden en amplitud y profundidad, muchos de los objetivos se logran de manera directa por el decurso económico, el uso de las relaciones internacionales, o el uso de la coerción sin el uso explícito de la fuerza. Tenemos en este ámbito: inversión de capitales, comercio desigual, integración de los países a un sistema internacional que lo obliga a cumplir y favorecer determinados intereses, "quintas columnas" de intereses foráneos al interior de los Estados como es el caso de las transnacionales.

De este modo, solo en el capitalismo desarrollado la estrategia se puede hacer verdaderamente total, pues ya no se trata de hacer participar distintos medios para favorecer la campaña militar, sino que todos los medios posibles participan de modo permanente, teniendo la posibilidad de lograr el objetivo político, dosificando en la medida adecuada cada medio y en condiciones de uso de la mínima cantidad necesaria de recursos de cada uno.

247 Aunque tal como dijimos más arriba, esto en ningún caso significa que en el futuro se pueda decir que el uso de la violencia armada vaya a disminuir en el tiempo. Lo que se puede afirmar es que en el empeño de imponer determinados objetivos políticos, aumentan tanto los medios no armados como los armados.

Hay otro conjunto de argumentos que reafirman la diferencia esencial que existe entre la estrategia de nuestra época y la del pasado. Estos se presentarán en el capítulo El Fin es conseguir Medios[248].

La organización del Estado

Pudiera pensarse que la necesidad de separar la estrategia de la política obedecería a la división de poderes y funciones propios de una democracia, sin embargo esta posible separación de funciones está unida en la cúspide, en el lugar de la cabeza política quien debe no solo fijar los objetivos políticos sino también sancionar la forma en que se conseguirán.

Esta separación no ocurre o no debiera ocurrir con la división de poderes normales, por ejemplo entre el Ejecutivo, Legislativo y Judicial. En este caso lo que se debe dar es una síntesis producto de la confrontación o acuerdo entre estos poderes. Pero esta síntesis es la de los intereses contrapuestos que se expresan de distinta manera en cada poder del Estado, y esto ocurre con total independencia de cualquiera sea la división de funciones relativa a cualquier materia.

En el ámbito de la conducción del Estado siempre prevalecerá la estructura de poder más fuerte. Esta fuerza no está dada siempre por la real división de intereses al interior de la sociedad civil, sino que muchas veces esta división tiene una representación diferente en el Estado, producto de variados mecanismos que deforman la representación popular. Sin embargo, estos mecanismos de deformación forman parte también de la estructura de poder al interior del Estado y es un elemento de poder adicional de quien es favorecido por este sistema.

Pudiera pensarse que la separación de la política y la estrategia se debe a razones operacionales, pues no puede un mismo sujeto u organismo preocuparse de los objetivos y de todos los detalles para lograrlo. Sin embargo esta razón que es totalmente atendible, no está a la base de la unidad o separación entre

248 Parte V, capítulo "El fin es conseguir medios".

política y estrategia. Su necesaria unidad no impide que las tareas que se deriven de su accionar se repartan en distintos organismos.

Aquí no estamos estudiando el tema de implementar la organización del Estado para conducirlo. Estamos tratando un problema teórico cual es que, por una parte, los objetivos políticos no se pueden definir sin una estrategia (por lo tanto no son independientes y no se pueden fijar los primeros y luego implementar la segunda) y, por otra parte, que no se puede definir una estrategia sin poner a jugar los intereses en pugna y, por lo tanto, que esta se ve traspasada absolutamente por la realidad política y que de esta manera las decisiones estratégicas no son decisiones posteriores a las decisiones políticas, las decisiones estratégicas son las decisiones políticas mismas.

Se podría argumentar a esto que la estrategia de organizar de una u otra manera los encuentros en una guerra no son una decisión política, sino que de la estrategia militar, y se tendría toda la razón, pero eso no invalida para nada los anteriores argumentos, porque lo que se está tratando aquí es la estrategia total propuesta por Beaufre.

Por ello pienso que la división entre política y estrategia en la concepción de la estrategia total no se debe a su necesidad de implementación en el Estado, sino a un interés intrínseco de la estrategia en esta etapa del desarrollo y evolución de los antagonismos descritos anteriormente.

Estabilidad e inestabilidad de la acción

Beaufre vuelve a tocar un tema que había tratado en la "Introducción a la Estrategia", referente a la estabilidad de la acción. En la estrategia militar clásica en la Primera Guerra Mundial, debido a la estrategia operacional de la época que hacía muy difícil las maniobras envolventes y de rupturas, se producía una gran estabilidad una vez instaladas las fuerzas en el campo de batalla, pues era muy difícil producir acciones de-

cisivas[249]. Lo mismo plantea en relación a que en el siglo XVIII las guerras eran lánguidas hasta que Napoleón introdujo un factor operacional nuevo que rompió el equilibrio.

Así, al ser la situación "desesperadamente estable", obligaba a buscar la decisión de manera indirecta: acciones económicas y psicológicas (que Beaufre llama guerra fría). Por lo tanto el nivel clásico poseía lo que Beaufre llamó una gran estabilidad intrínseca de acción. En cambio en 1940, no obstante un equilibrio de fuerzas, las características operacionales del momento conducen a una situación estratégica diferente. Las maniobras de ruptura y envolvimiento son fáciles y el nivel clásico se ha vuelto muy inestable.

Según Beaufre, actualmente con las fuerzas muy móviles (década de los 60 del siglo XX), el nivel clásico es particularmente inestable, desde el punto de vista de la acción. De todos modos agrega que con el nivel nuclear ocurre lo inverso, la disuasión es total con elementos operativos máximos[250].

Además, se constata que una situación de estabilidad intrínseca (o sea de equilibrio de las características operacionales propias de ese nivel), *"puede ser anulada por una relación de fuerzas muy desfavorable, y una gran inestabilidad intrínseca puede, difícilmente, ser compensada por la relación de fuerzas"*[251].

¿Cómo lucen estas ideas frente a la estrategia total? Lo primero que habría que apuntar es que en una situación de estabilidad intrínseca de la acción surge la necesidad de crear nuevos factores operacionales para romper esta estabilidad, pero esta necesidad no surge porque haya una situación "desesperadamente estable", sino porque los intereses distintos y antagónicos siguen actuando en ese escenario de estabilidad. En este sentido, desde el punto de la estrategia total, vale decir desde el punto de vista del uso de todo tipo de medios, nunca la acción tiene sosiego, solo cambia su forma.

---

249 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 88.
250 Beaufre, André, *ibid.* pág. 90.
251 Beaufre, André, *ibid.* pág. 91.

Por ello es dudosa la afirmación de que hubo una disuasión total, debido a la posesión de armas nucleares, en el enfrentamiento entre EE.UU. y la URSS durante la Guerra Fría. De hecho lo que ocurrió es que se crearon nuevas formas de acción, como se explicó en un capítulo especial más arriba.

También es interesante analizar brevemente la situación de conflicto entre EE.UU. y sus adversarios en el Medio Oriente. En este caso asistimos a una gran asimetría de fuerzas y a una gran capacidad de maniobra por parte de ambos bandos: en el caso de EE.UU. debido a su avance técnico y táctico en el terreno militar, su poder económico y su gran capacidad de influir y presionar al resto de los Estados y, en el caso del Medio Oriente, debido a los nuevos factores operacionales inaugurados simbólicamente el año 2001 en los atentados en Nueva York y Washington, pero que indudablemente tienen una existencia anterior.

Según la concepción de Beaufre, esta situación, donde se potencian ambos factores, gran diferencia de fuerzas y gran capacidad operacional, produciría una alta inestabilidad de la acción por ambas partes, lo cual ha quedado demostrado claramente.

Beaufre pensaba que cuando el nivel clásico se volvía "desesperadamente estable", por la imposibilidad de realizar las maniobras de envolvimiento y ruptura, se buscaría la decisión de manera indirecta: acción económica, psicológica (propaganda), guerra fría. Sin embargo podemos apreciar que a nivel de la estrategia total difícilmente habrá una situación de estabilidad, no porque los medios tengan determinadas características, sino porque, como ya se dijo, los intereses siguen actuando en pos de sus objetivos. Por ello es cada vez más comprensible el uso de todo tipo de medios para conseguirlos.

Por lo tanto, no porque sea propicia o posible la acción económica o la acción política (en sentido restringido), se dejará de utilizar la fuerza de las armas, pues no es parte de los objetivo el menor uso de la fuerza.

Hoy día el "poder de maniobra y envolvimiento" que exhibe EE.UU. –hablando de manera general y no restringido al uso de las armas– es lo suficiente como para embarcarse en estrategias directas e indirectas, indistintamente, lo que es demostrado por el creciente número de guerras ocurridas luego del fin de la ya precaria disuasión que promovía la existencia conjunta de EE.UU. y la URSS. Esto muestra el doble carácter de la acción de los grupos de poder y de sus estrategias asociadas: una gran dosis de estrategia indirecta y muchas guerras además. Con el rompimiento del equilibrio nuclear, se levantó otra barrera a la libertad de maniobra y EE.UU. puede actuar con un contrapeso muy disminuido.

Por lo tanto, la existencia de intereses detrás de las voluntades hace que la estabilidad o inestabilidad de la acción no esté tanto relacionada con el carácter de los medios materiales, tácticos o estratégicos, sino con la permanencia de esos intereses. Si estos siguen actuando, cualquier estabilidad será aparente.

La inestabilidad permanente

Muchas veces, con el objeto de justificar el aumento de las capacidades militares más allá de lo justificable a la luz de los objetivos nacionales declarados, frecuentemente los gobiernos y sus ideólogos plantean que la inestabilidad y la guerra es consustancial a la sociedad humana y, por lo tanto, hay que estar preparados para cualquier eventualidad futura.

Este planteamiento no tiene nada de estratégico. El estar preparados para algo indefinido es la antítesis de la estrategia, la cual debe por el contrario promover la acción, la pro-acción, siempre –en el terreno de la estrategia total–, para conseguir los objetivos políticos. Normalmente esa manera de presentar las cosas oculta objetivos no declarados.

Una forma adecuada de enfrentar el tema sería reconocer los intereses en pugna a nivel internacional. No basta con reconocer el fenómeno de la globalización sino que también todas sus consecuencias y entre ellas la más importante es que se han globalizado los objetivos políticos de los grandes conglomerados de poder,

reconocer que estos intereses están promoviendo la acción de manera permanente, que los países está siendo afectado de manera permanente también por estas acciones, reconocer la fuente verdadera de estos intereses en el gran capital trasnacional y no en las rencillas periódicas con nuestros vecinos –rencillas reales que muchas veces han derivado en guerras también reales, pero que son una consecuencia de un modelo de sociedad adecuado a los intereses que actúan a nivel global y que además son guerras funcionales a sus intereses–, reconocer que los países pequeños y medianos estamos asignados a jugar un rol en la estrategia de grandes grupos económicos que actúan por medio de las grandes potencias. Si no se está dispuesto a reconocer todo esto, entonces se debe aceptar que no se comparte la idea de estrategia total en ninguna de sus versiones, pues esto es la estrategia total.

Se podría decir que el mismo Beaufre, quien deseaba llegar hasta las consecuencias extremas, al no reconocer la existencia de intereses detrás de la lucha de voluntades, no comparte verdaderamente la idea de una estrategia total.

Nuevamente he llegado entonces a la idea de que la fuente de inestabilidad actual reside justamente en la necesaria estrategia total que deben implementar los poderes a nivel internacional para conseguir sus objetivos.

Por ello creo indispensable, a la hora de proponer objetivos nacionales en nuestras pequeñas naciones, tal como también una estrategia y una política de defensa, hacerlo a la luz de las ideas expuestas.

La política y la estrategia en Cheyre

Cheyre plantea como objetivo de su obra "La Interpenetración Política-Estratégica" analizar las relaciones de la política y la estrategia en la preparación y ejecución de la guerra y en la conducción de crisis y conflictos que la preceden, para proponer luego una alternativa de coordinación de ambas en lugar de la primacía de una sobre otra[252]. Nos pareció interesante anali-

252 Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.* pág. 11.

zar esta obra, pues es un buen ejemplo del uso de los conceptos que también utiliza Beaufre, con los problemas que conlleva.

Para su análisis Cheyre parte, en general, de las mismas consideraciones de los estrategas estudiados anteriormente, en especial de la idea de que el ámbito estratégico, en tanto medio, es diferente al ámbito de la política. De allí que, según su opinión, surjan contradicciones debido a que el estratega o el militar (Cheyre los identifica), tiene el conocimiento concreto del campo de batalla, pero carece de la macrovisión del político, y a este suele faltarle los conocimientos de la ciencia militar[253].

Analizaré con cierto detalle este intento, y veremos cómo, si bien en esta obra existe la real intención de resolver de mejor manera y darle una mayor concreción a la relación político-estratégica, inevitablemente cae, análogamente al caso de Beaufre, en las indecisiones y correcciones que deben hacerse a la teoría para poder conciliarla con la realidad.

Cheyre comienza su argumentación con la pregunta acerca de la factibilidad de separar en compartimentos estancos los conceptos de paz y guerra, o si por el contrario estas se encuentran permanentemente vinculadas. Piensa que si existiera esta separación no sería problema determinar cual es el ámbito de la política y cual el de la estrategia. Pero si no existe esta clara separación, esto obligaría a un accionar coordinado de características político-estratégicas[254].

Se ve que en la argumentación Cheyre identifica la paz con la actividad de la política y la guerra con algo distinto de la política, con la estrategia.

Lo primero que nos interesa destacar acá es que este primer peldaño de la argumentación está reñido con la idea de Clausewitz, en cuanto a que la guerra sería la continuación de la política y que aquella solo comportaría una diferencia de medios.

---

253 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 10.
254 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* págs. 11 y 12.

Nadie está obligado a estar de acuerdo con Clausewitz, sin embargo de ese planteamiento se derivarán gran parte de los problemas que presenta Cheyre en su argumentación, sobre todo porque se apoya profusamente en Clausewitz justamente para caracterizar a la guerra como un fenómeno político[255].

En este camino cita a Clausewitz donde este plantea que el objetivo político, siendo lo central, no es *"regla despótica; debe adaptarse a la naturaleza de los medios a su disposición"*[256]. De esto desprende Cheyre que se deba *"tomar en cuenta, en el nivel político, consideraciones... donde las de carácter estratégico son fundamentales"*, pues *"...la política por sí y aplicando el tradicional marco y conceptos propios de su accionar, pareciera no poder cumplir con este aspecto. En efecto, la naturaleza técnica de los medios militares envueltos, la correlación de instrumentos económicos, sicológicos y diplomáticos orientados no a su rol específico (*sic*), sino al desarrollo del conflicto"...*[257].

De este modo, en contra del consejo de Clausewitz, hace una abstracción de la política separándola del uso de la violencia, considerando a esta última no compatible con el "rol específico" de aquella y luego debe introducir bajo el nombre de estrategia lo que le ha quitado.

Si lo que quiere sugerir Cheyre es que los cambios en los objetivos políticos derivados de la necesaria adaptación a los medios disponibles sería un problema estratégico, es un planteamiento claramente erróneo, pues siempre el objetivo político y sus cambios, es materia de la política en cualquiera de sus acepciones. Si por el contrario, quisiera argumentar que la política requiere del razonamiento estratégico de manera fundamental para definir sus objetivos, estaría totalmente de acuerdo con Cheyre, pero esto iría contra su propia argumentación de considerar ámbitos distintos para una y para otra, pues como la política siempre requiere medios para ser realizada, el razona-

255 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. págs. 20 y 21.
256 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 21.
257 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 21.

miento estratégico ya no es un mero apoyo de la política, sino su sostén fundamental.

Pudiera pensarse que esta presentación de Cheyre es solo una línea lateral y parcial de su pensamiento dirigida a precisar posteriormente un nivel político-estratégico, pues tras la intención de su libro ya anunciada desde su título, está la idea de una relación estrecha entre política y estrategia y no su separación o independencia mutua. Sin embargo para ello, vale decir, para postular un nivel político-estratégico, no era necesario jibarizar desde el inicio el ámbito de la política.

Para que se comprenda bien mi punto de vista, debo decir que comparto plenamente la idea de que tanto en la guerra como en cualquier ámbito de acción de la política se requerirá el apoyo del conocimiento técnico y lo que plantea Cheyre solo para el caso de la guerra, también es necesario en las decisiones políticas atingentes a la economía, la salud, la educación, etc., donde también es indispensable el apoyo profesional de quienes dominan la materia en cuestión, y nadie va a confundir por esto la política con la medicina o con la docencia, ni va a considerar por ello que se están infringiendo "sus roles específicos". Sin embargo, las políticas de salud son políticas, las políticas de educación son políticas, las decisiones de políticas económicas son políticas, pero para Cheyre las decisiones estratégicas no son políticas, son estratégicas sin más. El decidir realizar una operación de apendicitis no es una decisión política, pero sí es una decisión política la cantidad de operaciones de apendicitis que se harán en el sistema social de salud en un año, o cuántos profesionales estarán capacitados para realizar tal operación. Del mismo modo la decisión de usar las armas es una decisión política, la decisión de hacerlo contra tal o cual adversario es una decisión política, la decisión de hacerlo con aliados o solos es una decisión política, la decisión de cuántos recursos asignar a esa operación es una decisión política, la decisión de cómo presentar ese conflicto al país o al extranjero es una cuestión política, y para tomar todas estas decisiones el político debe apoyarse en el conocimiento técnico.

¿Y qué pasa con otro tipo de decisiones, tales como decidir si el ataque será por tierra o por mar? Parece que aquí Cheyre

tuviera razón. El técnico dirá que es mejor por mar por tales y cuales consideraciones de orden estratégico y no políticas. Pero analicemos más de cerca el problema: ¿Por qué ese Estado estaba en posesión de una flota de guerra de tales o cuales características apropiadas para esa acción? ¿Sería una casualidad que la armada tuviera esos medios justo al momento en que se los requirió? ¿Qué carácter tuvo la compra de esos medios? Todo lleva a pensar que los medios armados, como toda la política militar de un Estado está determinado por una previa definición política, que podemos denominar político-estratégica si se desea, pero es evidente que armarse para atacar o defenderse de un vecino es una decisión política y no técnica y el armarse con barcos de tal magnitud o con bombas atómicas también, como es claro nuevamente, que la decisión e implementación de esa política debe hacerse con asesoría técnica.

La confusión se devela de las mismas palabras de Cheyre: *"Surge la relación política y estrategia como producto de que el objetivo a definir es político, pero en las consideraciones para hacerlo habrá aspectos de fundamental importancia que deben ser analizados, no solo bajo la perspectiva de la política, sino de la estrategia. Para materializarlo en esa forma, una organización burocrática de tipo político sin asesoría de carácter estratégico es inadecuada y, por tanto, no podría definir el objetivo convenientemente, por cuanto carecería del criterio científico y tecnológico, militar indispensable para poder hacerlo"*[258].

Cheyre confunde aquí la importante función de una asesoría técnica (científica, tecnológica, militar, como él las nombra) con lo que él llama una asesoría estratégica. Si la estrategia se remitiese a los aspectos técnicos, Cheyre tendría razón, pero a todas luces no es así. La estrategia se debe distinguir de la mera técnica, porque comporta decisiones que no se desprenden solo del carácter técnico de los conflictos. Si fuera así, el camino a seguir sería siempre muy claro y no sería un problema político-estratégico, sino un problema técnico, o sea, para el mismo juego de variables, con las mismas condiciones de borde, la misma decisión. Vale decir, prescindiendo de la necesaria historicidad contenida en los actos políticos que los hace únicos.

---

[258] Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 22.

Esta confusión se refleja en el ejemplo que da de las contradicciones que surgirían entre el campo político y estratégico. Luego de preguntarse si *"la conducción de crisis, conflictos y guerra es asunto que incumbe a la política o a la estrategia"*[259], presenta las diferencias que hubo entre el general MacArthur y el presidente H. Truman en el conflicto de Corea, en el contexto de la entrada de China en el conflicto. Al decir de Cheyre allí se contrapone el estratega al político y que ninguno de los dos habría actuado de manera racional[260]. Por una parte, el general habría desconocido la responsabilidad del Jefe de Estado de fijar los grandes objetivos y el Presidente habría restringido el uso de medios a objetivos políticos limitados.

Haciendo abstracción, por un momento, de la veracidad del contexto planteado, podemos hacernos la pregunta, ¿por qué piensa Cheyre que es irracional la actitud de Truman, en condiciones que los medios autorizados correspondían a los objetivos políticos supuestamente fijados?

Digo supuestos porque, aunque gran parte de la información referente a ese período histórico, están aún catalogadas como secretas, la decisión de Truman de destituir a MacArthur, al parecer no obedeció tanto a las presiones de este último para extender el conflicto utilizando armas atómicas, sino a su necesidad de contar con un comandante fiable en Corea –dadas sus reiteradas insubordinaciones–, justamente para el caso en que Washington decidiera recurrir a las armas atómicas, las cuales en ningún caso estaban desahuciadas por Truman[261].

Todo parece indicar que las declaraciones de Washington acerca de limitar el conflicto, era solo la descripción de un momento del devenir de la guerra, pero no una estrategia consolidada. Allí no hubo el enfrentamiento del estratega con el político, sino los intentos reiterados de MacArthur de desconocer el lugar donde residía la conducción política del conflicto. Por lo tanto fue un conflicto entre políticos.

---

259 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 9.
260 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* págs. 9 y 10.
261 Le Monde Diplomatique, *op. cit.*, N° 48, diciembre 2004, pág. 26.

Cheyre establece un abismo entre la ciencia y la política, y dice que las guerras y las amenazas y crisis deben ser analizadas *"con un enfoque donde se encuentre presente una visión estratégica que incorpore a la visión política, una dimensión científica en relación al tema"*[262]. Aquí se ve claro que se considera a la política un mero ámbito de intuición y se cree darle una base científica a través de la estrategia. Pero como la estrategia, según la concepción de Cheyre y Beaufre, es un medio para lograr los objetivos políticos y no para determinarlos, la metodología para determinar los objetivos no es objeto de la ciencia. La ciencia según esta idea sería más importante utilizarla en el logro del objetivo y no en la fijación del objetivo mismo. Extraña forma de pensar que utiliza el medio más sofisticado para lo derivado y en cambio libra a la sola intuición lo que debiera ser lo primario.

No obstante, dando un paso extraño, plantea que *"En la definición de un sistema para llegar a decisiones en el nivel político-estratégico, se presenta claramente la oportunidad de enfrentar uno de los desafíos actuales de la Ciencia Política"*. Este desafío sería, y aquí cita a A. González, *"la búsqueda incesante de artilugios de racionalización de la decisión política, para acercarla lo más posible a ese grado de fijeza, racionalidad, predictibilidad y estabilidad que los políticos envidian a los gerentes, y estos, a su vez, a los ingenieros y técnicos de las ciencias exactas"*[263]. O sea, por una parte introduce el tema de la decisión política como parte del nivel político-estratégico, y por otra plantea a la política como un problema de administración y, por lo tanto, de racionalidad.

Ya había tratado este tema anteriormente mostrando que la política se dirime no en el ámbito de la lógica pura, sino en el de los intereses antagónicos. Sin embargo en la lista de parámetros que ofrece como elementos a analizar para realizar la planificación gubernamental deja afuera el ámbito de los intereses[264]. De igual manera propone estudiar el método para la función político-estratégica, desde un punto de vista científico, basado

262 Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.* pág. 48.
263 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 48.
264 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 49.

en Philippe Garigue[265] y en la lista de los elementos centrales que considera, tampoco aparece en ningún punto el estudio de los intereses que están detrás de los objetivos políticos.

No obstante, es interesante que en el caso del nivel político-estratégico se incorpore un "método científico", como sería la planificación, y allí se fijen los objetivos de ese nivel tanto como las formas de actuar[266], pero es extraño que los objetivos más generales del nivel político no requieran de algún tipo de "planificación".

Collins, citando a Clausewitz, recuerda que *"(Al más alto nivel) la estrategia linda con la política y con la dirección del Estado, o quizás ambas se confunden en una sola con aquella, y como hemos observado anteriormente, estas tienen más influencia en la mayor o menor extensión de lo que deba hacerse que en la forma como deba ejecutarse (lo que es táctica)"*[267].

¿Qué impide a Cheyre decir que la estrategia es una función de la política en lugar de considerarla un agregado circunstancial de carácter asesor? ¿Qué le impide decir que la política vaciada de la función estratégica ya no es política sino una mera abstracción vacía? No obstante se debe reconocer que esto último lo dice indirectamente al pensar a la política como un hecho meramente subjetivo.

Justamente lo que vela esa manera de plantear las cosas es que la política no es vacía ni compuesta de impulsos subjetivos, sino que es la expresión de intereses particulares. Si la política se entendiera como el medio de accionar de los intereses de bloques de poder que han arrastrado al aparato del Estado tras sus intereses, la cosa luciría distinta. Se podría comprender la política no como un fin sino como lo que es, vale decir, como un medio.

Del mismo modo como Cheyre cita a Clausewitz para mostrar que la guerra no es un fin en sí mismo sino tan solo un

265 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 44 y nota.
266 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 50.
267 Collins, John M., *op. cit.* pág. 64.

medio y que el verdadero fin es la política, en la manera distinta de ver las cosas que estoy presentando, la política tampoco es lo que se suponía, sino un medio que conduce, ya sea directa o indirectamente, a intereses particulares.

Para decirlo también en la retórica de Clausewitz, la política es la continuación de determinados intereses por otros medios.

Ahora podemos encontrar más sentido a la identificación de la política y la estrategia en tanto medios y restar espacio para considerar a la estrategia como una disciplina en sí.

Collins plantea que *"Los intereses y los objetivos establecen los requerimientos estratégicos. Las políticas proporcionan las reglas para satisfacerlos"*. No puede quedar más claramente expresada la función de la política como medio para satisfacer los intereses[268].

Al ser la política un medio, ya no tiene el áurea que le permitía aparecer solo como fin y por lo tanto separado de los medios para lograrla y dando pábulo a la idea de considerar a la estrategia como disciplina propia. De aquí se concluye que al plantear la estrategia separada de la política, se vela el carácter de medio de esta última al aparecer como el receptáculo de la pura subjetividad e intuición.

No obstante lo anterior, y al igual que Beaufre, en el desarrollo de sus ideas Cheyre va dejando caer importantes ideas que reafirman una consideración más adecuada de la política a lo que lo obliga la conciliación con la realidad.

Al tratar de demostrar la motivación política de las guerras, plantea que ante la existencia de objetivos contrapuestos entre dos Estados *"surge en cada uno una aspiración de poder"*[269], hecho que queda aún inexplicado. Sin embargo, más adelante y citando a Bouthoul cuando caracteriza el fenómeno de la gue-

[268] Collins, John M, *ibid.* pág. 37.
[269] Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.*, pág. 15.

rra, expresa claramente que una de sus características es que *"Se encuentra al servicio de los intereses de una agrupación política"*[270].

También debe reconocer que en la fijación de objetivos políticos, y no solo en el uso de medios, no puede estar ausente el pensamiento estratégico: *"Necesario aparece que se incorpore al más alto nivel, cuando de una situación de conflicto se trata, una visión estratégica en el ámbito político... Pareciera, por tanto, que un conductor político que pretenda desconocer esta realidad tendría pocas posibilidades de definir adecuadamente el objetivo"*[271].

Cheyre reconoce que *"Se destaca una estrategia de nivel político que es ejecutada por el Jefe Supremo de la Nación y que se orienta a la dirección global del conflicto, por lo cual se preocupa de buscar la fórmula de acción, en la paz y en la guerra, de todos los medios del Estado-Nación a fin de obtener el objetivo determinado por la política"*[272]. En estas palabras se expresa claramente la idea de que la estrategia es parte de la política.

Como ve la necesidad de incorporar el pensamiento estratégico en el ámbito político y de alguna manera está impedido de teorizar acerca de los intereses subyacentes que determinan los objetivos políticos, divide el campo de la política en dos. Así, al definir la estructura piramidal propuesta para conducir al Estado en un conflicto, establece que el objetivo político lo fija el nivel político, vale decir, el poder ejecutivo del Estado, luego agrega un segundo nivel llamado "político-estratégico", *"también representado por el Poder Ejecutivo*, (que) *debe buscar un procedimiento para actuar que se oriente a su logro"*[273].

Pero luego, y a diferencia de lo anterior, incluye el pensamiento estratégico en el ámbito político propiamente tal, al referirse a los niveles estratégicos de la estructura piramidal que aludíamos. Se refiere allí a la estrategia política (orientada a

270 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 16.
271 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 22.
272 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* págs. 31 y 32.
273 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 44.

definir la gran forma de actuar), a la estrategia sectorial (medios diplomáticos, económicos, militares), y a la estrategia propiamente militar[274].

Pero para que no haya motivos para una incorrecta interpretación de su postura, Cheyre retrocede y plantea que *"no se puede estar de acuerdo con quienes pretenden ampliar aún más el concepto de estrategia, por cuanto se estaría confundiendo con la política y, al mismo tiempo, se estaría propugnando una situación de conflicto permanente o se estaría propiciando como único medio para alcanzar los objetivos de un Estado-Nación el empleo activo y permanente de la fuerza"*[275].

Estas palabras son muy interesantes en varios sentidos. En primer lugar, no explica por qué sería un problema el que se confundiera la estrategia (la gran estrategia) con la política. En segundo lugar, afirma que con esto se estaría propugnando el empleo activo y permanente del uso de la fuerza.

No soy partidario de la militarización de la política, pero no se ve por qué el considerar a la estrategia como parte de la política sería la causa de la militarización, como si la militarización fuera obra de los militares o estrategas, o más extraño aún, obra de la teoría acerca de la estrategia. Justamente aquí, al desconocer la fuente de los objetivos políticos en los intereses de los grupos de poder, se desconoce también la fuente de la militarización de la política la cual ocurre de todos modos –haya o no un nivel estratégico en la política– si esta es funcional a esos intereses. Cuando los militares han tomado las cosas en sus manos, siempre y sin excepción ha sido cuando estos militares cumpliendo un rol político, se han identificado con los intereses de ciertos grupos de poder y cuando estos militares se han apartado de la defensa de esos intereses, más temprano o más tarde, han sido apartados de la conducción política.

En tercer lugar, esa cita es interesante pues supone que el uso permanente de la fuerza no sería lo normal en la política de

274 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 91.
275 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 32.

los Estados. Se explicó anteriormente que no es la fuerza la que hace viable una forma de Estado o una determinada formación social. Lo fundamental para que determinado rol social o determinada relación social pueda subsistir, es que cumpla verdaderamente un rol social necesario, sin embargo, eso no significa que la fuerza no esté presente siempre. En las sociedades políticas, la fuerza siempre estará presente, ya sea de manera activa o a través de los mecanismos disuasivos, ya sea en las relaciones internacionales como en la política interna de los Estados. Y esto normalmente no se reconoce.

El malestar que le causa a Cheyre el que se ponga a la fuerza en disposición de su uso permanente, desconoce el hecho de que efectivamente y con independencia de cualquier organización de estas funciones del Estado, la fuerza se usa de manera permanente (en mayor o menor grado), ya sea en la acción o en la disuasión. Pero es el mismo Cheyre quien lo dice al establecer que en la consecución de un objetivo político es *"interesante y necesario... resaltar que, independientemente de uno u otro (medio), para cada fórmula deben emplearse todos los medios. Lo que podrá variar será la forma en que cada uno actúe o la intensidad que cada uno adquiera"*[276].

Como consecuencia de no poder conceptualizar adecuadamente el rol de la violencia, Cheyre plantea que *"la guerra nace fundamentalmente como producto de haber fracasado las fórmulas que los actores emplearon para controlar adecuadamente la crisis entre ellos. Ahora bien, un fracaso como el descrito normalmente encuentra su principal causa en la aplicación inadecuada de medios y procedimientos en el control de la crisis, en forma tal que evite un conflicto mayor. Dentro de esa mala aplicación, fundamental resulta la incapacidad de entender y practicar, en tiempos de paz, el interaccionar político-estratégico"*[277].

En este mismo terreno plantea que un conjunto de decisiones erróneas desencadenaron la Primera Guerra Mundial[278].

---

276 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 41.
277 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* págs. 35 y 36.
278 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 8.

No comparto estas ideas, pues la guerra es la continuación de la política y no el fracaso de la política y normalmente es la decisión que adopta una de las partes para conseguir sus objetivos. La mayoría de las veces no se deben a un fracaso para arribar a una solución pacífica, sino por el contrario, el objetivo político planteado contiene como condición para su logro la utilización de la fuerza militar. Nuevamente es la objetividad de la política lo que determina el uso de la guerra como medio.

No fue un fracaso en las negociaciones lo que determinó la invasión de Irak por parte de EE.UU. en el año 2003. Esta se decidió con total independencia de la opinión que pudo tener el gobierno de Irak. Tampoco fue un fracaso en las negociaciones lo que originó la invasión de Kosovo por parte de la OTAN en el año 1999, sino que fue la decisión política de expandir los límites de injerencia de la OTAN más allá de sus límites[279]. Pues una cosa son las causas aparentes de una guerra (y los argumentos que se esgrimen para justificarla) y otra muy distinta son las causas reales.

Recordar que el mismo Beaufre planteaba –como se citó más arriba–, que una vez establecidos los objetivos se deben inventar las justificaciones correspondientes[280].

Tampoco fue una falla en las negociaciones lo que determinó el comienzo de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial, si no que quienes las impulsaron fueron los intereses que además estaban decididos a hacer fracasar cualquier negociación. Cuando una de las partes ha tomado la decisión política de aumentar su territorio o imponer su voluntad a otro Estado en un terreno que lo afecta de manera radical, rara vez lo hace por el camino de la negociación, pues ese no es un camino eficaz para conseguir ese objetivo político. Por el contrario, normalmente busca los pretextos adecuados para crear una crisis que le favorezca y justificar la guerra. Hay excepciones a esta nor-

---

279 Blackburn, Robin, "Kosovo: La guerra de Expansión de la OTAN", Encuentro XXI, año 5, N° 15, Santiago, invierno 1999, pág. 108.

280 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 132.

ma cuando un Estado puede imponer su voluntad a otro sin el empleo de la guerra. Muchas imposiciones que un Estado realiza sobre otro tienen la apariencia de la paz, pero son consecuencias de un proceso más largo que incluyen el uso de las armas en uno u otro sentido, o su uso en épocas pretéritas.

En un conflicto bélico no es extraño que por lo menos a una de las partes –vale decir a uno de los intereses en juego–, el medio de la guerra sea afín a sus objetivos, pues a pesar del costo en vidas humanas, económico y político que le acarreará, se ha considerado que la obtención del objetivo político trazado y sus beneficios para el bloque en el poder, que normalmente se puede conseguir solo con la guerra, es superior a esos costos.

Pero hay un elemento adicional. Sería una ingenuidad pensar que la guerra siempre se utiliza como medio solo para lograr un determinado objetivo político y cuando ya no ha quedado otro camino. No se debe descartar el caso en que desembocar en una situación de guerra es el fin perseguido y el objetivo político es la excusa o el medio. El gasto militar y los beneficios que reportan a las grandes corporaciones una guerra, así como también los procesos posteriores de reconstrucción, pueden ser motivo suficiente como para alentar una guerra en calidad de fin político-económico.

Los problemas teóricos relacionados con la omisión de la existencia de intereses que actúan a través de los Estados, se refleja en otras diversas situaciones.

Cheyre plantea que el sistema internacional está formado por Estados-naciones que son a la vez sujetos y objetos de sus interacciones[281]. En realidad los verdaderos sujetos son los bloques de poder que actúan a través de los Estados y los verdaderos objetos no son los Estados, sino aquello que estos poderes se han planteado obtener y que lo pueden conseguir a través del control directo o indirecto del Estado, propio o ajeno (ya sea territorio, mercado, etc.).

---

281 Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.*, pág. 36.

Los Estados en última instancia no son por lo tanto ni sujetos ni objetos, son en esencia, medios. Esto está siendo cada vez más evidente en los procesos globalizadores que estamos viviendo, en los cuales las fronteras de los Estados se comienzan a desdibujar para dar paso a otra conformación de medios más adecuados para la consecución de los distintos intereses. Así surge, por ejemplo, la Unión Europea, que comienza a actuar en la comunidad internacional en muchos aspectos como si fuera un solo Estado.

De alguna manera Cheyre da cuenta de ello sin proponérselo cuando señala que los Estados en tanto objetos reciben el accionar de *"...otros Estados-Naciones y también de organizaciones de diferente tipo como las transnacionales... (que)... desarrollan actividades orientadas al logro de sus propios intereses"*[282].

La apariencia de ser sujetos y objetos de la arena internacional lo da el hecho objetivo, en cuanto a que son los actores a través de los cuales los intereses actúan, pero hay una gran diferencia conceptual entre ser actor y ser el dramaturgo de la obra. Esto en ningún caso es motivo de desmedro para los Estados, pues es la manera normal y más potente hasta el momento, en que se puede expresar la voluntad política del bloque que detenta el poder y la manera más eficiente hasta el momento en que utilizando el medio del Estado la puede imponer al resto de la sociedad. El uso velado de este medio por parte del bloque en el poder, puede crear la ilusión de que la soberanía del Estado consiste en *"su capacidad de independencia y voluntad propia"*[283]. En verdad ningún Estado tiene voluntad, a no ser que nos refiramos a la voluntad de los intereses que actúan a través de este.

Cuando hablo de intereses, no se debe comprender necesariamente este término de manera peyorativa. El interés que llevó a cierta elite política a luchar por la independencia de Chile contra la colonia española, lo considero muy loable, pero debemos reconocer que ese interés no era compartido por todos. Solo representaba a una parte de la comunidad de Chile, funda-

[282] Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 36.
[283] Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 37.

mentalmente a la naciente burguesía local, aliada en un primer momento con los terratenientes locales y en contra de la dominación colonial y los intereses de la Corona. Y por ello son llamados patriotas. La soberanía conquistada en este caso no consiste en que el Estado pueda actuar con "voluntad propia", la soberanía es un principio que se deriva de los mecanismos de legitimación del poder político, vale decir de fuerzas que están fuera del Estado, pero que actúan a través de este de manera legitimada socialmente.

La soberanía se puede comprender como un principio derivado de los mecanismos de legitimación del poder político, que constituye la base para su ejercicio.

Puede interpretarse en un doble sentido: como soberanía nacional, vale decir como potestad del Estado por la que este ejerce la autoridad suprema, sin sujeción a ninguna otra, o como soberanía popular, la que corresponde al pueblo, del que emanan todos los poderes del Estado.

En el caso de la soberanía nacional, la autoridad suprema que no tiene sujeción a ninguna otra, se refiere a que los poderes del Estado toman las decisiones a través de los mecanismos que le son propios, pero no significa que la voluntad que expresa esa decisión sea de un ente abstracto. Si este fuera el caso, no existirían los parlamentos por ejemplo, donde se expresan las opiniones políticas de los distintos intereses que se representan al interior del medio que es el Estado.

La soberanía popular, en cambio, se debe comprender como la que ejerce el pueblo a través de mecanismos que le permiten ejercer esta función de manera directa, no representada, en temas que atañen a cuestiones de fondo del sistema jurídico u otros. Entre estos mecanismos –estatales o no–, se cuentan las consultas directas al pueblo a través de plebiscitos o a través de mecanismos de decisión que emanan directamente de organizaciones sociales.

Es interesante hacer notar que en el "Libro de la Defensa Nacional de Chile", se consigna que entre los objetivos naciona-

les está el defender *"La mantención de la soberanía del Estado de Chile"*[284], vale decir, la soberanía en la primera de las acepciones descritas, la soberanía nacional.

Se debe apuntar también que los diferentes órganos del Estado pueden alcanzar mayor o menor autonomía respecto a los poderes que les dieron origen. Esta autonomía no es muy notoria en el caso de los parlamentos, en los cuales el cambio regular de sus miembros deja claro cuál es el origen de las ideas y decisiones que allí se toman. Un parlamento cambia el color de sus decisiones, dependiendo del color de sus integrantes y con una dependencia muy cercana respecto a las fuerzas sociales que los sostienen. Sin embargo, en la política exterior de un Estado la autonomía respecto de las fuerzas que le dieron origen parece ser mayor. No es muy frecuente un gran cambio en la política exterior, producto de cambios en los poderes del Estado y normalmente aquella presenta una continuidad por sobre los gobiernos, lo que le da una apariencia de independencia y de vida propia. Sin embargo, esta mayor estabilidad de la política exterior no debe mover a engaño y creer que esto significa que esta política es del Estado de manera propia, sin injerencia de las fuerzas de la sociedad civil.

Esta estabilidad ha dado pábulo para creer en la noción de "Bien Común", como aquel conjunto de valores que representan por sí y por siempre el bien de la comunidad como un todo. Pero basta alejarse un poco de la política contingente y tomar un lapso mayor y darse cuenta de que sí existen cambios significativos en la política exterior, y cómo estos cambios obedecen a intereses políticos específicos de las fuerzas que actúan al interior de las sociedades.

En nuestro país se pueden constatar fácilmente estos grandes cambios si analizamos la política exterior en la década de 1960, entre los años 1970-73, en los años de gobierno militar y en los años posteriores a 1990.

---

284 Ministerio de Defensa Nacional de Chile, "Libro de la Defensa Nacional de Chile", Imprenta de la Armada de Chile; 1997, pág. 28.

Desde luego el que haya grandes cambios no implica que no existan elementos fundamentales que tengan también mayor permanencia. Por ejemplo, en todos lo períodos nombrados ha habido por parte del Estado una preocupación permanente por defender la soberanía territorial; sin embargo, este enunciado es demasiado general como para dirimir si se trata de lo mismo en cada caso.

Se puede hacer soberanía territorial tanto estableciendo una autarquía como estableciendo un sistema de acuerdos internacionales, de apertura de fronteras y uso compartido de recursos naturales e incluso de fuerzas militares, como por ejemplo la Unión Europea. Se la puede concebir cerrando las fronteras al establecimiento de la propiedad foránea de los recursos naturales (por ejemplo la República Popular China en la actualidad), o en el otro extremo, entregando los recursos naturales al capital extranjero sin cobro de *royalties*.

El principio de soberanía, el cual hasta hace pocos años quedaba bien circunscrito en el principio de soberanía territorial, al extenderse el nuevo proceso globalizador en curso ha comenzado a tomar distintos matices. En muchos casos el dominio territorial es reemplazado para muchos objetivos por el dominio de las políticas económicas, dejando en evidencia nuevas formas y resortes del poder y de sus fuentes.

El objetivo de Cheyre es argumentar la necesidad de complementar la función política (comprendida de manera restringida) con el saber del ámbito militar y esto no se pone en duda, lo que está en cuestión es la forma de desentenderse de las fuentes reales del poder y, por lo tanto, de las causas de los conflictos. Con ello se priva no solo de elementos fundamentales para comprender la política, sino también a la propia estrategia.

Es muy distinto para Chile alinearse a la política exterior de EE.UU. y pretender negociar con esta desde una posición de aislamiento, que alinearse con los países de la región, por ejemplo en el MERCOSUR, y fortalecer de esta manera los lazos con la vecindad y presentarse ante el mundo como un frente unido.

No se pretende dirimir en este momento cuál es el mejor camino, ni siquiera si ellos son factibles. Lo que sí es seguro es que ambos caminos se enfocan a objetivos políticos muy diferentes, comportan estrategias muy distintas y por lo tanto a una diversa combinación de medios también. Es claro que de ninguno de estos caminos, que solo son ejemplos, se puede decir que correspondan a la esencia del Estado de Chile y que deba seguir uno u otro por un designio esencial de este.

Uno u otro camino reflejan distintos enfoques, ideas e ideologías acerca del desarrollo nacional, la soberanía y la independencia, pero también estos diferentes caminos favorecen a unos u otros sectores de la sociedad, ya sea en los aspectos económicos, en el acceso a posiciones de poder, en la influencia sobre distintos sectores de la sociedad, en la emergencia de nuevos actores sociales y en el hundimiento de otros.

El hecho de que se sugiera que la base de sustentación de los intereses sea de carácter fundamentalmente económico, puede crear la idea de que a los factores ideológicos no se les da la debida importancia. En realidad no es esa la intención. Pienso que estos tienen una importancia relevante en la decisión acerca de los objetivos políticos de cualquier sector en la sociedad. Es más, no hay ningún interés, ni ningún objetivo que no esté traspasado por el factor ideológico. Pero lo anterior no puede hacer desconocer que cualquier intención o cualquier posición política se sustenta en alguna base material para poder subsistir. Esta base material puede ser de índole monetaria, vínculos culturales, sectores sociales, etc., pues ninguna idea para que se transforme en una fuerza material puede accionar en el vacío.

Del mismo modo, la ideología que se sostiene sobre esa base material devuelve sobre esa base los beneficios que ha obtenido o prometido a sus sostenedores, lo cual es totalmente lógico desde el momento que los objetivos fijados siempre se refieren a la base material que los sostiene. No existe el político en general, sino que siempre el político representa una u otra idea o proyecto social. Del mismo modo no existe la ideología o el ideario en general, siempre se refiere a la defensa o promo-

ción de ciertos valores concretos y es por ello que pueden entrar en choque con otros idearios o valores, creando la apariencia de que esa es la verdadera fuente de los conflictos y no el conjunto de intereses subyacentes.

Ya hemos visto que este tema, la fuente de los intereses, en general se evita en la teorización acerca de la estrategia. Cheyre plantea una idea a la cual se refieren Schwarzenberg y Morghentau, según la cual el sello de la política internacional sería la búsqueda de poder[285]. Según Morghentau, el objetivo podría ser conservar, incrementar o demostrar poder, de donde se infiere que las políticas que perseguirían los países serían el mantener el *statu quo*, el imperialismo o el prestigio, respectivamente[286].

Esta caracterización es totalmente insuficiente y se parece a la de Aron, que critica Bauman[287], en cuanto a que no se devela el porqué se busca el poder (en sus tres formas) y por lo tanto se desinteresa por los intereses que hay detrás de la búsqueda de poder.

Cheyre cita a Schwarzenberg en cuanto a que es importante buscar un procedimiento que permita dar claridad acerca de los fines y motivos que impulsan a los Estados en su política exterior[288], pero no desarrolla el tema, vale decir, no teoriza la estrategia considerando los reales intereses en juego.

Schwarzenberger (y también Morghentau) cree dar un gran avance o un avance definitivo al dejar de lado a quienes basan las motivaciones en razones de derecho y moral internacionales[289] y plantea claramente el poder como la motivación real, sin embargo, al no especificar las motivaciones del poder en los intereses concretos no hace más que quedar a medio camino y no permite utilizar su planteamiento de la búsqueda de poder para ningún tipo de análisis.

285 Cheyre, Juan Emilio, *op. cit.*, pág. 40.
286 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 40.
287 Parte II, capítulo "La política", sección "La intención hostil y los intereses".
288 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 41.
289 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 41.

Es interesante hacer notar que Cheyre, de modo similar que Beaufre, se ve obligado a devolver a la política algo de lo que se le ha quitado al comienzo de su teorización. De esta manera, si bien parte de la idea de la política como un ámbito subjetivo, la decisión política termina concibiéndola a través de mecanismos objetivos:

"En ese proceso –el de la decisión– se enfatizará en la necesidad que ella sea producto de un trabajo realizado bajo una perspectiva político-estratégica"...[290].

También en este terreno propone Cheyre un método para la toma de decisiones ante crisis que llama fundamentales y las de situación[291]. Lo importante de esto es que suscribe el criterio respecto a que la decisión está determinada por una estructura de hechos objetivos, lo que reafirma la idea planteada en ocasión del análisis de la obra de Beaufre, en cuanto a que no importa tanto la decisión subjetiva del conductor político, sino que lo que objetivamente pueda hacer o no hacer.

También Cheyre se inscribe en la idea de que el objetivo político se deba imponer al adversario (Clausewitz), más que quebrar la voluntad de este (Beaufre). De esta manera cita a Aron al plantear que en una relación de dos Estados, se presentan dos unidades políticas que normalmente *"se esfuerzan por imponerse, unas a otras, su propia voluntad"*[292].

Y también cuando se refiere al hecho de haber sido desterrada la guerra como conflicto clásico y único y al haber aparecido otras formas de lucha que *"...presentan características que permiten conformar objetivos contrapuestos por los cuales luchan, con medios de todo tipo los entes involucrados en un afán mutuo de imponer su propia voluntad a su contraparte"*[293].

290 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. págs. 11 y 12.
291 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. págs. 54 y 55.
292 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. págs. 15 y 39.
293 Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 90.

No se debe confundir la definición de los roles de la política, con la existencia de los organismos que deben existir para llevarla a cabo, ni confundir la implementación en los organismos del Estado de la función estratégica, con el estudio teórico del concepto de estrategia. No está en cuestión la existencia de organismos que tengan como función estudiar las estrategias y que estos estén separados en niveles y supeditados a los organismos llamados "políticos".

Lo que se discute es un tema de rango teórico y que tiene variadas consecuencias según como se resuelva. Lo que se critica es la consideración de la política como una abstracción donde solo cabrían voluntades e intenciones que provendrían de no se sabe dónde, y que por otra parte se considere a la estrategia solo como un medio para lograr esas intenciones.

Por ello concuerdo también con la organización piramidal, ya sea en la idea de Hart o de Beaufre, pero en el entendido que es una instrumentalización sensata de la acción y no una conceptualización teórica.

Así, la organización piramidal de L. Hart[294] está conformada por:

- Un nivel político: encargado de definir el objeto de la guerra.
- Un nivel de la gran estrategia: encargado de la planificación y ejecución de la guerra a nivel nacional con el concurso de los campos de acción interno, económico, externo y bélico.
- Un nivel de la estrategia: comprendida en su sentido original como el arte del general, y que se orienta a buscar la solución militar que se le asignó al campo de acción bélico.

Y plantea que el gran aporte de Hart es incorporar el nivel de la 'gran estrategia' entre el nivel político y el de la estrategia pura.

Luego describe la pirámide de Beaufre:[295]

---

294 CHEYRE, Juan Emilio, *ibid.* pág. 27.
295 CHEYRE, Juan Emilio, *ibid.* págs. 30, 31 y 32.

- Gobierno o nivel de la política.
- Estrategia total: encargada de concebir la dirección de la guerra total. Define la misión propia y la combinación de las diversas estrategias de los campos de acción político, económico, diplomático y militar.
- Estrategia de carácter ejecutorio. Se preocupa de definir los recursos y su empleo para el logro de los fines estratégicos de cada uno de los campos de acción.

Esta forma de describir es muy parecida a la de Hart, pues incorpora un nivel intermedio entre la política y la acción.

Sin embargo, acerca de este nivel intermedio, Cheyre plantea que no sería ni político ni estratégico[296]. ¿Y qué es? En mi opinión este es el nivel político en el cual se ha realizado una diferenciación orgánica, lo cual es totalmente adecuado.

Sin embargo este no es un mero juego de organigrama. El concebir la fijación de objetivos como parte de la misma función que determina la 'gran estrategia' es consecuencia, como lo hemos mostrado latamente, de la incorporación desde el punto de vista teórico del análisis de los intereses involucrados, lo cual es indispensable para comprender las verdaderas fuentes del antagonismo, potenciando de esta manera tanto la función de fijación de objetivos como la determinación de la acción.

Recordemos que la articulación es la siguiente. La política es un campo objetivo y no subjetivo. Su objetividad está determinada porque los móviles que la definen están determinados por intereses reales y no por impulsos incognoscibles. Al ser la política del ámbito de la objetividad, el campo que se ha dado en llamar estratégico y que se define en Beaufre como el verdaderamente objetivo, es el campo político mismo, pues ya no existe la barrera objetividad/subjetividad.

Resumamos este capítulo acerca de la obra de Cheyre. Este, al igual que Beaufre, abstrae del quehacer político aquello que llama estrategia. Plantea que para definir el objetivo político y

---

[296] Cheyre, Juan Emilio, *ibid*. pág. 28.

para conformar un actuar general, se requiere un enfoque de mayor especificidad que el político en su "sentido puro". Debido a que el conflicto tiene un carácter multidimensional, ya no puede enfocarse solo desde una perspectiva política[297].

En realidad no sería difícil mostrar que las herramientas de la política real, no de la 'política pura', son bastante completas como para vérselas con conflictos multidimensionales y probablemente bastante más sofisticadas que las que la 'estrategia pura' ha podido construir.

Sin embargo, a pesar de este punto de partida, Cheyre incluye varios elementos afines con lo que he planteado: que la guerra se encuentra al servicio de una agrupación política, que la decisión es un problema objetivo, que la voluntad se impone al adversario, ve la necesidad de tomar decisiones políticas por medio de una estrategia, etc. Sin embargo todas estas ideas aparecen difusas y mezcladas muchas veces con ideas opuestas. Las contradicciones en su planteamiento se derivan en general de las mismas causas que detectamos en Beaufre: se arranca a la política lo que le es propio, vale decir, el reconocimiento de los antagonismos de intereses concretos y el razonamiento estratégico y luego se le devuelve en forma de préstamo solo este último, convertido en una disciplina particular.

Volviendo a un planteamiento anterior, reafirmo que no es posible y no es conveniente plantearse el estudio de la interacción entre el ámbito político y el estratégico, por el simple hecho de que es uno y el mismo campo. La ventaja que vemos en este punto de vista es que al comprenderlo como un único campo obliga a reconstruir el concepto de la política utilizada por la teoría estratégica. Una vez realizada esta reconstrucción, lo que podría lucir como una interpretación sesgada de la propuesta de Cheyre en relación al nivel político-estratégico, por el contrario, significará una potenciación de su planteamiento al incorporar al análisis político los reales intereses en pugna y lo que llama el nivel político-estratégico se incorporaría con pleno derecho a la política misma y no como un complemento.

297 Cheyre, Juan Emilio, *ibid.* pág. 92.

De allí en adelante sería la política, vale decir desde el nivel superior de la pirámide, el que determinaría desde la partida y con una coherencia superior en relación a los distintos ámbitos de implementación, tanto los objetivos como los caminos para conseguirlos.

Creo que este planteamiento es tan válido que en la práctica opera más o menos desde siempre de esta manera –no concibo que se fijen los objetivos o los caminos para conseguirlos sin considerar desde la partida los intereses reales en pugna, o que la cabeza política conciba objetivos para los cuales ya no tenga una idea de cómo conseguirlos–, sin embargo con el inconveniente de que no hay una teoría que lo sustente y con la consecuencia de que no existen los organismos asesores ni los protocolos enfocados a funcionar de esta manera.

El fin es conseguir medios

Michael I. Handel, haciendo un estudio del problema de la guerra en Sun Tzu y Clausewitz, plantea que *"la lógica y la dirección racional de la guerra son universales y 'no existe un enfoque "Occidental" u "Oriental" hacia la política o la estrategia'; solo existe una manifestación eficiente o ineficiente, racional o irracional acerca de la política o la estrategia"*[298].

Veamos si los criterios de eficiencia o racionalidad son tan permanentes y universales como cree Handel.

Una vez que se ha visto desde distintas perspectivas el tema de la estrategia, que se ha criticado el supuesto subjetivismo en que se envuelve la elección de objetivos políticos y que se ha introducido como central el tema de los intereses que necesariamente hay tras esos objetivos, una vez que premunido de ambos elementos de la crítica, se ha relegado al ámbito de las ilusiones ideológicas las nociones relativas al "Bien Común", del cual el mismo Beaufre se encarga de catalogar de máscaras que disfrazan los intereses reales, se está en condicio-

[298] Handel, Michael I., "Maestros de la Guerra", Ed. Frank Cass, Oregon; 1996 (traducción C. Thauby y F. Thauby (1998)), pág. 4.

nes de dar un paso más y preguntar, ¿qué es lo que desean entonces los poderes y los intereses? ¿cuál es el objetivo político que se desprende de todo esto?

En el desarrollo de la humanidad el hombre ha resuelto el problema de las necesidades, creando los medios para encontrar o producir el alimento que satisfaga tanto el estómago como el espíritu. Creó instrumentos de trabajo, esclavizó a pueblos enteros para que trabajaran para él, repartió de uno y otro modo la tierra y tantas veces la asignó como la quitó, creó la manufactura y la gran industria, desarrolló las ciencias y las técnicas, construyó puentes y carreteras, desarrolló el comercio y las religiones.

El desarrollo del sistema mercantil creó una mercancía privilegiada que se transformó en dinero, el equivalente universal, que iguala todo tipo de trabajos e ingenios. El desarrollo capitalista dio a este equivalente general, ya sea bajo la forma de papel moneda o bajo las múltiples otras formas que se presenta, el lugar privilegiado de poder convertirse en algo asombroso, en capital, vale decir, un tipo de relación social que permite que el dinero se valorice por medio del trabajo. El capital tiene la peregrina cualidad de valorizarse, incorporando un valor a su caudal que previamente no tenía, y que puede obtener del trabajo de miles y millones de hombres que venden su capacidad de trabajo, incluso en el caso que esta capacidad se la paguen por el valor íntegro de su valor[299].

El dinero surge como un medio para conseguir algo más que un kilo de trigo, una chaqueta o una Biblia. El dinero en su condición de equivalente universal y en una estructura social que le permite convertirse en capital, ahora es el medio para conseguir más dinero. Si se tiene dinero se tiene todo lo que se pueda comprar con él, de este modo y de una manera natural y lógica, se transforma de medio en fin. El fin es conseguir dinero. Ya no se trabaja por una necesidad específica, se trabaja para conseguir dinero. Es el destino obligado de un medio que ha alcanzado el rango universal, vale decir de un medio que se pue-

[299] MARX, Karl, *op. cit.* "El Capital", Tomo 1, Sección Segunda, pág. 183.

de cambiar por cualquier otra mercancía. El ser equivalente universal no es una consecuencia del ser del dinero. El dinero es dinero por ser equivalente universal desde su acta de nacimiento. De allí que el objetivo de cualquier empresa sea ganar dinero, aumentar sus utilidades y para poder sobrevivir y crecer, va cambiando su modo de producir o de comerciar, pues no está ligada de manera forzosa a ninguna producción en particular. Es más, los encargados de invertir el ahorro de millones de personas, a lo más saben adonde parte ese dinero, pero no saben cómo ni dónde se produce la valorización. El cotizante de una AFP (Administradora de Fondos de Pensiones) poco le interesa cómo se valoriza su capital y la AFP poco le interesa informar a su socio cómo ha invertido su dinero, a no ser solo por una cuestión de marketing, pues lo único que le interesa al cotizante es que su dinero se valorice, que al final del período se le presente un porcentaje de rentabilidad a lo menos igual o superior al promedio del mercado. Deseo muy natural, por cierto.

Lo importante de comprender en todo esto es que la razón por la cual un medio se ha convertido en fin se debe al hecho de que ese medio ha alcanzado el rango de universalidad. Todo medio que alcanza el rango de universalidad se transforma en un objetivo.

¿Por qué hemos hecho este paréntesis acerca del dinero? ¿Qué podemos pensar de un tipo de estrategia que, bajo el nombre de estrategia total, permitiría ganar la libertad de acción?

Desde luego que la libertad de acción no es un absoluto, tiene grados. Del mismo modo como el dinero, en su calidad de medio universal de cambio si bien puede comprar cualquier mercancía, depende no obstante de su cuantía.

Una vez que se ha consolidado una estructura de pensamiento y una configuración de fuerzas –de la más diversa índole– que permite ganar libertad de acción, el objetivo político más importante pasa a ser conseguir este preciado tesoro. El objetivo político es **tener una Estrategia Total**. Transformar el verbo en sustantivo.

Este objetivo de tener una Estrategia Total se presenta bajo las más diversas formas: aumentar la riqueza del país, mejorar el nivel de educación, aumentar el nivel de vida de la población, lograr alianzas con los grandes Estados y poderes a nivel internacional, resguardar ciertas variables macroeconómicas, promover la cultura y el deporte, etc. Cada Estado, dependiendo de su situación internacional e interna, define de acuerdo a la configuración de fuerzas que sostienen el poder, la mejor manera de conquistar esta libertad de acción para promover sus intereses: algunos Estados lo hacen aumentando y fortaleciendo la participación de la gente y la democracia y otros, por el contrario, disminuyéndola o directamente eliminándola. Beaufre mismo reconoce que en la declaración de objetivos de los Estados se esconden otros intereses y la forma de presentarlos no es sino otra forma que adopta la estrategia para satisfacerlos.

De ahora en adelante se hará la diferencia entre implementar una estrategia total, vale decir implementar el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política y el tener una Estrategia Total, la cual será designada con mayúsculas.

De más está decir que en la actualidad el único Estado que puede efectivamente tener una Estrategia Total –para el servicio de los grandes intereses que están en el poder– es Estados Unidos. El resto de los Estados tratarán de conquistar la libertad de acción, pero en la actual arena internacional no es posible. Sin embargo, al igual como en el caso del dinero, si no se puede ser el más rico del mundo, ante la alternativa de no tenerlo en absoluto, mejor es tenerlo aunque sea en proporciones moderadas. En el caso de la libertad de acción, es posible también conquistar proporciones moderadas de libertad para la multiplicidad de poderes existentes, tanto dentro como fuera de los Estados.

El hecho de plantear que Estados Unidos es el único Estado que puede lograr una efectiva libertad de acción, no significa que esta sea absoluta, ni que este alto grado de libertad de acción sea para siempre. Sin embargo, es evidente que cual-

quier otro Estado o fuerza social, que pretenda una libertad de acción similar, se topará tarde o temprano con la configuración de intereses contrapuestos, de los cuales el más grande es el que ejerce Estados Unidos en la arena internacional.

En el mundo actual, marcado por una compleja red de intereses antagónicos, no pueden coexistir dos entidades que practiquen la total libertad de acción, como tampoco puede existir, y por las mismas razones, una sola entidad que la pueda practicar a plenitud.

Lo anterior, sin embargo, no es obstáculo para reconocer que el objetivo político más importante de los Estados hoy día es conseguir "medios". La riqueza es un medio, el disponer de recursos naturales e ir a buscarlos estén donde estén es un medio, el poder armado es un medio, el poder político es un medio, la estabilidad social es un medio, la calidad de vida es un medio, las alianzas internacionales de carácter político y económicas son un medio. ¿Medios para qué? Para enfrentar la incertidumbre que acosa diariamente a los grupos que promueven su interés particular. En otras palabras, los medios se han transformado en los objetivos, como no podría suceder de otra manera desde el momento que la Estrategia Total tiene la pretensión de universalidad.

Del mismo modo he mostrado también cómo la política no es un fin en sí mismo, por lo que tampoco puede escapar a la calidad de medio este que es uno de los más poderosos para servir a los intereses de los conglomerados de poder.

Estas ideas se agregan entonces a las planteadas más arriba[300], en cuanto a que la Estrategia Total de la cual hablamos hoy día, no es la misma y no debe confundirse con la estrategia total que emplearon los Estados desde la antigüedad –tal como afirma Beaufre–, pues si bien desde el punto de vista de la forma de emplear los medios es similar a esta última –en el sentido de configurar una confluencia de estos para lograr ciertos objetivos políticos–, en la antigüedad estos medios se-

300 Parte II, capítulo "Fundamentos del concepto de Estrategia Total".

guían siendo medios. Hoy, por el contrario, la Estrategia Total es un fin.

La Estrategia Total de hoy es un producto del actual desarrollo económico-social, el cual, si bien ya tenía sus rasgos básicos con el surgimiento y dominio del monopolio en la arena internacional desde el comienzo del siglo XX, ha logrado sus rasgos más característicos en el actual proceso globalizador y de transnacionalización de la economía.

¿Es inevitable este destino del mundo? A mi juicio es inevitable mientras subsista una configuración de intereses antagónicos en la sociedad, tanto al interior de los Estados, como a través de los distintos Estados en la arena internacional.

Por ello, volviendo a la idea de Handel citada anteriormente, acerca de que la lógica y la dirección de la guerra y de la política han sido siempre universales, podemos ponerlo en duda. Esto pudiera no ser así si consideramos diferentes grados de desarrollo de las sociedades como vimos más arriba, pues la transmutación de los medios en fines no es un hecho menor.

Curiosamente cuando se habla de civilizaciones distintas se hace demasiado énfasis a sus culturas, religiones, costumbres en general, pero rara vez se alude al modo de producción en que se basan, y que es justamente por donde se originan los antagonismos con otros tipos de sociedades con otras culturas, pero por sobre todo con otros modos de producción. El "choque de civilizaciones" es la forma en que se presenta el viejo choque entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que no solo se dan al interior de los Estados o al interior de las "economías", sino también entre "economías diferentes"[301].

---

[301] Actualmente se utiliza el término "economías", para designar bloques de relaciones económicas entre distintos Estados, que funcionan de una manera similar, con acuerdos mutuos, y desde luego bajo la preponderancia de relaciones capitalistas desarrolladas de producción. Sin embargo aquí designo como "economías diferentes", a Estados o bloques de estados con distinto nivel de desarrollo de fuerzas productivas y diferentes relaciones de producción que obstaculizan el desarrollo invasor de los otros bloques económicos más desarrollados.

Lo anterior no impide que quien encarne uno u otro tipo de relación social, desde una posición de poder, tenga un ideario político, se embeba de una ideología o una religión.

Tampoco se debe pensar que lo que es encarnado por los bloques de poder son las relaciones sociales en abstracto y como un todo. Lo que encarna un grupo de poder, sea en una sociedad capitalista desarrollada o una sociedad de pequeños agricultores, no son siempre los intereses de toda su clase, sino tan solo los propios, los cuales muchas veces están en relación antagónica con otros intereses similares.

Con el objeto de comprender de una manera más completa las características de la Estrategia Total en el día de hoy, habría que establecer la relación que existe entre la transmutación de la gran estrategia desde medio en fin, con los siguientes hechos:

- el actual nivel de desarrollo de los antagonismos en el proceso globalizador,
- el proceso de descentramiento de la nacionalidad, como se entendía hasta ahora, como base de la constitución de los Estados, y
- la constitución de bloques en relación a su "economía" y que afecta a los límites –considerados en un amplio sentido– de los Estados.

También habría que analizar cómo se relacionan las políticas de defensa de los Estados y las estrategias de los Estados con los intereses que priman hoy día en la sociedad. Pero esto requeriría una investigación especial.

La URSS, el socialismo y la Estrategia Total

Es interesante preguntarse en el contexto de las ideas expuestas anteriormente, si se puede afirmar que la URSS, en la construcción del socialismo y en su confrontación con las potencias mundiales capitalistas desde su nacimiento hasta su caída, tuvo una Estrategia Total.

No puedo desarrollar una respuesta completa a esta pre-

gunta en el contexto de esta obra. Largamente esta requeriría una investigación especial y solo adelantaré algunas ideas que pueden dar luces acerca de su gran complejidad.

Como ya lo he indicado, si por estrategia total entendemos simplemente la concurrencia de distintos medios, además de la fuerza militar, para el logro de los objetivos políticos, todos los Estados y también todos los movimientos revolucionarios de una u otra manera han implementado una estrategia total. Sin embargo, he intentado comprender el concepto de Estrategia Total de una manera más específica, que corresponda a un fenómeno histórico particular, a una era del desarrollo de las relaciones sociales, de los Estados y de las fuerzas políticas.

El primer problema teórico a despejar para analizar este tema es identificar cuáles eran los intereses y los sujetos de estos en esa situación histórica.

La URSS fue un Estado, por lo tanto un medio. El verdadero sujeto de este período histórico fue la emergencia de la clase obrera como aglutinante de intereses muy definidos en una época del desarrollo capitalista en que este llega a una encrucijada, debido al tipo de desarrollo que había llevado hasta el momento, en conjunto con su lucha más soterrada con el régimen terrateniente. A la cabeza política de esta clase se erigieron, por una parte, el movimiento comunista internacional en sus distintas y variadas vertientes y también la socialdemocracia en sus diversas variantes. En circunstancia que habían madurado un conjunto de condiciones objetivas, este sujeto y el desarrollo de sus luchas, determinaron el derrocamiento de viejas y anquilosadas formas de producción en los antiguos imperios coloniales e impusieron, ya sea democracias populares, sociedades socialistas o un recambio de poderes enmarcado en el ámbito del desarrollo capitalista. Las clases emergentes en esa situación, ya sea la burguesía que se hacía poderosa en las colonias o los diversos sectores de la clase obrera, tenían el interés del recambio del poder estatal antiguo por uno nuevo, pues era el Estado y sus funciones el principal medio de poder existente.

Así, en relación a la clase obrera y sus distintos estratos, vale decir, la mayoría del mundo que vive de un salario en las sociedades capitalistas, el sujeto, o mejor dicho el agente –como se ha explicado en una nota anterior–[302] que encarna y debe ser el depositario de la estrategia para un cambio revolucionario de la sociedad, es muy distinto al sujeto que lleva adelante la Estrategia Total. Este último es un sujeto concentrado en los pequeños grupos de gran poder, en cambio en el primer caso es un sujeto extendido a través de todo el entramado social. Esto lo ubica en un lugar muy diferente y de carácter ubicuo, y sus intereses, la fuente de su poder y su accionar son notablemente diferentes a las del sujeto de la Estrategia Total.

La otra tarea que surge al analizar la estrategia del movimiento comunista internacional es la comprensión de sus objetivos, tanto inmediatos como mediatos. En lo mediato se debe decir que estos debían plantearse en consonancia con la teoría acerca de la sociedad, la política y en particular con la teoría acerca del Estado del marxismo. Esto es, propugnar el desarrollo social de la sociedad socialista ya conquistada hacia la profundización de los mecanismos de participación popular, e ir relevando el poder basado en la propiedad privada de los grandes medios de producción, por un poder basado en distintas variedades de propiedad social de estos medios, con el objeto de potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de lo que el modo de producción capitalista podía lograr y de una manera tal que esta riqueza fuera restituida a través de distintos mecanismos a sus verdaderos creadores.

Se debía extinguir también por este medio la fuente objetiva de los antagonismos sociales y extinguiendo, a la vez, la sociedad política y por lo tanto también el Estado en tanto medio de determinados intereses. En este contexto, la conquista del poder en la Revolución de Octubre de 1917 y que da nacimiento posteriormente al Estado soviético, se debía considerar como una etapa de transición y no como un fin ya logrado.

302 Parte III, capítulo “Objetividad y racionalidad en política”, sección “Análisis de tres casos de pares de opuestos”.

Junto a lo anterior, se agregan los problemas derivados de la teoría y la práctica en relación a la categoría de "dictadura del proletariado". Este concepto central de Marx sin duda ha sido la fuente más grande de tergiversaciones e incomprensiones en la historia del marxismo y de las sociedades socialistas, incluso al interior del campo del marxismo.

Es importante indicar que Marx consideraba este concepto en analogía con el concepto de "dictadura de la burguesía", para referirse en este último caso al ejercicio del poder de la clase burguesa al interior de las sociedades capitalistas, pero con independencia del régimen político existente.

De esta forma Marx conceptualizaba la existencia de la dictadura de la burguesía, aun en las sociedades burguesas en las cuales existían formas más democráticas (en relación a la época) de gobierno. Por lo tanto, este concepto no correspondía a una categoría acerca de la juridicidad en el Estado o al régimen político sino a lo que caracterizaba la fuente del poder de la burguesía, vale decir la organización económica de la sociedad[303].

Esta organización sin duda tiene su reflejo en la juridicidad, por ejemplo las relaciones de propiedad, pero cuya fuente está a nivel de las relaciones de producción. Por lo tanto, en relación a los objetivos en el socialismo, se debía cambiar las relaciones de producción y como consecuencia de ello, en lo mediato, se debía tender a la extinción del Estado.

La Estrategia Total que persiguen los Estados en la actualidad, que como hemos dicho es un reflejo de los intereses de grandes conglomerados de poder, al estar inmersos en un tipo de relaciones sociales en que el conflicto es inevitable, propende necesariamente a la articulación de los cuatro campos de acción considerados por Beaufre y al fortalecimiento del Estado en tanto medio. El socialismo, en cambio, no tendría esta estrategia como fin en el largo plazo.

303 Albiac, Gabriel, "De la añoranza del poder o consolación de la filosofía", Ed. I. Peralta, Madrid; 1979, pág. 121.

Sin embargo, en lo inmediato y por las urgencias derivadas del proceso revolucionario y por la contrarrevolución en marcha, en el socialismo el fortalecimiento del Estado y su transformación en el medio más importante para la defensa del proceso revolucionario se impuso de hecho. Esta contradicción objetiva no pudo ser resuelta y determinó gran parte de los problemas ocurridos en el movimiento comunista y sus diversas escisiones internas.

Otro problema que se cruza con los anteriores fue resolver la factibilidad de construir una sociedad socialista en un solo país, según la idea vislumbrada por Lenin, en contra de la idea de que el socialismo solo sería posible en el contexto de una revolución a nivel mundial. Se suma a este hecho el que la construcción de una sociedad socialista no pasa por la conservación del Estado, no solo en relación a su posible extinción en lo mediato, sino que en el mediano plazo, tampoco pasa necesariamente por la conservación de los límites nacionales. Primaría aquí la concepción de un internacionalismo de intereses, que pueden llevar a una organización estatal diferente. Indudablemente este problema quedó pendiente y su solución dependerá con mucho, del decurso de la realidad económica y del carácter de una estrategia apropiada.

También quedó pendiente un desarrollo más profundo acerca de la teoría de la conquista del poder en Estados con fuertes sociedades civiles y en las cuales aunque aquel no es menos fuerte, esta juega un rol fundamental y diferente en una sociedad capitalista más desarrollada que en una menos desarrollada. Cuando aludo a fuertes sociedades civiles, me refiero indudablemente a los poderes que conllevan.

En este cuadro, el proceso revolucionario en marcha, debe saber cómo identificar y aunar en cada paso del proceso los distintos sectores sociales que conforman las grandes mayorías, cuyos intereses objetivos pueden tener diferencias entre sí, pero que los aúna el hecho de ser intereses antagónicos con los de los grandes grupos de poder económico. Del mismo modo junto con identificar esa comunidad de intereses de las grandes mayorías, debe comprender los distintos enclaves de poder que

tienen estos sectores para potenciarlos tras un programa común de grandes transformaciones. Debe aprender a desprenderse de las ataduras ideológicas que le impiden comprender el decurso económico objetivo –que es la fuente de los intereses principales–, y utilizando todos los medios implementar una estrategia total. Desde esta perspectiva debe comprenderse el proceso revolucionario, no solo como la "conquista del poder", sino también como la "construcción de un nuevo poder", sobre la base de los enclaves de poder existentes.

Una diferencia adicional en relación a la Estrategia Total se deriva del hecho de que la lucha por el socialismo, como la permanencia de este tipo de sociedad, no puede basarse en los enclaves del capital financiero y el ejercicio de su poder. Este es un hecho esencial de la Estrategia Total de las potencias capitalistas, tanto por ser la fuente de los intereses, por los medios a utilizar, como por los fines que comporta.

Probablemente el problema mayor que tuvo la estrategia del socialismo, sin embargo, fue de otra índole. El fortalecimiento del Estado y su rol como medio para organizar y dinamizar el desarrollo económico fue una necesidad tanto en las sociedades capitalistas como socialistas. No hay que olvidar que fue en las sociedades capitalistas, en el siglo XIX y gran parte del XX, sobre todo luego de la crisis de los años 30, donde prosperó la idea y la práctica del apuntalamiento del Estado para el desarrollo económico.

En los países capitalistas desarrollados, los grandes puertos, flotas mercantes, carreteras, ferrocarriles, grandes mineras, empresas de comunicaciones, la industria espacial, la de armamentos, la automotriz, si bien en su mayor parte corresponden a empresas privadas, su nacimiento o recomposición y proyección fue producto de grandes políticas de Estado, por cierto, Estado que cobijaba a los intereses privados y de grupos de poder. En la URSS este apuntalamiento se convirtió en la propiedad misma de estas grandes empresas.

No obstante lo anterior, producto del mismo desarrollo de las fuerzas productivas de las sociedades, fueron cambiando

también las necesidades para el desarrollo. La actividad económica del capital, que había llegado a un atolladero en la década de los 60 en el siglo pasado, comienza un proceso de autonomización económica del Estado (aunque no autonomización política, pues el Estado en tanto medio, fortaleció aun más su función de asegurar las relaciones capitalistas, vale decir su juridicidad, conclusión a la cual también llega Fukuyama)[304], acompañado de una profundización de las relaciones de producción capitalistas y de recomposición de la propiedad que dinamizó nuevamente un nuevo tipo de desarrollo económico.

Desde luego, este desarrollo sigue siendo capitalista, y esta vez encabezado de una manera total por el sector más dinámico y poderoso, el capital financiero, que había quitado el piso a lo que se conoció como Capitalismo Monopolista de Estado y que ahora estaba dirigido a dar un salto cualitativo en las magnitudes de la acumulación de capitales.

Este cambio se caracterizó en nuestra región por imponer lo que se concretó en el llamado "Consenso de Washington"[305], mediante presiones políticas en general, incluido el uso de la fuerza, o a través de mecanismos económicos comandados desde el Fondo Monetario Internacional. Este "consenso" impuso un aumento desmesurado en los grados de explotación de la fuerza de trabajo y una descentralización de la gestión económica a nivel del Estado, pero con un aumento gigantesco de la concentración del poder económico en manos privadas.

---

304 FUKUYAMA, Francis, *op. cit.* "La Construcción del Estado", pág. 22.

305 Conjunto de medidas tendientes a imponer y afianzar el modelo capitalista neoliberal. El nombre Consenso de Washington fue utilizado por el economista inglés John Williamson en la década de los ochenta y se impuso como programa definitivo en los años 89-90 del siglo pasado. Se refiere al ajuste estructural que formó parte de los programas del Banco Mundial y el banco Interamericano de Desarrollo. Participaron también altos ejecutivos del Gobierno de EE.UU. y sus agencias económicas, el Comité de Reserva Federal, el Fondo Monetario Internacional, miembros del Congreso interesados en temas latinoamericanos y los "think thank", dedicados a la formulación de políticas económicas en Latinoamérica. Sus reformas estructurales se agrupan en diez puntos, referidos a disciplina fiscal, inflación, gasto público, reforma tributaria, tasas de interés, tipo de cambio, política comercial, inversión extranjera directa, privatizaciones y desregulación. http://members.tripod.com/~propolco/4sem/washington.htm

El socialismo, en cambio, cuando requirió una fase de descentralización de la gestión económica del Estado para poder impulsar el desarrollo económico, no lo hizo. No supo evaluar las verdaderas capacidades que tenía una sociedad que en la mayoría de los casos venía saliendo de regímenes de carácter feudal, por lo que su nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones sociales existentes, se convirtieron en un obstáculo más allá de lo previsible para la fundación de las nuevas relaciones sociales.

Tampoco supo desarrollar en consonancia con las necesidades de un renovado desarrollo una teorización profunda acerca de las nuevas formas de propiedad necesarias para esa etapa de transición, con lo cual se privó de la posibilidad de desarrollar una juridicidad adecuada y, en general, una superestructura política de acorde a la nueva base económica y al desarrollo de la conciencia social alcanzada a nivel global. Quedó preso de concepciones ideológicas construidas para una realidad idealizada y no pudo comprender los verdaderos resortes del desarrollo económico en el socialismo en esa etapa de su desarrollo.

Por lo tanto, el mayor problema que tuvo la estrategia del socialismo en la URSS fue el desconocer la realidad objetiva, justamente la objetividad del desarrollo económico, desconocer cómo este desarrollo, como decía Marx, rompe las antiguas y esclerosadas relaciones sociales.

Volviendo al tema tocado por Beaufre acerca de que una estrategia tiene mayor posibilidad de éxito cuando los objetivos son afines *"al sentido de las grandes fuerzas que presiden la evolución de las sociedades"*[306], diré de forma más específica que toda estrategia revolucionaria que pretenda el cambio de las relaciones capitalistas de producción, debe tomar en cuenta de manera objetiva las características del desarrollo económico en cada etapa del proceso y la forma en que se concretan las relaciones sociales, específicamente los diferentes tipos de propiedad, adecuados a esa realidad. No obstante lo anterior, el elemento fundamental es de carácter político, no económico. El "sentido de

306 Ver Parte V, capítulo "El sentido de la historia".

las grandes fuerzas" hay que entenderlo de modo literal, el sentido lo da la correlación de fuerzas, no un hecho natural.

No analizaré cómo se expresaría una estrategia total en el campo de la lucha revolucionaria por la conquista del poder, vale decir, no ya la estrategia llevada adelante por medio de Estados, sino por fuerzas sociales que actúan fundamentalmente desde fuera del Estado. Digo fundamentalmente, pues esa lucha se da hoy principalmente desde la sociedad civil, pero no descarta el que se haga también desde enclaves existentes al interior del Estado. Ese estudio excede con mucho los límites de este libro.

Para resumir diré que no es aplicable el concepto de Estrategia Total de Beaufre a la lucha revolucionaria en el caso del socialismo, pues no es el objetivo de tal fenómeno social lograr una Estrategia Total por parte del Estado a la manera como Beaufre la construye. Esta situación solo se puede dar de manera circunstancial en el proceso de construcción de este tipo de sociedad, pero de todos modos con grandes diferencias determinadas por los distintos intereses, sujetos y medios en juego.

Sí me parece pertinente la idea de estrategia total (con minúsculas), vale decir la concurrencia de todo tipo de medios, para el logro de los objetivos políticos pero de allí en adelante se abre un gran campo de discordancias con la teorización de Beaufre, que es importante consignar para dar valor a los conceptos utilizados.

La URSS por lo tanto en relación a este último concepto de estrategia total, no pudo desarrollar su propia versión de una estrategia exitosa para la construcción del socialismo. China está en vías de construir una Estrategia Total, pero para ello hubo de transformar sus relaciones sociales y desarrollar el capitalismo.

Clausewitz y la Estrategia Total

Clausewitz no teoriza acerca del tema de la Estrategia Total aunque conoce perfectamente la idea de hacer confluir otros

medios además de la fuerza[307], pues su objeto de estudio está restringido al tema de la guerra. No obstante, por ser la elaboración más acabada, tanto en cuanto al tema como a la metodología empleada, se ha transformado en la referencia y el retorno obligado de todo análisis acerca de la estrategia. En lo que sigue haré una comparación entre algunos elementos generales de la estrategia en Clausewitz y otros de la Estrategia Total que me parecen pertinentes a este estudio, de modo de ponderar las virtudes y límites de ambas concepciones:

1a. Clausewitz: La guerra es un duelo a escala ampliada que se sustenta en una intención hostil, surgida de intereses.

1b. Beaufre: La guerra es un duelo que se sustenta en el enfrentamiento de voluntades contrapuestas. Pero no se elabora el origen de estas voluntades cuyos motivos o móviles quedan velados y se consideran dadas.

2a. Clausewitz: La guerra tiene por objeto imponer nuestra voluntad al adversario (principio de objetividad en política).

2b. Beaufre: El objetivo de la guerra es cambiar la voluntad de lucha del adversario (introduce el elemento subjetivo en la política).

3a. Clausewitz: En este enfrentamiento, la fuerza es el medio. Clausewitz no desconoce el hecho de que en la guerra se emplean otro tipo de medios, como se ha dicho, pero expresa claramente la idea de que en la guerra, la fuerza es el medio principal ante el cual todos los otros medios se subordinan. Al plantear Clausewitz que la guerra es la continuación de la política, establece una continuidad entre la política y la guerra –la cual es considerada un medio, con lo que se acerca más a la idea de que la política es también un medio.

3b. Beaufre: Empleo de todo tipo de medios. En esto se muestran los límites del análisis de Clausewitz, quien está restringido al tema de la guerra, en cambio la estrategia total está en el ámbito de la política en general. Por otra parte, sin embargo, la

307 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 29.

estrategia es considerada un medio y solo un medio y no logra plantear abiertamente que esta se desenvuelve en el mismo ámbito de los objetivos políticos.

4a. Clausewitz: Empleo ilimitado de la fuerza como primera instancia, lo cual es modulado luego por las tendencias contrapuestas[308].

4b. Beaufre: Aunque no lo dice de manera explícita se puede deducir un principio acerca de los medios. Se reemplaza el uso ilimitado de la fuerza de Clausewitz, por el uso ilimitado de todo tipo de medios. De modo análogo que en Clausewitz, el uso ilimitado de todo tipo de medios se ve constreñido por los factores que actúan en sentido contrario, vale decir, razones políticas y económicas de diversa índole, que modulan ese planteamiento general.

5a. Clausewitz: El objetivo de la guerra es desarmar al adversario[309], vale decir dejar a la cabeza política enemiga sin la posibilidad de utilizar el medio de la fuerza. Esto reemplaza en la práctica al objetivo político y en cierto sentido prescinde de él[310].

5b. Beaufre: El objetivo de la guerra es el tipo de la paz posterior. Probablemente esta sea una de las diferencias más importantes entre un estudio restringido al fenómeno de la guerra y uno más general como el que emprende la estrategia total. Clausewitz era consciente del objetivo acerca de la paz posterior[311], sin embargo, no es el objetivo de su elaboración resolver este problema y también veremos que el planteamiento de la estrategia total no tiene el nivel de generalidad requerido.

6a. Clausewitz: Al ser su obra un estudio sobre la guerra, aunque se reconoce a esta como la continuación de la política, se restringe al estudio del uso de la fuerza como medio principal.

---

308 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 15.
309 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 11.
310 Clausewitz, Karl von, *ibid.* págs. 9, 10 y 16.
311 Clausewitz, Karl von, *ibid.* págs. 84 y 85.

De este modo en Clausewitz quedan en el ámbito de la política, lo que la Estrategia Total deja en el ámbito de la estrategia como meros medios.

6b. Beaufre: Considera a la estrategia solo como medio y plantea que el ámbito de la política es solamente fijar los objetivos. Esto distorsiona y vela la función real de la política.

7a. Clausewitz: En la estrategia, a diferencia de la táctica, la ley del uso simultáneo de las fuerzas deja que la decisión principal tenga lugar casi siempre al principio de la acción principal, por lo que "las reservas estratégicas son cada vez más superfluas, cada vez más inútiles y peligrosas, cuanto más general es su propósito... Todas las reservas deben ser usadas para la decisión principal"[312].

7b. Beaufre: Sería interesante indagar las bondades de disponer de reservas estratégicas en el caso de la estrategia total. No he encontrado en Beaufre este análisis, pero en el espíritu de su concepción, en que la estrategia total se da en un *continuum* en el tiempo, en que los objetivos políticos a lograr se suceden unos a otros, es imprescindible el tener estas reservas consistentes en medios materiales, pecuniarios, relaciones internacionales, etc. En este sentido la estrategia total se asemejaría a la táctica en Clausewitz, pues esta debe tener como reservas no solo los medios de enfrentar imprevistos causados por el enemigo, sino además subsanar el resultado del encuentro, en caso de ser este desafortunado[313]. Por otra parte, sin embargo, si nos referimos a la Estrategia Total (con mayúsculas) también se podría afirmar que no existen reservas estratégicas en el caso de la política en general, pues no hay sectores del Estado que estén en inactividad desde esa perspectiva. Tanto en el terreno económico, social, cultural, etc., todas las fuerzas vivas de un Estado se administren adecuadamente o no, actúan de modo permanente. Un gran superávit fiscal, una gran reserva de valores en el banco central, un gran territorio virgen, si bien pueden estar sin una actividad concreta, desde el punto de la Estrategia Total

[312] Clausewitz, Karl von, *ibid.* págs. 155 y 156.
[313] Clausewitz, Karl von, *ibid.* págs. 156 y 157.

actúan de manera permanente, aunque sea para el hecho no menor de darle mayor estatura estratégica al Estado, en cuyo caso será tarea del bloque en el poder dirigirla hacia el objetivo que le interesa.

8a. Clausewitz: Considera que al comparar los factores geométricos en el arte de la fortificación y en la táctica (comprendida como el arte de la disposición de fuerzas militares, teoría de las posiciones y su ataque, también la forma que adoptan las acciones de envolvimiento), con respecto al factor geométrico en la estrategia (comprendido como la disposición de las tropas, la configuración de países), en esta última juegan un papel muy disminuido, debido a que abarca espacios y tiempos mayores y no vacila en considerar como verdad que todo depende más del número y magnitud de los encuentros victoriosos, que de la forma general en que están relacionados[314].

8b. Beaufre: El elemento que Clausewitz denomina geométrico, en la Estrategia Total adquiere una mayor importancia. La forma de un país, que tenga una ubicación costera, que tenga determinadas riquezas, la ubicación de sus vecinos, no siendo los elementos centrales para definir objetivos políticos y estratégicos, que como hemos dicho dependen en primer lugar de los intereses, son sin embargo significativos una vez que los intereses han sentado su reinado. También en el terreno militar, en ocasión del análisis que hace Sokolovski acerca de la nueva estrategia nuclear[315], se mostró la importancia del elemento geométrico en el principio de concentración de fuerzas y armamentos en el sector decisivo, en la redefinición del teatro de operaciones, en el nuevo concepto de golpes en masa de la cohetería nuclear, en el nuevo tipo de despliegue estratégico antes de la guerra, etc. No obstante, Beaufre también introduce el tema geométrico de una manera distinta en relación a la lucha de rebelión y guerrillera. Lo hace en ocasión de comentar un extraordinario pasaje de la obra de Thomas E. Lawrence, "Los Siete Pilares de la Sabiduría", donde este hace un análisis de la forma de lucha con la cual los árabes debían enfrentar al impe-

[314] Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 158.
[315] Parte II, capítulo "Táctica y estrategia".

rio turco en 1916. Allí Lawrence trata de resolver el problema de cómo los turcos defenderían un territorio de ciento cuarenta mil millas cuadradas en el desierto.

Dice Lawrence *"La primera confusión que surgió era la falsa antítesis entre la estrategia, meta de la guerra, visión sinóptica que contempla cada parte en relación con el todo, y la táctica, los medios propios para lograr un fin estratégico, los distintos peldaños de una escalera. Solo parecían puntos de vista para estudiar los elementos de la guerra: el elemento algebraico de las cosas, un elemento biológico de las vidas y el elemento psicológico de las ideas".*

"El elemento algebraico me pareció una ciencia pura, sometida a leyes matemáticas, inhumana. Operaba con variables conocidas, condiciones fijas, espacio y tiempo, cosas inorgánicas como colinas, climas y ferrocarriles, con masas humanas demasiado grandes para que se destacase la variedad individual, con todas las ayudas artificiales y prolongaciones atribuidas por los inventos a nuestras facultades. Era algo esencialmente formulable".

En el desierto, pero sobre todo por el carácter de los objetivos que perseguía uno y otro adversario, las cosas se presentaban distintas.

Lawrence concluye que los turcos defenderían el territorio mediante una línea de trincheras sobre el terreno, siempre y cuando los árabes avanzaran bajo la forma de un ejército con banderas. Pero se pregunta *"¿si fuésemos (como podíamos serlo) una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, que se extendiera como un gas?... Nuestro reino residiría en la mente de cada hombre y, como no necesitaríamos nada material para mantenernos, tampoco ofreceríamos nada material para la matanza"*. El ataque podía ser solo *"nominal y dirigirse, no contra el enemigo, sino contra su material"*. La regla a aplicar sería *"no aceptar nunca combate con el enemigo", "En Arabia, la batalla era una equivocación"*. Esta forma de lucha mediante el hostigamiento y sabotaje permanente, en conjunto con una propaganda dirigida tanto a las mentes propias como a las del enemigo turco, hicieron decir a Beaufre que este pasaje contenía todo lo esencial: *"la noción de **superficie**, la idea de aumentar la superficie de*

contacto con el adversario, sin buscar nunca la conquista de las zonas que llevarían al adversario a concentrarse"[316].

9a. Clausewitz: También en relación a los tiempos de acción e inacción, cuando se dan las condiciones para que un adversario avance el otro tendrá razones para la espera, así los dos no tendrán interés en avanzar al mismo tiempo, también y a pesar de los contraejemplos que se puedan encontrar, la suspensión de toda acción por ambas partes en la guerra, está en contradicción con la naturaleza del fenómeno[317].

9b. Beaufre: También se puede decir que a diferencia de la estrategia en Clausewitz, en la Estrategia Total nunca existe la inacción, tal como se dijo en el punto 7. En un Estado, siempre las capacidades estarán actuando en uno u otro sentido, ya sea en relación a su realidad interna como externa. Asimismo, siempre habrá algún tipo de interacción con otros Estados.

10a. Clausewitz: En relación a la defensa, Clausewitz plantea que esta es más fácil que el ataque, pues preservar es más fácil que ganar debido a que todo tiempo que transcurre sin ser utilizado, ayuda al defensor. Así, el defensor cosecha donde no ha sembrado[318].

10b. Beaufre: En relación a las ventajas de la defensa con respecto al ataque en la guerra, ocurre algo muy distinto en la política. Aquí la inactividad no preserva nada, se produce una pérdida permanente si no se tiene la iniciativa política. Si en la guerra el defensor cosecha donde no ha sembrado, en el caso de la Estrategia Total, en la mera posición de defensa se pierde irremediablemente lo que se había sembrado con anterioridad.

Trataré ahora de unir en un cuerpo único lo más pertinente de los dos mundos, con lo cual el conjunto de abstracciones que permitirán realizar el camino de ascenso de lo abstracto a lo concreto, contendría las consiguientes determinaciones. Sin em-

316 Beaufre, André, *op. cit.* "La Guerra Revolucionaria", págs. 162 a 174.
317 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 160.
318 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 308.

bargo, antes de hacerlo debo decir que esta teorización acerca de la estrategia no sería planteada de igual manera por quienes la elaboraron, pues lleva y debe llevar la impronta de los intereses a quien obedece.

De esta manera, efectivamente la Estrategia Total está "bien planteada" si persigue el interés de dar el dominio a los grandes centros de poder a nivel mundial, pues al igual que la información que se da en tiempos de guerra difícilmente se puede aspirar a que sea objetiva, pues es un medio más a emplear, la teoría acerca de la Estrategia Total también es un medio adicional para conseguir los objetivos políticos de los grandes conglomerados de poder.

Una teoría estratégica que pretende llevar adelante los objetivos políticos de los grandes conglomerados de poder no podría proceder de otra manera, pues su objeto es lograr el objetivo político, no pasar un examen de coherencia en la academia. Sin embargo, lo anterior no impide plantear sus elementos cuestionables desde una perspectiva teórica, si el objetivo es combatir la gran concentración de poder existente en el mundo y los intereses que determinan las políticas de la mayoría de los Estados.

De esta manera la teoría de la Estrategia Total, más allá de ser verdadera o falsa, es la presentación más adecuada que adopta la política que llevan adelante los intereses más poderosos a nivel mundial. Quienes la llevan a la práctica no dudan en reconocer en sus acciones todos los elementos que han quedado velados en el cuerpo de su teorización.

En este camino es admirable el trabajo que hizo Machiavelo, quien lejos de enseñar a los príncipes cómo gobernar, pudo mostrar al resto de la sociedad cómo gobiernan en realidad los príncipes[319].

Los mismos problemas que se enfrentan al intentar hacer una ciencia objetiva acerca de la estrategia ocurre al intentarlo

---

319 Gramsci, Antonio, "Maquiavelo y Lenin", Editorial Nascimento, Santiago; 1972, pág. 25.

con la política en general, pues en ambos casos estamos en el ámbito de intereses antagónicos. Una ciencia política independiente de los intereses no puede existir.

Veamos entonces, habida cuenta de las prevenciones anteriores, cómo lucirían los aspectos más abstractos de una teorización acerca de la estrategia que construyen los Estados en la actualidad.

Nuevos conceptos para la estrategia

Recordemos que se ha planteado en diversas oportunidades que los teóricos de la Estrategia Total, una vez que plantean en la teoría la separación de ámbitos entre la política y la estrategia, deben volver inevitablemente a argumentar su necesaria unidad con el objeto de conciliar la teoría con la realidad, pero que sin embargo este acto extemporáneo es inútil debido a que se pretende realizar con el mismo arsenal conceptual con el que se ha construido la teorización contraria.

También debo plantear que si bien sus teóricos afirman, a pesar de todo lo expuesto, que en definitiva la gran estrategia se despliega en el ámbito de la política, esta es una pretensión impropia, pues no se puede llamar con propiedad ‘política’, a un campo en que se han extirpado los intereses concretos de los grupos de poder. Es indudable, sin embargo, que los estrategas hacen política, pero esto no queda reflejado en la teorización de la Estrategia Total.

Este capítulo tiene por objeto, entonces, proponer algunos de los conceptos con los que se podría reconstruir la teorización de la estrategia como propia del ámbito político. Los conceptos que se presentan a continuación están solo enunciados, vale decir, no están desplegados con todos sus contenidos y son solo una guía para una elaboración futura.

a) Intereses

Las sociedades políticas se caracterizan por la existencia de intereses contrapuestos y antagónicos. El carácter de los intereses

involucrados se refieren fundamentalmente a la conservación y acrecentamiento de las posiciones de poder de los grupos que lo detentan. Las actuales posiciones de poder, lejos de configurar luchas abstractas, están relacionadas con los patrones de acumulación y de valorización de los capitales que durante el siglo XX y hasta los años 70 se caracterizó por el dominio de los grandes monopolios a nivel mundial y, posteriormente, lo que la ofensiva neoconservadora ha impuesto a la mayoría de las economías del mundo a través del dominio de ciertos enclaves del capital financiero. También se relaciona con la conquista y aseguramiento estratégico de diversas zonas del planeta, ya sea por su importancia política o por sus riquezas naturales. Asimismo con la mantención y profundización de las relaciones mercantiles capitalistas en el globo, sobre todo en las vastas regiones que aún viven bajo sistemas de carácter agrario o comunitarios, y también con la expansión de las esferas de influencia de las distintas facciones del capital financiero transnacional. Lo anterior será la fuente del conjunto de intenciones hostiles que colman el planeta.

Estas distintas facciones no forman un cuerpo coherente de intereses comunes, sino que coexisten en una relación de antagonismo. Este se presentó en el siglo XX como la lucha entre los monopolios por la repartición del mundo (ejemplos paradigmáticos son las dos guerras mundiales del siglo XX) y, a partir de la década de los años 70 del siglo pasado, como la lucha entre las distintas facciones del capital financiero transnacional (que se presenta bajo distintas formas, entre ellas el enclave neoconservador en Estados Unidos que agrupa los grandes grupos petroleros y el complejo militar industrial, las facciones que impulsaron la creación de la Comunidad Económica Europea, conglomerados de gran poder en Japón y la naciente pero poderosa facción que se está conformando en Oriente alrededor de las economías china e india. Por otra parte, también aquellos sectores que estando bajo el dominio de relaciones capitalistas de producción, se resisten a aceptar los patrones de acumulación impuestos por los grandes grupos de poder económico a nivel mundial que los depredan (fundamentalmente las economías capitalistas del Tercer Mundo y aquí vemos los intentos de formar acuerdos regionales como el MERCOSUR que son duramente combatidos por los grandes poderes del capital financie-

ro transnacional) y aquellos sectores que se resisten a las transformaciones de sus economías agrarias a capitalistas o que siendo capitalistas en ciernes están bajo el dominio de sectores o grupos a niveles nacionales o regionales (ejemplo paradigmático es el Medio Oriente y el conflicto en Irak).

Determinante es el interés de estas facciones del capital financiero por valorizar sus capitales, vale decir, obtener cuotas cada vez más crecientes de plusvalía generada por el trabajo asalariado, pero también obtenidas a partir de la depredación de parte de la plusvalía producida por el trabajo asalariado dependiente de otras facciones de la burguesía. Esta situación de antagonismo entre clases sociales, ya sea entre distintas capas de la burguesía, o entre aquellas y el trabajo asalariado en sus múltiples formas, produce explosiones violentas de distinta índole, guerras y revoluciones sociales.

b) Duelo

Este, en una ubicación segunda en relación a los intereses y por lo tanto ya no como punto de partida, es la relación social que se establece entre los sujetos de los intereses antagónicos y consistirá en la lucha para imponer la voluntad propia al adversario. Si hay intereses antagónicos, también hay intereses comunes entre otros entes del ámbito de la política, de donde se desprenderán alianzas basadas en esta comunidad de intereses.

c) Acerca de los medios

El medio para conseguir los objetivos políticos será el abanico de posibilidades que proporciona el ámbito de la política. Como una lista no exhaustiva podemos nombrar: alianzas, negociaciones, guerra, estrategia, bloqueo económico y político, actos de disuasión, amenazas de uso de la fuerza, provocaciones, propaganda, presiones y amenazas internas a particulares o entidades estatales o de la sociedad civil, depuraciones al interior de las propias filas, desarrollo económico, estabilidad social y también convulsión social, organización-creación o destrucción de las organizaciones sociales y políticas, integración económica con otros Estados, así como la ruptura de la integración, etc.

En este mismo sentido abarcan los medios nombrados los cuatro campos de acción del Estado, por lo que el Estado mismo es un medio. No obstante en este caso debe entenderse al Estado en tanto verbo, no en tanto sustantivo, vale decir, en tanto gobierno del mismo.

Tener presente que por lo mismo no aparecen como medios los ejércitos y otros medios materiales, pues de lo que se trata es de diferenciar claramente las acciones o actos que se realizan para lograr los objetivos, de los medios materiales con los cuales se llevan a cabo. En este sentido aparece como medio la guerra, pero no los ejércitos que se utilizan para llevarla a cabo.

¿Y por qué no? No hay duda de que los ejércitos son medios de la estrategia militar. Pero es importante diferenciar la gran estrategia de la estrategia propiamente militar. Desde el punto de vista de la gran estrategia, cuando se decide el uso de la guerra como medio, es posible que aún no se tengan los ejércitos apropiados ni otros medios necesarios y será una tarea por realizar construir unos y obtener los otros, pero esto no es obstáculo para llegar al convencimiento de la necesidad de utilizar el medio de la guerra. Lo central de comprender aquí es que la gran estrategia define el conjunto de acciones, entre las cuales se encuentran las dirigidas a obtener los medios; no utiliza los medios de manera directa. Los medios de la gran estrategia son justamente las acciones por realizar. En la estrategia propiamente militar en cambio, "en el arte del general", no se pueden considerar medios a ejércitos aún inexistentes[320].

Por otra parte, si bien aparece la estrategia como medio, tampoco aparece como medio la Estrategia Total, pues, por to-

---

320 Esta afirmación es necesaria relativizarla. Es posible "para el arte del general", sobre todo en la guerra irregular, hacerse de ejércitos en el fragor de la lucha. También podría caber en esta categoría de "medio inexistente", la concepción de unidades de combate "virtuales", como aquellas que no existiendo de hecho como unidad regular en activo, existen no obstante en potencia, en los organigramas, y que se constituyen en base a reservistas que tienen entrenamiento regular a lo largo del tiempo, sus armas asignadas y que se pueden activar rápidamente. No obstante, esta relativización no afecta el planteamiento central que se ha hecho, pues en ambos casos, el nuevo ejército o unidad de combate surge en base a definiciones previas que corresponden a la gran estrategia.

das las razones esgrimidas anteriormente esta no es un medio, sino un objetivo político a alcanzar. En cambio aparece como medio la política en sus diversas manifestaciones, pues como se dijo la política no solo es acto, acción, sino que es el instrumento para imponer los intereses.

d) Uso de la fuerza

Entre las abstracciones teóricas de partida, Clausewitz incluye la idea de la utilización de la fuerza en medida ilimitada.

"Muchas almas filantrópicas imaginan que existe una manera artística de desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre, y que es esto lo que se propondría lograr el arte de la guerra. Esta es una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda parecer. En asuntos tan peligrosos como la guerra, las ideas falsas inspiradas en el sentimentalismo son precisamente las peores. Como el uso máximo de la fuerza física no excluye de modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que usa esta fuerza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre por grande que sea, obtiene una ventaja sobre el adversario, siempre que este no haga lo mismo"[321].

La idea de que la fuerza se usa de un modo proporcional a la que opone el adversario y solo con un excedente para derrotarlo, es un resultado circunstancial, no un principio. La cuantía de la fuerza a utilizar, no se desprende del grado de las intenciones hostiles en juego. Estas intenciones pueden tener grados, pero el principio que determina el uso de la fuerza, es la consecución de los intereses, los cuales actuarán permanentemente hasta que sean satisfechos de manera total. Así es que, la cuantía de la fuerza a utilizar es el resultado final que resulta de ese principio y de las tendencias contrapuestas que surgen en el curso de la lucha.

Estas tendencias contrapuestas pueden estar dadas por la fuerza del adversario, por presiones internas e internacionales, para evitar el aislamiento político, por ahorrar recursos o por el

[321] Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 10.

tipo de paz que se desea posterior al conflicto. No pocas veces también es solo una intención declarada con el objeto de lograr apoyos internos y externos, pero que no es cumplida en absoluto, por las razones esgrimidas por Clausewitz. Incluso estas tendencias en sentido contrario podrían no existir o ser de una debilidad extrema en cuyo caso la fuerza se aplicará sin restricciones.

Hemos traído a colación este principio del uso de la fuerza en medida ilimitada en el caso de la Estrategia Total, pues es una resultante del principio más general del uso ilimitado de medios, cuando el conflicto ha escalado hasta el punto en que ha estallado la guerra. Esto ha quedado en evidencia no solo en las dos grandes conflagraciones mundiales del siglo pasado, o en la seguidilla de golpes de Estado ocurridas en las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado en variados países de distintos continentes, como también en los conflictos recientes en Kosovo, Afganistán e Irak, y también en las respuestas concretadas en los atentados del año 2001 en territorio de Estados Unidos o en los múltiples atentados a la población civil en distintas partes del mundo.

Sun Tzu, como ha sido citado anteriormente, decía que la mejor estrategia era vencer al enemigo sin combatir. Desde luego que no hay para qué dar batallas que se pueden evitar si se pueden obtener los mismos objetivos por otros medios que tengan un menor costo para la parte que decide la acción. Pero es una ingenuidad creer que se puede evitar el uso de la fuerza siempre, cuando se enfrentan intereses antagónicos, los cuales por definición se tratarán de imponer a plenitud. No obstante, la afirmación de Sun Tzu está hecha en el ámbito de la política en general, en cambio la de Clausewitz es en el ámbito de la guerra, por ello ambas afirmaciones no son contradictorias.

"Como el uso de la fuerza no excluye la cooperación de la inteligencia" como decía Clausewitz, no es contradictorio la utilización de distintos medios además del uso de la fuerza, de modo que no hay argumentos para pensar como lo hace Beaufre, que en la medida que se perfeccione la Estrategia Total, existirá cada vez más la tendencia a usar menos la fuerza y más otro

tipo de medios. Por el contrario, la tendencia es a utilizar cada vez más ambos tipos de medios, producto de los prodigios en los avances que se han logrado en ambos campos, pues lo importante es conseguir los objetivos y no pasar un examen de buena conducta. La naturaleza antagónica de los conflictos, determina que el único límite al uso de la fuerza estriba en el conjunto de tendencias contrapuestas que surgen objetivamente durante aquellos y que determinan la conveniencia de utilizar la fuerza en mayor o menor grado.

e) Objetivo

Para comprender el objetivo lo primero que hay que hacer es identificar al sujeto o agente que lo plantea; este agente está definido por el interés. Normalmente en este caso aparece como sujeto el Estado, y la arena del conflicto es comúnmente la comunidad internacional. Sin embargo, si reconocemos en el Estado la representación de las distintas facciones de intereses que conforman los bloques de poder, el Estado se ve ya no como sujeto sino como un medio más, aunque privilegiado por las complejidades y potencialidades que encierra. No es difícil demostrar en la historia de todos los Estados que su forma de integración internacional obedece a intereses particulares y no generales.

Dadas las cosas de esta manera, en relación al poder, la forma más recurrente y lógica de acción de las facciones en la etapa actual de la globalización capitalista es preservarlo, demostrarlo y aumentarlo, lo que se materializa en intentar conseguir medios en medida ilimitada. Esta idea tiene un parecido formal a la de Morghentau, de la lucha por el poder en sus tres variedades, sin embargo, la diferencia estriba en que en mi planteamiento el poder no es el punto de partida, pues se explicita el que los intereses involucrados no son etéreos o surgidos de no se sabe dónde, sino que están enclavados en determinadas relaciones sociales, por ejemplo el capital financiero.

Y en cuanto a los objetivos, si se hace un recuento de los que persiguen los grupos de poder en su objetivo de conseguir medios en medida ilimitada, encontraremos un factor común

en los siguientes: mejora en la posición y en el poder geoestratégico de los Estados en los cuales se han enquistado, aseguramiento de fuente de materias primas para su explotación, reconocimiento internacional de los Estados que llevan políticas funcionales a sus intereses y desconocimiento de aquellos Estados en que se han enquistado fuerzas antagónicas con el objeto de aislarlos o destruirlos, alianzas con otros Estados con el objeto de hacer prevalecer determinados modelos de relaciones sociales que favorecen su acrecentamiento de poder y riqueza, aumento del PIB de los Estados pero bajo patrones de acumulación bien determinados que los favorezcan, dominio de zonas clave del planeta, aumento de la riqueza e influencia de los grandes grupos financieros transnacionales, aumento del poder armado de los Estados, entre otros.

La caracterización del objetivo que se hace en la Estrategia Total acerca del tipo de paz a alcanzar al término del conflicto, siendo un objetivo real no refleja a mi juicio toda la amplitud del problema. Este objetivo de paz, aparece como un caso particular de un rango más amplio de posibilidades. Pensemos en el caso no infrecuente en que no se desee alcanzar ninguna situación de paz ni en el corto ni en el mediano plazo. Este parece ser el caso en la situación de conflicto del Medio Oriente. Por una parte, EE.UU. tiene la posibilidad de influir cada vez más tras sus objetivos en la región en una situación de conflicto permanente que en una situación de paz definitiva. Razones en este sentido también alimentan la política exterior llevada adelante por las cúpulas gobernantes de varios países árabes, para quienes, una paz definitiva con Israel, conllevaría su reconocimiento como Estado legítimo y por otra parte, porque la eliminación de esta tensión exterior, crearía condiciones para que se explicitaran los conflictos propios de sus regímenes antidemocráticos.

Collins, citando a Huntington del año 1973, para ejemplificar cierto tipo de razonamiento, plantea que *"los compromisos en general de EE.UU. (en ultramar)... no se ven afectados por la agresión, sino, por el contrario, se benefician. 'El objeto integral no es disuadir la agresión, sino mantener un equilibrio de fuerzas'* (lo destacado es del autor del libro), *en la cual ningún país o coalición de*

países pueda ejercer una soberanía universal"[322]. "El Libro de la Defensa de Chile" reconoce también esta posibilidad al caracterizar el fenómeno de la guerra[323].

Como se ve, la escuela del "realismo político", al no develar el conjunto de intereses que subyacen a la búsqueda de poder, aparece bastante ingenua a la luz de lo anterior, y más que realista peca de surrealista, al darle a la categoría de poder un sostén en sí mismo. No obstante lo dicho, no hay que engañarse sobre esta imputación de ingenuidad, pues en el planteamiento de la búsqueda del poder en abstracto se ocultan, ex profeso, los reales móviles de la política.

f) Estrategia

La Estrategia Total, como se dijo, es un medio a conseguir. Pero la estrategia considerada en su modo más general, o mejor dicho la gran estrategia a la que nos referimos ahora, es la forma en que se articula la política en la consecución de los objetivos, es su principio ordenador en el tiempo y en el espacio. No se restringe a la ciencia en su sentido propio, pero al igual que estas y que las artesanías tradicionales, debe respetar la objetividad y la materialidad de la realidad.

g) Política

La política también es un medio, pero en tanto verbo, no en tanto sustantivo. Como se dijo es el arte de conquistar, mantener y utilizar el poder en pos de ciertos intereses y en contra de los intereses antagónicos. Es una constructora de articulaciones sociales y en tanto tal una creadora de nuevas realidades.

---

322 Collins, John M., *op. cit.* pág. 169.

323 Ministerio de Defensa Nacional de Chile, *op. cit.* "Libro de la Defensa de Chile", pág. 36.

PARTE VI

CONCLUSIONES

Se ha realizado un análisis de la Estrategia Total según es presentada en la teorización de Beaufre. Se develó el conjunto de problemas que había tras la pretensión de construir una teoría acerca de la concurrencia de todos los medios para conseguir los objetivos políticos, basada en una concepción diferenciada de los ámbitos de la política y de la estrategia. Se criticó la consideración de la primera como el mero receptáculo de impulsos subjetivos, frente a la objetividad y racionalidad que representaría la segunda. Se criticó luego la manera cómo Beaufre intenta su integración, de suyo loable, pero que, sin embargo, no conllevaba ninguna crítica a las categorías que subyacen a su separación.

Se planteó, por el contrario, que el campo único donde se despliegan tanto los objetivos políticos como la forma de conseguirlos es aquel formado por el conjunto de intereses antagónicos. Si este no fuera un campo con existencia objetiva, no solo la estrategia no sería necesaria, sino que simplemente la política desaparecería. Solo se pudo concebir el error de erradicar a la política del campo de la objetividad al haberle arrancado a esta última su anclaje en los intereses reales. De modo que se mostró que la política fija los objetivos y es la articuladora de los medios para conseguirlos, justamente a través del pensamiento estratégico. De otra manera, también, no es procedente limitar la estrategia a una mera administración de medios, que es a lo que quedaría reducida, a pesar de la intención de Beaufre de diferenciarla del “arte del ingeniero”, si se la separa del ámbito político.

Se describió cómo, al separar desde el punto de vista teórico la estrategia de la política, Beaufre debe volver incesante-

mente, en un movimiento pendular, a plantear su necesaria unidad para conciliar la teoría con la realidad, aunque sin lograrlo.

Para resolver el conjunto de contradicciones descritas se incorporó entonces al análisis el elemento más importante del cual prescindía la teorización de la Estrategia Total, vale decir, los intereses políticos y económicos de los grupos de poder.

Se develó la necesidad interna que hay en la teoría de Beaufre, de separar la estrategia de la política y dejar a esta última en el ámbito abstracto de impulsos subjetivos. El reconocimiento de la identidad de ambos campos implicaba, a la vez, el reconocimiento de la existencia de los intereses reales que estaban detrás de la lucha de voluntades. Con esto se mostró que la separación no obedecía a una necesidad de la teoría de la estrategia, sino a una necesidad de cierto planteamiento ideológico. De aquí que el reconocer la existencia de grupos de poder con intereses antagónicos que determinan los objetivos políticos, es la consecuencia y la otra cara de reconocer en propiedad y no solo formalmente a la Estrategia Total como parte del campo político.

Con esto planteé también que la teorización acerca de la estrategia está condicionada por el tipo de relaciones sociales que subyacen en la sociedad y por el carácter de los antagonismos derivados de la lucha de intereses, por lo que no es un problema lógico, sino de carácter histórico y político.

Se vio también cómo el desarrollo de los antagonismos a escala global ha determinado en la actualidad que el objetivo más importante de los grupos de poder es conseguir medios en medida ilimitada, con lo cual se produce una transmutación de los medios en fines. Hoy el fin es poseer medios y por lo tanto poseer una Estrategia Total. Planteamos cómo este hecho determinaba que la Estrategia Total, entendida de esta manera, era un fenómeno nuevo, diferente a la estrategia total, consistente en la confluencia de distintos medios para la obtención de determinados objetivos políticos, que indudablemente se utilizó siempre en la lucha de intereses antagónicos desde la antigüedad. También planteé que si tras los objetivos

políticos actuaban intereses, la política misma debía ser considerada un medio.

Por lo tanto, la Estrategia Total a la cual aspiran los Estados en la actualidad es tanto un instrumento como un fin a conseguir. En su primer rol su función es conseguir determinados objetivos. Si para la consecución de estos se requiere el uso de la fuerza, la fuerza será usada. No es el fin de la política, ni regla de la estrategia, evitar el uso de la fuerza, ni tampoco el usarla, el fin es conseguir el objetivo político.

Por ello se planteó que no hay ninguna relación entre un menor uso de la fuerza y el desarrollo del pensamiento estratégico. No debe confundirse el análisis que hace Beaufre de la disuasión surgida en el conflicto nuclear, con la disuasión en general. El que no haya enfrentamiento nuclear y que el equilibrio nuclear sirva para la disuasión en el terreno nuclear, no significa que en el futuro predomine la estrategia indirecta como creía Beaufre. Lo anterior solo indica la necesidad de la proliferación de todo tipo de medios para lograr los objetivos, incluyendo el uso de la fuerza militar.

Se concluye de todo el análisis anterior que lo único que permitiría crear una situación de menor uso de la fuerza en el futuro, sería una disminución en el grado de los antagonismos sociales, cuestión política por excelencia.

Se mostró también que el uso de la fuerza en relación al logro de los objetivos políticos no debe interpretarse erróneamente en el sentido que las funciones políticas deban su existencia a la fuerza; por el contrario, he planteado que las funciones políticas deben su existencia en primer lugar a una necesidad real surgida del entramado social. No se deben confundir, por lo tanto, las funciones sociales en las sociedades políticas, con los objetivos políticos particulares de los grupos de poder. Del mismo modo se precisó, para no caer en alguna versión de las teorías de la conspiración, que la existencia de estos grupos de poder estaba determinada por la propia dinámica del desarrollo capitalista, y que más que sujetos, debían ser considerados agentes o vehiculizadores del proceso objetivo

de ampliación y profundización de las relaciones capitalistas de producción.

No obstante, es necesario destacar que se ha utilizado el factor económico como medio adicional y ocasionalmente alternativo al uso de la fuerza directa de una manera especial y nueva. Este factor siempre existió en las sociedades configuradas por distintas clases sociales, sin embargo, el desarrollo del capitalismo desde sus inicios hasta su etapa globalizadora le ha ido dando a este factor características especiales que permite conseguir hoy día objetivos que en el pasado solo eran posibles mediante el uso directo de la fuerza.

Se planteó, además, que el interés económico no es el único determinante para la fijación de los objetivos. Tan importante como este son las motivaciones de carácter político, con independencia de que en última instancia estos también remitan indirectamente a factores económicos. De esta manera las invasiones de Irak, Kosovo, el problema árabe-israelí, Afganistán, el problema con las etnias mapuches y pehuenches en nuestro país, son problemas políticos, en que hay motivaciones políticas y en tanto tal deben ser analizadas y resueltas en términos políticos.

También el desarrollo de la juridicidad internacional y la juridicidad al interior de los Estados han tenido grandes desarrollos conducentes a aminorar el uso de la fuerza para dirimir los conflictos. De igual modo se han creado nuevos referentes y grandes movilizaciones populares con el objeto de crear conciencia antibélica, por el respeto a la soberanía de los Estados, por el respeto del principio de no injerencia en los asuntos internos y por el respeto de la juridicidad internacional. En la medida que estos hechos adquieren cierto peso específico en el ámbito político, han servido efectivamente para esos objetivos.

No obstante lo anterior, se ha planteado que estos hechos constituyen solo tendencias contrapuestas al uso de la fuerza, ya que esta posible disminución de su uso no se deriva del grado de la intención hostil. Por ello se afirmó que pese a la apariencia en contrario que puede darse en determinados períodos históricos, la fuerza directa se seguirá utilizando en ma-

yor o menor medida, además de otros medios. No comparto la idea de Beaufre según la cual cada vez más los objetivos se lograrán a través de la estrategia indirecta. De esta manera se nos presenta un mundo en que confluirán efectivamente todos los medios para imponer la voluntad, incluido el uso de la fuerza directa.

Se propuso también un conjunto de conceptos de uso frecuente en el tema de la estrategia total, tales como intereses, duelo, medios, política, objetivos, estrategia, pero enriquecidos, tanto por la crítica que se les ha realizado como por el rescate de los contenidos valiosos que comporta su uso en los clásicos del tema. Esta redefinición de conceptos, cuya necesidad fue surgiendo al reordenar toda la construcción teórica partiendo de la centralidad de los intereses objetivos que existen tras las definiciones de objetivos políticos, fue la que me permitió criticar la forma cómo Beaufre reinserta la estrategia en el ámbito político.

Tal como se planteó en la Introducción, esta redefinición de conceptos convierte a esta obra no solo en una crítica a Beaufre, sino también, y sobre todo, en un aporte a una crítica de carácter general a los teóricos de las distintas versiones de la estrategia total, o de la gran estrategia.

Aunque se ha puesto el esfuerzo principal en un análisis crítico a la teorización de la Estrategia Total, se reconoce, sin embargo, el gran aporte que significó su sola existencia como cuerpo teórico. El mayor aporte de esta teoría es haber abierto el camino para plantear en la actualidad el concepto de estrategia total al interior del ámbito político. Este solo hecho obliga a mirar la política de una manera distinta al restituirle, en la teoría, el uso de la fuerza como un elemento esencial. También entrega elementos adicionales para desarrollar una teoría política verdaderamente realista, al producir la encrucijada teórica de la cual no podía seguirse avanzando sin incorporar el ámbito de los intereses de los grupos de poder. De esta manera, la teoría de Beaufre da claves muy importantes para la comprensión de las estrategias de las grandes potencias y de los centros de poder que las sustentan.

Esto llevó a plantear que el Estado, lejos se ser un sujeto de la política internacional, es un medio, aunque sin duda el medio privilegiado y más importante de los grupos de poder en la hora actual. Estaremos restando capacidad de análisis si pensamos que el Estado no sirve a ningún interés particular y que todas sus grandes políticas tendrían correspondencia con algo como el "Bien Común". De ello se deriva, además, que ninguna teoría por sí sola cambiará los objetivos estratégicos definidos para el Estado. Solo un cambio en las correlaciones de fuerza puede conducir a cambios importantes de los objetivos nacionales de los Estados.

Pero tal como se ha afirmado, tampoco el Estado es un ente homogéneo que sirva a un solo interés monolítico; por el contrario, el bloque en el poder es una articulación de diferentes intereses, no solo con intereses comunes, sino también con intereses diferentes y a veces antagónicos. Lo que no se debe perder de vista, sin embargo, es que estos intereses más o menos monolíticos o antagónicos, corresponden a intereses de grupos de poder, lugar que está vedado para la gran mayoría de la población y sus intereses objetivos.

Con el término "intereses objetivos" me refiero a aquellos intereses que resultan afectados por las políticas impulsadas por los grandes conglomerados de poder, tengan o no conciencia de ello los afectados. Estos, y por su misma condición de tales, no participan en el proceso de determinación de los objetivos nacionales.

El denominado "Bien Común", ámbito desde donde los grupos de poder hacen sus enunciados de los programas de gobierno y, en general, el conjunto de propuestas que hacen al país y que normalmente se dirimen en las elecciones de distinto tipo, son propuestas que se construyen una vez que se han asegurado y satisfechos los grandes intereses de los grupos de poder, plasmados en los objetivos nacionales. Así, en las sociedades donde prima la lucha de voluntades antagónicas, el "Bien Común" solo puede ser planteado en el marco resultante, una vez que ha sido satisfecho el "Bien Particular" de los grupos de mayor poder.

Si se ha de reconocer la dialéctica de voluntades antagónicas en el terreno internacional, sobre cuya base se construye la teorización acerca de la estrategia; si se reconoce la acción de esas voluntades planteadas sobre intereses concretos a lo largo y ancho del mundo globalizado; si se reconoce que parte integrante de esta acción es actuar por medio de múltiples medios del ámbito económico y político al interior de otros Estados; si se reconoce la necesidad de esos grandes grupos de poder que actúan en la arena internacional de establecer alianzas con otros grupos o con facciones de los mismos al interior de los Estados, por las mimas razones se debe reconocer la existencia de antagonismos de intereses al interior de cada Estado. Y aquí me refiero tanto a los antagonismos entre diferentes poderes globales que actúan al interior de cada Estado donde operan, como a los antagonismos entre estos grupos de poder en su conjunto y el resto de cada comunidad nacional que conforma justamente la porción de la torta que disputan aquellos poderes.

El análisis anterior me permite afirmar que existe por lo tanto una base social, cuyo interés objetivo es afín a un cambio en las grandes definiciones nacionales, aunque en nuestro país el actual proceso político hacia la democratización no haya permitido aún –justamente por una adversa correlación de poderes– hacer partícipe a estas mayorías, ni de los mecanismos ni de la información necesaria para tomar este tipo de decisiones.

Parte integrante entonces del camino que hay que construir para realizar las transformaciones democráticas aludidas, es justamente identificar los intereses de los grupos de poder y establecer las afinidades y las diferencias al interior del bloque en el poder; a la vez, bregar por incluir, en los organismos correspondientes del Estado relacionados con la fijación de los múltiples aspectos atingentes a la fijación de objetivos nacionales, protocolos de investigación y discusión acerca de los intereses de los grupos de poder que actúan a nivel nacional y transnacional; asimismo, crear las instancias necesarias que funcionen de manera regular para nutrir los análisis de coyuntura con este tipo de antecedentes. Esta misma línea de investi-

gación se debe fortalecer y ampliar en instancias de estudio no estatales, con el objeto de apoyar e ir nutriendo de manera multifacética este trabajo.

Se debe así identificar y mostrar el abismo objetivo que existe entre esos intereses particulares y los intereses de las grandes mayorías nacionales, comprender cómo se articulan estos intereses particulares a los mecanismos de poder y de decisión, tanto al interior como al margen del Estado. Del mismo modo se debe informar ampliamente acerca de esta realidad a la ciudadanía y, por medio de la creación de las instancias políticas adecuadas, convocar a esas mayorías –que pueden profesar distintos ideales de sociedad pero que los aúna el lugar común de estar desplazados de los grandes intereses aludidos– tras la consecución de nuevas definiciones estratégicas para nuestro país.

La conclusión más importante a que arribo en esta obra, en el camino de profundizar la democracia, es sentar la necesidad de diseñar nuestro planteamiento político-estratégico, nuestros objetivos nacionales, teniendo conciencia de los intereses reales que hay tras los objetivos políticos de los sujetos que actúan a nivel internacional y tomando en cuenta que las potencias y los poderes que las sustentan están empeñadas en lograr una Estrategia Total. Se ha mostrado la necesidad de conocer y analizar cómo se utiliza y se ve afectado el Estado por los intereses ajenos y cómo se afecta a los intereses de los distintos sectores sociales. Asimismo, aclara la necesidad de analizar el interés común que existe entre los distintos sectores sociales pertenecientes a distintos Estados, con el objeto de establecer identidad de objetivos. Finalmente, permite conocer y aclarar a qué intereses sirven en realidad las políticas y objetivos que perseguimos como país.

También nos muestra que no se puede enfrentar a los grandes poderes que actúan en la arena internacional desde una posición de debilidad o aquiescencia irreflexiva. Hoy día ningún país, ni los más grandes, se pueden volver poderosos por sus propios medios, ni con cualquier objetivo político. Debemos reconocer que nos vemos enfrentados a un conglomerado de

intereses poderosos, de los cuales indudablemente el más importante es la facción neoconservadora que actúa por medio de Estados Unidos. Este ha llegado a ser el instrumento que se ha convertido en el mayor peligro para el desarrollo libre e independiente del resto de las naciones y nos debe llevar a la necesidad de establecer, como Estado y también a través de los medios de que dispone la sociedad civil, alianzas con quienes compartimos esa realidad. De otra manera no podremos diseñar una verdadera estrategia, sino que seremos parte de la estrategia de los grandes centros de poder.



ANEXO 1

Huntington y el origen de los conflictos en la actualidad

En este Anexo se dará una idea muy general de cuáles son, a mi juicio, las condicionantes estructurales, vale decir, las bases que subyacen en el origen de los conflictos actuales a nivel global. Para ello he tomado como objeto de crítica y a manera de ejemplo el análisis que hace Huntington, el cual, si bien no elabora su temática en el ámbito de la estrategia, da una interpretación acerca de la causa de los conflictos actuales y futuros, que ha tenido una amplia repercusión en el mundo intelectual.

Como he planteado en reiteradas oportunidades a lo largo de este libro, la objetividad de la política está dada por el hecho de que la base de los conflictos sociales obedece a la existencia de intereses antagónicos de diferentes grupos de poder. Estos intereses le dan el rango de objetividad a la política porque son intereses reales, atingentes al ámbito económico, político y/o ideológico. En ningún caso los intereses surgen en el marco de la pura espontaneidad, de la pura subjetividad o de construcciones ideológicas inarticuladas. Asimismo, considero que en el caso de los intereses derivados de razones políticas e ideológicas, estas se originan en causas económicas, pero no solo comprendidas en su sentido pecuniario, sino en el sentido más integral que le da la Economía Política, vale decir, referida al conjunto de los efectos que ocurren en las relaciones sociales que establecen los hombres para producir y reproducir la vida social.

Por ello es que comenzaremos el análisis con una descripción del surgimiento de las relaciones sociales en el capitalismo, en base al estudio que hace Marx de este tipo de relación social.

Este plantea que *"...La circulación de mercancías es el punto de arranque del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea el comercio, forman las premisas históricas en que surge el capital"*.

Pero el capitalismo –agrega Marx– se diferencia de la producción mercantil simple, no solo por el hecho de que una mayor cantidad de productos se incorporan a la circulación mercantil, y la forma mercantil del producto se haga dominante. Además, en la esfera mercantil debe aparecer una nueva clase de mercancía: la fuerza de trabajo. Vale decir, debe aparecer una clase de hombres que para poder subsistir debe necesariamente vender la mercancía "fuerza de trabajo" a quien pueda comprarla. La condición para que surja esa clase de hombres es que estos se encuentren en una situación de libertad en un doble sentido. Libre de las trabas esclavistas o feudales-terratenientes, que les impedían la libertad de ser contratados por el poseedor del capital, o sea, libres desde el punto de vista político, y por otra parte –en la forma en que ciertos economistas denominaban eufemísticamente en el siglo XIX a este fenómeno– "libres" de la posesión de medios de producción, vale decir, carentes de los medios que les permitirían subsistir por sí solos, como es el caso de campesinos propietarios de tierras o artesanos o pequeños empresarios propietarios de medios de producción[324].

El proceso que crea esta clase de hombres y que se inicia a partir del siglo XV fue llamado "acumulación originaria" y consistió en lo esencial en un proceso gigantesco de expropiación de las tierras campesinas a sus propietarios, el que consolidó las condiciones apropiadas para el surgimiento, por una parte, de esta clase de hombres libres en su doble sentido y, por otra parte, una clase de hombres propietarios de los medios de producción y necesitados de encontrar la mercancía fuerza de trabajo para ser contratada[325].

El avance arrollador de este modo de producción desde el siglo XV hasta nuestros días, ha consistido justamente en ese

324 Marx, Karl, *op. cit.* "El Capital", Libro 1, Sección 2.
325 Marx, Karl, *op. cit.* "El Capital", Libro 1, Sección 7.

masivo proceso que, por un lado, determinó gran parte de las luchas por la libertad política y, por otro, la conformación de una masa gigantesca de obreros asalariados, que hasta el día de hoy siguen proviniendo desde el campo a las grandes ciudades en aquellos países en que aún existe una economía agraria. Por otra parte, ha creado inmensos centros de poder cuyas bases fueron y siguen siendo los procesos de centralización y de concentración de capitales.

Estos procesos aumentaron la producción mercantil, vale decir, producción que va dirigida al mercado y no al propio productor y, por otra parte, aumentaron el llamado mercado interno, el cual está determinado por la producción y el consumo productivo de los grandes centros fabriles y de servicios y también por el gran consumo realizado por los trabajadores asalariados a nivel global.

Si bien este proceso comenzó en el siglo XV, sigue hasta el día de hoy, pues una parte importante de la humanidad aún vive bajo condiciones precapitalistas, vale decir, que realizan el proceso de producción para el consumo propio o viven en comunidades aisladas y no se han integrado a los procesos modernos de producción de mercancías. Estas formas antiguas de relación social no solo existen masivamente en África, Asia y América Latina, por ejemplo, en diversas modalidades de comunidades originarias o simplemente campesinas. También coexisten con modernas relaciones capitalistas, como las existentes aún en países del Medio Oriente o incluso en países del Primer Mundo.

Un caso notable de destacar es el proceso chino, en el cual están siendo trasladados millones de hombres anualmente, de manera planificada, desde una forma de producción comunitaria, no mercantil, en el campo, hacia las ciudades con un gran desarrollo capitalista.

Hoy día el gran proyecto de los grupos de poder que representan al sector más dinámico de la economía mundial, el correspondiente al capital financiero, vale decir, al capital que reúne en una sola mano el capital industrial, comercial y ban-

cario bajo la forma de grandes corporaciones o "grupos económicos", es llevar adelante una "cruzada modernizadora" de la economía mundial, consistente en imponer las modernas relaciones sociales capitalistas a aquellas regiones del mundo que aún no las tienen. Me refiero también aquí al antiguo campo socialista, el cual ya está en un proceso avanzado de desarrollo capitalista.

Es importante destacar que hay centros de gran oposición a estas transformaciones, en particular la ex Yugoslavia, Kosovo, Afganistán; también en el Medio Oriente, parte importante del mundo árabe y en particular Irak, así como gran parte del Oriente también con China e India, países que en conjunto equivalen a la tercera parte de la población mundial, y por lo tanto son potenciales mercados de inmensas proporciones. Seguirán en la lista los procesos modernizadores en África y también de América Latina.

¿Que esta campaña modernizadora desata conflictos que lucen como un choque de civilizaciones?, no cabe duda. Se está produciendo efectivamente un choque de civilizaciones, cuyas causas, sin embargo, no están donde Huntington las pone.

Es conocida la idea central de Huntington[326], según la cual, en la actualidad y en el futuro, la fuente fundamental del conflicto no será de carácter ideológico o económico, sino cultural. Los actores principales seguirán siendo los Estados nacionales, pero los conflictos serán entre naciones y entre diferentes civilizaciones. Agrega, además, que el conflicto entre civilizaciones será la última fase de los conflictos en el mundo moderno[327].

Huntington propone seis aspectos que explicarían los conflictos en base al choque de civilizaciones[328]:

---

326 El primero que lanza la idea de choque de civilizaciones fue Bernard Lewis en 1964. Luego la toma Huntington en su célebre artículo en Foreign Affairs de 1993 (*op. cit.* Le Monde Diplomatique, N° 45, septiembre 2004, pág. 15).

327 Huntington, Samuel, "¿El choque de las civilizaciones?", en "Política y Estrategia" Nº 61, Ed. ANEPE, Santiago; septiembre-diciembre 1993, pág. 94.

328 Huntington, Samuel, *ibid.* págs. 95, 96 y 97.

1. Diferencias que llama básicas: historia, lenguaje, cultura, tradiciones y religión.
2. El mundo se empequeñece y, como consecuencia, las interacciones entre civilizaciones aumentan y esto aumenta la conciencia de la propia identidad.
3. La modernización económica separa a la gente de sus viejas identidades y debilitan al Estado-nación. Surge la civilización y la religión como nueva base de identidad.
4. Al hallarse Occidente en el pináculo de su poderío, provoca la reacción de regreso a las raíces de las civilizaciones no occidentales que no quieren seguir ese rumbo. Se provoca una desoccidentalización de las elites en las sociedades no occidentales.
5. Las características y diferencias culturales son menos mudables y, por lo tanto, menos fáciles de resolver o de convertir en objeto de transacciones que las políticas económicas.
6. El regionalismo económico va en aumento y esto reforzará la conciencia de civilización, lo cual a su vez será un factor de éxito de la región.

Se puede decir que los aspectos señalados anteriormente se dirigen a mostrar las diferencias entre civilizaciones o culturas, pero no explican por qué esas diferencias debieran producir algún tipo de choque. En mi opinión, Huntington está imposibilitado de dar esa explicación, pues desde el principio ha eliminado de su universo conceptual la real causa de los conflictos. Efectivamente ocurre el choque entre civilizaciones, pero el aparato conceptual de Huntington le impide descubrir cuáles son los intereses antagónicos que surgen efectivamente entre naciones pertenecientes a esas distintas culturas.

El mismo error comete cuando trata de explicar a través de tres ideas, por qué se agrupan o alían las civilizaciones cercanas. Estas efectivamente se alían, pero no por la causa general del *"síndrome de país semejante"* como cita Huntington, sino porque se revela en este hecho una similar relación de antagonismo entre los intereses de las cúpulas gobernantes de esas naciones no occidentales con el bloque en el poder de sus adversarios en Occidente.

El fondo de la cuestión en el efectivo choque de civilizaciones distintas, es que la cultura y la civilización son solidarias a ciertos modos de producción y que tras el choque de culturas está el efectivo choque entre naciones que tienen distintas relaciones sociales y diferente nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas, las cuales son también, y aquí está la fuente de la confusión, las determinantes en configurar justamente las distintas culturas.

Huntington nos explica la idea de "civilización universal"[329], en la cual estaría empeñado Occidente, la cual, sin embargo, no sería compartida por otras civilizaciones.

¿Pero qué significa la universalidad en este contexto? Del mismo modo como la burguesía naciente propugnaba la universalidad de sus valores de libertad, igualdad y fraternidad, con el objeto de terminar con las sujeciones del hombre a los poderes feudales que le impedían desarrollar las nuevas relaciones sociales y, también, como consecuencia, le impedían desarrollar las fuerzas productivas basada en el trabajo asalariado, hoy día el capital financiero pugna por romper las barreras nacionales que le obstaculizan su ulterior desarrollo, crecimiento y expansión.

Huntington plantea que existen tres posibles caminos para las civilizaciones no occidentales: aislarse, sumarse a Occidente o desarrollar fuerzas militares y económicas y preservar los valores indígenas[330]. Esto es muy esclarecedor, sobre todo la tercera posibilidad. La pregunta que surge es ¿por qué, para preservar sus valores no occidentales requeriría de desarrollar fuerzas militares y económicas? A buen entendedor pocas palabras. De suyo se comprende que para preservar ciertas formas de organización social y cultural que han existido por milenios, no se requeriría una fuerza militar y económica si no hubiese amenazas que obligaran a ello. Pues bien, las amenazas pueden provenir del exterior o del interior. En el primer caso, estamos en el escenario en que hay fuerzas exteriores que tienen como objeti-

329 Huntington, Samuel, *ibid.* pág. 105.
330 Huntington, Samuel, *ibid.* pág. 105.

vo político destruir esas antiguas formas de civilización, para servir desde luego a determinados intereses que hemos ubicado en la dinámica del capital financiero. De esto se desprende que no se trata de un choque de civilizaciones debido a sus diferencias culturales. Más bien se trata del interés de la fuerza exterior de destruir la antigua forma de organización social, de imponer las nuevas relaciones sociales capitalistas que multiplica la nueva clase de hombres "libres" en su doble sentido, que aumenta la producción de mercancías y el mercado y la consecuente producción de plusvalía. Destrucción que trae también como consecuencia la destrucción de la anterior cultura y gran parte de la superestructura política e ideológica.

En el caso de las amenazas internas, estas solo pueden provenir de aquellas fuerzas que propugnan el cambio de las relaciones sociales con el objeto de abrir camino al desarrollo de nuevas relaciones sociales, que se hacen necesarias producto del desarrollo de las fuerzas productivas. Normalmente estas fuerzas sociales son encabezadas por la burguesía emergente aliada al capital transnacional, que lucha por imponer relaciones modernas de producción capitalista.

La base de los conflictos actuales, entonces, no se produce por la diferencia de civilizaciones sino que se producen en ese proceso de "mejora" de la economía mundial. En particular, el bloque en el poder en EE.UU. necesita generar enemigos donde hay relaciones sociales antiguas, para derrotarlos e imponer las nuevas relaciones adecuadas a sus intereses. Y en aquellas regiones en que hay relaciones capitalistas, necesita aliados o directamente la sumisión a sus políticas.

Del análisis anterior se desprende que las alternativas que enfrentan las civilizaciones llamadas por Huntington "no occidentales", son a mi juicio, primero, sucumbir al poder unipolar de EE.UU. u otra potencia o conglomerado de potencias transformándose en apéndices de su política y de su economía. Segunda posibilidad, si ha logrado una posición de poder al desarrollar una gran base económica capitalista, conformar un polo nacional de desarrollo, el cual, no obstante, cambiará ineluctablemente factores esenciales de su cultura. Esta segun-

da posibilidad puede adquirir formas más o menos democráticas, según sea la correlación de fuerzas y según cual sea el bloque en el poder que lidere el cambio. Una tercera posibilidad es construir un acuerdo regional que permita sostener una posición de poder, para desarrollar políticas antagónicas a las neoliberales, vale decir, democracias con fuerte raigambre popular, con vistas a desarrollar cambios profundos en las relaciones sociales capitalistas y en la superestructura jurídica, política e ideológica.

Quizás haya otras posibilidades, pero de los tres caminos que plantea Huntington –aislarse, sumarse a Occidente o desarrollar fuerzas militares y económicas y preservar los valores indígenas–, la primera y la última no son posibles. No es concebible aislarse, ni que se conserven antiguos modos de producción de manera perenne.

Huntington afirma que los obstáculos existentes para que países no occidentales se alíen a los occidentales varían[331]. Plantea que en el caso de Latinoamérica y el Este europeo son menores, sin embargo, no se pregunta por qué es así. La respuesta estará siempre en el nivel de desarrollo de las relaciones capitalistas que existen en cada caso. Se asombra en relación al Oriente que el caso de Japón sea único y no ve la lógica subyacente, es decir, que en este país surge un capitalismo desarrollado en un proceso que comienza al costo de un bombardeo atómico, en un conflicto que desde luego no tenía nada que ver con un choque de civilizaciones.

Este proceso de "mejora" de la economía mundial lo puede efectuar el capital financiero, fundamentalmente de origen estadounidense, sin enfrentarse con las principales potencias occidentales, sino –y con presiones mediante– con su colaboración, pues de alguna manera en este proceso no se ha hecho presente de manera crítica la diferencia de intereses, que no obstante siguen siendo antagónicos entre las fracciones del capital financiero al interior del mundo capitalista.

---

331 Huntington, Samuel, *ibid.* pág. 107.

Sin embargo, en ningún caso este proceso ha sido idílico, como lo muestran la seguidilla de crisis globales, en particular la crisis asiática de 1997, cuyos efectos se prolongan hasta hoy día y las dos grandes guerras contra Irak, las guerras de Afganistán y Kosovo y la peligrosa inestabilidad del conflicto árabe-israelí, conflictos todos que se dieron y dan entre Estados con distintos niveles de desarrollo capitalista.

Pienso que, una vez que la economía del mundo haya "mejorado", volverán a primar los intereses antagónicos entre las grandes potencias capitalistas y sus conflictos, pues nada ha pasado en la estructura de las relaciones sociales que haya cambiado su carácter antagónico. No comparto, por lo tanto, la idea de que "el conflicto entre civilizaciones será la última fase de los conflictos en el mundo moderno", sino que esta fase es una etapa transitoria, luego de la cual volverá a primar la lucha entre las grandes corporaciones por el reparto del mundo. Para ello las grandes potencias, en tanto medios de los grandes conglomerados de poder, se están preparando: EE.UU., la Unión Europea, el polo asiático y también posiblemente gigantes emergentes como Rusia, Brasil, o la gran aspiración de Estados Unidos de aunar las Américas bajo su dominio, o, de mediar fuertes movimientos sociales en esa dirección, la unión de una gran mayoría de países latinoamericanos, fuera de la órbita estadounidense.



ANEXO 2

Reseña biográfica del general Beaufre[332]

André Beaufre nació en 1902, en Neuilly-sur-Seine, Francia. En 1918 se incorpora como intérprete voluntario en la 85 División de Infantería del Ejército de los Estados Unidos. Posteriormente, en 1921, ingresa al Colegio Militar de Saint-Cyr. Egresa como Oficial de Infantería y es destinado al 5° Regimiento de Tiradores en Argel. Fue designado jefe de un destacamento de refuerzos a Siria y a su regreso se presenta como voluntario para la campaña del Rif (Marruecos) de 1925, donde fue herido de gravedad. Participa luego en la campaña franco-española contra Abd-el-Krim y posteriormente sirvió con los "goums", que designa a contingentes formados por cada tribu conducidos por oficiales franceses para cumplir labores de exploración, guía e informaciones. Reintegrado a su batallón, intervino en otra campaña contra los Aït Seghouchéne (guerreros de los montes Atlas). Allí es hospitalizado varios meses, contagiado de disentería, antes de poder volver a Argel.

En ese período ya había obtenido la Cruz Militar y posteriormente fue aceptado para cursar la Escuela Superior de Guerra, en la década de los treinta. Luego de dos años egresó diplomado como Oficial de Estado Mayor y, simultáneamente, siguió los cursos libres de Ciencias Políticas. Su primer destino como Oficial del Estado Mayor fue en Túnez, donde participó en los estudios que se realizaban para defender el territorio de una ofensiva italiana. Al poco tiempo fue llamado a integrarse al Estado Mayor General del Ejército, cuyo jefe era el general

332 Esta reseña es un resumen de dos introducciones realizada por J.T. Goyret, a sendos libros de Beaufre "La Personalidad Militar del General Beaufre", en "Estrategia de la Acción", *op. cit.*, pág. 7, y el Estudio Preliminar aparecido en la obra "La Guerra Revolucionaria", *op. cit.*, pág. 7.

Maurice Gamelin. Allí pudo comprobar, según cuenta en sus memorias, el desprestigio de su jefe máximo y cómo se sofocaban las inquietudes de sus colaboradores. En el Estado Mayor General, tuvo a su cargo la organización del ejército de África del Norte y de confeccionar el plan que se aplicó luego en 1940.

Cuando ya se anunciaba la Segunda Guerra Mundial, fue destinado al 2° Regimiento de Tiradores Marroquíes para cumplir con el tiempo reglamentario de comando en unidad de tropa. Escribió un artículo, "La paz-guerra, o la estrategia de Hitler", que fue publicado en la Revue de Deux Mondes, en agosto de 1939, donde describía la situación europea.

En 1939 se le ofrece integrar una delegación militar francesa que, junto con la británica, debía viajar a Moscú para tratar los términos militares de un tratado con la URSS. Luego de su regreso a Francia, en 1940, fue destinado al Comando constituido por Gamelin, a partir del desdoblamiento del Gran Cuartel General donde estuvo para presenciar el desastre de 1940. Esta experiencia la dejaría impresa en su escrito "Le Drame de 1940".

Luego del armisticio, fue invitado a volver a integrar el Estado Mayor del Ejército, función que declinó por encontrar inútil ese organismo. Ante esa respuesta, el escandalizado Ministro de Guerra lo sancionó designándolo como oficial de enlace de la Comisión de Control del Armisticio en Bourgues, en la zona ocupada. Allí Beaufre toma conocimiento directo del ejército alemán, lo que le permite elaborar un estudio estratégico-operacional defensivo sobre la base de contraataques de blindados.

Pocos meses después se le ofrece y acepta un puesto en el gabinete del Gobernador General de Argelia, a partir de fines de octubre de 1940. Su nuevo cargo como Secretario Permanente de la Defensa Nacional le imponía atender las actividades militares y relacionadas del Gobierno General de Argelia y a la organización de la resistencia norafricana. Estableció contacto con la resistencia de la Francia no ocupada y también con representantes británicos y estadounidenses. Estas actividades

subrepticias fueron delatadas y provocaron su detención en 1941. Sin embargo, luego de un Consejo de Guerra fue liberado por falta de pruebas, pero quedó provisoriamente separado del ejército.

Sus actividades y contactos con la resistencia lo llevaron a ponerse a las órdenes del general Henri Giraud, quien se había fugado espectacularmente de la prisión militar alemana de Konigstein y que a la sazón se encontraba refugiado en Lyon.

Por su parte Beaufre había reanudado contactos con la resistencia de Argelia y con los estadounidenses que planeaban el futuro desembarco aliado en África del Norte. Mientras tanto había sido reincorporado al ejército, en el Estado Mayor de la División de Marsella, y encargado de preparar los planes defensivos contra posibles desembarcos aliados.

De manera clandestina participa en 1942 en una reunión en Marsella, con una comisión junto a otros oficiales franceses y dirigidos por el general Mast y quien actuaba a nombre del general Giraud, con el general Mark W. Clark, quien presidía una delegación estadounidense, con el objeto de planificar el desembarco en África del Norte.

En sus memorias Beaufre relata cómo los acuerdos de esa reunión fueron desconocidos por los americanos, quienes la organizaron solo para causar un efecto psicológico. Este clima se hizo sentir luego del desembarco de los americanos en África del Norte, casi sin aviso a los franceses, iniciando un oscuro período de discusiones en Argel, entre el 9 y 14 de noviembre de 1942.

A partir del nombramiento del general Giraud como Comandante en Jefe de las Fuerzas Terrestres y Aéreas, el ya capitán Beaufre fue designado Jefe del Gabinete del Comandante en Jefe. En este carácter, y además como traductor, acompaña al general Giraud a una reunión, en enero de 1943, en la que participa además Roosevelt, Churchill y De Gaulle, en la que se acordarían las bases de la contribución francesa al esfuerzo de guerra aliado.

Fue ascendido a mayor en enero de 1943, designado Jefe del III Batallón del 7° Regimiento de Tiradores Marroquíes en Túnez, con el que participó en la campaña de Túnez, integrando –al decir de Goyret– ese pequeño ejército francés de 600.000 hombres. Luego de la campaña de Túnez, acompaña a Giraud a Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña.

A su retorno a Argelia fue designado Jefe de Estado Mayor de la 4° División Marroquí de Montaña. En tal carácter intervino en la reconquista de Córcega. En enero de 1944 su división parte a Italia a integrar el Cuerpo Expedicionario Francés, que dirigido por el general Alphonse Juin, combate desde Nápoles hasta Florencia.

En la planificación de la invasión de la Francia meridional, se constituyó el 7° Ejército, bajo el comando del mayor general del Ejército de los Estados Unidos, Alexander M. Patch. El Comando Aliado determinó que todo el primer escalón de desembarco fuese americano, quedando los franceses en el segundo escalón. La división de Beaufre fue la última en desembarcar en Francia.

Como teniente coronel y como Jefe de Operaciones del 1er ejército Francés, Beaufre participó en las operaciones de ese ejército desde el Mediterráneo hasta el Rhin, desde este hasta el Danubio y luego hasta los Alpes bávaros, convirtiéndose en una de las grandes unidades de batalla que participaron en la campaña de 1944-45 en Europa occidental.

Finalizada la guerra, pasa a Indochina y en 1947 fue Jefe de una de las columnas en el alto Tonkin, a las órdenes del general Valluy. Posteriormente es trasladado a Europa como 2° Jefe del Estado Mayor del Comando Terrestre de las fuerzas de la OTAN. Asciende a general de brigada en 1951. Fue designado luego Jefe de Operaciones en Indochina y posteriormente regresa como Jefe del Grupo de Estudios Tácticos Interaliado dependiente del Comando Supremo de la OTAN. Según Goyret, en ese cargo tuvo destacada actuación en la renovación de los conceptos estratégicos y estratégicos-operacionales, con los que las fuerzas de la OTAN preveían actuar ante una invasión soviética.

En 1955 asciende a general de división y fue designado Comandante de la 2ª División de Infantería Mecanizada con guarnición en Guelma, Argelia. En agosto de 1956, como Comandante de la "Fuerza A" (efectivos franceses del orden de un Cuerpo de Ejército), intervino en las operaciones anglo-francesas en noviembre y diciembre de ese año sobre Port Said y Port Fuad en Egipto.

En 1957 fue ascendido a general de Cuerpo de Ejército y en 1958 fue designado Jefe de Logística y Administración del Estado Mayor del Comando Supremo de las Fuerzas de la OTAN. En 1960, como general de Ejército alcanzó la máxima jerarquía de tiempo de paz del Ejército francés. Su último cargo militar fue el de Jefe de la Delegación Francesa en el Grupo Permanente de la OTAN en Washington, donde se mantuvo hasta su retiro en 1962, a los 60 años, al llegar al límite de edad reglamentaria. Ese mismo año fundó el Instituto Francés de Estudios Estratégicos.

Escribió dieciséis libros entre 1963 y 1974 y numerosos artículos periodísticos y colaboraciones en revistas especializadas. Su elaboración teórica acerca de la Estrategia Total la desarrolló en tres de ellos. "Introducción a la Estrategia" (1963), "Disuasión y Estrategia" (1964) y "Estrategia de la Acción" (1966).

Recibió las siguientes condecoraciones: Gran Oficial de la Legión de Honor, la Cruz de Guerra, la Cruz al Valor Militar, la Medalla de la Resistencia y es Compañero de la Orden del Baño del Imperio Británico.



ANEXO 3

La estrategia de las potencias durante la Segunda Guerra Mundial

Introducción

A continuación se mostrarán algunos aspectos fundamentales de las relaciones internacionales previo al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. La mayor parte de la información proviene de la obra del soviético Oleg Rzheshevski[333], que establece una visión basada fundamentalmente en documentación y fuentes de las propias potencias occidentales[334].

La idea central es plantear que si bien quienes desencadenaron ese conflicto fueron los grupos de poder organizados alrededor de grandes monopolios alemanes, la dirección nazi y el Estado Mayor General alemán, esto se dio en un ámbito creado por el conjunto de las potencias occidentales, fundamentalmente Inglaterra y Francia, quienes pudiendo abortar ese conflicto en sus comienzos, hicieron primar el interés común de intentar la destrucción del "Eje" en conjunto con la destrucción de la URSS.

Beaufre planteó frecuentemente que el desastre que significó esta guerra se debió a la falta de una teoría estratégica por parte de los aliados, así como la confusión reinante en el ámbito de las decisiones políticas[335]. Mostraré que, por el contrario, fue la confluencia de intereses de los grandes conglomerados de poder, por razones políticas y no por su confusión, lo que im-

---

333 Rzheshevski, Oleg A., "La Segunda Guerra Mundial", Editorial Progreso, URSS; 1985.

334 Al indicar la bibliografía que cita Rzheshevski, se prefirió citar, por la importancia que tienen, la fuente original indicando entre paréntesis el símbolo (O.R), para indicar que es su fuente.

335 Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", págs. 118 y 119.

posibilitó la definición de una actitud clara antinazi y de objetivos coherentes con aquella.

El procedimiento a seguir será mostrar, a partir de la literatura difundida en Occidente, diversas interpretaciones acerca del origen de la guerra, explicaciones que tienen en común el hecho de evitar el análisis de las verdaderas causas económicas, políticas e ideológicas de ese conflicto. Por ejemplo la remisión de la causa a la personalidad psicopática de Hitler, o a un nacionalismo abstracto en que el responsable parece ser todo un pueblo. También se destaca el lugar común que ha llegado a establecer como causa la respuesta de un pueblo humillado.

Luego se analizan hechos que muestran las reales intenciones políticas de las potencias europeas, como fueron el Pacto de Locarno, la conspiración anglo-alemana, la inacción de las potencias occidentales ante la violación por parte de Alemania de los Tratados de Versalles y Locarno, la actitud de las potencias occidentales en las "Conversaciones de Moscú" y las reproducciones taquigráficas de sesiones en el Gabinete inglés.

Análisis

El primer elemento que se destaca en la variada literatura occidental, son los diversos análisis que se hacen para explicar el origen de la conflagración. Así, G. Stoessinger, profesor de la Universidad de Nueva York, en su libro "Why Nations Go To War", señala que las guerras tendrían un carácter cíclico y serían producto de un desarrollo natural[336]. M. Mead considera que la guerra es una invención de la humanidad *"como escribir, el matrimonio, cocinar los alimentos, el juicio por jurados, o el entierro de los muertos, y así por el estilo"*[337]. J. Toland, al explicar las causas de la incorporación de Japón a la guerra contra EE.UU., plantea que *"el problema consistía en que tanto América como Japón eran como niños. Diplomáticamente, ninguno era maduro. Y ahora los dos niños practicaban estúpidos juegos de guerra"*[338].

336 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 15.
337 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 14.
338 Toland, John, "The Rising Sun", Random House, New York, 1970, pág. 259 (O.R.)

Otras posiciones más elaboradas que las anteriores, tampoco se alejan mucho de estos planteamientos. El conocido polemólogo, Gaston Bouthoul afirma que *"Las grandes agresiones imperialistas de la historia no son otra cosa que erupciones demográficas. Cada una de ellas corresponde al clímax de un desequilibrio interno, causado por la plétora de hombres jóvenes"*[339].

También es frecuente la opinión según la cual Hitler llegó al poder y comenzó el rearme de Alemania. Esta tesis vincula las causas de la Segunda Guerra Mundial con la culpabilidad tan solo de Hitler, de su "naturaleza psicópata". En la ex RFA, una de las variantes más difundidas, es la adjudicación de la responsabilidad a "factores irracionales", que engendraron una "personalidad demoníaca": Hitler. *"El nacional-socialismo fue, en definitiva, la obra personal de Adolfo Hitler"*[340]. Aron plantea que *"La guerra de 1939 fue desencadenada por la voluntad y la ambición de un hombre"*[341].

R. Leckie en su libro "The Wars of America" vincula al fascismo de Alemania e Italia con el "nacionalismo autoritario", y su variedad de Japón, con el "militarismo teocrático"[342]. Con este planteamiento queda velado el vínculo orgánico que existe entre los intereses de esas potencias y la guerra como medio para conseguirlos.

Otras fuentes que tienden a ocultar la responsabilidad de los grandes intereses monopólicos e imperiales en la guerra, plantean que el fascismo fue un movimiento social de la "pequeña burguesía", de la *"capa más baja de la clase media"*[343].

La historiografía occidental, que se ha preocupado de analizar las causas de la Segunda Guerra Mundial, ha analizado

339 Bouthoul, Gaston, "Biologie Sociale", Presses Universitaires de France, Paris, 1964, pág. 45 (O.R.)
340 Wulf, Joseph, Aus dem Lexikon der Mörder. "Sonderbehandlung" und verwandte worte in nationalsozialistischen Documenten. Sigbert Mohn Verlag, Gütersloh, 1963, pág. 9 (O.R)
341 Aron, Raymond, *op. cit.*, pág. 14.
342 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.* pág. 21.
343 Grebing, Helga, "Aktuelle Theorien ubre Faschismus und Konserwatismus. Eine Kritik". Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart, 1974, pág. 104 (O.R.)

fundamentalmente la política exterior y la actividad diplomática de los diferentes Estados en el período entre las dos guerras mundiales, pero la mayor parte de los análisis están restringidos al período 1938-1939, dejando de lado el período 1919-1938, sin considerar por lo tanto las raíces más profundas de la guerra y de su proceso de su maduración[344].

Del período anterior a 1938, el eje central de los análisis publicados en EE.UU., Inglaterra, Francia y RFA, giran en torno al Tratado de Versalles. La idea matriz que se trata de inculcar es demostrar que la "paz de Versalles" fue injusta para Alemania. Veamos, sin embargo, cómo fueron los hechos.

El 18 de enero de 1919, en Versalles, tuvo lugar la apertura de la conferencia de los países aliados. En esta estuvieron presente 27 países que habían participado en la guerra contra la coalición de las potencias centrales (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria), o habían roto relaciones diplomáticas con Alemania. Pero, de hecho, el destino de la paz futura la manejaban Inglaterra, Francia y EE.UU. Alemania y sus aliados no fueron convocados a la conferencia y la Rusia soviética, a pesar de ser la potencia que soportó el mayor peso de la guerra, tampoco.

El 26 de junio de 1919 se firmó el Tratado de Paz, que puso fin de manera formal a la Primera Guerra Mundial. El rol principal de la conferencia lo desempeñó el "consejo de los cuatro": el presidente de EE.UU., Wilson; el primer ministro de Francia, Clemenceau; el primer ministro de Gran Bretaña, Lloyd George, y el primer ministro de Italia, Orlando.

La esencia del sistema de Versalles estuvo determinada por la aspiración de los países vencedores de cambiar por completo el mapa de Europa y obtener a costa de Alemania derrotada y sus aliados, nuevos mercados y fuentes de materias primas, nuevos dominios coloniales y esferas de influencia[345]. En otras palabras, sustituir en Europa la hegemonía alemana por la an-

---

344 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 28.
345 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 30.

glo-francesa y redistribuir el equilibrio de fuerzas a favor de Inglaterra, Francia y EE.UU. Luego se vio además el interés de convertir a Alemania en un instrumento para el aplastamiento de la Rusia soviética. Así, toda la historia del Tratado hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, representó la destrucción gradual del sistema de Versalles y la presión sobre Alemania, por parte de las potencias occidentales, para que agrediera a la URSS[346].

Una temática recurrente en la historiografía de entreguerras es la política de "pacificación" de Alemania que habrían llevado a cabo las potencias occidentales. Con esto se ha creado una imagen según la cual Alemania se reconoce como un Estado agresivo, injustamente menospreciado por el Tratado de Versalles. Lloyd George, por ejemplo, advertía contra un tratado humillante para Alemania[347]. Este será el hecho que explicará, entonces, el curso que tomaron los acontecimientos y la ayuda de las potencias occidentales al fortalecimiento del Reich alemán.

Cuestión crucial para la inteligencia de estos hechos fue el Pacto de Locarno en 1925, el primer acuerdo internacional de las potencias europeas después del Tratado de Versalles y que abrió el camino a Alemania para la agresión al Este. Esta afirmación se basa en que, según este Pacto, Alemania, Francia y Bélgica se comprometían a mantener la inviolabilidad de las fronteras germano-francesa y germano-belga, establecidas por el Tratado de Versalles, e Inglaterra e Italia intervendrían como garantes del cumplimiento de ese compromiso. Sin embargo, y esto es lo crucial, el Pacto de Locarno no extendió las garantías a las fronteras de Alemania con Polonia y Checoeslovaquia, puertas para la invasión de Alemania al Este.

Conocidas también fueron las conspiraciones en "Cleveland Set", puntos álgidos de la conspiración anglo-alemana. Cleveland era la hacienda suburbana de la familia de los Astor, los banqueros y personalidades políticas más importantes de Inglaterra en la década del 30, era una especie de "salón políti-

[346] Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 30.

co" al cual acudían constantemente dirigentes del Gobierno de los conservadores, entre ellos N. Chamberlain, los lores Halifax, Lothian y otros[348].

Se ha negado la conspiración anglo-alemana, sin embargo, múltiples documentos refutan estas intenciones. Un informe poco conocido del embajador alemán en Londres, evidencia que la Alemania hitleriana se apoyaba en Inglaterra como principal fuerza internacional en la realización de su preparación para la guerra. En marzo de 1935, el embajador alemán comunicó a Berlín: *"Ahora que la temeraria y clarividente política del Gobierno del Reich ha logrado de ipso igualdad de derechos para Alemania en la esfera de armamentos sobre tierra, será tarea de la política alemana... completar este gran logro... La clave para una solución satisfactoria la posee Gran Bretaña"*[349].

El 7 de marzo de 1936, la Alemania hitleriana, violando los tratados de Versalles y Locarno, irrumpió con sus tropas en la zona desmilitarizada del Rhin. Un ejército alemán de 30 mil hombres se apoderó de ella sin ningún tipo de resistencia por parte de los aliados occidentales. Este fue el primer acto de agresión de la Alemania nazi, realizado mediante la utilización de la fuerza armada y directamente orientado contra Francia. La mayoría de la literatura occidental está dirigida a justificar la política de Inglaterra y Francia ante la agresión alemana, a explicar su inacción mediante la aspiración de "preservar la paz" y evitar la "amenaza roja". Lafore, consideraba que la resistencia armada por parte de Francia "abriría la perspectiva de una guerra franco-alemana y de una guerra civil alemana, lo cual conduciría quizás a una dictadura militar o al comunismo"[350]. Comentando también la negativa de Inglaterra a cumplir las obligaciones que le planteaban los tratados de Versalles y Locarno –vale decir, detener a Alemania–, señala que los círculos gubernamentales ingleses fueron com-

347 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 31.
348 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 256.
349 Documents on German Foreign Policy 1918-1945. Serie C, t. III, United States Government Printing Office, Washington. 1959, pág. 1018 (O.R.).
350 Lafore, L., The End of Glory. An Interpretation of the Origins of World War II, pág. 162 (O.R).

prensivos con las inquietudes de Hitler en lo referente al "cerco franco-bolchevique"[351].

Hay que considerar, además, como se afirma en la Enciclopedia Americana, que Gran Bretaña y Francia pudieron haber derrotado a Alemania, pues en ese momento entre ambas la superaban de manera absoluta en fuerzas armadas, por lo que su utilización o inacción dependían de decisiones de carácter político[352].

Otro recurso común ocupado por la historiografía occidental para explicar la inacción, es responsabilizar a los pueblos y no a los gobiernos. *"Los adversarios de la pacificación plantearon el argumento de que la guerra debía haberse comenzado por las potencias occidentales al inicio de la época de Hitler, cuando Alemania todavía no estaba totalmente preparada. Pero la población de Gran Bretaña y de Francia no hubieran apoyado simplemente ese conflicto. El pueblo estuvo renuente a librar una guerra hasta que Hitler se la impuso al atacar a Polonia"*[353].

Curioso argumento. Como si las grandes campañas coloniales de Inglaterra y Francia, a lo largo de su historia, hubieran estado precedidas de algún tipo de consulta popular para obtener su anuencia. Y si de apoyo popular se trataba, Rzheshevski recuerda que el programa del Frente Popular de Francia (partidos socialista republicano, radical, socialista y comunista) apoyado por la mayoría de las organizaciones de trabajadores de la época, exigieron la firma de un acuerdo de ayuda mutua entre los Estados en la lucha contra la agresión[354].

Esta misma inacción se ve en el caso de España[355] y luego en el de Austria. En este último, la ocupación de Austria por los hitlerianos se consideró un hecho consumado y como resultado

---

351 Lafore, L., *ibid.* pág. 160.
352 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 35.
353 The Road to World War II. A Documentary History, Ed. Por Keith Eubank, Homas Y. Crowell Company, New York, 1973, pág. 6 (O.R.).
354 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 36.
355 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 37.

de la "voluntad" del pueblo austríaco. Sin embargo, veamos nuevamente los hechos.

El 10 de abril de 1938 se llevó a cabo en Austria un referéndum. El votante debía responder a la pregunta: *"¿Estás de acuerdo con la reunificación que ha sucedido de Austria con el Imperio alemán?"*. En la situación de terror y propaganda desenfrenada, en una Austria ocupada militarmente desde el mes de marzo, así como por la falsificación directa de los resultados de la votación, se declaró que la mayoría de la boletas contenía la respuesta "Sí"[356].

Shirer, criticando la inacción de Inglaterra y Francia en la cuestión austríaca, plantea que *"quizás lo más importante para Hitler fue demostrar de nuevo que ni Gran Bretaña ni Francia levantarían un dedo para detenerlo"*[357]. Sin embargo, Shirer se queda corto, pues no solo no se levantó un dedo para detenerlo, sino que se apoyó abiertamente la agresión. Poco tiempo después de la usurpación de Austria, G. Bonnet, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, invitó el 25 de mayo de 1938 al embajador alemán Welczeck y subrayó con insistencia que *"el Gobierno francés reconoce el esfuerzo espontáneo realizado por el Gobierno alemán a favor de la paz"...*[358].

Mientras tanto, la URSS fue la única gran potencia que condenó esa usurpación a la vez que realizaba una lucha tenaz por la conservación de la independencia de Austria desde un año antes. En un editorial de *Pravda* en 1937 se plantea que *"La conservación de la independencia de Austria requiere acciones rápidas y mancomunadas por parte de todos los países del mundo, interesados en asegurar la seguridad europea. Solo estas acciones pueden detener al agresor y evitar la creación de un nuevo foco de guerra"*[359].

[356] Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 258.
[357] Shirer, Wiliam L., The Collapse of the Third Republic. An Inquiry into the Fall of France in 1940. William Heinemann, Londres, 1970, pág. 311 (O.R.).
[358] Documents diplomatiques français. 1932-1939, 2° serie. T. IX, Imprimerie Nationale, Paris, 1974, pág. 924 (O.R.)
[359] Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 40.

Es evidente que hechos como la usurpación de Austria por los nazis, la agresión japonesa a China y la inacción de Occidente no se produce por causas demográficas o por la personalidad de un psicópata o por la humillación de un pueblo, sino que deben confluir determinantes políticas que veremos a continuación.

Las negociaciones políticas y militares entre la URSS, Inglaterra y Francia, realizadas entre abril y agosto de 1939, las llamadas Conversaciones de Moscú, ocuparon un importante lugar en la historia de la lucha que dio la URSS por crear un sistema de seguridad colectivo y, a la vez, muestran a las claras las pocas intenciones de las potencias occidentales para llegar a un tal acuerdo[360].

La base de estas conversaciones fue un plan concreto, propuesto por la URSS, de alianza político militar entre la URSS, Inglaterra y Francia, que garantizaba salvaguardar la paz y los intereses vitales de todos los Estados y naciones opuestos a la agresión nazi.

Así valora Kettenacker la posición soviética: *"Si el 18 de abril, Londres se hubiera declarado presto y sin rodeos a aceptar, de manera incondicional, la oferta de alianza soviética y, después, hubiera dado a conocer o a entender que era en serio todo lo que él decía en relación con el principio de la seguridad colectiva en Europa, quizás, al final, se hubiera llegado a lograr, sin lugar a dudas, un Peace Front"*[361].

Es interesante leer las notas taquigráficas de las sesiones del Comité de Asuntos Exteriores del Gabinete inglés del 9 y 20 de junio de 1939. Dice Chamberlain: *"Los rusos tratan con todas sus fuerzas de concertar un acuerdo, pero quieren lograr de él mejores condiciones"*. Por su parte Halifax plantea que *"Informaciones de muchas fuentes señalan la necesidad... de concertar un acuerdo con Rusia, pues en caso contrario la situación creada puede coadyuvar a*

---

360 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 52.
361 Kettenacker, Lothar, Dis Diplomatie der Ohnmacht, Sommer 1939. Deutsche Verlag-Anstalt, Stuttgart, 1979, pág. 268 (O.R.).

que Hitler acometa acciones violentas"... "De concertar un acuerdo con Rusia, nos protegeríamos por cierto tiempo de un peligro más temible –un probable acuerdo entre Alemania y Rusia– y garantizaríamos la seguridad de Polonia. Está claro que Rusia está interesada en conservar la independencia de Polonia y no desea que Polonia sea destruida"[362].

Pues bien, el curso decidido por Chamberlain, Halifax y Wilson fue exactamente el opuesto y reflejaba la aspiración de los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y EE.UU. de utilizar las Conversaciones de Moscú como medio para presionar sobre Alemania en una dirección muy particular. Los creadores de esta política contaban con llevar los ejércitos alemanes hacia las fronteras de la URSS a costa de la traición a Polonia, con la esperanza de que la agresión tuviera luego su desarrollo natural. El Premier británico razonaba que si Polonia y otras naciones a las cuales Inglaterra y Francia les dieron las denominadas "garantías" no reciben su ayuda (como efectivamente sucedió), entonces *"es muy posible que estos países sean conquistados y Alemania se encuentre en las fronteras rusas"*[363].

El historiador de la República Federal Alemana, M. Freund, cita al jefe del Estado Mayor de la Dirección Operativa de la Wehrmacht, A. Jodl: *"Y si no nos desmoronamos ya en el mismo 1939 solo se debe a que las casi 110 divisiones francesas e inglesas en el Oeste se mantuvieron, durante toda la campaña de Polonia, completamente inactivas frente a las divisiones alemanas"*[364].

Las sesiones taquigráficas muestran, en primer lugar, que el gobierno inglés no solo estaba impuesto, sino también convencido, de la decisión de la URSS a concertar un acuerdo tripartito. En segundo lugar, el Gobierno inglés se daba cuenta que una ruptura de las negociaciones conduciría a la guerra. En tercer lugar, el juego que se estaba llevando a cabo creaba la "temible amenaza" de la firma de un acuerdo entre Alemania y la URSS.

---

362 Public Record Office (PRO), F.O. 371/23071, pág. 240 (O.R.).
363 PRO, F.O. 371/23071, pág. 50 (O.R.).
364 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 72.

El desarrollo de las Conversaciones de Moscú fue objeto de análisis más de una vez por el Gabinete inglés. Estos análisis evidencian que los esfuerzos estaban dirigidos a la búsqueda de diferentes tipos de dilaciones, y con posterioridad, a la ruptura de las negociaciones[365]. Chamberlain manifestaba que el tratado con la URSS sería una *"piedra al cuello"*, que puede *"colgar durante muchos años y conducir a que, incluso, los hijos tengan que combatir por los intereses rusos"*[366].

La decisión de no llegar a un acuerdo tomado por el Gobierno inglés, se manifestó de la manera más palpable en el hecho que los delegados ingleses a las negociaciones llegaron a Moscú sin los poderes escritos correspondientes, que los autorizaría a firmar algún tipo de acuerdo[367]. Esto y el tenor de las propuestas occidentales hicieron decir al general Beaufre que *"era difícil ser más concreto y más claro. El contraste entre este programa un poco primario y las abstracciones confusas del proyecto anglo-francés de acuerdo, era chocante... sus argumentos (de los soviéticos) tenían mucho peso... nuestra posición era falsa"*[368].

Es interesante destacar que el calificativo que emplea Beaufre en esas circunstancias, respecto a la estrategia occidental, no era de desconocimiento teórico o falta de una teoría estratégica, sino que de falsedad. Esto revela una intención y no una ignorancia.

La conclusión más importante de este período es que con esto las potencias occidentales dieron a entender a Hitler que la URSS no tenía aliados, y que Alemania podía atacar a Polonia y después a la URSS, sin riesgo de encontrar oposición por parte de Inglaterra y Francia[369].

Entre los fines perseguidos por Inglaterra en la dilación y hacer fracasar las negociaciones con la URSS, estaba el hecho cardinal de sus conversaciones secretas con el Reich para llegar a

---

365 Rzheshevski, Oleg A., *ibid.* pág. 54.
366 PRO, Cab. 23 99, págs. 275 y 276 (O.R).
367 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 59.
368 Beaufre, André, "Le Drame de 1940", Plon, Paris, 1965, págs. 148, 149 y 156 (O.R.).
369 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 52.

un acuerdo a espaldas de la URSS; acuerdo de no agresión, de la entrega de Polonia a Hitler a semejanza de lo que había ocurrido con Checoeslovaquia y de reparto de las esferas de influencia entre los dos países. Este acuerdo se iba a materializar el 23 de agosto de 1939 en una reunión entre Chamberlain y Göring, en Checkers, la residencia campestre de Chamberlain[370].

En esta situación amenazadora para la URSS, el Gobierno soviético decidió aceptar la propuesta de Alemania acerca de la firma de un pacto de no agresión y definió como neutral su actitud hacia los grupos imperialistas contendientes. El principal logro de la política exterior de la URSS en el primer período de la Segunda Guerra Mundial, consistió entonces en impedir ser arrastrada a la guerra, ganando un aplazamiento de casi dos años, el cual tuvo importantísimas consecuencias internacionales. Para el momento del ataque hitleriano había logrado terminar con el aislamiento en la política exterior y crear las premisas para agrupar en una coalición antifascista a los Estados y pueblos de los países más poderosos del mundo: La URSS, EE.UU. e Inglaterra.

Conclusión

No es sostenible, ante el abigarrado y condensado pero significativo conjunto de situaciones explicadas anteriormente, que el origen de la Segunda Guerra Mundial obedeció a causas irracionales, a la psicopatía de un hombre, o debido a leyes de carácter natural. La causa de esta conflagración obedeció a la pugna de poderes de carácter económico, políticos e ideológicos entre las principales potencias mundiales de ese entonces, vale decir, Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que luchaban por la recomposición de sus intereses en el mundo. En ese marco, destaca la existencia de la URSS, como un problema político de carácter mayor para el conjunto de estas potencias.

De esta manera, fundamentalmente Inglaterra y Francia, pudiendo haber abortado la aventura nazi en sus primeros mo-

370 Mosley, Leonard, "On Borrowed Time. How World War II Began". Random House, New York, 1969, pág. 366 (O.R.).

mentos, optan por la posibilidad de destruir en un juego de una sola mano la potencia alemana y el comunismo soviético, creando las condiciones para su enfrentamiento mutuo. La historia posterior demostró que fue justamente ese el rumbo que tomaron los acontecimientos.

Beaufre insiste en que el desastre que significó esa guerra se debió a la carencia de una teoría acerca de la estrategia, por parte de Inglaterra, Francia y EE.UU. Sin embargo, no obstante que posteriormente Beaufre formula la teoría de la Estrategia Total, no explica qué habría que haber hecho para evitar la primera y la segunda guerras mundiales, o por lo menos para aminorar el desastre que significaron.

Creo que la razón está en que ese hipotético estudio habría revelado la imposibilidad de una estrategia diferente en el caso de Inglaterra y Francia, dado la composición de los bloques en el poder de estas potencias y a que fue una estrategia relativamente exitosa desde el punto de vista de sus intereses.

No obstante lo anterior, Inglaterra, Francia y EE.UU. no contaban con la derrota alemana por parte de los soviéticos y el avance posterior de estos sobre parte de Europa. Por ello, afirmo que la falla de las potencias occidentales no fue la falta de una estrategia en el sentido que le da Beaufre, separada de la política, sino un mal cálculo político al fijar como objetivo, en primer lugar, la defensa de los intereses de sus imperios y áreas de influencia y, luego, en lugar de destruir directamente, en alianza con la URSS, las intenciones alemanas, alentarla en su aventura contra esta. En concordancia con lo anterior, entran tarde en la guerra y hacen una campaña en África de importancia secundaria.

Al respecto, criticando a los historiadores angloamericanos, un historiador alemán planteaba: *"Aunque en la apreciación de la guerra en su conjunto se concede más importancia a los sucesos de África del Norte que a la batalla de Stalingrado, esta fue una catástrofe que conmovió mucho más al ejército y al pueblo alemanes,... Ocurrió allí algo, algo inconcebible, que no se conocía*

desde 1806: la aniquilación de un ejército cercado por el enemigo"[371].

Para terminar, es importante consignar que en el frente soviético-alemán fueron aniquiladas, derrotadas o hechas prisioneras 507 divisiones germanas, más 100 divisiones de sus aliados, mientras que los ejércitos de EE.UU., Inglaterra y los otros participantes de la coalición antifascista pusieron fuera de combate 176 divisiones; es decir, menos de un tercio de todas las divisiones derrotadas de Alemania y solo un quinto del total de divisiones derrotadas del Eje. De igual modo, Alemania perdió el 76% de sus hombres en el frente soviético, y el 24% en el resto de los frentes[372].

---

371 Tippelskirch, T., "Historia de la Segunda Guerra Mundial", Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1956, pág. 256. Citado por SOKOLOVSKI, *op. cit.* pág. 57.

372 Rzheshevski, Oleg A., *op. cit.*, pág. 93.

ANEXO 4

Clausewitz y su idea de imponer la voluntad al adversario

En este Anexo se indicarán ideas adicionales de Clausewitz donde reafirma el concepto de que lo que importa es imponer nuestra voluntad al adversario y no el doblegar su voluntad, asentando con esto el principio de objetividad en política.

También se analizan los casos donde pareciera que el planteamiento de Clausewitz avalaría la idea de que lo importante sería doblegar la voluntad de lucha del adversario, pero un análisis más detallado muestra que se reafirma su idea primera.

Dice Clausewitz: *"Para que nuestro oponente se someta a nuestra voluntad debemos colocarlo en una posición más desventajosa que la que implica el sacrificio que le exigimos"*[373].

En el capítulo II (Fin y Medios de la Guerra), refiriéndose al propósito hacia el cual debe dirigirse la guerra total, plantea que es obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad[374].

Luego plantea que aunque se haya logrado destruir las fuerzas del enemigo y haya sido conquistado su territorio, la guerra no se puede considerar terminada *"hasta tanto la 'voluntad' del enemigo no haya sido también sometida"*[375].

Estas palabras pudieran hacer pensar que está revalorizando el rol subjetivo de la voluntad del enemigo. Sin embargo, la expresión no es equívoca, pues una cosa es que el adversario cambie su voluntad y otra es que esta sea sometida.

---

373 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 11.
374 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 26.
375 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 27.

En la frase siguiente explica lo que quiere decir, expresando que el objetivo se debe perseguir *"hasta que el gobierno y sus aliados sean inducidos a firmar la paz o hasta que el pueblo se someta"*, y más adelante reafirma la idea de objetividad al plantear que *"como resultado de estos dos éxitos* (conquista del territorio y destrucción de las fuerzas del enemigo) *y de la fuerza que poseeremos entonces, el enemigo será inducido a hacer la paz"*[376].

Al referirse a la destrucción de las fuerzas del enemigo, plantea que no se debe limitar a la destrucción de la fuerza física, sino también a la fuerza moral. Sin embargo, lo dice en un contexto en que le interesa plantear que *"la fuerza moral aparece del mismo modo implícita necesariamente, debido a que, en efecto, ambas están entretejidas hasta en los menores detalles y en consecuencia no pueden ser separadas"*[377]. Es obvio en todo caso que la destrucción de la fuerza moral es inseparable –en tanto consecuencia– de la derrota de la fuerza física y no al revés. No habrá derrota moral en vacío, sin hechos que la causen.

Para recalcar la idea que *"la destrucción del enemigo era el objetivo del encuentro"*[378], Clausewitz plantea que si hemos colocado al enemigo en posición desventajosa y retrocede, podemos decir que lo hemos vencido en ese punto; pero si al vencerlo hemos perdido tantas fuerzas como el enemigo, al cerrar el balance de la campaña no habrá quedado nada de esa supuesta victoria. Por lo tanto vencer al enemigo no representaría nada en sí mismo. La diferencia del vencedor sobre el vencido sería la moral de combate resultante[379]. Pero luego agrega que la fuerza moral está en directa relación con el territorio conquistado o perdido, y con la reserva o falta de reservas frescas para continuar la campaña[380]. Por lo cual restablece el principio de objetividad.

Donde también se revela la importancia que tiene el imponer nuestra voluntad y no que el adversario cambie su volun-

---

376 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 27.
377 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 35.
378 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 174.
379 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 175.
380 Clausewitz, Karl von, *ibid.* pág. 176.

tad, es en un ejemplo que pone Clausewitz cuando plantea que *"en la mayoría de los casos es muy difícil distinguir el abandono del propósito de la retirada del campo de batalla, y que la impresión producida por esta última,... no debe tratarse a la ligera"*[381].

Para los generales poco experimentados, una sucesión de encuentros en que cada uno termina en una retirada, puede parecerles como una serie de derrotas, sin que lo sean en realidad[382]. Justamente, el problema aquí es que la retirada fue determinada por el adversario y no por la imposición de nuestra voluntad.

Plantea que la derrota del adversario se convierte en desastre si además se suma la derrota moral[383], de donde se deduce que la derrota moral no es la contraparte necesaria de toda victoria. Por lo tanto se puede imponer nuestra voluntad, vale decir, obtener la victoria, sin que flaquee la voluntad del enemigo.

Dice también que la batalla no es mera matanza recíproca y que su efecto es más el de destruir el valor del enemigo que a sus soldados[384]. En primer lugar hay que decir que el destruir la voluntad del enemigo está considerado como un efecto, por lo tanto no como la causa que determinará la derrota. En segundo lugar, se está dirimiendo en esta reflexión, no la imposición de nuestra voluntad *versus* el doblegar la voluntad del adversario, sino que la destrucción del soldado enemigo *versus* la destrucción de su valor.

Por último, Clausewitz plantea que para alcanzar los objetivos *"no siempre está involucrada la derrota del enemigo; que la destrucción de las fuerzas militares del enemigo, la conquista de territorios enemigos, su mera ocupación, la simple invasión de ellos, las acciones dirigidas directamente a las relaciones políticas y, finalmente, la espera pasiva del ataque enemigo, son medios todos estos, cada*

381 CLAUSEWITZ, Karl von, *ibid.* pág. 179.
382 CLAUSEWITZ, Karl von, *ibid.* pág. 179.
383 CLAUSEWITZ, Karl von, *ibid.* pág. 180.
384 CLAUSEWITZ, Karl von, *ibid.* pág. 202.

uno en particular, utilizables para doblegar la voluntad del enemigo"...[385].

Este es el único pasaje que encontramos en Clausewitz donde parece darle la razón a Beaufre, pues aparece como objetivo el doblegar la voluntad del adversario. Sin embargo, hay que tener presente que Clausewitz hace estas afirmaciones no ante una polémica por el tema de "imponer o doblegar la voluntad", sino que su postura surge espontáneamente del encadenamiento de sus ideas y no es una casualidad que en todas las ocasiones, salvo una, se manifieste claramente por la primera opción. Por ello no considero que se pueda relativizar su posición. Además, es interesante hacer notar que en esta cita en particular se está refiriendo al caso en que el enemigo tiene la iniciativa agresora y de lo que se trata es de que cambie su voluntad, caso muy distinto al que está en análisis, que consiste en definir adecuadamente el verbo a usar cuando la parte que tiene la iniciativa quiere lograr algún objetivo[386].

En todas estas reflexiones nunca se ha puesto en cuestión el hecho de que el quebrar la voluntad de lucha del adversario facilita la victoria y favorece la consecución de los objetivos políticos en la paz posterior. Lo que siempre se ha puesto en cuestión es si la primacía está de lado del imponer nuestra voluntad o el de quebrar la voluntad del adversario, y hemos mostrado cómo Clausewitz se inclina claramente por la primera alternativa.

---

385 Clausewitz, Karl von, *ibid*. pág. 31.
386 Clausewitz, Karl von, *ibid*. pág. 36.

ANEXO 5

La estrategia en el ámbito político y en el ajedrez

Es común en la literatura sobre estrategia realizar analogías de esta con diferentes juegos. De esta manera se hace primar la analogía con la Teoría de Juegos, rama de estudio muy importante e interesante, pero que, sin embargo, deja de lado aspectos esenciales de la política.

Para ilustrar este hecho, muestro a continuación una lista de diferencias entre la estrategia del ámbito político y los elementos que posee la llamada estrategia del juego del ajedrez. A mi juicio, este ejercicio sirve para comprender de mejor manera el ámbito de la política en relación a la estrategia.

- En el ajedrez se conoce exactamente el objetivo del contrincante: lograr el jaque mate. En política y en la guerra, la mayoría de las veces aunque podemos estimar los verdaderos objetivos políticos del contrincante, estos no son declarados por aquel.
- En el ajedrez se conocen en todo momento los recursos del contrincante; en la guerra y la política no.
- En el ajedrez todas las piezas tienen movimientos predefinidos, en la política y en la guerra no.
- En ajedrez, si somos vencidos, podemos acudir a la revancha, en la guerra y la política no.
- En el ajedrez la historia no afecta, solo afecta la historia transcurrida dentro de cada partida. En la política siempre afecta la historia pasada, aunque se trate de una crisis diferente y con participantes diferentes.
- Otro matiz de lo anterior es que en la revancha del ajedrez siempre volvemos a comenzar con los mismos recursos y la misma situación. En la política una respuesta nunca partirá del mismo punto inicial.

- En el ajedrez podemos abandonar el juego en cualquier momento; en la política y en la guerra no; y si bien en lo primero de todas forma pierdo el juego, no pierdo la vida o la libertad.
- En el ajedrez podemos desentendernos de un desafío y a lo más seremos afectados en nuestro honor o en nuestra autoestima, pero esto no afecta al ajedrez propiamente tal. Ese desistimiento no es un hecho ajedrecístico, pero en la política no podemos desentendernos de un desafío, pues eso es también un hecho político que nos puede perjudicar.
- En el ajedrez se termina el juego, pero en la política o la guerra no. Clausewitz dice que *"en la guerra el resultado nunca es final"*[387].
- En la política pueden ingresar a una situación jugadores que hasta el momento no habían participado; en el ajedrez solo pueden ingresar piezas que una vez estuvieron en juego.
- En la política y la guerra una vez iniciado el conflicto se pueden aumentar los recursos materiales, los cuales pueden llegar a ser superiores que en un comienzo. En el ajedrez nunca se puede tener en ningún momento del combate más recursos que los que se tenía al comienzo.
- En la política puede haber resistencia interna, motines; en el ajedrez todas las piezas responden sin ninguna duda las órdenes de un único mando.
- En ajedrez la cadena de mando tiene un solo paso.
- En la política se emplea el espionaje; en el ajedrez este no es necesario.
- En política se puede tener agentes propios trabajando en posiciones importantes del enemigo; en el ajedrez esto no es posible.
- En el ajedrez no hay posibilidad de desarrollo táctico, entendiendo por ello el tipo de movimiento de cada pieza; solo hay posibilidades de desarrollo estratégico, entendiendo aquí lo estratégico como la organización de los distintos movimientos tácticos. En política el desarrollo táctico es incesante.
- En el ajedrez cada contrincante hace una jugada a la vez; no así en la política.

[387] Handel, Michael I., *op. cit.*, pág. XXIII.

- En el ajedrez se puede interrumpir indefinidamente el juego y cuando se retoma todo está como se dejó.
- En el ajedrez toda orden dada no es interpretada, sino que es cumplida exactamente como se ha ordenado; en la guerra no.
- Otra forma de decir lo anterior es que en el ajedrez juegan solo los jugadores pero no las piezas; en cambio en la guerra "juega" la cabeza política y también todas las piezas.
- En el ajedrez las capacidades potenciales de cada pieza, mientras estén en juego, se conservan incólume a lo largo del juego. En la guerra y en la política no.
- En el ajedrez se prescinde de los intereses económicos y se puede apelar solo a los principios generales de la estrategia de Beaufre o al antagonismo de voluntades de Foch. No existen los intereses de grupos de poder.
- En el ajedrez siempre y únicamente hay dos contendientes, en política siempre hay más de manera simultánea.
- Durante la guerra y durante la paz siempre se perfeccionan y se producen más armas; en el ajedrez estas no se perfeccionan ni en el juego ni fuera de él y siempre que comienza una nueva partida las capacidades son siempre las mismas. Por ello no hay nuevas tácticas que dependan del desarrollo estratégico, ni nuevas estrategias que dependan del desarrollo táctico. Solo puede haber nuevas estrategias determinadas por nuevas combinaciones de las capacidades tácticas inmodificadas.
- En el ajedrez siempre comienza el juego con 16 combatientes por lado; en la guerra la cantidad de combatientes es siempre variable y pueden ser millones de personas por cada bando.
- Las piezas del ajedrez no hay que alimentarlas, ni requiere el transporte de armamentos de un lado a otro, de modo que el problema logístico no existe en absoluto. En ajedrez no se requiere logística para ningún objetivo.
- En el ajedrez no es necesario velar por el ánimo de las piezas, ni educarlas, ni perfeccionarlas en el uso de las armas; solo importa la pericia y conocimientos del jugador.
- En el ajedrez los simulacros de las contiendas (es decir los entrenamientos) pueden realizar exactamente las condicio-

nes de una partida real; en cambio nunca los ejercicios de guerra pueden ser iguales a la guerra real.

- En el ajedrez cuando se vence no hay que reconstruir el país, se acaba el juego y con este todas las consecuencias posibles. En cambio con el fin de la guerra no termina la realidad, el juego siempre continúa. Por esa razón todos los juegos en el ajedrez son independientes entre sí (salvo que sea una saga de partidos y se acumulen puntos, pero en este caso siempre la cantidad de partidos es un número finito y determinado, lo cual no ocurre en la política); por el contrario, los conflictos sociales son dependientes.
- En el ajedrez hay pocos elementos azarosos; en la guerra y la política, muchos. Según Clausewitz la guerra se asemeja por este hecho más a un juego de naipes[388].
- En el ajedrez no afecta el clima, no existen los problemas económicos, ni de moral de combate de las piezas.
- En el ajedrez, el campo de batalla es siempre el mismo para todas ellas y para ambos combatientes y se conoce perfectamente antes de cada encuentro.
- En el ajedrez siempre se respetan las reglas; en la política y en la guerra no existen reglas. Se pueden realizar acuerdos, pero estos solo rigen hasta que se vulneran.
- El ajedrez consiste en un solo encuentro, una sola batalla y, por lo tanto, siempre ese encuentro es el decisivo; en cambio la guerra consta de muchos encuentros. En el caso que en el ajedrez se jueguen varios partidos, ello no equivale al conjunto de los encuentros de una guerra, pues en el caso del ajedrez cada encuentro es independiente; en cambio en la guerra no.
- En el ajedrez algunos "muertos" pueden "resucitar"; en la guerra no.
- En el ajedrez no existe la necesidad de disfrazar el objetivo a conseguir, ni es necesario trabajar para lograr el apoyo de terceros.
- El objetivo a conquistar en el ajedrez es absoluto, abstracto, solo dejar al rey enemigo sin alternativa de movimiento. No hay componentes políticas, económicas, culturales, religiosas. Es el duelo en abstracto.

---

388 Clausewitz, Karl von, *op. cit.*, pág. 22.

- En el ajedrez no existe la política pues no existen las relaciones sociales, ni los intereses correspondientes. Probablemente esta sea la diferencia más grande con la guerra real (del mismo modo como la semejanza mayor estribaba en que el rey, tanto del ajedrez como de la política, cae por condiciones estructurales y no psicológicas). Por ello en la estrategia del ajedrez no concurre la fuerza junto a otros factores, sino que existe solo el factor de la fuerza, que en este caso consiste en crear condiciones estructurales para disminuir o eliminar la libertad de acción física del contrincante.
- En el ajedrez solo importa la batalla. El único objetivo es el jaque mate, pero este no es un objetivo político, pues no se desbanca al rey para conseguir otra cosa (por ejemplo una paz posterior ventajosa para el vencedor), sino que el desbancamiento es el objetivo en sí mismo. En cambio en la política jamás ocurre que el objetivo militar coincida con el objetivo político, pues en la política las distintas fracciones obedecen a intereses y el concurso de la fuerza siempre es un medio para conseguir los objetivos que surgen de esos intereses. En cambio en el ajedrez "la fuerza" y "la destrucción del adversario" es el fin en sí mismo. *"'Ganar la guerra' no es un objetivo político, porque, como lo ha demostrado Liddell Hart, es el género de la paz que sigue a la guerra, el verdadero objetivo político"*[389].
- En la guerra se puede morir.

Por lo ya expuesto reafirmo mi opinión en cuanto a que la única semejanza importante que existe entre la "estrategia" del ajedrez y la estrategia en política, consiste en que en ambas prima el principio de objetividad, vale decir, que el triunfo y la derrota son estructurales. Por otro lado, curiosamente podemos afirmar también que el concepto de estrategia que desarrolla Beaufre, por su carácter abstracto, se parece en cierta medida al ajedrez, debido a que no considera los intereses que hay detrás de los objetivos políticos.

---

[389] Beaufre, André, *op. cit.* "Estrategia de la Acción", pág. 40.



BIBLIOGRAFÍA

ABEGGLEN, Cristoph M.V., "Clausewitz and Beaufre, the relationship of politics and war". Traducción G.E. http://mypage.bluewin.ch/abegglen/papers/clausewitz_and_beaufre.pdf

ALBIAC, Gabriel, "De la añoranza del poder o consolación de la filosofía", Ed. I. Peralta, Madrid; 1979.

ALTHUSSER, Luis, "Filosofía y Marxismo" (entrevista por Fernanda Navarro), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988.

ARON, Raymond, "Los últimos años del siglo", Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona; 1994.

BACQUER, Miguel Alonso, "¿En qué consiste la Estrategia?", Ed. Ministerio de Defensa de España, Madrid; 2000.

BAUMAN, Zygmunt, "Fundamentos de Sociología Marxista", Ed. Felmar, Madrid; 1975.

BEAUFRE, André, "Introducción a la Estrategia", Instituto de Estudios Políticos, Madrid; 1965.

BEAUFRE, André, "Estrategia de la Acción", Ediciones Pleamar, Buenos Aires; 1978.

BEAUFRE, André, "La Guerra Revolucionaria", Editorial Almena, Buenos Aires; 1979.

BELL, Daniel, "La Democracia no se exporta", *El Mercurio* 14 de marzo 2004, Santiago; 2004.

BLACKBURN, Robin, "Kosovo: La guerra de Expansión de la OTAN", Encuentro XXI, año 5, N° 15, Santiago, Invierno 1999.

BORON, Atilio, "Actualidad del ¿Qué Hacer?", Estudio introductoria de la obra: "¿Qué Hacer?" de Vladimir Ilich Lenin, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires; 2004.

CLAUSEWITZ, Karl Von, "De la Guerra", Ediciones Solar, Buenos Aires; 1983.

COLLINS, John M., "La Gran Estrategia", Editorial Círculo Militar, Buenos Aires; 1975.

CHEYRE, Juan Emilio, "La Interpenetración Política-Estratégica", Impresores Edimpres Ltda., Santiago; 1986.

ENGELS, Federico, Obras Escogidas en dos Tomos de C. Marx y F. Engels, "De la Autoridad", Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú; 1955.

ENGELS, Federico, "Anti-Dühring", Editorial Grijalbo, S.A., México, D.F.; 1968.

FMI. World Economic Outlook Database, April 2005.

FUKUYAMA, Francis, "La Construcción del Estado", Ediciones B, Barcelona; 2004.

GEO-STRATEGY.COM. http://www.geo-strategy.com/geoestrategia/mundial/articulos/mun041125.htm

GOYRET, Juan T., Estudio Preliminar a la obra de André Beaufre "La Guerra Revolucionaria", Editorial Almena, Buenos Aires; 1979.

GOYRET, Juan T., La Personalidad Militar del General Beaufre, en la obra de André Beaufre "Estrategia de la Acción", Ediciones Pleamar, Buenos Aires; 1978.

GRAMSCI, Antonio, "Maquiavelo y Lenin", Editorial Nascimento, Santiago; 1972.

HANDEL, Michael I., "Maestros de la Guerra", Ed. Frank Cass, Oregon; 1996 (traducción C. Thauby y F. Thauby (1998)).

HEGEL, Georg Wilhelm F., "Ciencia de la Lógica", Ediciones Solar S.A. y Librería Hachette S.A., Argentina; 1968.

HUNTINGTON, Samuel P., "¿El choque de Civilizaciones?", Política y Estrategia N° 61, Ed. ANEPE, Santiago; Septiembre-Diciembre 1993.

ILIENKOV, E. V., "La dialettica dell'astratto e del concreto nel Capitale di Marx", Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milano; 1961.

KANT, Emanuel, "La Paz Perpetua", Ed. Long Seller, Trad. Susana Aguiar, Buenos Aires; 2001.

LE MONDE DIPLOMATIQUE, Edición chilena, Editorial "Aún creemos en los Sueños", Nº 43, julio 2004.

LE MONDE DIPLOMATIQUE, Edición chilena, Editorial "Aún creemos en los Sueños", Nº 45, septiembre 2004.

LE MONDE DIPLOMATIQUE, Edición chilena, Editorial "Aún creemos en los Sueños", Nº 48, diciembre 2004.

LENIN, Vladimir Ilich, "La Bancarrota de la 2ª Internacional", Obras Completas, Editorial Cartago S.A., Buenos Aires; 1960, Tomo XXI.

LENIN, Vladimir Ilich, "El Socialismo y la Guerra", Obras Completas, Editorial Cartago S.A., Buenos Aires; 1960, Tomo XXI.

LENIN, Vladimir Ilich, "La Primera Victoria de la Revolución", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1959, Tomo IX.

LENIN, Vladimir Ilich, "Las Fuerzas Armadas y la Revolución", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960, Tomo X.

LENIN, Vladimir Ilich, "Autocracia Agonizante y Nuevos Órga-

nos del Poder", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X.

LENIN, Vladimir Ilich, "Informe sobre el Congreso de unificación del P.O.S.D.R"., O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X.

LENIN, Vladimir Ilich, "El Nuevo Ascenso", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo X.

LENIN, Vladimir Ilich, "Ejército y Pueblo", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI.

LENIN, Vladimir Ilich, "Enseñanzas de la insurrección de Moscú", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI.

LENIN, Vladimir Ilich, "La Guerra de Guerrillas", O.C., Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960; Tomo XI.

MARX, Karl, Obras Escogidas en dos Tomos de C. Marx y F. Engels, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú; 1955.

MARX, Karl, "El Capital", Fondo de Cultura Económica, México; 1946.

MARX, Karl y ENGELS, Federico, "La Ideología Alemana", Ediciones Pueblo Unido, Buenos Aires; 1973.

MARX, Karl, "Contribución a la crítica de la Economía Política", Ediciones Estudio, Buenos Aires; 1975.

MEMBERS.TRIPOD.COM http://members.tripod.com/~propolco/4sem/washington.htm

MILIA, Fernando A., "El Conflicto", Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires; 1985.

Ministerio de Defensa Nacional de Chile, "Libro de la Defensa Nacional de Chile", Imprenta de la Armada de Chile; 1997.

RZHESHEVSKI, Oleg A., “La Segunda Guerra Mundial”, Editorial Progreso, URSS; 1985.

SEMINARIO, “El Arte de hacer negocios con el Asia”, Asia Pacific Chamber of Commerce-Universidad Finis Terrae, 20 de octubre de 2004.

SOKOLOVSKI, V., “Estrategia Militar”, Ediciones Estudio, Buenos Aires; 1964.

TZU, Sun, “El Arte de la Guerra”, Editorial Troquel, Buenos Aires; 1995.

VON DER HEYDTE, Friedrich A., “La Guerra Irregular Moderna”, Executive Intelligence Review, Washington; 1988.



Galo Eidelstein Silber, Ingeniero Civil Electricista de la Universidad de Chile, Magíster en Psicología Clínica de la Universidad Diego Portales y Magíster en Seguridad y Defensa de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE).

Amplia experiencia en la empresa privada como gerente de área, fundamentalmente en el rubro textil. Importante experiencia comercial en Oriente y negociaciones con las corporaciones transnacionales petroquímicas proveedoras de materias primas para el rubro. Participación a través del Instituto Textil de Chile en las negociaciones sostenidas con ocasión de la firma del Tratado de Libre Comercio con EE.UU.

Publicaciones en revistas especializadas en el ámbito del Psicoanálisis. Profesor de Economía Política en el Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo (CENDA). Investigador Asociado de la ANEPE.